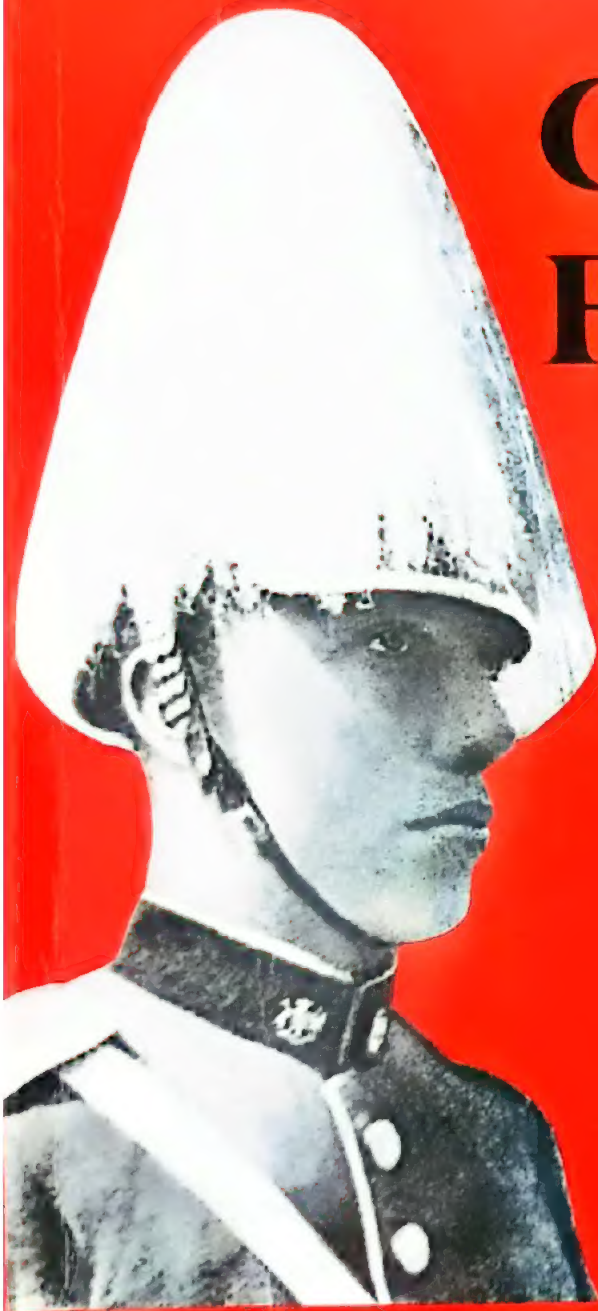


AUGUSTO PINOCHET UGARTE

Camino Recorrido



MEMORIAS DE UN SOLDADO

TOMO I

CAMINO RECORRIDO

Biografía de un soldado

CAPITAN GENERAL
AUGUSTO PINOCHET UGARTE

A mi querida esposa y a mis hijos

A.P.U.

Este libro se terminó de imprimir en junio
de 1990 en los Talleres Gráficos del Instituto
Geográfico Militar de Chile.

Tomo I - edición de 4.000 ejemplares.

Inscripción en la Propiedad Intelectual
N° 75.705

Printed in Chile — Impreso en Chile

PROLOGO

Muy contados son los casos en que ex-Presidentes de Chile han escrito sus memorias, aportando así a la historia un material muy valioso para los juicios que ésta debe emitir. El siglo pasado no registra ninguna, habiendo llenado tal vacío, respecto de algunos períodos, valiosos archivos epistolares felizmente conservados para la posteridad. En lo que a la centuria en curso corresponde, los "Recuerdos de Gobierno" de don Arturo Alessandri y las "Memorias" de don Gabriel González Llanen, por cierto, un buen espacio. Pero, aparte de estas excepciones, poca cosa más hay.

Debe celebrarse, entonces, que el General Augusto Pinochet entregue ahora al público los recuerdos de su vida de soldado y de gobernante. Se trata de dos dilatadas y fecundas etapas, que en el lapso nada corto corrido entre 1973 y 1990 se confunden o se superponen, en una gestión tanto más interesante cuanto que todavía no termina de incorporarse a la historia.

Para el análisis de época tan señalada como esa en nuestro devenir como nación, la presente obra constituirá, sin lugar a dudas, un irreemplazable aporte. No sólo visto el papel protagónico jugado por el autor, circunstancia que le permite asignar a los distintos sucesos, desde su óptica de primer plano, la importancia que a su juicio tuvo cada uno de ellos, en el momento mismo de su ocurrencia. Existe además el hecho de que, por ser quien recuerda y describe los acontecimientos un verdadero archivo viviente, puede ir señalando, en cada paso, los antecedentes testimoniales y documentales más precisos y pertinentes.

No podría decirse que estas "Memorias" constituyen un discurso, en alabanza o defensa del Gobierno que el General Pinochet encabezó durante más de dieciséis años. Aunque tal finalidad pueda encontrarse subyacente en la obra (y de hecho inevitablemente lo está, pues no podría ser de otra manera), la verdad es que, en la medida en que se avanza en la lectura, el propósito del autor parece ser otro, menos combativo si se quiere, pero de mucho mayor alcance en el tiempo, como sería el de proporcionar un núcleo de información cuidadosamente escogido y llamado a suministrar en el futuro, a quienes escriban la historia de estos años, múltiples y fidedignos asideros para analizar, profundizar y enjuiciar. De allí, sin duda, la cantidad y variedad de referencias documentales que pueden encontrarse a lo largo de las páginas que siguen. Todo esto, sin perjuicio de la exposición de múltiples vivencias, que en los primeros capítulos y en las ocasiones más salientes de los posteriores, dan al relato un manifiesto atractivo.

Pero aunque el memorialista no haya querido embarcarse en el panegírico de su propia obra, ni aprovechar la coyuntura para salir al encuentro de quienes hoy intentan desfigurarla y aún negarla en su evidente importancia, ahí están, en los diferentes capítulos, los hechos que permiten ir despejando verdades y deslindando responsabilidades.

En primer lugar, las motivaciones patrióticas y legítimas del pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973. Queda en claro que las Fuerzas Armadas y de Orden jamás

complotaron, en el sentido que este vocablo encierra, de tramar el derrocamiento del gobierno establecido. No, la realidad comprobada fue que el gobierno caído se destruyó a sí mismo, acumulando día a día sucesivas torpezas, que dividieron el país, lo hundieron en un caos sin precedentes y concitaron en su contra el repudio de la inmensa mayoría, hasta el punto en que, para resguardar el ser mismo de Chile, las Fuerzas Armadas y de Orden se vieron obligadas a intervenir. Sobran los testimonios, procedentes de todos los bandos, para que nadie pueda discutir tal realidad.

En seguida, se prueba también aquí la voluntad de aquéllas en orden a emprender una labor restauradora (incluso ha sido calificada de fundacional), que si se prolongó, lo fue por la necesidad imperiosa de reconstruir un país carcomido, hasta en sus propias bases, por años de ideologismos y demagogia.

Desde el instante mismo en que asumieron el poder, las autoridades castrenses anunciaron y garantizaron que el país recuperaría la plena vigencia del sistema democrático, seguridad que se vio periódicamente renovada por sucesivas y solemnes afirmaciones. La prueba está a la vista: si hubiesen sido distintos los propósitos y metas de las Fuerzas Armadas y de Orden, el país no habría podido definir en las urnas el curso que prefería adoptar, y en consecuencia no habrían existido el plebiscito de 1988 ni las elecciones generales de diciembre de 1989. Menos aún se hallarían en funciones las autoridades democráticamente surgidas de esos comicios.

Se encontrarán también aquí elementos que ayudarán en lo futuro a emitir juicios más equilibrados acerca del tema de los derechos humanos; sobre todo, más cercanos a la equidad y más distantes del doble estándar que por años se le ha aplicado. A este respecto y en relación con el período inmediato al 11 de septiembre, se ha insistido en olvidar la presencia en Chile de diez a quince mil guerrilleros venidos de todas partes, pero principalmente de países iberoamericanos, los cuales, fuera de una instrucción militar peligrosamente eficaz, disponían de un arsenal cuyo descubrimiento y recuperación por las autoridades permitió armar a numerosos batallones de nuestro ejército. Los combates que alcanzaron a producirse luego del Pronunciamiento, no permiten dudar de que, tras la consigna "No a la guerra civil", ya estaban en marcha planes destinados a conjurar o a contrarrestar una eventual acción de las Fuerzas Armadas y de Orden, y a sumergir de consiguiente al país en un baño de sangre. Quienes, aún puestos en presencia de hechos indesmentibles, insisten en negar lo anterior, pecan de ingenuidad, de mala fe o de simple faiseísmo.

Otro mérito indiscutible del gobierno militar, y específicamente del General Pinochet, es la aplicación de las medidas económicas que pusieron a Chile, tras décadas de vegetar en la inanidad de distintas recetas socialistas, en el camino de progreso y desarrollo que ahora acusan todas las ramas de su producción. Antes de que la economía de mercado alcanzara el reconocimiento y aceptación que hoy mundialmente se le otorgan, Chile se comprometió con dicha política y en ellas se mantuvo, hasta lograr el puesto de avanzada que hoy ocupa entre las naciones de menor desarrollo, gracias al respaldo inmovible del Presidente Pinochet. Ni los reveses sufridos cuando aún no se consolidaba el sistema, ni las prevenciones de los tímidos, ni las admoniciones de los sensatos, ni las condenas de los opositores, fueron suficientes para desanimar al gobernante y hacerlo modificar el rumbo adoptado. Hoy ya se ha olvidado, pero esa férrea determinación no se abatió cuando sobrevino la crisis ocasionada por el alza de los precios del petróleo en 1975, ni ante la recesión mundial de 1982, ni menos aún ante las violentas protestas fomentadas por opositores y extremistas en el año siguiente. Sin esa voluntad política, desplegada y mantenida por el General Pinochet, ninguno de los planes económicos —hoy tan justamente aplaudidos— habría podido mantenerse en el tiempo y producir sus frutos.

En otro plano, las continuas visitas del autor de estas "Memorias" a todos los puntos del país, en un desplazamiento infatigable a su largo y a su ancho, hablan de las realizaciones materiales del gobierno que presidió, labor monumental en viviendas, comunicaciones, vías de transporte e infraestructura de obras públicas, que hoy, con pequeñez e ingratitud, se pretende desconocer. El gran público, no enceguecido por las mezquindades ideológicas, reconoce que los años de gobierno militar cambiaron la cara de este país, modernizándola, desempolvándola, embelleciéndola. En 1973 nadie dudaba de que serían necesarios a lo menos diez años para reconstruir las ruinas dejadas por la Unidad Popular. La verdad es que, antes de tres años, Chile ya estaba nuevamente sobre sus pies y marchaba con firmeza hacia un futuro mejor. Quienes miden hoy con vara minúscula la formidable obra realizada, no mencionan por cierto la devastación unipopulista, ni recuerdan la crisis del petróleo, ni el bajo precio del cobre vigente a lo largo de casi todo el periodo, ni la recesión del 81, ni el cuasi conflicto armado con la República Argentina, que si por un lado exigió dosis enormes de serenidad y prudencia —en ningún momento escatimadas—, reclamó también gastos cuantiosos para asegurar resguardos militares eficaces. ¡Ni para qué mencionar el terremoto del 3 de marzo de 1985, que provocó pérdidas por más de setecientos cincuenta millones de dólares (de ese año) en el sector vivienda, y por casi novecientos millones en la infraestructura de obras públicas: puertos, caminos, puentes y edificios fiscales!

Recordemos por último, para no alargar en demasía este recuento (cuyas circunstancias llenan las páginas que siguen), la preocupación social que distinguió al gobierno del General Pinochet. Los pobres, que con anterioridad habían servido casi exclusivamente de material estadístico, de recurso demagógico o de preocupación farisaica, pasaron, por primera vez en nuestra historia, a constituir el gran problema nacional, el desvelo real y positivamente preferencial, que debía enfocarse, estudiarse y remediarse de manera generalizada y útil. Podrá discutirse al gobierno del General Pinochet si hizo o no todo lo necesario por los más desposeídos, pero lo que nadie podrá negarle con justicia es que, al margen de toda inquietud política y más allá de cualquier cálculo electoral, fue su administración la que ubicó a los pobres en el primer plano de los afanes nacionales.

No sigamos. Se podría continuar indefinidamente enumerando las realizaciones del gobierno militar y el protagonismo que en ellas cupo al General Augusto Pinochet. Pero no es misión del prólogo usurpar el papel de la obra a la que pretende servir de introducción. Limitémonos, pues, a decir, sin avanzar más, que estas "Memorias" están llamadas, por su contenido y por el nombre de su autor, a ocupar lugar saliente e insustituible en la futura historiografía de un periodo capital del desenvolvimiento patrio.

RAFAEL VALDIVIESO ARIZTIA

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
Índice	9

PRIMERA PARTE

"Niñez y Adolescencia"

Capítulo I "En el Viejo Almendral"	13
Capítulo II "Nos Mudamos a Quillota"	31

SEGUNDA PARTE

"Primeros pasos en la carrera de las Armas"

Capítulo I "Alférez en la Escuela Militar"	55
Capítulo II "De Concepción a Valparaíso"	61
Capítulo III "Regreso a la Escuela de Infantería"	83
Capítulo IV "Con los parches negros de la Escuela Militar"	93
Capítulo V "Uno de los grados más hermosos"	107

TERCERA PARTE

"Preparación para el Alto Mando"

Capítulo I "Jefe de Operaciones e Informaciones"	139
Capítulo II "Academia de Guerra y Subsecretaría de Guerra"	151
Capítulo III "Comisión de Servicio a la República del Ecuador"	155
Capítulo IV "Cuartel General de la I. División de Ejército"	161
Capítulo V "Cdte. del Regto. Inf. N° 7 "Esmeralda"	163
Capítulo VI "El Regreso a la Academia de Guerra"	167
	9

CUARTA PARTE

"En el Alto Mando"

Capítulo I "Jefe Estado Mayor II División Ejército"	185
Capítulo II "Primer Año al Mando de la VI Div. Ejto."	191
Capítulo III "Segundo Año al Mando de la VI Div. Ejto."	199

QUINTA PARTE

"Actividades Militares-Civiles"

Capítulo I "En la Comandancia General Guarnición Ejército de Santiago"	219
Capítulo II "Jefe Estado Mayor General del Ejército"	237
Capítulo III "Comandante en Jefe Subrogante del Ejército"	253
Capítulo IV "Comandante en Jefe del Ejército"	271
Capítulo V "La Víspera"	281
Capítulo VI "La Batalla de Santiago"	291

PRIMERA PARTE

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

Poco recuerdo de los primeros años de mi vida. Evocarlos es como recordar un sueño. Pero ciertos hechos ejercieron una fuerte influencia y quedaron marcados en mi memoria. ¿Cómo influyeron algunos acontecimientos? ¿Qué quedó de toda esa serie de sucesos de la vida de un chico? Trataré de recordar los hechos agradables que me alegraron, hitos del camino, y también aquellos escollos que obstaculizaron mi ruta y que al niño que yo era le parecieron una montaña enorme y que, sin embargo, hoy, a la distancia, sólo son un simple montículo. Todo lo que aquí escribo sucedió en el transcurso de esos días, meses y años, hoy esfumados en la sombra del tiempo pasado y lejano.

CAPITULO I

EN EL VIEJO ALMENDRAL

Nací en el barrio del Almendral, en el puerto de Valparaíso, en una casa en la calle Colón o cerca de ella, que mis padres habían arrendado cuando contrajeron matrimonio. De esa casa no guardo recuerdo alguno, pues al poco tiempo de haber nacido nos trasladamos al segundo piso de un edificio frente a la plaza O'Higgins. Este fue el primer lugar que quedó impreso en mi memoria. Cuando paso por ese sitio siento una sensación extraña y los recuerdos se agolpan en mi mente. La residencia donde nací, posteriormente fue derribada por el avance del progreso y se levantó en ese lugar otro edificio acorde con la prosperidad que experimentaba Valparaíso en esos años.

La casa frente a la plaza O'Higgins, gracias a su ubicación en una esquina, daba también hacia la calle San Agustín, que hoy lleva el nombre de Enrique Deformes. El dormitorio de mis padres quedaba en la esquina y tenía vista a la plaza, mientras que el nuestro, que venía a continuación, daba a la calle Deformes.

El pórtico de entrada a la casa quedaba frente a la plaza O'Higgins. Era una gruesa puerta, pesada, de dos hojas, que la servidumbre abría temprano, quedando a la vista, más atrás, una mampara que a un metro de altura presentaba unos vidrios catedral opacos, los que no dejaban ver hacia el interior.

La empleada de la casa era la encargada de abrir la mampara cuando sonaba el timbre, y para hacerlo debía tirar una cuerda que liberaba el mecanismo de cierre de la chapa. Esta cuerda, por el desgaste natural, se cambiaba cada cierto tiempo, y los restos de ella nos servían con mis hermanos para jugar al "coche". Para ello nos amarrábamos el de la derecha el brazo derecho y el de la izquierda el izquierdo, y el cochero dirigía la maniobra desde atrás; con ello normalmente producíamos la caída de macetas y floreros, con gran escándalo de la empleada, que debía secar el lugar y recoger lo dañado.

Al llegar al segundo piso había un corredor donde estaban la puerta de entrada a la casa y también la escalera que subía al tercer piso; la puerta daba a un pasillo que se extendía paralelo a la calle Deformes. El extremo contrario, a la pieza de mis padres, era más ancho, con una puerta lateral que comunicaba con los servicios. Todos los dormitorios daban a este pasillo. Mi madre aprovechó ese ensanche y lo arregló como una pequeña "salita de estar", convirtiéndose en el lugar preferido para las reuniones familiares y con amigos.

El "salón", o lugar de recibo como se acostumbraba tener en esos años, quedaba frente a la puerta de entrada. A continuación venía el comedor y luego las dependencias de la cocina y otros servicios.

Aún retengo en mi mente aquel corredor interior que nos servía a mis hermanos y a mí como pista de carreras, donde jugábamos y corríamos, produciendo ruidos que, creo, no eran muy gratos para los vecinos ni para los demás habitantes de la casa.

En el fondo de la casa había una pieza para guardar cosas como bodega, y una de servicio. En la primera era donde mi abuela guardaba algunos baúles muy grandes que contenían objetos de su esposo, ausente. Nadie les prestaba atención. Pero nosotros con mi hermano descubrimos que en esas grandes cajas se guardaban hermosos libros de botánica y zoología con coloreadas láminas de flores y animales. Evoco cuánto nos solazábamos mirando los grabados, que parecían pintados a mano. Allí me enteré de la teoría de Darwin; las páginas correspondientes mostraban caras de monos con sus rostros parecidos a los de los hombres. Esas páginas me impresionaron muchísimo. Como las mirábamos escondidas, no nos atrevimos a hacerles preguntas sobre ellas a nuestros mayores. Pero más adelante, estando ya en el colegio, llevamos uno de aquellos libros para que la profesora nos explicara esa materia. La clase de Biología que nos dio en esa oportunidad fue memorable.

En esa casa de la plaza O'Higgins llegamos a ser cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres, cuyas edades fluctuaban de siete a un año.

Entre mis recuerdos de aquel lugar guardo en mi memoria la ocasión en que mi madre tuvo que viajar a Santiago, llevándonos consigo y quedando mi padre solo en la casa de la plaza O'Higgins.

En una de esas noches que mi padre regresaba a la casa, después de cenar con un amigo, poco antes de medianoche, observó que la puerta de calle tenía una hoja abierta y la otra cerrada. Instintivamente empujó la puerta hacia adentro, sorprendiendo a un delincuente que quedó apretado entre la muralla y la puerta de calle. Al pedir ayuda, acudió un policía que estaba en la plaza y entre ambos redujeron al asaltante que, cuchillo en mano, esperaba la llegada del jefe del hogar. Este episodio movió a mi padre a pedirle a mi madre que regresara cuanto antes, dado el peligro que significaba tener la casa sola.

En otra oportunidad, un día domingo, mis padres se encontraban reunidos en una "tertulia" con sus amigos, en el rincón que mi madre, como he relatado, había arreglado como "lugar de estar", cuando un ladrón trató de introducirse, pero quienes estaban en amena charla escucharon que se abría la puerta de calle y vieron a un individuo asomar la cabeza, mirar a su alrededor y, al no ver a los que allí se encontraban, comenzar inmediatamente su trabajo, ensacando unas pequeñas figuras y otros adornos que tenía mi madre en ese lugar. Tan entusiasmado estaba en esa faena que no sintió a las personas que se acercaron a él. Al darse cuenta de que estaba rodeado, lanzó el saco lejos y corrió hacia la escalera de la casa. Sólo uno de los invitados, un señor Araya, atinó a darle un puntapié que lo hizo rodar por las gradas de la escalera. Pero el ladrón al llegar a la planta baja abrió rápidamente la mampara y salió corriendo a la calle, perdiéndose de vista. Nosotros escuchamos los comentarios desde el dormitorio. Habríamos deseado participar, pero no fue posible.

Cuando evoco esos años, son muchos los recuerdos que van apareciendo en mi mente, como si mirara un viejo álbum de fotografías donde algunos cuadros son incompletos y otros se confunden en las fechas. Trataré de narrar los hechos que más sobresalen de ese diario vivir de mis años infantiles, sin que ellos hubieran producido un cambio singular en mi vida, con excepción del accidente del coche.

MIS ANTEPASADOS

¿Quiénes fueron mis antepasados? Los fui descubriendo con el correr de los años, ya en mi edad madura. Lo que conocí como mi familia eran mis padres y mis hermanos y dos grupos de parientes que venían por la rama de mi abuelo materno y por la de mi abuela Inés Rosa. Por el lado de mi padre conocí a sus hermanas Rita y Genoveva y, más tarde, a sus hermanos que se encontraban en Cauquenes. Mis padres no pusieron mucho interés en hablarnos de nuestros parientes y dónde estaban y tampoco a nosotros se nos ocurría preguntar al respecto.

Gracias a los antecedentes que he encontrado posteriormente, supe que mi padre, don Augusto Pinochet Vera, era el integrante de la séptima generación por estricta línea de varón de su estirpe y que, al igual que todos sus antepasados paternos, nació en la costa de Chanco. Llegó al mundo el 16 de abril de 1891, y por certificado parroquial se comprueba que recibió el Sacramento del bautismo en la iglesia de San Ambrosio el día 17 de mayo de ese año, de manos del presbítero don Domingo Alborno, cura y vicario de esa sede parroquial. Agrega el documento que fueron sus padrinos un tío, don José Ignacio Pinochet Letelier, y su primera consorte (posteriormente enviudó), doña Margarita Zambrano de Pinochet.

Hizo sus estudios en la Escuela de Chanco y luego en el Liceo de Cauquenes, donde permaneció hasta su viaje a Valparaíso.

Al parecer debido al fallecimiento de mi abuelo, suceso ocurrido a principios del presente siglo, mi padre, siendo aún muy joven, dejó las tierras maulinas, en que se habían desarrollado sus ancestros, y adonde había llegado su antepasado de origen galo, el francés don Guillermo. Su nueva residencia sería Valparaíso, lugar donde permanecería por el resto de sus días.

Este viaje a Valparaíso desde Cauquenes lo realizó mi padre con su señora madre, doña Rita Vera Muñoz, que a la muerte de su esposo, don Manuel Tomás Pinochet Letelier, había resuelto radicarse allí.

He investigado sobre mi padre a su llegada al Puerto de Valparaíso y he podido establecer que sus primeros pasos fueron bastante difíciles. Cuando sólo tenía 14 años, la necesidad lo llevó a ocuparse de "junior" en la firma Williamson Balfour y Cía., y estudiar en horas vespertinas. Las penurias económicas iniciales sólo se aliviaron cuando una de sus hermanas, que ejercía la profesión de profesora, fue nombrada directora en una escuela del cerro Las Zorras; como tal tenía derecho a casa.

Allí se instalaron mi abuela Rita y mi padre. Esta abuela está muy presente en mi memoria, pues la visitábamos con frecuencia y en muchas ocasiones permanecíamos en casa de la tía durante el día, retirándonos poco antes de cenar.

La residencia de la directora correspondía a un segundo piso y en un dormitorio se encontraba mi abuela Rita, que estaba postrada en cama. Yo jamás la vi en pie, y cuando me acercaba a su cama para saludarla, me acariciaba el pelo y me miraba con sus ojos negros, profundos, para decirme con todo cariño sólo la palabra "hijito".

Cuando llevaba dos años en el Puerto, mi padre cambió de trabajo y entró como empleado en una sociedad de corretajes de Aduana, actividad que fue de su agrado. Le puso tanto empeño que al poco tiempo era uno de los principales empleados en esa firma. Nos contaba un amigo de la familia y de mi padre, un hombre mayor que él y de apellido Contreras, que cuando inició sus actividades

el joven Augusto fue felicitado muchas veces por sus jefes, los que le alababan su diligencia en la elaboración y tramitación de los documentos aduaneros para el despacho de las mercaderías, que venían del exterior.

Entre las actividades que desarrollaba mi padre en esa época estuvo la de voluntario de la 10ª Compañía de Bomberos, hoy nominada "Eduardo Farley", de Valparaíso, donde con los años llegó a ser Consejero. En ella demostró su gran espíritu de servicio a la comunidad.

Cuando falleció, quien hizo el discurso por la 10ª Compañía en el sepelio mencionó, entre sus distinciones, la medalla por "Méritos" que se le había otorgado por el arrojo que demostró en el incendio del Pasaje Ross de Valparaíso, donde salvó a tres personas. Sin embargo, él jamás nos había mencionado este acto de valor y no sabíamos de su distinción.

Cuando mi padre cumplió los dieciocho años fue llamado al Servicio Militar en el Regimiento de Infantería N° 2 Maipo, donde permaneció el período legal de instrucción hasta 1912. Posteriormente volvió al trabajo de Aduana, a la misma empresa, ya que, de acuerdo con la ley, el empleador le había guardado el puesto mientras cumplía con su obligación militar.

Durante el servicio militar había cumplido veintiún años de edad, y en una de sus salidas conoció a doña Avelina Ugarte Martínez, con quien, después de dos años de noviazgo, contrajo matrimonio el 20 de octubre de 1914.

Con los años, y al llegar yo a Presidente de la República, párrocos de antiguas iglesias, por donde pasaron mis antepasados, y personas estudiosas han averiguado cuál era la ascendencia de mi padre y de mi madre. Según estos antecedentes, él era descendiente directo de don Guillaume de Pinochet, nacido en Saint-Malo y venido a Chile en el siglo XVIII como comerciante en géneros. He recibido los antecedentes de algunos investigadores sobre la filiación genealógica que relacionaron a don Guillermo y mi padre, estableciéndose que existen las siguientes generaciones (antecedente tomado del interesante trabajo de don Jorge Valladares Campos):

- 1.—Don **Guillermo Pinochet**, nacido en el Reino de Francia, residente en Chile. Se casa en Concepción con doña **Ursula de la Vega y Montero**.
- 2.—Uno de los hijos de este matrimonio, don **Anselmo Pinochet y de la Vega**, nacido en Chanco, se casó a su vez en Cauquenes, 15. XI. 1761, con doña **Teresa Bravo de Villalba y Opazo**.
- 3.—Entre los hijos de este matrimonio se encuentra don **Alejandro Pinochet y Bravo de Villalba**, también nacido en Cauquenes, quien contrajo nupcias con doña **María Antonia de Urrutia-Avellaneda Villagra**.
- 4.—De este matrimonio nacen varios hijos, todos en Chanco, y entre ellos don **José María Pinochet y Urrutia-Avellaneda**, quien a su vez contrae matrimonio con doña **Josefa Prudencia Letelier Verdugo**, también oriunda de Chanco.
- 5.—De los hijos de este matrimonio nace don **José Miguel Pinochet Letelier**, quien contrae nupcias con doña **María Josefa Letelier Muñoz**, ambos nacidos en Chanco.
- 6.—De sus hijos nace don **Manuel Tomás Pinochet Letelier**, quien se casa con doña **María Rita Vera Muñoz** (abuelos paternos); de este matrimonio proviene mi padre.
- 7.—Don **Augusto Alejandro Pinochet Vera**, que nace en Chanco el 16 de abril de 1891, es el menor de cinco hermanos, y en 1914 contrae matrimonio con doña **Avelina Ugarte Martínez**, oriunda de Santiago.

En sus primeros años de casados, mis padres vivieron lejos de todos sus parientes. Por ello es que prácticamente sólo conocí a dos tías, hermanas de mi padre, doña Rita y doña Genoveva. Posteriormente, cuando tuvo que viajar a Cauquenes con motivo de las particiones de los bienes dejados a la muerte del abuelo don Manuel Tomás, que no se habían efectuado hasta esa fecha, entonces me fue posible conocer a los siguientes tíos que enumero; a algunos nunca más los volví a ver, por la distancia que había de Valparaíso a Chanco, y los escasos medios de transportes de la época. Ellos van en orden de edad:

- 1.—Manuel Tomás Pinochet Vera, a quien se le bautizó con el nombre de su padre.
- 2.—José Miguel Pinochet Vera, que llevó el nombre del abuelo paterno.
- 3.—Ramón Pinochet Vera, cuya estampa quedó muy grabada en mi mente, pues me tomó cariño y me enseñaba a andar a caballo, pero como yo era aún pequeño, me hacía subir al borrén delantero de su silla y en tal posición dábamos largos paseos en busca de avellanas.

Mi madre, Avelina Ugarte Martínez, había nacido en Santiago. Era hija de don Arturo Ugarte Valenzuela y de doña Inés Rosa Martínez Bravo. Cuando murió mi abuelo, mi madre tenía 9 años y fue internada en un colegio de monjas, donde permaneció durante toda la etapa de su educación. Al terminar sus estudios se trasladó a la casa de su madre, que en esos años vivía en Valparaíso, en la Quinta Ross, donde trabajaba mi abuelo político, quien poseía amplios conocimientos de floricultura. En este lugar, ubicado en la parte alta del cerro Las Zorras, conoció a mi padre, con quien luego se puso de novia.

En los mismos antecedentes entregados por don Jorge Valladares Campos encuentro que la filiación genealógica de mi madre está fuertemente enraizada en nuestro territorio desde comienzos del siglo XVII. Por sus venas corre abundante sangre de beneméritos conquistadores de Chile, lo cual me hace comprender ahora muchos gestos que ella tuvo para con sus hijos. Sus abuelos paternos fueron don Melitón Ugarte y Guzmán y doña Benigna Valenzuela y Concha, familia ampliamente vinculada en la sociedad chilena del pasado siglo, radicada entre San Fernando y Paredones.

Don Melitón era uno de los nueve hijos de don José Alejo Ugarte y Arriagada, vecino de Pumanque, en las inmediaciones de Vichuquén, que se casó con doña Carmen Guzmán y Urzúa, que era hija del capitán don Andrés Guzmán y Ureta, casado en Paredones en 1795 con doña Ana Josefa de Ureta y Valenzuela. De los últimos nombrados, Andrés era hijo del capitán don Manuel de Guzmán y Labra y de doña Paula de Ureta y Valenzuela. Este apellido se repite en varias generaciones; a su vez fue nieto paterno del maestro de campo de don Martín Núñez de Guzmán y Vásquez de Arenas, casado con doña María de Labra y Roa, de Chimbarongo, nieto materno del maestro de campo don Pedro de Ureta y Prado y de doña Francisca Javiera de Valenzuela y Ruiz de Peralta. Todos forman parte de la raíz social de nuestra Patria.

Muchas veces escuché a mi madre hablar de su abuelo materno, don Esteban Martínez, hacendado de la zona de Talagante que, al enviudar mi abuela, hizo las veces de padre para con mi madre.

MIS PADRES

Los novios Pinochet-Ugarte contrajeron matrimonio en Valparaíso, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Andacollo, el 24 de octubre de 1914. Constituyeron un matrimonio muy bien avenido. Nunca vimos o escuchamos que algún disgusto empañara su relación. Cuando celebraron sus Bodas de Plata, apreciamos y festejamos la evidente felicidad de nuestros padres. Mi padre murió en Arica, en octubre de 1944, debido a una intoxicación que no le reconocieron a tiempo, y mi madre lo sobrevivió hasta el 12 de abril de 1986. Falleció rodeada del cariño de sus hijos, nietos y bisnietos.

Cuando mis padres se casaron, el mundo presenciaba en esos días el comienzo de la Primera Guerra Mundial, hecho que más adelante afectaría a nuestro grupo familiar.

El conflicto mundial produjo grandes perturbaciones en la vida económica del país. A mis padres, recién casados, los afectó profundamente, ya que sufrieron las estrecheces que trajo la disminución del comercio externo, en torno al cual giraba el trabajo específico de mi padre. La familia, en consecuencia, se vio en la necesidad de restringir sus gastos.

En esta situación, nada de holgada en esos momentos para mis padres, llegaba yo al mundo, el 25 de noviembre de 1915, en la casa ubicada cerca de la calle Colón, en la ciudad de Valparaíso.

Por ser el primogénito, mi padre puso especial interés en enseñarme y darme agrado en mis deseos. Jamás recibí de él alguna sanción dura y alguna palabra que me fuera a herir; por el contrario, siempre fue mi mejor amigo y un sabio consejero.

Siempre sus enseñanzas dejaban en mí un sabor agradable y sus lecciones de la vida práctica aún están presentes en mi corazón. Muchas veces deseé tenerlo cerca de mí para escuchar su consejo, pero la vida es un río que pasa y que deja sólo la tierra húmeda.

EL VALPARAISO DE MI NIÑEZ

Tuve la felicidad de pasar mi niñez en Valparaíso. Era un lugar hermoso, de variados matices. Poseía un encanto muy particular y permitía sentirse orgulloso de ser porteño y de vivir en el Puerto.

La zona de la Aduana y del puerto era el "Barrio bravo", donde la placidez que se vivía durante el día se transformaba en un volcán en las noches. Allí los mannos mercantes, los estibadores y los jornaleros abusaban de las bebidas alcohólicas en las cantinas. Luego normalmente se entregaban a excesos, como lucnas y reyertas en la oscuridad o a la luz mortecina de los débiles faroles que alumbraban las calles del puerto en la noche o bajo los focos de colores de sus lupanares.

La zona más tranquila de la ciudad eran El Almendral y el centro. Retengo en la memoria mis paseos por la avenida Pedro Montt, la avenida Argentina, Santa Elena y Las Zorras. Recuerdo el cerro Playa Ancha, que se hacía llamar la "República Independiente de Playa Ancha", y el cerro Alegre, lugar donde se hallaban las residencias de la mayoría de los extranjeros, ingleses, alemanes, franceses

La plaza de la Victoria, situada en el corazón de la ciudad, era el lugar de recreación y paseo para los jóvenes de esos años. Allí también tocaban en determinados días, alternándose, la Banda del Regimiento Maipo y la Banda de la Armada, mientras las adolescentes y los muchachos se paseaban por el costado este de la plaza. Una de las actividades de los jóvenes en ese paseo consistía en piropear a las damas. En aquella plaza se producían muchos primeros contactos que terminarían en noviazgos.

La estación del Puerto se ubicaba frente a la actual, en la esquina contraria, y era de antigua construcción. Según mi abuela, la llamaron también "Estación de la Victoria". Los porteños de mayor edad narraban que desde allí habían partido las tropas al norte a participar en las campañas de la Guerra del Pacífico. Por ello al lugar se le conocía también con el nombre de "Estación de los Marineros". Recuerdo que su demolición suscitó encontrados comentarios, como suele suceder en estos casos: algunos consideraban acertada la medida y otros la rechazaban por destruir un lugar de tradición; pero el avance de lo moderno no siempre respeta estas reliquias.

Los domingos en la mañana, después de ir a misa con mis padres y mi hermano, dejábamos a mi madre en casa y con mi padre salíamos a recorrer la ciudad. Yo era aún pequeño cuando me tocó ver los trabajos que se realizaron para correr la vía férrea, que se ubicaba en la avenida Errázuriz, acercándola al mar, ocupando para ello el antiguo muelle, donde se efectuaron rellenos con escombros. Se iniciaron también los trabajos para transformar el espacio donde estaba la vía férrea en la actual avenida Errázuriz, una de las obras dispuestas por el alcalde don Lautaro Rosas.

En esos paseos domingueros íbamos también a mirar los trabajos que se realizaban en la construcción de los malecones, frente al monumento de los Héroes de Iquique, obra que se terminó en 1924.

El balneario preferido de los porteños era el de Las Torpederas, lugar donde además había una base de hidroaviones. Allí la gente se agolpaba para mirar el despegue y ver volar a los aviones. Por suerte nunca lamentamos algún accidente, como los pudo haber ocurrido.

Valparaíso era una ciudad tranquila. Sólo en el barrio del puerto había zonas bravas. La ciudad en esos años contaba con una población de más o menos 150.000 almas, de gran espíritu de trabajo y muy emprendedora.

Los porteños, como solían llamarnos, nos sentíamos orgullosos de haber nacido en este lugar de Chile y siempre nos considerábamos superiores a los santiaguinos. En la ciudad había una serie de colonias extranjeras, la mayoría de ellas bastante cerradas; eran pocos los chilenos que podían ingresar como socios en sus instituciones, pues sólo aceptaban a los hijos de extranjeros.

Desde muy niño tuvimos amigos españoles, que eran compañeros de colegio y con los que más congeniábamos. Ellos nos permitía asistir a festividades para niños que organizaba el Centro Español de Valparaíso, y muchas veces nos invitaban a tomar té en las tardes.

LA INFLUENCIA FRANCESA

Mi madre me contaba que a la muerte de su padre, mi abuelo Arturo, mi abuela se casó en segundas nupcias con un francés, don Francisco Valette, oriundo de Tours, que a su vez también había enviudado y que años atrás había sido

contratado en Francia por Chile como profesor de floricultura en la Quinta Normal. El fue también mi padrino de bautismo.

Antes de casarse con mi abuela, don Francisco Valette estuvo casado con una chilena de la cual enviudó y con la que tuvo dos hijos. El varón, llamado Ernesto, falleció siendo muy joven, y la hija, Hortensia, al quedar sola entró a un convento de monjas, desde donde posteriormente se retiró. Fue entonces cuando la conocí. Era una mujer muy bondadosa y fue muy cariñosa con todos nosotros, los niños de esos años. Ella hizo reconocer su título de profesora y se dedicó a la enseñanza. Después perdí sus huellas. Muchas veces quise verla, pero no tuve noticias de ella sino hasta que, en 1987, supe que fue directora de un colegio particular y que había fallecido.

Este abuelo político dejó en mi mente recuerdos imborrables y gratos. El me consideraba como su nieto, me hablaba habitualmente en francés y cuando íbamos a pasar el verano a su casa en Curimón nos sentábamos en un corredor, donde nos contaba numerosas historias que a mí me encantaban: sus años de guerra y las campañas de Napoleón, de quien supe muchas cosas antes que de O'Higgins. Con frecuencia hacíamos largas caminatas en el atardecer, durante las cuales me narraba hechos históricos de la vieja Europa, los actos heroicos durante la guerra de trincheras, el valor de las tropas napoleónicas. Era un hombre muy culto y, tras una fisonomía dura, se ocultaba en él un ser bastante cariñoso.

CUANDO MI ABUELO SE FUE A LA GUERRA

De pocos meses fui bautizado, siendo mis padrinos mi abuelo político y mi abuela. Como era el primer hijo, mis padres y mis abuelos decidieron llamarme Augusto, como el autor de mis días. A pocos meses del bautizo, mi abuelo desapareció de la casa. En ese entonces yo tenía unos ocho meses. La desaparición de éste tiene que haber ocurrido en el mes de julio de 1916.

Años después le pregunté a mi padre los motivos que tuvo el abuelo para tomar tal decisión. Me respondió que resolvió viajar a Francia, su patria, al recibir noticias de la guerra. Lo sucedido lo contaba de esta forma: "Mi suegro concurrió a la oficina donde yo trabajaba y me expuso el deseo de conversar conmigo privadamente. Salimos a un salón de té cercano y allí me expresó que se iba a Europa a luchar por Francia". Agregó mi padre que trató por todos los medios de lograr que renunciara a esa idea, pero ya estaba firmemente decidido a partir. Le pidió que le guardara reserva de lo dicho, hasta cuando ya hubiese partido, solicitándole también que se preocupara de mi abuela.

Por su parte, mi abuelo le había dicho a doña Inés Rosa que "él se ausentaría por algún tiempo, pues los negocios lo obligaban a viajar a la zona sur".

Así, el suegro de mi padre desapareció de la escena familiar y sólo después, cuando ya estaba en Francia, le escribió a mi abuela confesándole su resolución, y dándole noticias de su paradero.

Imagino el intenso dolor de mi pobre abuela. Al principio siguió viviendo en su casa, de calle Independencia, pero la pena la debe haber afectado tanto, que posteriormente se fue a vivir a la nuestra, sin cerrar la suya. Pero, como mujer de gran carácter, supo sobrellevar y sobreponerse a su dolor, pues era una dama de extraordinaria personalidad. La vida había sido dura con ella. Desde muy niña, por ser la mayor de sus hermanos, debió administrar el hogar de sus padres, debido a que su madre, afectada por una grave enfermedad, quedó postrada en cama por muchos años, hasta su muerte.

LAS PATALETAS

Mi abuela nos tenía mucho cariño a mi hermano Gerardo y a mí, el que naturalmente era correspondido. En esos años éramos sus únicos dos nietos. Recuerdo que salíamos con ella al centro de Valparaíso y nos daba en el gusto en todo lo que le pedíamos, lo que trajo como consecuencia que le solicitáramos cuanto cosa se nos ocurría y, si no accedía, nos venía la "pataleta".

Pero un día que salí con mi madre se me ocurrió pedir algo que ya no recuerdo, y como no me fuera concedido, estalló la normal "pataleta", a la que al principio mi madre no le hizo caso. Unas cuadras más adelante, por la calle Condell, mi presión había aumentado de tal forma que la gente se detenía a mirar aquel espectáculo. Repentinamente mi madre me tomó de un brazo y me llevó a un portal que quedaba frente al Instituto Comercial, y me dio unos cuatro o cinco palmazos que produjeron mi silencio y sorpresa. Luego dijo: "Sigue llorando y te bajo los pantalones y aquí en la calle te las doy". Salí congestionado por el llanto, dejé de llorar y no volví a pedir nada, a mi madre ni a mi abuela.

En esos días mi abuela sobrellevó estoicamente la pena del alejamiento de su esposo, manteniendo una actitud muy digna. En el año 1919 volvió a vivir a su casa y, para ayudarse, arrendaba una parte de ella a un matrimonio de edad.

LA PRIMERA PELICULA

Algunos hechos de esos años quedaron profundamente grabados en mi mente, entre ellos mi primera ida al cine acompañando a mi madre.

Frente a la plaza O'Higgins estaba un cine que después demolieron y donde posteriormente se levantó el actual teatro Velarde.

Jamás antes de esa oportunidad había concurrido a este tipo de salas. Todo marchaba perfectamente bien al empezar la película. Yo permanecí sentado junto a mi madre, pero cuando comenzó en la proyección un tiroteo que no sonaba, pero durante el cual el pianista hacía vibrar las teclas del piano, y vi caer algunos de los actores, me causó tal impresión que me puse a gritar, con el consiguiente escándalo de la concurrencia. La cosa se agravó más cuando apareció en la pantalla un tren cuya locomotora se venía hacia nosotros. Yo traté de ocultarme bajo el asiento, dando gritos de pavor, al extremo de que se encendieron las luces y mi madre tuvo que sacarme rápidamente, pues lo único que yo quería era huir de esa sala de tortura. Mi madre contaba después que el administrador del teatro le pidió que no me trajera más, por ser yo tan nervioso y desconocer el arte de la cinematografía.

Otra ocasión que recuerdo fue cuando la niñera tuvo la mala idea de llevarnos a los juegos infantiles que se habían instalado en la avenida Argentina.

Mucho nos gustó un juego de balancín, pero cuando la niñera tomó la resolución de llevarnos a la rueda colosal, que era un gigantesco círculo con asientos cada cierto espacio, y nos acomodamos en uno ella, mi hermano y yo, ambos nos miramos con temor, el que aumentó cuando comenzó a girar. Primero fueron gritos, luego aullidos, para terminar en unos alaridos que obligó a detener la rueda, devolverle el dinero a la Nora y pedirle que no volviéramos más. Así terminó nuestra primera participación en esta clase de juegos.

MI ABUELO REGRESA A CASA

En el año 1921 apareció de regreso mi abuelo Francisco. Traía regalos para todos nosotros, y especialmente para mi abuela. Pero ella se negó a recibirlo y sólo después de algún tiempo lo admitió en la casa. Cuando venían los familiares a Valparaíso, el tema de conversación que escuchábamos a la hora de comida era sólo el del matrimonio de mis abuelos. Quienes más influyeron para que se perdonara a mi padrino Francisco fueron mis padres.

Años después supe que se comentaba entre la gente mayor que mi abuelo había sido herido durante la guerra y aún necesitaba de algunos cuidados para lograr su total recuperación; sin embargo, jamás escuché de él alguna queja ni supe de algún dolor que lo afectara.

Ahora bien, lo que más me impresionaba a esa edad eran las llamadas de atención que solía hacerle mi abuela Inés Rosa a mi abuelo Francisco, que hoy, siendo ya un hombre maduro, me las explico mejor. Pero en esos años tales desavenencias me producían una pena enorme, que me desorientaban.

En esos días llegó al mundo el cuarto hijo de mis padres, a quien se le puso el nombre de Inés, en honor a mi abuela, Inés Rosa, pero nosotros a su vez le pusimos "abuela". Su llegada suavizó mucho las asperezas existentes entre mis abuelos, de quienes la niña pasó a ser la "regalona".

Por entonces nuestro país era gobernado por don Juan Luis Sanfuentes Andonaegui (1915-1920), personaje de quien escuché elogiosos comentarios de mi padre, ya que este Presidente fue quien mantuvo la neutralidad de Chile en la Primera Guerra Mundial, no obstante la presión que ejercían sobre nuestra patria los países con los cuales más negociábamos, tales como Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Con la baja del comercio en el norte se inició la cesantía en las salitreras, y era corriente encontrar en las calles hombres pidiendo dinero, lo que a nosotros, niños, nos impresionaba mucho.

En esos años vivíamos todavía las consecuencias de la guerra civil de 1891, es decir, el período del "parlamentarismo", que tanto daño le hizo a Chile. Sin embargo, el Gobierno del señor Sanfuentes se caracterizó por la construcción de escuelas y se dictaron leyes sociales importantes, pero se mantuvo una constante agitación política. En ese clima comenzó a destacarse don Arturo Alessandri Palma, que en 1915 había conquistado un sillón senatorial por Tarapacá.

En esos días del año 20 hubo agitación en la población de Valparaíso, y muchas veces recuerdo que mi abuela nos traía rápidamente a casa, temiendo que las cosas pasaran a mayores. Esos años fueron muy agitados, parecía que el germen de una revolución se agitaba en los poblados de la zona de la Aduana.

En esos días supimos que mi abuela paterna se agravó de su enfermedad y mi padre solía quedarse en casa de mi tía Rita hasta tarde junto a su madre. Una mañana regresó antes de la hora de costumbre y en su pieza junto a mi madre lo sentimos sollozar cuando le dijo que mi abuela había muerto. Como niños no nos dábamos cuenta cabal de lo sucedido, pero comprendíamos cómo afectaba esta pérdida a mi padre.

La muerte de mi abuela paterna me produjo una gran impresión, acrecentada por la actitud de mi padre. Lloré solo en mi cama la pérdida de mi abuela, y durante mucho tiempo recordé con gran intensidad esos tristes momentos que habíamos pasado.

MI PRIMER DIA DE CLASES

Otro de los hechos de mi infancia que recuerdo muy bien fue mi primera asistencia a la escuela. Mi abuela materna estimaba que su primer nieto debía ser un niño prodigio y quería que yo aprendiera a leer antes de los cuatro años y para ello me matriculó en una escuela de párvulos. En ésta se enseñaban las primeras letras a los niños del vecindario del sector del Almendral.

En mi primer día de clases, pese a la bondad de la anciana profesora, lloré mucho, pues me asusté y mi temor fue en aumento cuando vi que la señora enseñaba a los niños recostada en la cama de su dormitorio. No sé si estaría enferma, pero recordé un cuento que nos había narrado la niñera que nos cuidaba. El cuento era aquel donde un lobo se disfrazaba de anciana y engordaba a los muchachos para luego comérselos; mayor fue mi impacto cuando la maestra nos repartió pastillas. Calculen mi impresión al encontrarme en un caso semejante al del cuento. Junto a los otros niños, y de acuerdo con la narración, podríamos también ser víctimas de la "hambruna" de esta profesora. No esperé mucho rato y, aprovechando el primer descuido, huí a mi casa, que distaba dos cuadras. Mi apresurado regreso provocó gran escándalo en mis padres, pero cuando entre sollozos les referí mis temores, les causé risa.

Otro hecho muy comentado fue cuando regalé la correa que usaba mi padre para asentar la navaja con que se afeitaba. En dos o tres ocasiones, quizás porque debo haberlo molestado mucho, me amenazó con darme algunos correazos con tal correa, si no mejoraba mi conducta. Por ello, cuando una mañana nos sacó la empleada a la plaza O'Higgins, aproveché la oportunidad para sustraer la correa y llevarla a la plaza, donde se la regalé a un cochero que yo consideraba mi amigo. Al día siguiente, al no encontrarla, mi padre provocó un escándalo. La niñera debe de haberle contado lo sucedido, pues no me reprendió ni dijo nada, pero nunca más me amenazó con darme correazos.

MI BAUTIZO COMO BOMBERO

Como he dicho, mi padre era bombero y para los ejercicios de lanzamientos facilitaba uno de los balcones del comedor, que daba a la calle hoy llamada Enrique Deformes. Mi hermano y yo observábamos con curiosidad cómo cada bombero se lanzaba a una lona estirada y sostenida por varios de ellos. La curiosidad se transformó en deseos de hacer lo mismo, hasta que por cansancio logré que el jefe de lanzamiento me autorizara. Mi salto fue espectacular. Cuando me iba a lanzar se me alargó la distancia y se me achicó la lona, pero como estaba resuelto a ello, cerré los ojos y salté. Caí en la lona, el golpe fue bastante duro para mi débil cuerpo, pero nada dije, ni me sobé las nalgas donde había recibido el impacto y menos demostré dolor mientras los bomberos me felicitaban por el valor, pero no volví a pedir autorización para repetir la prueba.

SUFRO UN ACCIDENTE

Los días transcurrieron con una monotonía singular. Como era costumbre, mi madre nos mandaba todas las mañanas a la plaza O'Higgins, a tomar aire mientras en la casa se hacía el aseo. Como nosotros vivíamos frente a esa plaza y

la muchacha que nos cuidaba era bastante responsable, no había peligro alguno. Sin embargo, un día yo me desprendí sorpresivamente de su mano y corrí hacia la casa, tratando de atravesar la calle justamente cuando cruzaba un coche tirado por caballos; una de las ruedas del vehículo me pasó por encima de la rodilla izquierda. Grande debe haber sido la conmoción causada por ese suceso. De inmediato fui llevado al centro asistencial más cercano, el hospital San Agustín, que más tarde fuera el hospital Deformes. Allí me examinaron y determinaron que no tenía nada peligroso ni grave, salvo machucones y algunos rasguños en la pierna, sobre todo en la rodilla, y me despacharon a mi casa. Sin embargo, este hecho tendría repercusiones dos años más tarde, cuando casi perdí mi pierna izquierda.

A los seis años comencé a sufrir un fuerte dolor a mi rodilla izquierda. Mis padres, muy preocupados, me llevaron al médico. Después de muchos exámenes, los médicos expresaron que no tenían otra solución sino amputar la pierna afectada sobre la rodilla, por cuanto en ella tenía tuberculosis y lo que en esos años llamaban "tumor blanco".

Hoy pienso en el dolor que debió producirles a mis padres esta noticia. En las tentativas por mejorarme, me enyesaron la rodilla; yo no captaba lo que ello significaba. Pero sentía una gran desazón, porque me imposibilitaría cumplir mi gran aspiración de llegar a ser militar, deseo que había nacido en mí al escuchar las narraciones heroicas de mi abuelo Francisco y de mi tío abuelo Alejandro Ugarte. Los actos de valor presenciados cuando había estado en la guerra eran contados por mi padrino con gran elocuencia, y yo lo miraba como a un héroe, lo mismo que a mi tío abuelo, que hablaba de batallas en la sierra peruana. La noticia de amputarme la pierna izquierda afectaba mi vocación de ser militar. Esa tragedia me impediría toda posibilidad; con ello se desvanecía para siempre aquel soñado ideal de ser soldado. Recuerdo a mi madre, que permanecía largo tiempo a mi lado, rezando en silencio; así también transcurrían sus tristes pensamientos, lo que percibía en su mirada llena de pena, muchas veces con lágrimas en sus ojos. Ella, como mujer religiosa, pedía al Altísimo ayuda y conformidad en esos momentos. Un día tomó una resolución e hizo una manda a la Virgen del Perpetuo Socorro, prometiendo que si yo mejoraba, y no perdía mi pierna y luego podía entrar a la Escuela Militar, ella vestiría traje color café por espacio de quince años, y yo lo haría por diez años si era civil o dos si era militar, lo que se cumplió plenamente, como se verá más adelante.

El diagnóstico de numerosos médicos insistía en que se debía amputar la pierna cuanto antes, pero mi madre se negaba y mantenía la fe y la esperanza en una recuperación normal. Los médicos, por su parte, advertían el peligro afirmando que ellos no se hacían responsables si no se me amputaba la pierna. Según su diagnóstico, la afección a la rodilla izquierda me iba a corroer todo el cuerpo, quedándome de vida sólo dos o tres años. Sin embargo, mi madre, con una gran fe, seguía pidiendo por mi salud a la Virgen del Perpetuo Socorro. Esa fe en la madre de Dios produjo el milagro repentinamente, cuando se supo que a Valparaíso llegaba un famoso médico alemán que venía desde su patria en un buque de pasajeros. Primero desembarcaría en Buenos Aires, y prestaría sus servicios en esa ciudad, y luego viajaría a Chile por el ferrocarril trasandino, atravesando la cordillera de los Andes y llegando a Valparaíso, donde también atendería profesionalmente. Cuando llegó el cirujano, se abrieron las consultas para las personas que lo habían solicitado y necesitaban de algún diagnóstico especializado. Mi madre consiguió hora y me llevó a su consulta. Como en un sueño aún lo veo, alto, delgado, vestido de negro. Usaba anteojos y se dejaba una barba pequeña.

Después de examinarme cuidadosamente, se irritó y expresó que yo jamás había tenido un "tumor blanco", sino que ello sólo era una hidroartrosis que se había hecho crónica a consecuencia de algún golpe mal cuidado: no me recetó nada más que baños de sol.

El tratamiento duraba dos meses y durante ese tiempo debía exponer mi rodilla al sol hasta por dos horas al día, comenzando por quince minutos. Ese fue el remedio que permitió curarme, pues al cabo de treinta días mi rodilla estaba deshinchada, luego desaparecieron las molestias y mis dolores y nunca más se me inflamó. Estaba sano. Sólo me quedó la rodilla izquierda un poco más gruesa que la derecha. Para el tratamiento se aprovechó que mis abuelos estaban en Curimón y nos enviaron a pasar las vacaciones allí, donde, bajo el control de mi abuela Inés Rosa, tuve que someterme a esa terapia milagrosa.

CUANDO LAS PELICULAS ERAN MUDAS

Se había hecho costumbre que los domingos fuéramos al cine a la matiné. Nuestros padres nos mandaban al cine con el objeto de que no molestáramos a las visitas que iban en la tarde de ese día a tomar el té a nuestra casa.

Yo había perdido el temor a las películas gracias a una máquina de proyecciones que me había regalado mi padre y que funcionaba manualmente. Uno de esos domingos la "nana" Nora nos llevó al teatro Colón (el viejo cine que después fue refaccionado).

Allí la Nora sacó entradas, pero creo que para ahorrarse algo de dinero del que se le daba no compró platea, sino que nos llevó a balcón.

En esos años los cines eran mudos y el pianista tocaba mirando el desarrollo de la película. Había partes en que apuraba la tocata; otras eran lentas.

Subimos los cuatro a las aposentadurías y nos sentamos, mi hermana en las faldas de la Nora. Después ésta fue colocando las mamaderas en la baranda del balcón. Como pequeños, éramos inquietos: a los diez minutos ya estábamos en otros lugares. Con tanto movimiento, zamarreos de la empleada y revueltas en los sillones, sin darnos cuenta volcamos una mamadera y el líquido empezó a caer a la platea.

Pronto se escucharon fuertes gritos de los que estaban allí, al recibir desde lo alto la leche de la mamadera. Con gran rapidez la Nora guardó las mamaderas y nos sacó apresuradamente antes de que encendieran las luces.

Salimos velozmente y muy a tiempo, pues ya habían avisado a la policía. Pero nosotros estábamos a buen resguardo, camino a la plaza O'Higgins, lugar donde la "nana" hizo hora; pero debió gastar el ahorro del cine, pues tuvo que comprarnos unos famosos barquillos que vendían en la plaza, en que el comprador previamente debía jugar en una ruleta colocada en la tapa, girando una flecha y ganando un cierto número de barquillos de acuerdo a lo que ésta marcaba, todo por un valor de diez centavos la jugada.

Al volver a casa llamamos lo del cine, pues la Nora nos hizo responsables a nosotros de lo sucedido y nos amenazó con contar todo si nosotros abríamos la boca. El suceso quedó en el mayor secreto.

LAS VACACIONES

Cuando llegaba el verano recibíamos las visitas de los parientes que venían a pasar unos días con nosotros. Su llegada era agradable; se iniciaban las salidas a la playa. Pero como normalmente el primer día faltaban camas para pasar la noche, los niños debíamos dormir en otra pieza. Mi gran temor era que me quitaran la cama para entregársela a alguna de las visitas. Recuerdo que en esos días me acostaba antes de las seis de la tarde; cansado de jugar, me quedaba dormido rápida y profundamente. De todas maneras me quitaban mi cama, para darla a algún visitante, pero ello se solucionaba al día siguiente cuando nos íbamos a casa de mi abuela.

Nuestros visitantes nos llevaban a la playa, donde, con un traje de baño de color rojo con líneas blancas horizontales, me bañaba en el mar. Los primeros baños los recuerdo con un poco de aprensión, porque me inspiraban mucho respeto las aguas; tenía sólo cinco años de edad. La primera vez que me llevaron al agua me transformé en un energúmeno, defendiéndome de todo el que trató de introducirme en el mar.

Nos encantaban los días domingos, cuando mis padres se reunían con numerosos amigos a tomar té con pasteles. Estas visitas normalmente se quedaban a comer. A nosotros después de la cena nos enviaban a nuestros dormitorios, y ellos permanecían en tertulia hasta tarde. Entre los visitantes había un señor de apellido Prado, de origen peruano, el que en una ocasión llevó de regalo una caja de galletas de chocolate, y nosotros, habiendo observado dónde las guardó nuestra madre, esperamos la llegada del día siguiente y con mis hermanos nos comimos todo el contenido de la caja, lo que nos produjo una indigestión con fiebre muy alta. Nos aplicaron el remedio de esos años, un buen lavado intestinal, y luego nos dejaron dos o tres días en cama. Más que una convalecencia, eso era un castigo.

Más adelante el período de vacaciones varió, pues ya no nos quedábamos en Valparaíso. Las vacaciones las íbamos a pasar a casa de mis abuelos, que habían comprado o arrendado una propiedad en Curimón en el año 1922. Desde aquel año, hasta 1928, fuimos de vacaciones a ese lugar, donde mi abuela reunía a varios niños de otros parientes suyos para que descansaran de la ciudad y respiraran el aire puro del campo.

Fue en uno de esos períodos cuando tuve que estar dos meses con baños de sol por mi rodilla izquierda, lo que tanto bien me produjo.

A todos mis hermanos nos encantaba ir a pasar las vacaciones con los abuelos en la chacra de Curimón, pues allí nos juntábamos con otros niños de nuestra edad. Los abuelos, que eran muy cariñosos con nosotros, no lo eran menos con los otros niños.

En esos días, una vez en la semana comíamos pastel de choclo preparado por la cocinera Aurora, bajo la dirección personal de mi abuela. Para la elaboración todos cooperábamos en traer choclos, en rasparlos y extraer esa masa blanca y dulce que se iba vaciando en una palangana grande que se llenaba lentamente. Venía luego la ceremonia de la preparación. En esos momentos a todos se nos hacía salir de la cocina, quedando sólo la Aurora y mi abuela preparando el famoso pastel. Debo confesar que siempre nos dieron ganas de espiar para conocer cómo se elaboraba, pero lo normal era que, cuando salíamos de la cocina, ya no nos acordábamos de la comida sino de jugar y correr. Sólo cuando, alrededor de las doce o doce y media, se sentía salir del horno el olorcillo dulzón,

era cuando nos presentábamos en la mesa, bien lavados y peinados, como lo exigía mi abuela, esperando el almuerzo, que ella desde la cabecera servía cuando llegaba mi abuelo Francisco. Mi abuela Inés Rosa recibía una gran sopera e iniciaba el reparto de la comida. Normalmente se servía primero una cazuela de vacuno, de cordero o de ave; luego venía el deseado plato de pastel de choclo, que saboreábamos con deleite. Solíamos esperar que nos ofrecieran una segunda dosis antes de que llegara el relleno, que normalmente eran frijoles o garbanzos y una fruta de postre. Al término del almuerzo pedíamos permiso para salir a jugar, lo que era aprobado por mi abuela. Pero jugábamos sólo hasta las tres de la tarde, hora que mi abuela nos llamaba a estudiar. Todos teníamos un cuaderno, un lápiz y un libro de lectura que se llamaba "El Lector Americano". Una prima lejana que estudiaba para profesora se encargaba de aquellas clases veraniegas. Lo primero era la lectura, luego el dictado de palabras sueltas. Quien lo hacía mejor salía de inmediato a recreo, que era prácticamente después de la hora de clase. Al principio no nos gustó el sistema, pero no quedaba más que aceptarlo, si queríamos estar en paz con la abuela Inés Rosa.

Mi abuela, más que por otra cosa, disponía que se efectuaran esas clases para evitar el sol de Curimón. En la tarde hacía mucho calor. Al final de la semana ella solía premiar a aquel que había tenido menos faltas de ortografía. El premio consistía en calugas de manjar blanco. Casi siempre había empate.

EL POLOLEO DE LA MARIA

Habíamos regresado de vacaciones y nos habíamos cambiado de casa, de la plaza O'Higgins a la avenida Brasil. Mi madre, como de costumbre, nos mandaba a la plaza de la Victoria, ahora con la nueva empleada, que reemplazó a la Nora, llamada María, mujer heroica, pues ya todos éramos niños muy "móviles" que tenía ella que controlar para que no nos alejáramos. Sin embargo, la María atrajo a un sargento de la policía de esos años, que primero le cooperaba en el control de los niños, pero luego entró en franco pololeo con la "Mary", como le decíamos nosotros, y para tener bastante tiempo para conversar con la dama buscó un método y ése era el barquillero: lo contrató para que nosotros jugáramos y nos hartáramos de barquillos. El sargento adquirió con nosotros fama de gran hombre. En unas Fiestas Patrias, el sargento nos permitió que fuéramos a jugar a los lugares de entretenimientos que se habían instalado. Como nosotros no teníamos dinero, él nos ofreció darnos para los juegos, a lo que respondimos que eso no era posible, pues nuestros padres se molestarían con nosotros. El "pololo" sacó cuatro pesos y nosotros los rechazamos. Pero mi hermano, mientras le decía que "no era posible", abría sus bolsillos. El sargento le dejó caer los cuatro pesos, diciéndole que la mitad era para cada uno. A fines de ese año el sargento se casó con la María y nosotros quedamos sin la "nana", a la que le habíamos tomado mucho cariño.

EN EL SEMINARIO SAN RAFAEL

Aún sufría con la dolencia a mi rodilla cuando ingresé al colegio "Sara Vives". Todavía no tenía seis años. Allí fue donde aprendí mis primeras letras. En ese año, como estaba afectado por la pierna, los médicos en varias oportunidades

me internaron en el Hospital Alemán de Valparaíso, recibiendo allí las visitas de mis profesoras, amigos y familiares. Especial memoria hago de mi profesora la señorita Raquel, quien durante sus visitas me enseñaba a leer y escribir en una pizarrita. Esta maestra demostraba una gran vocación por la enseñanza y se hacía querer mucho por sus alumnos.

Estaba en ese colegio, en el que permaneci dos años, cuando invité para mi cumpleaños a todo mi curso y a mis profesoras. Mi madre me había autorizado para que llevara a unos diez compañeros, pero yo estimé que podía invitar a más de treinta. Pasó apuros mi madre para satisfacer el apetito de tanto niño; a esa edad no es muy fácil dejarlos satisfechos. Mi abuela me dijo sonriendo que mis compañeros eran una "manga de langostas", pues no dejaron nada en los platos. Ella lo decía en broma, aunque a mí no me hizo mucha gracia que se dijera eso de mis compañeros de curso, pero el respeto a mi abuela no me permitió responder, como fue mi primera intención.

A los ocho años fui internado en el Seminario San Rafael, en primera preparatoria. Allí transcurrió una parte de mi vida escolar amoldándome a una disciplina estricta. Fui un alumno normal. Me destaqué en algunos ramos, como historia y religión, según consta en una revista "Lux" de ese año, donde aparece mi nombre entre los que se hicieron acreedores a recibir distinciones.

MI PRIMER "BAUTIZO DE FUEGO"

Era normal en el seminario que después de almuerzo o comida tuviéramos una hora de recreo que llamábamos "recreo largo", momento que solíamos reunirnos en el polígono. Allí en varias ocasiones abrimos la tapa de un cauce que había en ese lugar y nos íbamos introduciendo de a uno. Después de recorrer dos o tres cuadras por este túnel llegábamos al gran cauce de la avenida Argentina, que daba a la calle Colón, por donde salíamos subiendo por una escala fija. En ese lugar estaba instalada una pastelería donde nos comíamos un "berlín" (una masa de harina en forma de bola con dulce de durazno en su interior) y bebíamos una "aloja de culén", bebida que posteriormente desapareció. Esto lo repetimos varias veces, hasta que un día nos sorprendió el R.P. Marambio, quien nos devolvió al seminario y todos fuimos sancionados. Los más pequeños sólo recibimos una reprensión.

También otras veces subíamos al cerro frente al polígono hasta llegar a la muralla divisoria con la calle del cerro. Buscábamos la parte por donde la podíamos saltar para ir al almacén de una italiana muy joven y cariñosa que nos vendía cigarrillos marca "Negro Bueno". En otras ocasiones el punto de reunión era la caseta de los marcadores de los blancos para los tiradores; desde allí solíamos dispararles a los pájaros con hondas, con las que en alguna ocasión se nos desvió la puntería y rompimos más de un vidrio en lugar de matar pájaros.

Un día que habíamos atravesado la muralla del cerro, a comprar cigarrillos, mis compañeros me dejaron solo, creo que por descuido o broma de los mayores. Fue una odisea regresar y llegar al patio principal, pues debía atravesar la cancha de tiro, donde ese día había instrucción. Los proyectiles pasaban por encima del camino que debía seguir, no quedándome otra solución que arrastrarme unos cien metros, que fueron para mí cien kilómetros. Tan apegado al suelo lo hice, que nadie observó mi movimiento. Cuando llegué al patio principal, el R. Padre Pedro del Río me llamó la atención, pues estaba inmundo y con los zapatos

pelados en sus puntas. Le dije que me había caído en el cerro, cuando disparaban. No sé si me creyó, pero me mandó a lavarme y a limpiarme los zapatos.

Ese fue mi primer "bautismo de fuego".

También en ese mismo lugar del polígono solíamos reunirnos a fumar. Como no estaba acostumbrado, con el primer cigarrillo que fumé me dieron náuseas y mis compañeros imaginaron que me había enfermado de otra dolencia, por lo cual nos llevaron a la enfermería, que era atendida por el Rvdo. Padre Molina, quien, después de un breve examen, cayó en cuenta de dónde venía mi problema y me dio una seria reprimenda, y se me pasaron todos los malestares.

CAPITULO II

NOS MUDAMOS A QUILLOTA

Aún no cumplía yo los diez años cuando mi madre se enfermó y recibió la recomendación médica de someterse a un cambio de clima. Por eso nos trasladamos a vivir a Quillota, en una quinta que había comprado mi padre en calle Pudeto N° 940. Como la casa era antigua, para darnos comodidad mi padre previamente la hizo arreglar y modernizar, y la llamó "Villa Avelina", en honor a mi madre.

Ese año mis padres resolvieron que continuara mis estudios en el seminario, hasta terminar el curso, pero como no me acostumbraba a estar lejos de mi familia, fui retirado de ese colegio e ingresé a fines de año al Instituto de Quillota, como se llamaba en esos años. Este era un establecimiento dirigido por Hermanos Maristas, excelentes maestros que le daban mucha importancia al aspecto disciplinario y a la formación moral de los jóvenes.

Entre los alumnos había algunos muchachos de mayor edad que se desplazaban a caballo desde el pueblo cercano Boco, donde vivían, al colegio en Quillota. Se les veía llegar al galope por la calle Santa Isabel, levantando una polvareda enorme, y al llegar al Instituto paraban sus caballos y luego descendían amarrándolos a la vara que había en esa calle, al costado del colegio. Normalmente entraban a clase produciendo un gran ruido con sus espuelas.

Con nuevos amigos quillotanos y alumnos vecinos salíamos a excursiones los días sábados, domingos y festivos. Ibamos al cerro Mayaca o al puente del río Aconcagua, y más de una vez nos bañamos en la poza que dejaba el río al costado este del puente. Cuando lo supo nuestra madre nos prohibió terminantemente bañarnos allí, pues todos los años se ahogaban personas a consecuencia de un remolino que producía la corriente. La orden no siempre se cumplió como ella quería, pero al menos fue un freno a nuestros impulsos juveniles.

Para encauzar nuestra afición a la natación, mi padre hizo construir a fines del año una pequeña piscina donde nos bañábamos. Pronto esa piscina fue lugar de reunión de nuestros compañeros de curso y mi madre se las veía "verde" cuando tocaba alimentar el grupo de niños que se habían quedado toda la tarde, los que nos consumían con entusiasmo el pan, el queso y la mantequilla. Todos estábamos en la edad que se come sin quedar jamás satisfecho.

En una ocasión que habían regado y se había formado un charco con barro, mi hermano y yo nos pusimos a jugar en él, ensuciándonos totalmente, motivo por el cual mi madre consideró que debía castigarme y para ello tomó una escoba que había cerca del lugar donde nos encontrábamos, y la giró sobre

su cabeza con la intención de darme algún escobazo por las nalgas. Rápidamente yo la eludí y corrí hacia el fondo de la quinta, donde había un parronal muy alto. De repente una abeja se paró en mi cuello y me picó fuertemente, produciéndome un intenso dolor que me obligó a detenerme y gritar pidiendo ayuda.

Mi madre, a su vez, también se detuvo, dejó la escoba apoyada en una pilastra del parrón y se acercó diciéndome que ese era castigo de Dios por desobediente, mientras con todo cuidado me extraía la lanceta del cuello, lo que me alivió el dolor. Me hizo un masaje con su mano y cuando vio que todo había pasado se acercó al pilar del parrón y, antes de que yo escapara de nuevo, me propinó el escobazo que le debía.

EL COLEGIO DE LOS PADRES FRANCESES

Después de más de dos años de vivir en ese hermoso pueblo, hoy una ciudad floreciente, regresamos a estudiar a Valparaíso en el mes de marzo, motivo que llevó a mis padres a cambiarnos del colegio de los Hermanos Maristas a los Padres Franceses en Valparaíso, que era el colegio más próximo a nuestro domicilio. Aún no nos trasladábamos a Valparaíso, y mientras ello sucedía yo estaba obligado a viajar diariamente con mi padre a las siete de la mañana en tren y regresar en la tarde. Como no podíamos retrasarnos, nos levantábamos a las cinco y media de la mañana, con lo cual se me creó un hábito que he mantenido de por vida; sin embargo, en esos años recuerdo que mi falta de sueño hacía que me durmiera de pie. Siempre llegué puntual al colegio de los Sagrados Corazones. Han pasado los años y siempre he guardado gratos recuerdos de ese colegio, donde recibí excelentes enseñanzas de profesores de la calidad del Padre Gildas, Santiago Urenda, Augusto Salinas, Ramón Tobar y otros para quienes sólo tengo palabras de afecto y gratitud. En los viajes de Quillota a Valparaíso me hice amigo de quien más tarde sería un camarada de las Fuerzas Armadas, el Vicealmirante Ismael Huerta. El subía en Quilpué y nos bajábamos en el paradero Bellavista, y en la tarde hacíamos el viaje a la inversa.

Entre mis profesores recuerdo al padre Gildas por su acendrado amor a Francia y su "persecución" permanente a los descendientes de alemanes. Para dar un toque de justicia a las medidas que tomaba, cuando quería castigar a algún hijo de alemán, era seguro que previamente sancionaba a los que teníamos apellido francés, como Malharé, Salahué y Pinochet, para luego volver toda su artillería contra los "prusianos", como los llamaba, y aplicarle alguna severa sanción. Como conocíamos su debilidad, solíamos consultarle alguna materia sobre Napoleón I y sus conquistas. Ello motivaba una larga explicación en nuestro beneficio, ya que así no sólo acortábamos la hora de clases, sino que no nos daba tarea para la casa.

En una oportunidad, entre los compañeros de doce o trece años de edad formamos un club de box. Juntamos dinero y compramos guantes de boxeo. En las tardes nos reuníamos en mi casa, en un piso que estaba desocupado, y allí nos golpeábamos duro y parejo. Entre ellos estaban Gerardo Pérez, Fabio Vio, Rolando Garay, Marcelo Malharé, Rosenkranz y varios otros compañeros.

La cosa estuvo bien, pero era tal la algazara que armábamos, que el vecindario se quejó a mis padres y éstos, a su vez, nos prohibieron que continuáramos con este deporte.

Ante esta situación, y con el deseo de practicar este deporte, optamos por ir al Coliseo Popular, donde "enseñaba" el profesor Salas, que no tenía metodolo-

gía ni sabía pedagogía; y la clase consistía en golpearlos y machacarnos duro y parejo. No dio resultado tal enseñanza, y el club terminó vendiendo los guantes al mismo profesor Salas que, como tenía una academia, nos pagó los guantes con clases de box a la que sólo asistimos una vez.

MI PRIMER CONTACTO CON LOS POLITICOS

El mundo vivía una fuerte crisis económica en el año 30, de la que Chile no escapaba y que tenía como consecuencias una serie de trastornos. En esos días de mediados del año 1931 se produjo la caída del entonces Presidente de Chile, General Carlos Ibáñez del Campo, lo que trajo una serie de trastornos políticos en el país, que se tradujo en una seguidilla de Jefes de Estado. A mí esa situación me produjo fuertes emociones, pues oía comentarios calumniosos contra los militares. Quienes los hacían fueron los mismos que años más tarde propusieron la candidatura del General y obtuvieron para él la Presidencia de la República; pero en los años de la caída de Ibáñez le achacaban todo lo malo.

En esos días del año 1931 visité una casa ubicada en calle de la Victoria, frente al Parque Italia, y allí tuve el primer contacto con los políticos, pues un amigo y compañero de curso nos dio el dato de que esa casa era del Partido Conservador y que a los que allí iban se les atendía muy bien. Les daban unos emparedados exquisitos, bebidas gaseosas y hasta dinero para gastos de locomoción.

Una tarde fuimos al famoso club político. Unos señores muy atentos nos convidaron a tomar el té y nos obsequiaron unos panecillos con mantequilla, queso y jamón, acompañados de refrescos y unas tazas gigantes con café con leche. Se comprenderá que a esa hora todos andábamos con apetito. No escuchábamos: comíamos.

Sin embargo, después de la colación nos invitaron a escuchar a un señor que daba una conferencia, y así lo hicimos. Allí se habló contra Ibáñez, y contra otros que habían actuado en el gobierno, en especial contra don Arturo Alessandri, y se expresó que el país estaba destruido por la anarquía y que el único salvador era el señor Juan Esteban Montero.

Ninguno de los muchachos que allí estábamos tenía derecho a voto, y de lo que se habló bien poco entendimos, pero al término nos señalaron que debíamos mantenernos cerca del compañero que nos había llevado y estar atentos para cuando nos llamaran.

Pronto llegó la hora de "pago" del emparedado y de las bebidas y fue cuando vino la campaña presidencial en la que participaron Alessandri y Montero. Nosotros éramos muchachos que, sin entender jota de política, y sólo por travesura, habíamos concurrido a ese local. A los que tomaron el asunto más en serio les costó un poquito caro: en esos años más de alguno de mis camaradas recibió alguna pedrada o algún botellazo de los contrarios, es decir, de los alessandristas, o quedaron afónicos por varios días por los gritos que tuvieron que lanzar durante las concentraciones. En realidad esta primera experiencia política fue más desagradable que atractiva.

UN PERFUME MUY ESPECIAL

En esos años, mi abuela y mi abuelo volvieron de Curimón y se quedaron viviendo en nuestra casa en Quillota. Yo tenía 13 años. Normalmente mi padre nos

mandaba los sábados a estar junto con los abuelos, para lo cual nos hacía comprar pasaje para el tren de un cuarto para las tres, para llegar a la Estación de Quillota después de las dieciséis horas.

Para comprar el pasaje de este viaje, nuestro padre nos entregaba a cada uno 5 pesos. Esta suma nos alcanzaba para cancelar el pasaje de ida y regreso en primera clase, pues valía \$ 4.40, sobrándonos sesenta centavos que guardábamos cuidadosamente; pero luego mi hermano y yo resolvimos viajar en tercera clase, que por el mismo recorrido valía \$ 2.40, con lo cual nos ahorrábamos 2 pesos y sesenta centavos.

En una oportunidad en que tuve que viajar solo, por estar enfermo mi hermano, subí al tren en un carro de tercera y, mientras me encontraba contemplando el mar y los buques surtos en la bahía, sentí que un individuo se dirigía a mí y, en tono respetuoso me decía:

—Señor, veo que usted está mirando mi buque, que es ése (y me mostró un gran barco). Allí es donde ando embarcado.

—¿Cuál? - le pregunté con curiosidad.

—Ese con bandera italiana. ¿No la ve? Asentí, aunque poco entendía yo de banderas, pero me agradaba la cortesía con la cual me trataba aquel individuo.

—Caballero, —me dijo— usted con seguridad va a visitar a algún pariente de alta alcurnia y por ello es que me atrevo a ofrecerle este exquisito perfume italiano. Yo lo uso en el pañuelo y puede usted comprobar su fragancia.

Y rápidamente sacó el pañuelo desde un bolsillo interior y me hizo oler su pachulí, que en realidad era agradable.

—¿Y cuánto vale el perfume? —fue la pregunta de mi perdición.

—Tiene un valor de tantas liras, que corresponde a más o menos ocho pesos chilenos.

—Yo no tengo tanto dinero.

—Pero me parece que usted es una persona que desea quedar bien con algún ser querido, yo lo comprendo y lo dejaría a menor precio.

Regateamos un rato, y finalmente él se quedó con los dos pesos sesenta centavos, es decir con todo mi ahorro, que ahora pasaba a manos del italiano o que se hacía pasar por tal. A cambio de ello me entregó el frasco a hurtadillas y se fue muy de prisa, bajándose del tren cuando ya estaba en marcha.

Viajé todo el trayecto con el frasco cuidadosamente envuelto en el pañuelo para aprovecharlo si se llegaba a derramar. Llegué a Quillota y luego a donde mi abuela Inés Rosa, que como siempre nos esperaba con todo cariño y con un exquisito té con pan amasado, torta y golosinas.

Después de tomar el té, apresuradamente, me fui al fondo de la quinta y saqué mi tesoro, abrí la envoltura con sumo cuidado y quité la tapa, pero cuál no sería mi rabia y mi impotencia al comprobar que el famoso líquido perfumado olía a amoníaco, fétido y putrefacto. Lo lancé lejos y regresé a casa muy fastidiado. Por supuesto, no le conté a nadie el engaño sufrido.

Han pasado los años y mi desconfianza crece cuando me tratan de engañar. En tal caso, siempre recuerdo el cuento del "italiano" y desconfío sobre todo cuando quien me ofrece algo hace rápidas concesiones del valor o emplea palabras melosas para la venta.

CAPITULO III

EN LA ESCUELA MILITAR

MI INGRESO

Jamás llegué atrasado al colegio, pues nuestro padre era muy estricto en cuanto a la puntualidad y nos inculcó ese espíritu. Pero en las tardes, antes de entrar a clases a las catorce treinta, con un grupo de muchachos nos reuníamos en una confitería al costado del Teatro Victoria. Allí conversábamos sobre diferentes temas y cambiábamos ideas de todo tipo o algún rumor que circulaba por la ciudad. Hasta llegamos a pensar en formar un grupo artístico con el que recorreríamos el país presentando la zarzuela "Marina". Ilusiones de gente joven. Varias veces fuimos a ensayar a un teatro casi abandonado que estaba en la avenida Argentina. Pero, para mí, tales ensayos no pasaron de eso, y quienes actuaron sufrieron un lamentable fracaso.

Unos años antes de ingresar a la Escuela Militar, mi padre accedió a mi petición de iniciarme en el arte de la esgrima y tomé clases con un profesor de apellido Bravo, maestro de armas, que me enseñó el combate con sable. Esos conocimientos más adelante me servirían en mi carrera de las armas.

En esos años por tres veces me presenté a la Escuela Militar. La primera vez en 1931: me rechazaron por mi poca edad; la segunda, en 1932, porque estaba muy débil a consecuencia de mi etapa de crecimiento, y en la tercera finalmente quedé admitido. Era el año 1933.

El año anterior a mi ingreso a la Escuela Militar había muerto mi abuela doña Inés Rosa Martínez Bravo, a quien yo quería mucho y de quien sólo recuerdo caricias y afecto. Con su fallecimiento perdí el contacto con mi abuelo político; lo busqué sin resultado. Sólo después de varios años vine a saber de él y de su deceso en la localidad de San Pedro, cerca de Quillota, lugar donde había comprado una quinta para dedicarse al negocio de las flores, cultivo en el que era especialista y en el que al parecer le había ido muy bien.

Al ingresar a la Escuela, mi gran temor era que no fuera a responder mi pierna a los esfuerzos y ejercicios bruscos; pero en la Escuela pude comprobar que mi recuperación había sido total y mi pierna izquierda estaba normal, pues pude correr y saltar sin problemas. Me fue posible incluso hacer deportes y realizar ejercicios militares de largas marchas. La curación había sido completa, pues nunca más volví a sufrir dolencia alguna de mi rodilla; sólo con el correr de los años tuve pequeñas dolencias en ambientes de baja temperatura.

Cuando salí de la Escuela Militar, en 1936, mi madre aún cumplía la promesa de vestir de café y yo en ese año entraba a cumplir con lo prometido, vistiendo de café por dos años. En enero de 1937 fui a la Iglesia que hay en Blanco Encalada, al oeste del Club Hípico, e hice poner una placa recordatoria a la Virgen del Perpetuo Socorro, expresando mi reconocimiento por el milagro que había hecho conmigo. Allí está presente mi gratitud.

Creo que cuando ingresé, como cadete a la Escuela Militar, a ese vetusto edificio de la calle Blanco donde se inculcaban el amor a la Patria y el cumplimiento del deber, fue uno de los momentos más felices de mi vida.

Después de dar las pruebas y cumplir con todas las exigencias a que fui sometido a principios de enero, a mediados de febrero de 1933 recibí la comunicación telegráfica de mi aceptación. Debía presentarme el día 3 de marzo de 1933. La alegría me embargaba totalmente, pues con ello se cumplía mi gran aspiración.

Viajé con mi madre desde Valparaíso el día anterior al ingreso. Ella al día siguiente me acompañó hasta la amplia mampara de la entrada a la Escuela, que en esos momentos me pareció inmensa. Lo primero que vi al llegar fue un reloj enorme que marcaba el tiempo por el que se regía toda la Escuela. Algunos cadetes antiguos contaban que se había expulsado a un alumno por llegar a una recogida justo cuando el reloj marcaba la hora fijada para el ingreso al establecimiento. Eso quería decir que había que regresar por lo menos un minuto antes de la hora fijada.

Tan pronto me entregó mi madre a un oficial de la Escuela, me hicieron formar y me ubicaron en las filas, expresándome que siempre que se formara ése sería mi puesto, hasta que no se me cambiara de lugar. Luego nos llevaron al almacén de vestuario y equipo y allí nos vistieron con ropa de loneta blanca, ancha, dura, y pantalones cortos amplios, y quedamos con nuestro propio calzado hasta el día siguiente, cuando nos entregaron los botines militares de una pieza con elásticos a los costados.

Todos aceptamos con buen humor la ropa que nos habían entregado, la que nos quedaba no sólo amplia, sino con la holgura de los ensacados. Luego pasamos a recibir nuestra "ropa blanca". Para ello extendimos una frazada en el suelo y allí fuimos depositando las camisas, camisas de noche, sábanas, fundas, etc. Con este enorme bulto se nos llevó trotando hasta el segundo patio, donde entregamos las especies en la ropería. El oficial a cargo leyó una lista y me asignó el N° 197, número con que debía marcar toda la ropa de uniforme, las frazadas, la gorra de servicios, etc., y que fue el número que tuve hasta mi ingreso al Curso Militar.

Cuando llegó la tarde estábamos extenuados y nos dolían todos los músculos. Sin embargo, nadie se quejó y todo lo soportamos felices al comenzar a templar nuestro cuerpo y a forjar nuestro espíritu militar.

Los veinte primeros días fueron los más duros que he pasado en mi vida. La instrucción militar se iniciaba a las siete de la mañana y terminaba a las nueve de la noche. Quedábamos extenuados. Sin embargo, pronto comenzamos a notar que todos los ejercicios se iban haciendo más sencillos y el cansancio de los primeros días disminuía.

Con el ingreso a la Escuela Militar perdí el contacto con mis amigos de Valparaíso: Gerardo Pérez, Oscar Cristi (éste último ya había ingresado a la Escuela de Carabineros), Jaime Tomás, René Olivares, Jimmy Braun y tantos otros más, de los que guardo un recuerdo muy grato.

En mis primeros días en la Escuela Militar, más de alguna vez en las noches derramé una lágrima acordándome de mi madre o de mi casa; pero el cansancio y el agotamiento que teníamos debido a las actividades del servicio diario nos hacían olvidar todas las comodidades propias del hogar y apoyábamos la cabeza en la almohada y nos quedábamos dormidos al instante. En esos días nos absorbían por completo las tareas que nos exigía la Escuela. En este primer año, como recluta, sufrí como todos los cadetes nuevos el abuso de los antiguos o de los brigadieres que nos obligaban a limpiar zapatos, a barrer las salas de clases, a limpiar las llaves de bronce y mil actividades que no estábamos acostumbrados a realizar en nuestros hogares y menos en el colegio. Pero jamás salió de nuestros labios una queja. Era una prueba que debíamos aceptar y la acatábamos con buena voluntad.

Después de almuerzo y comida había una hora de casino, durante la cual los muchachos conversaban, reían, se imponían de las noticias, fumaban, jugaban al billar, se escribían cartas a los padres y se realizaban otras actividades semejantes. Esos momentos eran de solaz, pero a los reclutas normalmente se nos llevaba al disciplinario, donde se ocupaba ese recreo como hora de sanciones o de ejercicios por estar retrasados en instrucción o por haber incurrido en faltas, muchas veces involuntarias, o bien cometidas por ignorancia.

La instrucción militar duró más de 30 días. Consistía sólo en ejercicios, gimnasia, tiro y conocimientos militares. Al término de esos días se iniciaron las clases. Eran los primeros días de abril. La instrucción militar se redujo a las tardes, y se pasó a la teoría, lo que se hacía en forma paralela a las clases humanísticas normales.

CADETES Y PROFESORES

Los profesores de la Escuela Militar tenían fama de severos y de ser excelentes pedagogos, sobre todo algunos con muchos años en el establecimiento. Sin embargo, llegaron ese año dos profesores nuevos que desde la primera clase se mostraron un tanto débiles, lo que se prestó para que el cadete más antiguo abusara de ellos y los demás se aprovecharon para faltar a clases, haciéndose pasar por enfermos, mientras daban por ellos las excusas otros.

Así el jefe de curso, que era un cadete del año anterior, repitente por enfermedad, cuando daba cuenta le decía a estos profesores: "Falta el Cadete Gómez de guardia en la recámara" (pieza del fusil), o decía: "Cadete Pérez en entrevista con el Sr. Schneider" (cañón de artillería). La cosa no andaba mal, hasta que un día el profesor llegó con el oficial de servicio y la cuenta fue otra. El profesor preguntó: "¿No hay nadie de guardia en la recámara?", a lo que el oficial de servicio se limitó a señalarle que después de clases hablaría con el jefe de curso.

Al día siguiente teníamos otro jefe de curso. El anterior fue sancionado con dos domingos sin salida, por engañar a un profesor.

De esos años guardo el recuerdo de algunos profesores que mostraban algunas características muy particulares.

Uno de ellos era un distinguido abogado cuyas clases las desarrollaba con gran monotonía. Era difícil no quedarse dormido durante su exposición. A Tal profesor le pusimos varios sobrenombres, tales como "Sueño Chino", "Dominal", "Adelina", toda farmacopea destinada a producir sueño.

Durante la primera prueba que nos hizo, escribió en el pizarrón el enunciado del tema y comenzó a leer el diario. Ante tal facilidad, todos nos pusimos a

copiar a nuestro regalado gusto. Tan pronto sonó la campana, nos levantamos y entregamos las pruebas y salimos a recreo felices del buen éxito que tendría el tema.

Pasaron los días y pensábamos en las notas excelentes que tendríamos. Sin embargo, cuando leyó las notas, comprobamos amargamente que eran tan bajas como el peor trabajo y, mientras las entregaba, les decía a los cadetes: "no sabe ni copiar"; a otros: "usted copia con falta de ortografía"; a otro: "confundió la hoja y copió un tema que no corresponde"; en fin, nadie quedó sin una crítica mordaz.

Cuando salimos de clase todos nos preguntamos cómo lo hacía, pues si estaba leyendo el diario no podía haber observado nuestra actividad copística.

Con esa inquietud nos reunimos varios alumnos para comentar nuestro fracaso. Suponíamos que tenía algún espejo o que nos veía por el reflejo de los vidrios de las ventanas, lo que era casi imposible. Un cadete más antiguo y de otro curso nos explicó cómo se las arreglaba el profesor para vernos. El nos informó que ese profesor hacía un pequeño orificio en el diario y por ahí observaba toda la actividad del curso.

Decidimos por unanimidad "cambiarle el diario". Constatamos que leía "El Diario Ilustrado". Cuando llegó la oportunidad del próximo tema compramos un periódico y lo doblamos como él acostumbraba y en el primer descuido se lo cambiamos. Pero ese día no leyó el diario; en cambio se paseó toda la hora por el curso sin dejamos copiar ni un instante, y cuando llevábamos como 10 minutos de prueba, ordenó sacar los libros y cuadernos de la asignatura y dejarlos en el piso al lado derecho del banco, con lo cual nos desarmó totalmente. Desde entonces optamos por lo más seguro: "estudiar", y no pensar más en triquiñuelas que no sólo nos podía resultar un tiro por la culata, sino que además hacernos caer en sanciones disciplinarias.

Los alumnos por lo general sufrían la mezquindad de la nota, pues los profesores eran demasiado severos, tanto en el control de la pureza en los trabajos, como también por la habilidad para sorprender a los que le querían "copiar". Cada profesor creaba un santo temor. Pero como eran buenos profesores, no nos quejábamos.

En una ocasión el curso se dio cuenta de que un profesor no anotaba la materia de rutina y tomó el acuerdo de preparar sólo un tema básico; cuando llegara el momento de entregarlo, lo cambiaríamos, ya que en los enormes bolsillos del capote era posible llevarlo desarrollado y reemplazarlo en el momento de dejarlo en el escritorio del profesor.

Tal como se pensó se realizó. Esa tarde celebramos en el casino la genial idea que había tenido un cadete con apellido francés, pero que en realidad era árabe.

Llegó el día de entrega de las notas del tema corregido, sobre el que el profesor expresó que estaba muy contento por el conocimiento que demostraban los cadetes sobre la materia interrogada. Tuvo varias otras expresiones estimulantes. Pero como había muchos alumnos que no habían alcanzado a desarrollarlo bien, en esa clase se iba a repetir el mismo tema. Nuestra sorpresa fue mayúscula y el desarrollo del tema evidenció nuestro desconocimiento casi total, pues lo que recordábamos no era ni la cuarta parte de lo que habíamos desarrollado antes.

En resumen, nos dio una buena lección. En lo sucesivo jamás dejó de anotar en el libro de clases los temas que preguntaba, y las notas que obtuvimos en esos meses no subieron del 3 para el curso.

Nuestra venganza no se dejó esperar, y como le decíamos "Foyequé", que era un auto viejo y pasado de moda, cuando teníamos clases con él le colocábamos en la puerta o en el escritorio una patente de vehículo. Jamás se dio por aludido, pero luego sufríamos siempre la misma baja nota y teníamos que estudiar mucho para no salir mal a fines del año.

Con otro profesor sucedió lo siguiente. Antes de que entrara a la sala de clases, el jefe de curso nos ordenó colocarnos al costado del banco, para darle cuenta al señor profesor. De pronto se escuchó una fuerte voz que salió desde un costado, que dijo "Catero", que era el sobrenombre que le daban los cadetes y él lo sabía.

Se produjo un gran silencio en la sala. El profesor salió del curso esperando encontrarse con el que lo había insultado desde afuera, pero nuevamente la voz misteriosa gritó dentro de la sala: "Catero". Se produjeron risas contenidas entre los cadetes y la pregunta del profesor tronó dentro de la sala: "¿Quién habló sin permiso?" Nadie respondió. Nuevamente preguntó, y silencio. Vino enseguida la amenaza, indicando que daría cuenta del hecho para que sancionaran colectivamente al curso, que era el castigo que más se odiaba, pues así muchos, sin haber hecho nada, recibían una sanción disciplinaria. Preguntó por última vez, y apareció el cadete Muñoz, que dijo: "Yo fui, señor". El curso esperaba el estallido de enojo del profesor, pero nada sucedió, sino que exigió: "sígueme", y lo llevó ante el oficial de servicio, con quien regresó a los pocos momentos. Este le dijo al curso que el cadete Muñoz estaba arrepentido y que le iba a dar una explicación pública al profesor. Todos esperamos conocer esa explicación, que comenzó así: "Usted sabe, señor, que yo jamás me atrevería a decirle "Catero", pues usted no es "Catero", sino nuestro querido profesor a quien nadie le dice "Catero", además si yo dije o le llegara a decir "Catero" sería porque escuché en el patio "Catero" y yo lo expresé en clase "Catero", pero sin dirigirme a usted que, como "Catero", creo, etc..." Aquí el profesor lo detuvo y le dijo que terminara, que estaba muy bien y que le aceptaba las excusas y lo mandó a su puesto para iniciar las clases. Pasaron así tres semanas y Muñoz no era interrogado. Cuando llegó el final del bimestre, el cadete Muñoz fue interrogado de toda la materia y no pasó del 1,5 y nadie podía decir nada, pues le preguntó sólo lo pasado en el bimestre y, como era de esperar, no sabía gran cosa. Caro le costó el haber dicho "Catero", pues durante la interrogación le decía "lo voy ayudar", y seguía preguntándole donde ya había acusado más ignorancia. Desde entonces nadie más dijo "Catero", pues la medida del maestro causó efecto y si alguien lo decía, lo hacía en voz baja.

El profesor de Castellano era un personaje excelente, pero con un ego mayúsculo. Su voluminosa conformación física no era compatible con los sonetos de Valle Inclán, que hacía leer una y otra vez, solazándose con ello.

Con esa contextura tan gruesa se atrevía a contarnos numerosas aventuras, en las que, pese a no cuadrar con su volumen, resultaba él siempre el héroe. Una por la que se entusiasmaba muchísimo es la siguiente: cuando en el año 1931 hubo cargas de caballería por la Alameda, "él se encontraba presente". En una de estas embestidas cuando uno de los escuadrones pasó cerca de él, se tuvo que subir a un banco para no ser arrollado. Por suerte el oficial que mandaba la carga había sido alumno suyo y, al verlo en esa situación, desvió su cabalgadura para gritarle "a la grupa, Pancho", y él logró subir al anca y salir del atolladero.

Las carcajadas contenidas de los alumnos eran acompañadas de capciosas preguntas. ¿Cómo se las había arreglado para subir sus 120 kilos de un salto? El respondía que pese a sus kilos era muy ágil y que, además, todos los días

corría alrededor de la Elipse del Parque Cousiño (hoy Parque O'Higgins), para mantenerse en forma.

En todas estas exposiciones y preguntas pasaba la hora. Lo curioso era que cuando llegaba el período de los exámenes preguntaba materias que nunca había pasado, pero que estaban anotadas en el libro de clases. Eso era lo más "divertido" de todo, pero la gran pena para nosotros era que corríamos el riesgo de salir reprobados.

PRESENTACION EN EL CONGRESO Y PRIMERA SANCION DISCIPLINARIA

En los primeros días de mayo se corrió la voz entre los cadetes reclutas de que aquellos que estuvieran más avanzados en instrucción de manejo de fusil serían seleccionados para participar en la formación del 21 de mayo, cuando el Presidente don Arturo Alessandri leyera a la Nación su Cuenta Anual sobre la marcha del país.

Desde ese mismo día nos esmeramos en practicar dos cosas, el paso regular y el manejo del fusil. Yo tuve la suerte de ser seleccionado y formé para el día señalado. Creo que sólo la fuerza de voluntad nos ayudó a mantenernos erguidos y soportar el casco con penacho, que nos parecía que pesaba más de mil kilos, pero la mayor parte resistió las 4 horas que habló el señor Presidente. Al regreso a la Escuela de ese día se nos premió con una salida especial para ir a alojar a la casa del apoderado.

Poco a poco nos íbamos acostumbrando al estricto horario de actividades que se daba a conocer por la Orden del Día. Los días transcurrían sin más novedad que la preocupación por sacar buenas notas, y no cometer faltas para salir el domingo o el sábado en la tarde. Uno de esos sábados fui llamado por un brigadier para que le limpiara los zapatos y me negué a hacerlo, por lo que fui llevado a presencia del oficial de servicio, diciéndole el brigadier que no había cumplido una orden, pero sin especificar cuál había sido esa orden. Por ello fui sancionado con cuatro domingos sin salida. Recuerdo que le expliqué esta situación a mi apoderado, el capitán Portales, quien me respondió: "Tú debías haber cumplido la orden y después reclamado". Sana experiencia para un novato.

MI PRIMERA SALIDA

El Teniente jefe de curso que nos recibió y fue nuestro instructor era José Estrada, hombre justo y ecuánime con sus subalternos. A este oficial lo encontré más adelante en el Regimiento Maipo y posteriormente lamenté mucho su fallecimiento. Sucedió cuando realizaba el curso de Estado Mayor en la Academia de Guerra, a consecuencia de una apendicitis mal tratada. Nuestro Comandante de la Compañía era el capitán Oscar Zagal Von Benewitz, persona agradable a quien los muchachos admirábamos mucho por la corrección en llevar el uniforme, por sus formas militares y su señorío en la presentación ante los cadetes.

Desde el primer momento, en la Escuela se inculcaba el orden, el aseo y la presentación personal. Mi primera salida fue un premio otorgado por el capitán Zagal por cumplir una lección de tiro al blanco con cinco famas. Pero como yo no tenía uniforme, se dispuso que el almacén general de vestuario y equipo me facilitara las especies de vestuario para salir a la calle; mi presentación debo confesar

que fue desastrosa, pero me sentía feliz vistiendo el uniforme militar y creía que lo hacía de maravillas.

Poco a poco nos fuimos adaptando hasta presentarnos intachables a las revistas que efectuaban los oficiales de semana a los cadetes de la compañía. También en esos días fuimos seleccionados, por diferentes condiciones físicas, para pruebas atléticas y ejercicios, y con ese grupo de jóvenes nos hicimos grandes amigos y excelentes camaradas, amistad que no sólo duró el período de la Escuela, sino que se prolongó cuando ya éramos Oficiales.

A mí se me incorporó al equipo de lucha romana y también quedé seleccionado en el equipo de tiro de la Escuela Militar.

COMBATES EN LA PLAZA BRASIL

La plaza Brasil era el lugar donde casi todos los domingos se armaban broncas entre jóvenes civiles y cadetes de la Escuela, normalmente por alguna dama. No siempre salíamos bien parados de estos combates cuerpo a cuerpo con esos agresivos jóvenes que se decían antimilitaristas. Por razones de orden la Escuela prohibió la asistencia a este lugar. Lamentablemente, mi apoderado vivía en Catedral 2012, a una cuadra de esta plaza. Cuando informé de ello al Teniente Estrada, éste me ordenó que hiciera un rodeo a la llegada y a la salida de la casa del apoderado, sin pasar por la plaza, lo que cumplí sólo por ser una orden. Pero en más de alguna ocasión estuve tentado por pasar por aquella plaza, donde esperaba tener algún combate, pero sabía que posteriormente me significaría una sanción disciplinaria, por haber sido advertido.

LA VIDA DE UN CADETE

Esos años fueron de estudio, de ejercicios físicos y marchas que realizábamos los días sábados a La Contadora, que quedaba al costado sur del cerro San Cristóbal. Alternábamos momentos de alegría y de tristeza. Al final del año la Escuela viajó al sur en un tren especial hasta Puerto Montt. Luego se nos despachó con vacaciones. Como los cadetes no podían sacarse el uniforme, se nos entregaron dos blusas blancas. Habíamos recibido la nominación para pasar a segundo año; así, de "cadetes reclutas" ascendimos a "cadetes antiguos" y futuros instructores, o sea, ahora creíamos que era la oportunidad donde nosotros podríamos "desquitarnos" con los nuevos bisoños. Sin embargo, ello nunca ocurrió, porque los consejos y las recomendaciones de nuestros superiores ayudaron a evitar caer en el mismo vicio de la prepotencia del que algunas veces nosotros habíamos sido víctimas. Nuestros superiores siempre manifestaron que uno tiene que ser severo pero justo y humano, ayudar a los que están afectados por algún problema y a quienes presentan mayores dificultades para los ejercicios y para los estudios. Esa norma entonces siempre fue la nuestra. La aplicación de estos principios fue lo que me permitió trabajar con un grupo de muchachos con los que por largos años fuimos muy buenos compañeros.

Los años de cadete son de esfuerzo y de constante preocupación. En una palabra, son bastante duros, y cuando se sale de vacaciones uno viene a valorar lo que significa el calor del hogar y aprecia en toda su dimensión hasta las más pequeñas comodidades que les brinda éste.

Los meses de enero y febrero se pasaban rápidamente. Se organizaban con compañeros de colegio y damas de Valparaíso los paseos a la playa de Las Torpederas, donde había estado muchas veces en mi niñez. Recuerdo que el primer año, en el mes de febrero mi padre me regaló un pasaje de turismo para visitar la Isla de Juan Fernández. Tanto la navegación como la estada en este lugar fueron muy agradables y me dejaron recuerdos inolvidables.

Normalmente los primeros días de marzo era la recogida a la Escuela, pero como en el segundo año se nombró a varios "cadetes instructores" de cadetes reclutas, entre los que me encontraba, tuvimos que recogerlos 10 días antes del ingreso de los nuevos cadetes, lo que al año siguiente fueron 15 días antes, por haber sido nombrados brigadieres y había que preparar la recepción.

En el primer año pertenecía a la 2ª Compañía - 1ª Sección y en el segundo año mantuve la misma compañía y la misma sección, sólo cambió el oficial instructor, pues el Teniente José Estrada fue cambiado por el Teniente Enrique Montealegre, excelente oficial y superior, un hombre que sabía enseñar para que nosotros por nuestra parte instruyéramos bien a los nuevos cadetes.

Los años 1934 y 1935 fueron años de estudio y de práctica militar. Todos los sábados continuamos haciendo marchas por los alrededores de Santiago. Una vez al mes nos llevaban a Peñalolén, donde se armaba campamento para pasar la noche del viernes al sábado, y regresar después de almuerzo a la Escuela. Fue en estas marchas donde se nos enseñó a hacer vida de campaña, a levantar carpas, a dormir en el suelo cubierto con una frazada que llevábamos de rollo en la mochila. En fin, fue un adiestramiento apasionante y provechoso para los fines militares.

Después de los exámenes de final de año culminamos el segundo año con diez días en Peñalolén, haciendo vida de campaña. A nuestro regreso comenzamos a preparar la revista final, que se llevó a efecto poco antes de Navidad.

En esta revista final del 2º año fui seleccionado para presentar un número de lucha romana con el cadete Mario Pooley, para lo cual fuimos entrenados junto con otras parejas. Después de la revista final, al día siguiente salimos de vacaciones.

Esta vez invité a mi amigo el cadete Carlos Elbo a pasar las vacaciones con nosotros al puerto. Obtuve para ello el permiso de mi madre y antes de Pascua viajamos todos aquellos que vivíamos en Valparaíso y Viña a pasar esta festividad y con el fin de presenciar la iluminación y fuegos artificiales que se realizan cada Año Nuevo en la bahía. Una de mi primeras actividades en mi ciudad natal fue ir a saludar a mis antiguos amigos y a los maestros del colegio Padres Franceses. Conversé largamente con el R.P. Santiago Urenda, que había sido ministro durante mis años en el colegio y que aún seguía en el cargo. Las palabras de mi buen maestro eran siempre muy profundas. Toda mi vida he sentido mucho afecto por este hombre de gran fe cristiana y un destacado educador de juventudes.

Ese verano fue muy agradable. En las tardes solíamos reunirnos y celebrábamos fiestas en los hogares de los amigos y cadetes porteños. En esas reuniones nos esmerábamos en cuanto a nuestra gentileza con las damas y en general procurábamos ser muy caballeros en nuestro trato. El hecho de que ahora pertenecíamos a una Institución nos obligaba a velar por su prestigio, manteniendo la mayor corrección y fineza en la vida social.

Los días de las semana, en las tardes, nos íbamos a la piscina de Recreo, que era muy concurrida, y allí solíamos encontrarnos con amigos y amigas, con quienes nos quedábamos muchas veces a los bailes que se realizaban en el casino de ese balneario.

En el año 1935, después de un período de clases muy duro y de ser sometidos a exámenes, pasamos al tercer año de la Escuela. Como nuestras notas eran bastante buenas, fuimos nombrados Sub Brigadieres en la 2ª compañía de cadetes, en la segunda sección. Después de una hermosa ceremonia al final del año, salimos a vacaciones como el año anterior.

El hecho de ser brigadieres nos acortaba las vacaciones en 15 días, ello con el fin de recibir instrucción de metodología y poder así estar mejor preparados para enseñarles los ejercicios básicos a los cadetes nuevos.

Así fue como nos recogimos a la Escuela antes que el resto de los cadetes antiguos y nuevos. Esos días se nos impartían clases teóricas y prácticas y después de la instrucción, en las tardes, teníamos salida. Normalmente nos íbamos al cine. El tiempo franco era de cuatro horas, de 18 a 22, tiempo en que aprovechábamos cada minuto. Recuerdo que a la salida del cine, que era antes de las 21 horas, nos íbamos a una fuente de soda a comer un "hot dog" y tomar un vaso de leche y de ahí regresábamos a la Escuela.

Después de los quince días de nuestra instrucción llegaron los cadetes nuevos, a los que recibimos cordialmente. Con gran alegría constatamos que se había suprimido la ropa de loneta. Los cadetes nuevos y nosotros recibimos un pantalón y camisa gris verde de algodón, lo que nos hacía transpirar intensamente por el fuerte calor que hizo ese verano.

Al día siguiente de la llegada de los nuevos cadetes se inició la instrucción tal como lo habían hecho con nosotros. Ejercicios todo el día. Enseñamos las formas militares esenciales y realizamos muchos ejercicios de trote y carrera. Al final del día instructores e instruidos estábamos agotados. Después de casi un mes, ya los cadetes tenían conocimientos y formas militares mínimas, conocían su arma y distinguían los grados de los oficiales y suboficiales.

Ser Brigadier o Sub Brigadier no es sólo una distinción, también es un sacrificio, pues de cada tres domingos nos correspondía estar uno de servicio, a cargo de los cadetes sancionados o de aquellos que no deseaban salir por no tener la familia en Santiago, o bien porque no les gustaba ir a donde sus apoderados.

Por otra parte, el hecho de vigilar un curso de cadetes durante la hora de estudio resta tiempo al brigadier para dedicarse a las propias materias que le corresponden. Luego hay otro esfuerzo más, como es el tener que estudiar después de la hora de retreta y levantarse media hora antes de la diana. Todo ello constituía un sacrificio que se aceptaba con agrado, pues se compensaba con la distinción que la Escuela le había otorgado al dársele un grado superior entre los cadetes.

Tal como se había realizado en los años anteriores, los días sábados efectuábamos marchas con la compañía, pero ahora a Peñalolén.

En los días francos los oficiales de semana realizaban una minuciosa revista de presentación individual de los cadetes, antes de ser despachados francos. Más de alguno quedaba sin salida por encontrarse algo incorrecto en su uniforme.

En una ocasión la Escuela Militar dio tres días de permiso y se perdonaron los castigos, con lo cual salió toda la Escuela.

El Cadete C... no había salido en todo el año por diferentes motivos. Pero ese día podría salir él también. Consiguió ropa de uniforme en el almacén de vestuario y equipo de la compañía, y como no tenía guantes blancos envió a comprar a una tienda frente a la Escuela un par de ellos y en su presentación fue lo único aceptable que tenía.

La unidad formó para ser despachada. Cuando el oficial pasó la revista, el Cadete C... era un "mamarracho", pero este oficial sólo se fijó en los guantes blancos nuevos y, posiblemente para levantarle la moral, lo sacó al frente de sus compañeros como ejemplo de corrección. Cuando terminó la inspección, el Teniente, con un gesto de agrado, expresó: "¡Cadete C..., al frentel" Todos pensamos que lo pasaría mal, pero no fue así y, por el contrario, el Teniente lo estimuló diciendo:

"He sacado al frente al Cadete C... por su excelente presentación". Todos nos miramos abismados cuando continuó: "Este cadete, que había estado castigado todo el año sin salir a la calle, ahora se presenta muy bien". Pero no pudo continuar sus elogios, pues un cadete gritó desde las filas:

"Mi Coronel en la escala de piedra, mi Teniente".

"¡Alto la Compañía!", ordenó el Teniente, y se dirigió donde el superior para dar cuenta de la compañía. El Coronel le preguntó: "¿Qué hace?"

"Estaba felicitando al Cadete C... que no ha salido en todo el año y ahora se ha presentado bien", contestó el Teniente.

"A ver, Cadete C... al frente" dijo el Coronel, que ya había constatado el desastre, y le dio la primera orden, "ábrase la guerrera", y, al hacerlo, se vio cómo el pantalón estaba afianzado por una corbata, no llevaba camisa y tenía los pantalones a la altura de las tetillas. En una palabra, un mamarracho.

El Coronel se limitó a decir: "¡Regrese a su puesto en la fila!" Luego llamó al Teniente a un lado y nunca supimos lo que le dijo; pero cuando regresó el Teniente al frente de la unidad, éste exclamó: "¡Desgraciado, anda a vestirse de servicio y te quedas arrestado estos tres días!"

También recuerdo a aquel oficial que, cuando había marcha, levantaba su sección una hora antes. Con tal propósito llegaba despacio el día sábado en la mañana y con un vozarrón que nos aterraba gritaba desde la puerta de entrada de la compañía: "Primera Sección levantarse, no despertar a los que duermen". Con eso ya nos dejaba a todos desvelados.

El tiempo transcurrió vertiginosamente y se llegó a la revista final, que fue el acto donde recibimos el nombramiento de Subalférez, para pasar al Curso Militar.

Esas vacaciones de Subalférez fueron las más gratas. El tiempo pasó sin sentirlo. Como en años anteriores, íbamos a los balnearios de Las Torpederas, Las Salinas o a la piscina de Recreo.

Cuando nos recogimos, a principios del mes de marzo, poco después del aniversario de la Escuela Militar, ingresamos de inmediato a clases de materias castrenses. Esto fue motivo de júbilo, pues por fin íbamos a entrar de lleno en temas militares. En esta primera semana nos llamaron por parejas, con el fin de seleccionar los escoltas del estandarte. Junto al Subalférez Mario Pooley fuimos nominados escoltas de nuestro emblema patrio.

Lo que más interés despertaba en mí eran las clases de táctica, estrategia e historia militar, inclinación con la que he seguido en toda mi carrera militar y lo que me ha otorgado muchas satisfacciones.

Con gran interés estudié las campañas de la Independencia, la Expedición Libertadora, la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la Guerra del Pacífico. Esto último fue lo que más tarde, siendo ya oficial, me impulsó a pedir siempre las guarniciones del norte de Chile, cuando la Dirección del Personal del Ejército preguntaba cuál era la guarnición a la que se deseaba ser destinado.

En el curso militar lo que más me afectaba en la instrucción era la equitación, pues al caballo apenas lo conocía y una de las pocas veces que subí a uno fue siendo niño, cuando viajé con mis padres a Cauquenes. Sin embargo, posteriormente, cuando salí de Oficial, me dediqué intensamente a practicar equitación, hasta llegar a ser un jinete decoroso y aún participar en algunas competencias.

En el año 1936 el equipo de tiro al blanco de la Escuela debió competir con las Universidades y en todas partes triunfamos. La mejor competencia fue con la Escuela Naval, que ganamos por 3 puntos. De la competencia con universidades, guardo el recorte del diario "El Mercurio" de Santiago, que informó sobre uno de los triunfos por estos torneos. El artículo dice así:

"La Escuela Militar venció en tiro de fusil a la Universidad de Chile. La competencia se realizó en la mañana de ayer, en el Polígono del Club Nacional. Se cotejaron equipos de 20 hombres. Las mejores performances individuales correspondieron a los siguientes tiradores: Julio Torres, Escuela Militar, 62 puntos; Rodolfo Hernández, U. de Chile, 62 puntos; Joaquín García, Escuela Militar, 61 puntos; Javier López, Universidad de Chile, 60 puntos; Augusto Pinochet, Escuela Militar, 60 puntos; Héctor Leiva, Universidad de Chile, 59 puntos; René Llanos, Escuela Militar, 59 puntos; Alberto Jiménez, Universidad de Chile, 59 puntos; Juan Schilling, Universidad de Chile, 58 puntos; Enrique Guerrero, Escuela Militar, 58 puntos.

A continuación del torneo fueron repartidos los premios a los agraciados.

El Director de Tiro los felicitó y los exhortó a seguir adelante en la práctica de este sano deporte.

El triunfo final correspondió a la Escuela Militar por 1.046 puntos, contra 1.023".

Ese año 1936 culminó con la participación de la Escuela en las maniobras de los Llanos del Machete, donde por primera vez como alumnos conocimos el significado que tienen los esfuerzos mancomunados de las Armas, que ejecutan largos desplazamientos y en donde actúa gran cantidad de tropa, las que deben ser coordinadas por el Alto Mando. Al regreso de las maniobras la Escuela se preparó para la gran presentación de final de año y nosotros para recibir el nombramiento como oficial de Ejército en el grado de Alférez.

Esta presentación final se llevó a efecto en el patio principal de la Escuela y el acto se vio realizado por la presencia del canciller del Brasil, señor Macedo Soares, acompañado de los ministros de Relaciones Exteriores, de Defensa Nacional y el Alto Mando del Ejército.

Los nuevos oficiales fueron despachados de vacaciones con la orden de presentarse el 1° de febrero de 1937 en las diferentes Escuelas de Armas. A mí me correspondió la Escuela de Infantería, por haber elegido esa arma. Con ello se iniciaba mi carrera militar, el 1° de enero de 1937.



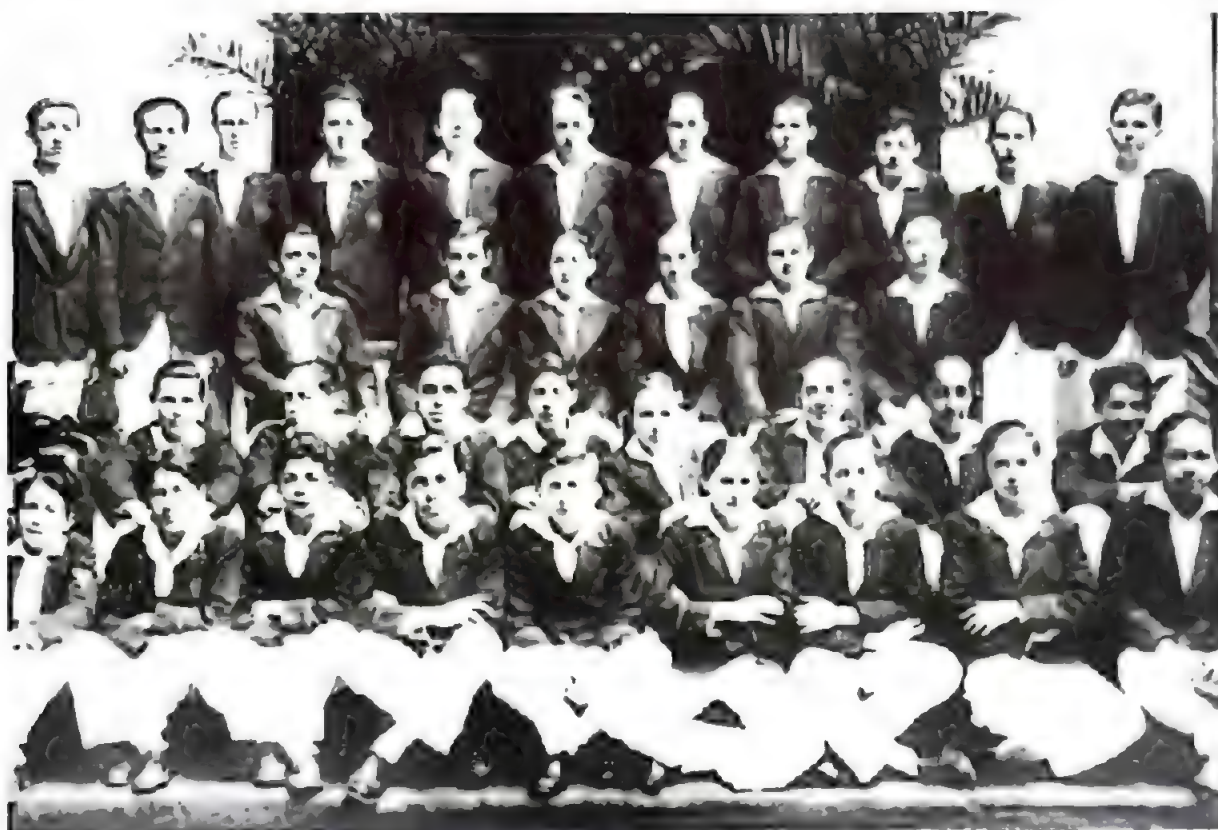
Su señor padre.



Su señora madre.



Con su hermano Gerardo.



En el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso.



A los 13 años con familiares.



A los 15 años con dos familiares.



Con su padre en Valparaíso.



En campaña con la Escuela Militar en el año 1933.



En instrucción con la Escuela Militar en el año 1934



21 de Mayo en Valparaíso en el año 1935.



En campaña con la Escuela Militar en el año 1935.



En instrucción con la Escuela Militar en el año 1936.



Curso de Reclutas 2ª Compañía. Instructor cadete Augusto Pinochet.



Escolta de la bandera en el año 1936.



Escolta de la bandera en el año 1936.

SEGUNDA PARTE

PRIMEROS PASOS

EN LA

CARRERA DE LAS

ARMAS

CAPITULO I

ALFEREZ EN LA ESCUELA DE INFANTERIA

Mi promoción fue despachada de la Escuela Militar el 29 de diciembre de 1936 y se nos otorgó el nombramiento de Alférez de Ejército con fecha 1° de enero de 1937. Al día siguiente de nuestro egreso del Instituto, el 30 de diciembre de 1936, fuimos reunidos para una solemne ceremonia en el edificio del Club Militar, que quedaba frente al Teatro Municipal, donde nos recibió todo el Directorio del Club como miembros de esa entidad social. Allí se nos entregó la insignia de socios y se nos ofreció un cóctel. Las palabras de bienvenida las dio el Presidente del Directorio. En ese acto se entregó también el Premio "Club Militar" al primer alumno de nuestra promoción, nuestro compañero de curso Alférez Jaime Ferrer Fougá.

El día 2 de enero de 1937 se realizaron las presentaciones de rigor a los superiores. La primera fue para el Comandante en Jefe del Ejército, General don Oscar Novoa Fuentes, quien nos recibió en su despacho y nos impartió con mucha elocuencia una serie de instrucciones muy interesantes. Al retirarnos, todos comentamos sus preceptos sobre el comportamiento de los oficiales jóvenes, la disciplina, el significado de la carrera, las obligaciones, los deberes y garantías que teníamos por el hecho de ser oficiales. Esas palabras, expresadas por la más alta jerarquía del Ejército, no las olvidaríamos más.

Luego nos llevaron a presentarnos al Comandante General de Armas, correspondiéndome hacerlo al de Infantería, y a continuación al General Director del Personal y nos anotamos en el Libro de Oficiales que se llevaba en esa repartición. Después de ello quedamos libres, para hacer uso de las vacaciones hasta el 31 de enero.

Desde el momento que salí de la Escuela Militar tuve treinta días para, fuera de las presentaciones, arreglar mis asuntos particulares. En la Cooperativa Militar, donde me hice socio, me mandé a confeccionar otro uniforme. El sastre que conocí en esa oportunidad me haría los uniformes por más de treinta años. Mi padre, por su parte, me regaló dos ternos de civil, ambos de color café, uno más claro y otro más oscuro, por la promesa que había hecho mi madre.

Llevaba sólo tres días en Valparaíso, cuando mi padre me pidió que lo fuera a buscar a su oficina de calle Blanco. Así lo hice y al llegar me invitó a salir al centro. Caminamos por la calle Condell varias cuerdas, hasta que nos detuvimos y pasamos a una tienda donde me señaló que eligiera camisas y ropa interior. Esa tarde fue de adquisiciones, para que vistiera decentemente de paisano. Yo le agradecí este gesto, pero le dije que ya no era necesario hacerlo de nuevo,

porque yo tenía mi renta. Sin embargo, como sabía que nuestro sueldo era bajo, siempre me apoyó indirectamente, pues no quería que yo tuviera deudas o me privara de algo necesario.

Mi padre se sentía contento de tenerme a su lado como oficial del Ejército. Repetí las visitas a la oficina varias veces y desde allí caminábamos a la casa. El aprovechaba esos momentos para aconsejarme disimuladamente. Me conversaba sobre la manera de vivir, la sencillez, la sobriedad, la preocupación por mi madre y mis hermanos, el cumplimiento del deber y otros temas. Estos consejos, que no parecían tales, expresados con un tono muy amistoso, me dejaron enseñanzas que con el correr del tiempo me ayudarían ante muchas situaciones que me iba a presentar la vida.

EN SAN BERNARDO

Llegó así el 30 de enero, día en que viajé en ferrocarril desde Valparaíso a Santiago. Esa noche me alojé en el Club Militar. No fue sin sorpresa que esa tarde nos encontráramos varios compañeros, lo que nos permitió reunirnos para comer en el mismo club y celebrar nuestro nuevo estado de oficiales. Era la iniciación de un camino cuyo trazado no alcanzábamos a vislumbrar bien. El día 31 de enero salí al centro de la ciudad y aproveché para orientarme de la forma cómo viajar a San Bernardo.

El día 1° de febrero, temprano, tomamos un tranvía, desde avenida Matta a San Bernardo. Nuestro equipaje lo despachamos por carga de ferrocarril desde la estación Alameda con destino a esa ciudad.

Ese día que llegamos pretendimos presentarnos al Director, pero el oficial que nos acompañaba nos indicó que primero nos instaláramos y el día 2 de febrero nos presentaríamos al señor Teniente Coronel don Guillermo Barrios Tirado. Ese mismo oficial guía nos llevó al casino y nos señaló cuáles iban a ser nuestros dormitorios. La pieza que me asignaron era pequeña, con un catre antiguo, un lavador, un ropero, un escritorio y un velador. Todas las especies eran bastante antiguas, pero estaban inventariadas en esa pieza.

En la tarde nos dirigimos a la estación de San Bernardo a buscar nuestros equipajes. Habíamos contratado un carro tractado por caballos que nos llevó las especies desde la estación hasta el casino. Allí armamos las camas y pasamos a comer a un gran comedor. En esa oportunidad el mismo oficial nos manifestó que podíamos consumir extras firmando vales de cantina o de rancho, hasta el diez por ciento del sueldo, y que nadie podía excederse en la firma de los vales. En una palabra, podíamos consumir en el mes más o menos cincuenta pesos en total.

Al día siguiente nos presentamos al Director, un jefe que tenía fama de ser uno de los oficiales más capaces del Ejército. Era muy correcto y poseía grandes conocimientos militares. Nos saludó con mucho afecto, nos preguntó por nuestros padres y nos hizo variadas recomendaciones. Las que más recuerdo se relacionan con la misión que tenía el Instituto como formadora de Oficiales jóvenes, Suboficiales y Clases de Infantería, y nos habló largamente sobre la sobriedad en el vivir (y él daba el ejemplo en esta materia). También nos obligó a sacar una libreta en la Caja de Ahorros, hoy Banco del Estado. Luego nos presentó al Mayor Carlos Casanova, de quien nos dijo que sería el Jefe de Curso. Este jefe, después del saludo protocolar, nos pidió que pasáramos a su oficina, donde nos asignó a

las diferentes unidades fundamentales. En esta distribución me correspondió la 1ª Compañía de Fusileros.

El Mayor Casanova nos indicó también que, como oficiales jóvenes, debíamos conocer todos los puestos que cumplen los suboficiales y clases. Agregó que tendríamos clases de Táctica de Infantería, Metodología e Instrucción Práctica de Combate, esta última en el cerro Chena. Las clases de Metodología nos instruirían sobre la forma cómo debíamos enseñar los diferentes ejercicios al conscripto, materia en la cual estábamos más avanzados los que habíamos sido Brigadieres en la Escuela. Para ello, con la llegada del contingente, tendríamos la oportunidad de practicar yendo a las respectivas secciones, como ayudantes de los oficiales instructores de la escuela. Además nosotros formaríamos una unidad para las prácticas de instrucción de combate. Ese mismo día asumimos nuestros puestos en las unidades y formamos el pelotón con los alféreces del curso.

En cuanto al régimen, el Mayor no nos fijó hora de llegada ni de salida, pero nos indicó que nadie debía retirarse antes de dejar todo listo para el día siguiente. Recalcó que constituía una exigencia ineludible preparar el plan de trabajo para la instrucción del día siguiente, práctica que siempre cumplí.

En cuanto a la recogida a la Escuela, nos señaló que durante los días de semana nadie debía hacerlo después de las 23 horas. Luego nos envió a presentarnos en las unidades correspondientes. Los cinco Alféreces asignados a la 1ª Compañía, cuyo jefe era el Capitán Alfonso Poblete Poblete, nos presentamos a este distinguido Oficial de Infantería, que nos señaló algunas normas que debíamos cumplir y nos ubicó en las secciones, correspondiéndome a mí ser ayudante del Teniente Gerardo Ilabaca, que aún no llegaba a la Escuela; venía destinado desde la isla Quiriquina, en Talcahuano, al Instituto. Mientras tanto debí tomar el mando de la sección, bajo la mirada desengañada de mis camaradas de arma que quedaban de ayudantes.

Después de las presentaciones efectuadas a jefes de la Escuela, quedamos libres, y nos dedicamos a arreglar nuestras acomodaciones en el casino. Algunos exageramos la nota y hasta pintamos las paredes de las piezas y pasamos barniz a los muebles. Al día siguiente, cuando nos visitó el oficial aposentador, nos felicitó por nuestra diligencia y espíritu de orden y aseo. El resto de la semana lo dedicamos a instalarnos y a recibir el armamento que íbamos a usar durante el curso en el terreno.

LECCIONES PRACTICAS

El día lunes se iniciaron los servicios de los Alféreces, en los puestos de clases y suboficiales de servicio. En esos días me desempeñé como Cabo a cargo del rancho, clase de servicio, clase en las caballerizas, etc., es decir, en 30 días habíamos pasado por todos los puestos, por modestos que ellos fueran, pero todos muy dignos. Con estas prácticas efectivas conocimos por experiencia propia las obligaciones que cumple cada hombre en sus actividades de servicio.

Por otra parte, al ser ayudantes de los Comandantes de Sección, cuando éstos cumplían servicio como Oficiales de Semana, nos enseñaban a pasar revista del cargo de inventarios, o del cargo de los almacenes de vestuario y equipo, estado del armamento y de las municiones en la sala de armas y revistar la bodega de víveres. En una palabra, se nos enseñó prácticamente en todos los puestos que cumplen los Suboficiales y Clases y se nos adiestró en las funciones que debe cumplir el Oficial de Semana.

Para aprovechar el tiempo, mientras llegaba el contingente, el Mayor Casanova consideró que con el curso debíamos efectuar instrucción de combate en el cerro Chena. Lo primero que conocí en esta actividad fue el bautizo del fuego; se efectuaba con los novatos y consistía en permanecer en una trinchera mientras todas las armas de infantería disparaban por sobre ella y algunos petardos estallaban cerca de donde nos encontrábamos. Todo esto duraba de dos a tres minutos, con fuego muy intenso. Como no estábamos acostumbrados a vivir situaciones semejantes, el sistema nervioso sufría bastante; no obstante, nos servía para fortalecer nuestra valentía.

El Mayor Casanova nos sacaba en la mañana vestidos de combate con ropa de conscriptos y en el cerro Chena nos hacía instrucción de combate y adoctrinamiento sobre la forma cómo debíamos preparar y desarrollar los diferentes temas que luego enseñaríamos al nuevo contingente.

En la segunda quincena de marzo se llevó a efecto un almuerzo en honor de los oficiales que habían llegado a la Escuela y de despedida a los que habían salido destinados.

Al término del almuerzo, el Mayor Casanova nos invitó a pasar un momento de camaradería, llevándonos a un salón del casino de la Escuela. Estuvo con nosotros todo el resto de ese día, hasta aproximadamente las cinco de la mañana siguiente. Al despacharnos dijo que recibiría cuenta a las siete. Hay que imaginarse lo que significa para un muchacho salir de ahí, a colocarse equipo y llegar a formar a las siete de la mañana. A la hora indicada nuestro Jefe de Curso se encontraba muy bien y esperándonos para recibir cuenta. De inmediato nos sacó al cerro Chena y ese día, como nunca antes, realizó una instrucción sumamente pesada, que nos hizo transpirar por todos los poros. Terminada ésta, nos comunicó que se reuniría en la tarde nuevamente con nosotros. Otra vez estuvimos con él hasta las cinco de la mañana y a las siete recibió cuenta. Apenas alcanzábamos a equiparnos, porque estábamos agotados, pero nadie quería ser menos. El tercer día sucedió lo mismo, pero al finalizar nos dijo: "Señores: ésta ha sido una lección práctica, ningún Oficial, aunque tenga algún compromiso que lo haga acostarse tarde, puede llegar atrasado al servicio o no cumplir con el deber de instrucción, que es sagrado para un Oficial".

Al día siguiente del almuerzo de despedida fueron despachados a la Escuela de Aviación todos nuestros compañeros que eran aspirantes a seguir esa carrera. Nos reunimos en el gran hall del casino, nos dimos un abrazo, les cantamos la "canción de la Escuela Militar" y ellos abandonaron el casino. A varios de estos camaradas no los volvería a ver más; algunos sacrificaron sus vidas al ideal de ser Oficiales de Aviación.

Así pasamos este período hasta el 30 de mayo, fecha de aniversario de la Escuela de Infantería. Ese día se efectuó un ejercicio de combate bastante interesante, sobre todo para nosotros, ya que por primera vez participábamos, pero como no teníamos grandes conocimientos sobre la materia, más de alguno se llevó una llamada de atención. Después de esto, se realizó un gran almuerzo. En él estaban presentes el Comandante en Jefe del Ejército, General don Oscar Novoa, y el Inspector de Infantería, General Espinoza, y otras autoridades.

En abril se produjo una reasignación de puestos, sin dejar de depender del Mayor Casanova. A mí me mantuvieron en la 1ª Sección de la 1ª Compañía. Esta unidad recibía contingente en la primera quincena de abril.

REVISTA DE RECLUTAS

Durante la recepción de los conscriptos aprecié el gran interés que tenían los Oficiales de planta de la Escuela en la selección de ese contingente. Cada uno deseaba quedarse con lo mejor. A la 1ª Sección le correspondieron cuarenta y cinco hombres, a los que durante toda esa semana se les entregó vestuario, se les preguntaron los datos personales, los que se vaciaban en los documentos que habíamos preparado previamente. También pasaron el último examen médico y dental, con lo que quedaron listos para iniciar la instrucción.

De abril a julio se desarrolló el período de instrucción individual, a cuyo término se debía realizar la Revista de Reclutas. En esa oportunidad se pasó revista hombre por hombre, y los Comandantes de Escuadra y Sección evidenciaron su capacidad como instructores. Asimismo, esta actividad servía al Comandante de la Compañía para calificar a sus subalternos. En esos años el Comandante de la Unidad fundamental era la autoridad calificadora de sus Oficiales subalternos.

Para realizar la Revista de Reclutas se exige una detallada preparación de instructores e instruidos. El acto es una herencia de nuestra instrucción prusiana y en ella se cuida de la corrección del conscripto hasta en el detalle más pequeño.

Así el hombre es revistado por sus instructores, se controla su aseo personal, su ropa interior, su uniforme y armamento. También se analizan las reacciones reflejas para realizar los diferentes ejercicios y se estudian los resultados del tiro al blanco. Todo lo anterior presentado ante un grupo de autoridades que presencian tal acto con gran atención y severidad.

Para los Alféreces era ésa la primera oportunidad en que realizábamos una presentación con conscriptos. El Comandante de Escuadra, de Sección y Compañía debía conocer el nombre de cada uno de sus hombres y los dos primeros debían poseer una libreta con todos los datos personales de cada uno de ellos.

Era nuestra primera revista y la presentamos con toda corrección.

La presentación de los ejercicios de Escuela, como se llaman los ejercicios doctrinarios, también fue motivo de felicitación, tanto de quien pasaba la revista como de los superiores de la Escuela. Asimismo la instrucción teórica se realizó exitosamente.

El término de la Revista de Reclutas se celebró con un gran almuerzo de camaradería en el cual fuimos felicitados todos los Alféreces. Los Tenientes antiguos nos decían que ahora ya éramos verdaderos Oficiales. Después de la Revista de Reclutas tuvimos una semana de descanso y el contingente salió con permiso por diez días.

En este período de instrucción del contingente se exigía también ampliar la cultura general. Se nos hizo leer un libro a cada uno de los Alféreces y hacer posteriormente un breve resumen de lo leído, con comentario y luego foro. A mí me tocó exponer sobre la guerra de 1870, entre Francia y Alemania. Para responder las preguntas durante el foro, había que estar muy bien preparado, y era motivo de satisfacción contestarlas todas.

El 9 de julio nos correspondía el Juramento a la Bandera con el contingente. Los nuevos Oficiales debían jurar individualmente en la Plaza de Armas de San Bernardo, antes que jurara el contingente.

En la tarde de ese día los Capitanes nos festejaron por este paso trascendental dado por los Oficiales novatos.

También se iniciaron las actividades docentes en las mañanas, con juegos en el cajón de arena (en él se simulaba una zona de terreno) y luego, clases; en las tardes se realizaban las conferencias.

Durante este período también se efectuó la instrucción de terreno con tropas y a mí me tocó actuar como Comandante de un Puesto Avanzado de Combate y, en otro, como Comandante de la Descubierta de Infantería. Esos días tuve la gentil ayuda de un Oficial Instructor, que me orientó en cuanto al trabajo y a la aplicación del Reglamento de Infantería y de Conducción de Combate.

Nuestro trabajo y dedicación a los deberes y obligaciones que nos imponía la profesión militar nos alejaban del mundo social y nuestro tiempo se hacía escaso para dar satisfacción a todas las exigencias.

Así era como las horas pasaban vertiginosamente y eran tantas las materias que abarcábamos que el día se nos hacía corto, lo que nos obligaba en las noches a continuar con nuestros estudios hasta caer muchas veces rendidos por el sueño.

En el resumen de obras me correspondió leer, sintetizar y comentar dos libros: "La Rebelión de las Masas", de Ortega y Gasset, y "Guerra de las Galias", de Julio César, con comentarios de Napoleón. Me acostumbré a leer rápido y luego a redactar un resumen de lo leído. Con tanta actividad no sentí cómo pasó el tiempo hasta llegar el mes de septiembre y cuando nos preparábamos para participar en la Gran Parada Militar se recibió la orden de traslado de los Oficiales Alféreces de la Escuela de Infantería. Las destinaciones se habían publicado en el Boletín Oficial N° 39 y la resolución tenía fecha 6 de septiembre. A mí se me destinaba al Regimiento de Infantería N° 6 "Chacabuco" de Concepción, junto con mi compañero de curso Juan Costa, con el que congeniábamos bastante.

El fue más afortunado, por cuanto tenía sus padres en Talcahuano. El padre de mi compañero era Contraalmirante, Jefe de Intendencia de la Armada. Yo no tenía conocidos en Concepción.

Preparamos nuestro equipaje, que había crecido en tres maletas, y lo embarcamos con ese destino. Luego sacamos pasaje en el tren nocturno, a Concepción. Para mí fue un viaje de sobresalto, pues no estaba acostumbrado a dormir con el traqueteo de las ruedas sobre los rieles. Además, no sabíamos qué nos deparaba el futuro. Sólo me quedé dormido avanzada la noche.

Cuando llegamos a Concepción la mañana del día siguiente, el panorama que se abría a nuestro ojos era maravilloso, sobre todo cuando el tren bordeaba el río Biobío entre una impresionante vegetación arbórea. Parecía que uno llegaba a un lugar de ensueño.

CAPITULO II

DE CONCEPCION A VALPARAISO

En la estación nos recibió un Teniente, que nos dio la bienvenida en nombre del regimiento y dispuso el traslado de nuestro equipaje a la unidad. Acto seguido nos señaló un vehículo, que era un coche tirado por caballos, para que nos dirigiéramos al regimiento. Allí nos presentamos al Teniente Coronel don Miguel Puga Monsalve, distinguido Jefe a quien llegué a apreciar enormemente y por quien siempre he guardado un profundo reconocimiento y cariño. Este Comandante nos recibió afectuosamente, nos preguntó por nuestras familias, hizo algunos alcances profesionales y después nos dio diversas normas de conducta. Ese mismo día se nos asignó a las Compañías a donde iríamos a prestar nuestros servicios. A mí me correspondió la unidad del Capitán don Julio Ibáñez Ross, y a mi compañero Costa, la Compañía del Capitán don Emilio Loyola Acuña.

Todos los Oficiales del Regimiento eran bastante antiguos. El Oficial que seguía en antigüedad, hacia arriba, había egresado de la Escuela Militar cuatro años antes que yo.

BROMAS DE RECEPCION

Es corriente que cuando llegan los nuevos Alféreces sean sometidos a una serie de bromas que preparan los Oficiales más antiguos. El Alférez Costa y yo no nos escapamos a esta costumbre.

En la Escuela de Infantería se nos había hablado de estas bromas. Por lo tanto, nosotros sabíamos de ellas, pero como nada sucedía nos tranquilizamos. Cuando llevábamos una semana en el regimiento, una tarde encontramos en el casillero de la correspondencia un sobre dirigido al Alférez Juan Costa y otro para mí. Al abrirlo, Juan Costa me dijo que había recibido una misión del Comandante del Batallón: por motivo de reparaciones en el cuartel, se debían medir todas las cañerías del agua potable que existían en el regimiento, por cuanto las que estaban en los planos y las colocadas después no coincidían. Este trabajo significaba levantar el piso del patio principal para medir dichas cañerías, lo cual resultaba casi imposible. Según el oficio dirigido a mí, con los timbres correspondientes (por lo menos así lo creí yo), debía asistir, al día siguiente, a los funerales de un veterano del 79 que había fallecido ese día. Debía usar en el sepelio uniforme de etiqueta y posteriormente tenía que in-

uitar a la familia al casino a tomar té. Los gastos que ocasionara esta atención se pagarían con un vale del almacén de ventas.

Poco después de que Juan Costa inició la ruptura del patio, llegó el Mayor Brown y le preguntó qué hacía. Cuando Costa le mostró el oficio, el Mayor se largó a reír y le dijo: "Vuelva todo a su lugar, Alférez; ya hablaremos".

Mientras tanto yo, vestido de etiqueta, a las 16 horas me preparaba para irme a los funerales, detrás de la sección que iba a rendir los honores. Mis compañeros más antiguos, que me estaban esperando detrás del casino, se reían a carcajadas de la forma cómo había picado el Alférez.

Me defendí diciendo que el oficio estaba firmado por el Mayor Bravo (que no existía) y los timbres eran de una Compañía (en receso). Así ambos Alférezes fuimos engañados. Después se realizó una comida en el casino (con cargo a los Alférezes), durante la cual los oficiales nos embromaron bastante, dentro de un sano y simpático ambiente de camaradería. El vale que firmamos al día siguiente fue caro para un Alférez recién egresado, pero afrontamos la situación sin chistar.

Como señalé, el Comandante del Regimiento nos ubicó en las unidades cuyos Comandantes de Compañía estaban entre los mejores Capitanes, por su preparación y conocimientos sobre materias de instrucción. Desde el primer momento el Capitán Julio Ibáñez Ross me tomó como su educando para todos los aspectos militares. Sus claras enseñanzas me sirvieron para toda mi carrera en cuanto a principios doctrinarios militares y conocimientos tácticos. El Capitán Ibáñez era un hombre que dominaba la táctica de la pequeña unidad gracias a instrucción de Oficiales alemanes en la Escuela de Infantería, y conducía con gran agilidad en el terreno la escuadra, la sección y la compañía. Esto lo comprobé más tarde en ejercicios de compañía. Me preparó durante todo el tiempo que serví bajo sus órdenes en táctica de sección y compañía, sin jamás molestarse por algún error que yo cometiera. Era un educador innato y un verdadero jefe.

En octubre, después del feriado de las festividades patrias, llegó a Concepción, desde Santiago, un conjunto de ópera que se instaló en el Teatro Municipal de la ciudad. El regimiento compró un abono para que sus Oficiales asistieran a las funciones durante la semana que iba a permanecer el conjunto en Concepción. Todos los días iría un grupo de Oficiales, de acuerdo con un rol que se estableció. Al día siguiente el grupo expondría a los demás Oficiales cómo se había realizado la presentación de la obra correspondiente.

Me correspondió asistir con el primer grupo, en uniforme de etiqueta. La obra que se exhibía era "Madame Butterfly", la que había visto hacía años en Santiago y también por obligación, cuando, siendo Cadete de la Escuela Militar, nos habían llevado al Teatro Municipal.

Confieso que esta segunda vez me agradaron mucho más la música y la realización de la obra. En el intermedio conocí a una familia que tenía parientes en Valparaíso. Esa familia me invitó muchas veces a su casa a tomar el té. Por mi parte, yo invité a sus hijas a las cabalgatas que hacíamos los días sábados en la tarde.

A fines de octubre nos correspondió salir a campaña a un terreno del sector de la costa llamado Laraquete, que se ubicaba a orillas del mar en el golfo de Arauco, junto a la línea férrea Concepción-Carampangue. El campamento se instaló en un bosque de eucaliptus y ese mismo día se señaló el campo de ejercicios que comprendía una faja entre la línea del ferrocarril y la línea de costa de un largo superior a 15 kms. En esa zona efectuamos ejercicios de combate, de sección y compañía, los que fueron muy importantes para nosotros, especialmente

por la crítica que se efectuaba después de cada ejercicio. Era una clase magistral que nos dejaba muchas enseñanzas.

En el mes de noviembre regresó el Regimiento "Chacabuco" a la Guarnición de Concepción y de inmediato se iniciaron los preparativos para los grandes ejercicios en los llanos de Collipulli. Lamentablemente en ese momento no me encontraba bien de salud, pero como el servicio primaba, me preocupé intensamente de la tropa y de preparar la compañía para la salida a terreno. En esos días sentía un extraño cansancio, náuseas, frecuentes ganas de dormir y parecía que estaba muy agotado, sin ninguna razón aparente.

El traslado por ferrocarril hacia Collipulli se preparó en detalle y el día que nos embarcamos en el tren que nos conducía a dicha zona ubiqué a los conscriptos en los asientos y tan pronto como los dejé en el carro, me senté y me quedé profundamente dormido. De esto se habían dado cuenta mis superiores, que llamaron al médico, quien, luego de examinarme y tomarme la temperatura, diagnosticó una ictericia muy fuerte debido a una hepatitis. Se dispuso de inmediato mi regreso y hospitalización en Concepción. Sentí con ello que mi pequeño mundo se derrumbaba. Le porfié al médico que se trataba de algo pasajero, pero éste fue inflexible. Como era toda la Guarnición de Concepción la que iba a las maniobras, ninguna de las enfermerías estaba en funciones. Ellas estaban cerradas, al igual que los casinos, no quedándome otra alternativa que recurrir al hospital. Sin embargo, el Comandante del Regimiento ordenó que me fuera a su casa. Allí me trasladaron, y fui atendido con toda solicitud por su señora esposa e hijos. Estuve postrado en cama cerca de diez días. El médico de Concepción me encontró grave y hasta hubo temores por mi vida. Sin embargo, salí adelante y me recuperé al cabo de algún tiempo, pero siempre quedé afectado del estómago.

Al ser dado de alta, y regresar a la unidad, el Comandante del Regimiento me ordenó salir de vacaciones en el mes de diciembre, y me aconsejó trasladarme a la casa de mis padres, para que mi recuperación fuera completa. Allí fui atendido por mi madre y el médico de la familia, doctor Lachaise.

BRINDIS CON AGUA DE BOLDO

El 1° de enero de 1938 recibí el ascenso a Subteniente de Ejército, lo que me llenó de alegría. Tuve que celebrar este ascenso brindando con agua de boldo, pues el médico me tenía prohibido tomar cualquier licor.

También en esos días se entregó la fotografía de la oficialidad del regimiento, en un mosaico del año 1937, que guardo como un grato recuerdo. En él aparecen todos los Oficiales de ese año.

A fines de enero ya estaba prácticamente recuperado y en condiciones de volver al servicio. Sólo debía mantener un régimen alimenticio y no beber bebidas alcohólicas. Me trasladé entonces a Concepción y agradecí al Comandante del Regimiento todo lo que había hecho por mí. En esa ocasión me informó que él sería trasladado como Jefe de Estado Mayor a la III División de Ejército y que lo reemplazaría en el mando un nuevo Comandante, don Domingo López Olguín.

El cambio de Comandante de Regimiento significó para mí perder el estrecho contacto con una persona a quien consideraba como un hermano mayor. Regresé a la misma Compañía que había servido antes de mi enfermedad, la del Capitán Ibáñez, que en esos días efectuaba instrucción a los aspirantes. Por mi recuperación quedé algunos días con servicio liviano.

En el mes de febrero entré de lleno como Oficial Instructor del curso de aspirantes y nos trasladamos a Lirquén, bajo el mando del Capitán Julio Ibáñez Ross, del que no solamente fui su oficial subalterno, sino que me transformé en su amigo. Durante esos días se trabajó intensamente en la instrucción del curso de aspirantes. La instrucción en la zona de Lirquén era muy agradable. Durante todas las mañanas se efectuaban diversos ejercicios de combate y de tiro con los aspirantes, lo que realizábamos con el Alférez Costa. En la tarde la instrucción la efectuaban los Oficiales más antiguos, mientras nosotros preparábamos las materias para el día siguiente, bajo la dirección de nuestro Capitán Ibáñez. Después teníamos descanso y playa.

A fines de febrero presentamos al curso de aspirantes en revista de instrucción de combate y de gimnasia. El buen éxito de la revista nos dejó muy satisfechos. Algunos de esos aspirantes alcanzarían más tarde altos grados como Oficiales del Ejército o Carabineros.

En los primeros días de marzo regresamos a Concepción, continuando la instrucción en el cuartel, hasta el licenciamiento del curso.

Simultáneamente en esos días, junto al licenciamiento, se llevó a efecto el cambio de mando del Comandante del Regimiento, al hacer entrega del mando el Teniente Coronel Miguel Puga Monsalves al Teniente Coronel Domingo López Olguín, que se recibió de la Unidad.

Después del cambio de mando, se llevó a efecto una comida de la oficialidad, durante la cual se entregó al Comandante saliente, don Miguel Puga, un recuerdo en nombre del Regimiento. El nuevo Comandante ordenó que yo se lo entregara, por ser el Oficial menos antiguo del Regimiento y por el afecto que tenía hacia él.

Encuentro entre mis recuerdos una nota curiosa. En la reunión de Oficiales previa a la despedida se estableció el día en que ésta se haría, quiénes serían los invitados, qué menú, qué regalo, y qué uniforme se debía usar para la comida. Nadie se ponía de acuerdo sobre el uniforme que se usaría esa noche, hasta que el Mayor Brown dijo: "Preguntémosle al Oficial menos antiguo aquí presente y haremos lo que diga él". No se encontraba presente el Subteniente Juan Costa, menos antiguo, por estar de guardia. En consecuencia me correspondió a mí. Todos me miraron y yo me levanté y dije: "De etiqueta, pues se trata de nuestro Comandante". Unos pusieron cara de sorpresa y otros dieron su conformidad. Se aceptó mi proposición y se asistió con ese uniforme, que no era del agrado de todos, pues a algunos esa ropa le quedaba un poco estrecha. Pero lo solucionaron, aunque después me llamaron la atención por lo "pomposo", como me dijeron.

DE LAS REPRENSIONES A LAS FELICITACIONES

Los días transcurrían felices. Pero esta alegría iba a oscurecerse con un problema que inicialmente fue bastante grave, no sólo para mi vida profesional, sino también en lo moral.

Estaba de guardia (en esos años, los Oficiales hacíamos guardias que duraban 24 horas, sin dormir y a cargo de la seguridad de la Unidad) cuando sorprendí a un Clase que estaba de servicio y que se encontraba en estado de ebriedad. Acostumbrado a la dura disciplina de la Escuela de Infantería, ordené que se fuera a la guardia y quedara castigado preventivamente. Además lo relevé y puse un Cabo Aspirante en su reemplazo.

Al término de una ronda por el Cuartel, y al volver a la guardia, encontré que el Clase estaba armando un gran escándalo en la sala de armas. El alcohol lo había embravecido y al llegar yo al lugar, aumentó su ira y, rápidamente, tomó uno de los fusiles de los centinelas que estaba en el armerillo. Esta arma se encontraba cargada y asegurada. Me apuntó con el arma para dispararme, sacando el seguro. Sin vacilar salté a un costado, desenvainé mi sable y cuando, trató de disparar, le asesté un golpe que lo aturdió unos segundos, tiempo suficiente para desarmarlo.

Enseguida lo puse preso en un calabozo y llamé al Oficial de Ronda, que era el Capitán Emilio Loyola.

El Capitán consideró que yo había actuado bien y que al día siguiente se daría cuenta al Comandante de la falta cometida por el Clase.

Efectivamente, al otro día se dio cuenta al Comandante del Regimiento, quien ordenó un sumario y yo pasé arrestado preventivamente a mi pieza.

De inmediato tuvieron lugar las primeras declaraciones, las que me daban la razón. Pero como la falta fue considerada un delito, se inició un proceso a cargo del Mayor Castro, Oficial de Transportes y de dotación del Cuartel General Divisionario. Durante cuarenta y ocho horas, varias veces, se me interrogó exhaustivamente sobre lo sucedido y luego quedé libre para reintegrarme al servicio.

El Comandante del Regimiento estaba muy preocupado por lo sucedido y me reprendió en su oficina por haber actuado con tanta dureza con un Clase de Servicio. Me dijo que había procedimientos más suaves. Yo consideraba que todo se hace fácil después de que suceden los hechos, pero debí permanecer cuarenta y ocho horas en mi pieza.

Fue un atenuante para mí que en esos días se habían vivido ciertas situaciones tan delicadas como una insubordinación en el "Silva Renard", hecho muy semejante al mío, y sobre el que no se había tomado ninguna medida; este suceso lo había protagonizado un Sargento 2°. Tres días más tarde llegó a Concepción el General Comandante en Jefe del Ejército, don Oscar Novoa, quien citó a una reunión a todos los Oficiales de la Guarnición, en el gran hall del casino de oficiales del Regimiento "Chacabuco", el lugar más amplio que existía para tal efecto en Concepción. Al General de División Oscar Novoa se le consideraba como el más severo de los jefes y el más duro.

Debo confesar que esperaba lo peor para mí. También supe con más claridad que en la Unidad de Artillería el Suboficial de Servicio había gatillado su arma contra el Oficial de Guardia, pero la pistola no funcionó, y lo grave era que el Comandante de la Unidad no había dado cuenta al General Comandante en Jefe de la División y, por el contrario, había tratado de ocultar el hecho a sus superiores.

Después de algunas palabras, en voz muy alta, como acostumbraba hablar el Comandante en Jefe del Ejército, me llamó frente al lugar donde él se encontraba. Yo esperaba la expulsión del Ejército, pero me volvió el alma al cuerpo cuando empezó diciendo: "Se han cometido dos faltas graves a la disciplina, pero el único que ha mostrado poseer claros conceptos de ella es este Oficial, el Subteniente Pinochet, que ante una falta a la disciplina no ha trepidado en tomar la más dura de las medidas. Subteniente, reciba usted la más cálida felicitación de su General en Jefe por su actitud disciplinaria ante un hecho delictual".

Posteriormente, el Comandante de Regimiento y el Comandante de la División se reunieron con el Comandante en Jefe del Ejército, reunión en la cual les llamó la atención, pero no trascendió lo que les dijo.

Mi situación quedaba, pues, aclarada y el Comandante del Regimiento pasó de las reprensiones a las felicitaciones.

Después de este incidente, continuó la vida del cuartel con la instrucción de los aspirantes, que en esos días llegaba a su término. Luego de su despacho se inició el año de instrucción del contingente 1938/39.

Mientras tanto me tocó exponerle al Regimiento la Batalla de Maipú. Por la forma como había presentado la conferencia fui felicitado por el Comandante del Batallón.

En la organización del Regimiento para el año 1938 continué como Comandante de Sección de la 6ª Compañía, al mando del Capitán Julio Ibáñez Ross. En esos días de abril mi camarada, el Subteniente Juan Costa Bobadilla, dejaba la Unidad por haber sido destinado al Regimiento de Infantería Nº 10 "Pudeto", en Punta Arenas. La despedida de mi amigo Costa me conmovió; yo perdía a un buen amigo y quedaba en el Regimiento como el Oficial menos antiguo, ya que, como he dicho, quien me seguía en antigüedad en escala ascendente era un oficial egresado cuatro años antes de la Escuela Militar. Así me transformé en el niño de los mandados, pero, al mismo tiempo, recibía el afecto de mis compañeros, por ser el Benjamín de la Unidad.

En las demás Unidades de la Guarnición quedaron otros de mis compañeros del curso 1936 de la Escuela Militar. Así, en el "Guías" estaban mis compañeros Vera y Danyeau y en el "Silva Renard", Espejo y Arancibia. Con ellos solíamos reunirnos a comer una vez a la semana para intercambiar ideas y analizar los problemas que se nos habían presentado en esos días.

La directiva anual del Regimiento, para ese año, me dejó un tanto apesadumbrado, pues no sabía cómo tendría que repartir el tiempo, ya que claramente percibía que me sería insuficiente y éste era un problema enorme para mí. Después de la lectura del documento, y cuando reflexionaba sobre este punto, se me acercó el Capitán Ibáñez y, dándome una palmada en un hombro, que me hizo levantarme y ponerme firme, se sonrió y me dijo: "Mira, cabro, vamos a trabajar duro, pero vamos a salir bien; yo te ayudaré en los problemas que se presenten". Creo que las "gracias" me salieron del alma.

De acuerdo con el programa, ese año me correspondió exponer a mis compañeros los resúmenes de algunas obras. Debí dar a conocer los "Recuerdos del Pasado", de Pérez Rosales, y "Recuerdos de Treinta Años", de José Zapiola.

Comenzaba entonces a comprender que la carrera de las armas no sólo exigía condiciones físicas, sino capacidad para aplicar la teoría a la práctica, cultura general y gran respeto a las jerarquías. El tiempo se me hacía poco y muchas noches me quedé leyendo y resumiendo, dibujando formaciones, imaginando situaciones de combate o adiestrándome en el conocimiento de armas, sin bajar a comer o sirviéndome un emparedado, mientras trataba de resolver el problema que se me presentaba. El paseo a la Plaza de Concepción era imposible y sólo el domingo en la mañana solíamos disfrutar la "Tocata" de la banda del "Chacabuco" y piropear a alguna dama penquista.

Ese año la directiva, además, disponía que un Oficial del grado de Teniente debía exponer "La Revolución de 1851". Me correspondió efectuar la crítica de la exposición que él haría sobre el tema.

Entre las actividades exclusivamente militares me cupo participar en todos los juegos de guerra regimentarios y divisionarios, ocupando variados puestos subalternos, pero que igualmente obligaban a estudiar y prepararse para salir airoso de esta prueba.

La instrucción del contingente se efectuó como la había realizado en la Escuela de Infantería. Pasé la prueba de las revistas, en el período de reclutas, sin contratiempos, y el Jefe de Estado Mayor me felicitó por la instrucción de los analfabetos que había realizado, pues todos mis educandos ya leían y sabían firmar.

Esta instrucción de analfabetos era la más pesada de todas, pues se iniciaba al filo del término del almuerzo, lo que obligaba salir corriendo para llegar puntualmente a la iniciación de la clase, a las 13.50 horas. Esa felicitación del superior me compensó el sacrificio que había hecho del descanso durante esos meses. Entre los útiles didácticos compré unos cuadros tamaño "Mercurio" con letras y sílabas que me sirvieron enormemente para realizar las clases.

En cuanto a las academias de Oficiales, tuve la satisfacción de superar todos los problemas que debí afrontar. El Capitán Ibáñez me indicó la forma cómo preparar y realizar las críticas de obras. De acuerdo con su sistema, leía todos los días un determinado capítulo y, luego, resumía lo leído, anotando los conceptos que llamaban la atención en la materia leída. En ambas obras me fue bastante bien. En cuanto a la crítica que debía efectuar a la "Revolución de 1851", la realizamos en conjunto con el Oficial conferenciante, que naturalmente también estaba interesado en pasar la valla en buena forma, como sucedió.

DISCIPLINA, VIDA SOCIAL Y POESIAS

Durante ese año, al término de la instrucción y cuando no nos encontrábamos de servicio el fin de semana, los sábados o los domingos nos juntábamos con un grupo de damas amigas de los Oficiales de la Unidad. Con ellas salíamos a dar paseos a caballo. Al regreso tomábamos té con todos los sabrosos "aportes" que las jóvenes acompañantes, previamente, llevaban al casino. Después del té solíamos bailar o alguna dama con buena voz nos deleitaba con canciones tocadas en guitarra. De estas agradables reuniones resultaron algunos matrimonios.

Eran momentos de felicidad, alegres e inolvidables, que se vivían después de cinco años de rigidez disciplinaria, cuatro años de Escuela y uno de Alférez; pero creo que este período fue también de dura formación como Oficial, indispensable como base para toda la vida futura de un hombre de armas.

Los años 1937 y 1938 constituyen, en la ruta de mi existencia, el comienzo del largo camino profesional, en el cual fui escalando grado tras grado hasta llegar a General, distinción máxima a que el Oficial puede aspirar desde que entra a la Escuela Militar.

Como he dicho, algunos Oficiales, cuando egresan de la Escuela Militar, creen que en la vida profesional habrá menos exigencias en cuanto a obligaciones, ¡pero cuán equivocados estaban aquellos que suponían que todo iba a ser más fácil! Por el contrario, ahora en la carrera se tenían crecientes responsabilidades y afrontábamos cada día mayores exigencias.

Sin lugar a dudas, todo resultaba más duro de lo que uno se había imaginado. Muchas veces se sienten momentos de amargura, en especial por las severas observaciones que dan los superiores, los que, con el mejor espíritu, nos inculcaban el sentido de responsabilidad, nos enseñaban y nos corregían los errores que cometíamos. La vida militar está basada en una permanente crítica destinada a conseguir un desempeño más eficiente y a ser cada día mejor.

También recién en esos primeros años se comienza a comprender las hermosas características de la carrera que habíamos abrazado y cuán amplio es el campo que se va abriendo.

Una vez al mes se llevaba a efecto una comida de camaradería, lo cual permitía que los Oficiales se conocieran mejor, pero siempre bajo una amistad respetuosa. Se solían contar chistes, cuentos, anécdotas divertidas o se declamaban poesías. A este ágape asistían desde el Comandante del Regimiento hasta el Oficial menos antiguo y a veces se invitaba al Comandante en Jefe de la División o bien a Oficiales de otras Unidades de la Guarnición.

Mucho nos agradaban las poesías que solían recitar algunos Oficiales. Casi siempre le pedíamos al Capitán Jones o al Capitán Emilio Loyola (que no se hacía de rogar) que nos recitaran alguna poesía. La que impresionaba más era una que recitaba Jones con voz muy pausada y grave. Eran versos del poeta español Gaspar Núñez de Arce. Siempre he guardado en mi mente esa primera estrofa y después de tantos años se repiten en mi mente con dolido acento:

*"¡Treinta años! ¿Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos,
el alma apagada y fría?
Un día tras otro día
mi existencia han consumido,
hoy asombrado, aturdido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido ..."*

A esta estrofa le encontraba un profundo sentido de la vida y creo que tenía la razón.

En el casino existía camaradería respetuosa entre los Oficiales del Regimiento. En este diario vivir se hablaba sobre todo de temas profesionales. Se intercambiaban conocimientos de historia: algunos de los Oficiales eran verdaderos historiadores. Se hacían comentarios de la situación mundial, pero siempre mencionando sus aspectos bélicos. Jamás escuché en el casino alguna discusión de carácter religioso o político, al extremo de que llegué a creer que allí no agradaban esos temas.

LA MASACRE DEL SEGURO OBRERO

Sin embargo, en esos días, cuando se libraba la lucha por alcanzar la Presidencia de la República entre Ibáñez, Ross y Aguirre Cerda, se escuchó por primera vez en el casino a algunos de los Tenientes antiguos conversar sobre el "Frente Popular", que estaba integrado por diferentes partidos, como el Radical, Democrático, Socialista, Comunista y la Confederación de Trabajadores de Chile, y en

qué forma nos afectarían las tendencias de éste, en caso de triunfar. Sin embargo, se puede decir que, en general, no se apreciaba una gran preocupación por el candidato que ganaría las elecciones y menos que hubiera simpatizantes de uno u otro bando. Lo que nos preocupaba era en qué afectaría el resultado de la elección a las Instituciones de la Defensa Nacional.

Toda la campaña presidencial fue normal hasta el 5 de septiembre de 1938, un día después de haberse efectuado un gran desfile ibañista, durante el cual estuvimos acuartelados en todas las grandes ciudades. Ese día hubo un gran revuelo causado por un hecho de sangre que nos conmovió profundamente. Un grupo de jóvenes del Movimiento Nacional Socialista se había apoderado de la Universidad y, luego, de la Caja de Seguro Obligatorio, situado en la esquina contraria y frente a la Intendencia, es decir casi frente a la Moneda. Los asaltantes fueron rodeados y los de la Universidad se entregaron, pero cuando los llevaban al Cuartel de Investigaciones, los obligaron a entrar en el edificio del Seguro Obrero. En esos momentos se produjo el asesinato de un carabinero, lo que provocó una dura reacción por las fuerzas policiales, siendo ultimadas 61 personas, entre ellas, decía la prensa, 3 inocentes que no habían participado en los hechos. Este suceso produjo hondas inquietudes entre los Oficiales, que repudiaban todo aquello que fuera política importada, como el nazismo; pero también nos producía una penosa impresión el hecho de que aquellas personas hubieran perdido la vida. Cuando llegaron las listas de los fallecidos encontré a dos de mis antiguos compañeros de colegio de Valparaíso, que habían caído en esta acción, los hermanos Marcos y Eugenio Magasich Huerta.

En ese mes de septiembre se llevó a efecto una gran Parada Militar en el Club Hípico de Concepción. Asistieron las Unidades de la Guarnición y tropas de la Armada. Me tocó participar en el acto patriótico como el abanderado de la Unidad. Me llenó de sano orgullo llevar el estandarte del Regimiento en una ocasión como ésta.

Pese al momento político que se vivía, cerca de las elecciones presidenciales, los Oficiales permanecíamos en el más completo desconocimiento de los sucesos que ocurrían y no nos importaban cuáles serían los resultados. Había un cierto desprecio hacia los políticos, a quienes se culpaba de todo lo malo que pasaba.

Nuestra ignorancia era una desventaja cuando se convivía con el mundo civil. En ocasiones en que debíamos sostener discusiones con los civiles, parecíamos incultos, y en estas conversaciones, fueran bien o mal intencionadas, cuando al parecer se pretendía conocer cuál era nuestro pensamiento político, eludíamos el asunto contestando: "Perdone usted, nosotros somos apolíticos y no nos agrada discutir estos temas". Débil excusa, pero que nos servía para salir del paso y justificar nuestra ignorancia.

El 25 de octubre de 1938 se llevaron a efecto las elecciones y triunfó don Pedro Aguirre Cerda, con una ventaja de un reducido número de votos, 3.773 de un total de 440.000 sufragios emitidos. Tan pronto el Presidente Aguirre Cerda tomó el poder, los nacistas fueron indultados y el partido se reestructuró bajo el nombre de "Vanguardia Popular Socialista", expresándose que era un partido democrático (siempre la palabra talismán) de izquierda.

CAMBIO DE UNIDAD

Posteriormente, después de las elecciones presidenciales, la Unidad se preparó para la próxima salida a campaña. Entonces escuché y luego leí en la

Orden del Día del Regimiento que el Suboficial que se había sublevado regresaba a su puesto. Ello me pareció una arbitrariedad, pues, según mi opinión, no correspondía su regreso después del incidente sucedido en la pieza de la guardia.

Esa noche estuve meditando sobre la situación y, ante tal hecho, resolví pedir cambio de Guarnición.

Esta situación estimé mejor conversarla con el Mayor Edgardo Portales, que había llegado en septiembre como uno de los Jefes del Regimiento de Caballería "Guías" y que fuera mi apoderado durante mi permanencia en la Escuela Militar.

Al día siguiente fui a hablar con el Mayor Portales y le expresé con franqueza mi problema, luego le mostré mi solicitud de cambio de Unidad. Después de mirarlo unos momentos tomó el documento y lo leyó en voz alta, me dijo que lo consideraba apropiado. A continuación me aconsejó que siguiera adelante con mis planteamientos.

Mientras la Unidad preparaba su próximo período de instrucción en el área de Laraquete, los Oficiales que estábamos seleccionados para el Decatlón del Ejército, el 20 de enero de 1938, nos entrenábamos desde tempranas horas de la mañana, y en las tardes continuaba el trabajo físico hasta después de las dieciséis horas.

Mi solicitud de traslado seguía su curso regular. El desarrollo de mis actividades profesionales dentro de la Unidad regimentaria eran normales y el trabajo de la Compañía continuaba desarrollándose para salir a campaña, como lo habíamos hecho en el año anterior. El desplazamiento hacia Laraquete se hacía en ferrocarril y para ello se alistó el embarque en el tren que hacía el recorrido a Concepción-Carampangue y, en el día previsto, nos embarcamos y partimos al lugar señalado anteriormente.

Ese año, en el terreno de ejercicios se trabajó intensamente, primero en actividades de sección y luego de compañía. Al término de este período se regresó a Concepción. Eran los primeros días de octubre.

La vida de servicio había transcurrido en forma normal y muy rápidamente. La Directiva Regimentaria, en cuanto a exigencias que me afectaron a mí, estaba cumplida.

Cuando llegué una mañana al Cuartel se me comunicó que la Corte de Apelaciones de Concepción había confirmado la sentencia del Juzgado Militar en contra del Cabo 1° que se había subordinado, el que sería dado de baja.

Posteriormente, a días de recibir la respuesta a mi solicitud de traslado, apareció en el Boletín Oficial N° 49 del mes de diciembre mi destinación al Regimiento de Infantería N° 2 "Maipo". Ese mismo día el Mayor Edgardo Portales me llamó por teléfono para pedirme que fuera a conversar con él al Regimiento "Guías". Cuando me reuní con él en el casino, me expresó que se había permitido escribirle a su hermano el General Portales contándole mi problema, y que éste había pedido mi traslado. Posteriormente el Comandante López me llamó y me dijo que sería despachado a la Unidad a fines del mes de diciembre.

DESPEDIDAS

Comencé a entregar las comisiones que como Oficial de la Unidad tenía a mi cargo. Muchos sentían que me fuera y así me lo expresaban. Dos días antes de

mi partida me ofrecieron una comida los Oficiales del Regimiento y algunos amigos de Concepción.

En esta comida me entregaron un hermoso recuerdo, que conservo entre otros que he recibido a lo largo de mi carrera. El obsequio es una estatuilla de un Soldado de Infantería, con una hermosa leyenda que indicaba el tiempo que había permanecido en la Unidad. Aún guardo entre mis papeles un verso que redactó el Capitán Guillermo Larenas y que leyó al final de la cena. A esos versos los llamaban los "esparramados". En éstos decía:

" Es usted robusto,
" Augusto;
" La vida es de usted,
" Pinochet;
" No se ensarte,
" Ugarte.
" Ahora que se va a Valparaíso
" y deja en esta tierra una parte
" no olvide el buen papel que aquí hizo
Don AUGUSTO PINOCHET UGARTE "

Mi salida del Regimiento fue un tanto rápida, ya que se vivían los últimos días del año y la Unidad se preparaba para los períodos de feriado, por lo cual tuve que dejar algunas de mis especies personales en una bodega del casino y embarcar el resto por ferrocarril con destino a la Estación Puerto. Era un día antes de Navidad y mi deseo era estar con mis padres en esa ocasión.

Cuando me encontraba en la estación de Concepción y listo para viajar a Santiago, observé con pena que nadie había concurrido a despedirme. Estaba pensando en la ingratitud de mis camaradas cuando aparecieron el Capitán Ibáñez con todos los Tenientes del Regimiento y mis compañeros de las otras Unidades y, riendo, me contaron que me habían observado cómo yo estiraba el cuello para ver si venía alguien.

Antes de tomar el tren para Santiago todos me dieron un fuerte abrazo y el Capitán Ibáñez me dijo: "Ya estaremos juntos de nuevo, Alférez" (que era la forma cariñosa de tratarme). Me entristeció mucho mi alejamiento. A algunos de esos Oficiales nunca más los volvería a ver. Cerraba con ello una etapa de mi vida.

RECIBIMIENTOS

Llegué a Valparaíso y me presenté en la Guarnición justo el día de la Navidad. En la tarde salí a comprar algunos regalos para la familia y para mis amigos y en la noche tuvimos cena familiar. Permanecí allí hasta el Año Nuevo.

Después del Año Nuevo, el día 2 de enero de 1939 me presenté a los Jefes del Regimiento. Ese día salí dado de alta en la Unidad en la primera Orden del Día, con que se iniciaba el año. Me asignaban a la Sexta Compañía de Fusileros. En esa misma Orden, y en el párrafo anterior, ponían a mi disposición el "carro de

policía" para ir a buscar mi equipaje a la Estación Puerto: era el medio de transporte de que se disponía en la Unidad.

El mismo día 2 de enero saludé a los Oficiales de la Unidad. Sentí que debía empezar de nuevo en mis actividades militares. Sin embargo, como también encontré Oficiales que habían sido mis instructores en la Escuela Militar, como el Capitán De la Cerda, el Capitán Estrada (a quien siempre guardé especial afecto) y otros, todo se me hacía más fácil.

El Comandante, después de escuchar la fórmula de presentación que existía en esos años, me dio la mano y me indicó que el Mayor Larenas me destinaría a la Unidad donde prestaría mis servicios. De la Comandancia me dirigí entonces a la oficina del 2º Comandante y, después de saludar al Jefe de la Plana Mayor, me encaminé a la oficina del Comandante del II Batallón, que en esos momentos estaba escribiendo y que sin levantar los ojos del papel, cuando pedí permiso para entrar, sólo contestó "entre" y continuó escribiendo. En voz alta dije la fórmula de presentación, pero él siempre sin levantar la cabeza me dijo: "Váyase". Quedé muy extrañado y en mi interior formulé una severa crítica a tal proceder y me dije que yo jamás debía actuar en esa forma.

La situación posterior fue diferente, pues me encontré con un Comandante del I Batallón que me saludó caballerosamente y me expresó que estaba destinado a la 6ª Compañía, al mando del Capitán Mackay, a quien conocía desde la Escuela de Infantería, cuando éste hacía el curso de Teniente. Este Oficial me recibió con mucho afecto y me dio tres días para instalarme y arreglar mis cosas.

No me había llegado el total del equipaje y me faltaba aún la ropa de cama. Para solucionar esta anomalía, le conté a mi madre mi problema y ella me proporcionó frazadas, sábanas, cubrecama y toallas. Arreglé mi dormitorio y luego llegó un soldado que se presentó y me expresó que él se iba a desempeñar como mi ordenanza. Su nombre era Gómez, pero me dijo que todos lo conocían por "Tripulina" y que él atendía al Teniente Araya y ahora lo haría con los dos.

El día lunes debí asumir el cargo de Comandante de Sección de la 6ª Compañía y junto con ello entré a desempeñarme como supervigilante del almacén de vestuario y equipo y de la bodega de forraje.

Tan pronto asumí las funciones que me correspondía como Oficial de la 6ª Compañía, me dediqué a ponerme al día en cuanto a Revistas de Almacenes, Hojas de Vida del personal y demás documentación que esa Unidad llevaba.

El Suboficial de la Compañía se encargó de informarme sobre todas las actividades que desarrollaba la Unidad. Además, en esos días fui presentado al personal de la Sección de Fusileros a la que iba a dirigir como su Comandante.

Me dediqué a conocer al contingente y al Cuadro Permanente, y también a estudiar las Hojas de Vida de estos últimos y ponerlas al día en cuanto a anotaciones que faltaban.

En esos días también se supo que yo había sido seleccionado en el Regimiento "Chacabuco" para participar en el Decatlón del Ejército, el 20 de enero de 1939, para lo cual fui sometido por los Jefes de la Selección a diversas pruebas, en las que obtuve buenos resultados. Esto me significó pasar a integrar el equipo del Regimiento en la Segunda División. Inmediatamente se iniciaron los entrenamientos, que eran bastante intensos.

Los compañeros del "Maipo" a diferencia de los del Regimiento "Chacabuco", eran numerosos. Como he dicho, a algunos de ellos los había conocido como instructores en la Escuela Militar, tal como el Capitán De la Cerda y al Capitán Estrada, o en la Escuela de Infantería, al Capitán Ilabaca, y Mackay. Los Oficiales subalternos éramos más o menos parejos en cuanto a antigüedades. En mi Com-

pañía estaba el Teniente Lillo y en la 8ª el Subteniente Ferrer, y todos eran excelentes compañeros y buenos amigos.

A principios de enero me dediqué al entrenamiento de las pruebas del Decatlón. Así el día 15 salió para Santiago todo el equipo. Quedé como había pedido, en la reserva del equipo, con el desagrado de mis compañeros, pero yo creí que no podía competir contra los mismos compañeros del "Chacabuco", con quienes me había preparado hasta mi despacho a Valparaíso; tal hecho podría haber sido considerado poco leal. Llegué a Santiago y el día 20 de enero se inició el Campeonato con Esgrima de Sable, en el cual tuve que participar y me fue bastante bien. Luego realicé el paso de la muralla de 2,50 mts., quedando libre para el final de las pruebas, que era el 27 de enero en el Estadio Militar.

ENERO DE 1939, EN CONCEPCION

Como necesitaba con urgencia traer las especies que aún tenía en Concepción, le pedí permiso al Comandante del Regimiento, Teniente Coronel Sánchez, para aprovechar cuatro días que estaba sin actividad deportiva para viajar al sur, y fui autorizado.

El día 22 de enero viajé en el nocturno a la ciudad de Concepción. Llegué allí el día 23.

En la estación me esperaba mi amigo el Teniente Guillermo Castellón, quien me instaló en el casino; allí alojaría las dos noches que iba a pasar en la ciudad. De inmediato me preocupé de preparar el resto del equipaje que tenía en bodega y que debía enviar a Valparaíso, lo que iba a realizar el 24 de enero, día que se me iba a facilitar un carro para llevarse los efectos a la estación de ferrocarril y despacharlos para el Puerto de Valparaíso.

Esa tarde me vestí de civil y salí a comer al centro de la ciudad con algunos amigos de los que no había alcanzado a despedirme. Me retiré temprano y regresé al Regimiento en tranvía. Al bajarme me encontré con el Oficial de Guardia, con el cual nos quedamos conversando en la mitad de la calle. Era la noche del 23 al 24 de enero de 1939. Sorpresivamente se produjo un ruido como si arrastraran toneladas de piedras, seguido de un movimiento telúrico de gran intensidad. Para no caer al suelo, debimos apoyarnos el uno al otro. Instantáneamente se apagaron las luces y se levantó una gran polvareda. Cuando pasó el movimiento estábamos a oscuras. Pronto comenzaron a aparecer luces. Se escuchaban gritos, llantos. Una nube de tierra nos asfixiaba. Pasado el primer momento se formaron patrullas con el contingente y se inició la ayuda de emergencia.

Al día siguiente, con las primeras luces, vimos un cuadro aterrador. Las palabras son meros reflejos de la impresión de catástrofe e impotencia ante las fuerzas de la naturaleza desatadas. Todo ello era muy duro y muy dramático.

Me presenté al señor General Cañas, que estaba sumamente atareado y afrontaba mil problemas, y sólo me dijo que era posible que viniera el Regimiento "Maipo" a la zona y que cuando éste llegara me reintegrara a él. Mientras tanto, seguía agregado al "Chacabuco".

Esa misma noche se iniciaron los trabajos de salvataje. Se sacaron escombros y de éstos se extrajeron cadáveres y heridos. Al amanecer y durante todo ese primer día trabajamos intensamente. En la noche estábamos agotados tanto física como espiritualmente, después de ver tanto horror, muerte y desolación. Por suerte al casino donde yo alojaba no le había sucedido nada. Entre las bajas

se encontraba el Mayor Brown, Jefe a quien siempre aprecié mucho. Fue uno entre los cientos de personas que habían fallecido.

Ese mismo día traté de comunicarme con algún Oficial del "Maipo" para que me trajera algunos enseres y ropa más apropiada para las circunstancias. Pero no fue posible tomar contacto; no había comunicaciones con Valparaíso.

Seis días más tarde llegaba el Regimiento Maipo a efectuar trabajos en la zona de catástrofe y me integraba a la Unidad.

Inicialmente, el Mayor Larenas me designó como su ayudante, pero posteriormente por falta de Oficiales, me envió a los trabajos de despeje de las calles. Pocos días más tarde este Jefe sufrió un accidente, que se produjo al saltar desde un camión en marcha, y enredarse en las espuelas. En su caída azotó con su cuerpo el pavimento, quedando bastante maltrecho y debió guardar reposo. Su ausencia significó para nosotros mayor trabajo.

Durante esos días me tocó presenciar un hecho vergonzoso. Las Brigadas Socialistas que cooperaban en la ciudad repartiendo ropa, colchones y víveres entre los damnificados, actuaban en forma poco honesta. De las columnas de 4 ó 5 camiones con ropa y alimentos, normalmente llegaban sólo uno o dos de ellos. Había mil excusas, pero se trataba en realidad de un vulgar robo; esos camiones partían hacia otro lugar y los encargados de conducirlos se repartían entre ellos las especies o las vendían. Mis compañeros los apodaron las "Brigadas de socios listos". Para afrontar esa desfachatez optamos por recibir los camiones antes de que llegaran a la ciudad.

Durante veinticinco días trabajamos sin parar. Estábamos agotados y el General Cañas autorizó, al cabo de ese tiempo, un día de descanso. Recuerdo que en el Cuartel me dirigí al segundo piso y me tendí en la Sala de Conferencias que poseía en este lugar el Regimiento Chacabuco, coloqué mi gorra como almohada y dormí desde las 9.00 horas hasta cerca de las 22.00 horas, sin interrupción. No probé bocado, pero conseguí recuperar gran parte de mis fuerzas y quedé en condiciones de continuar nuestras faenas hasta cuando se dio la orden de regresar al lugar de origen.

Al regresar a Valparaíso nuestros uniformes estaban destruidos y nunca supe más del equipaje que no había alcanzado a entregar en la estación de Concepción.

Después de ocho días de permiso, la Unidad volvió a su vida normal en Valparaíso.

Por la Orden del Regimiento del 7 de marzo, se transcribió una felicitación del Jefe de Plaza de Concepción, que decía:

5) TRANSCRIBE FELICITACION JEFE PLAZA DE CONCEPCION. Se transcribe, para conocimiento de las Unidades dependientes de esta División, el párrafo 1 de la Orden de la Plaza de Concepción N° 15 fecha 22 de febrero de 1939, que dice:

1. "FELICITACION DEL COMANDO DE LA PLAZA: Al terminar la labor que ha correspondido al Ejército como consecuencia del siniestro que ha azotado a Concepción, me siento en el deber de dejar constancia en la Orden de la Plaza de la forma abnegada y entusiasta con que ha actuado el personal del Ejército puesto bajo mis órdenes".

"Estimo que su comportamiento ha correspondido a lo que debe esperarse de hombres que comprenden lo que es deber en las horas de prueba. Y estimo, también, que el índice de disciplina que se ha alcanzado en esta tarea revela una alta calidad moral de los componentes del Ejército. Por lo cual me siento orgulloso de haber sido el Comandante de los que han actuado en esta ocasión.

"S.E. el Presidente de la República, el Comandante en Jefe del Ejército, las autoridades locales y el público en general han aplaudido el comportamiento de nuestras tropas y comisiones de trabajo. Y es esto cuanto yo podía desear para el bien de la colectividad y para prestigio del Ejército.

"Por esta razón deberá anotarse en la Hoja de Vida de los Jefes, Oficiales, Suboficiales, Clases, Soldados y Conscriptos, una felicitación ordenada por el Jefe de la Plaza.

"A los Conscriptos que abandonarán las filas en unos días más, les recomiendo no olvidar que esta Institución Militar, de la cual llevan hoy su uniforme, es una escuela de bien público, en donde se aprende a servir a la Nación por encima de los intereses particulares, y deben sentirse orgullosos de haber contribuido con su sacrificio a hacer menos dura la situación de sus compatriotas que han sido alcanzados por la desgracia. Fdo. Víctor Cañas R.T. - General Comandante en Jefe de la III División de Ejército. Fdo. Fernando Valenzuela de la Fuente - Coronel Comandante de la Infantería de la II División de Ejército".

Después de mi regreso de Concepción, con fecha 17 de abril pasé de la Segunda Compañía de Fusileros a la Cuarta Compañía de Ametralladoras.

De inmediato comenzamos la preparación de la recepción del nuevo contingente. A fines de abril recibimos el contingente de ese año, completándose la dotación de dos secciones de ametralladoras a lomo, las cuales quedaron bajo mis órdenes.

Las secciones a lomo de ametralladoras constituían para mí una novedad, porque a éstas se les asignaba una gran potencia de fuego, sus movimientos eran con nuevas voces de mando y había nueva instrucción doctrinal para formaciones y movimientos; todo ello me obligó a dedicarme al estudio del reglamento que existía sobre la materia y profundizar las características del arma.

Para conocer mejor el material, me llevé una ametralladora y una mesa a un dormitorio al lado del mío, el que estaba deshabitado y le pedí al Sargento 2º Lagos que hiciera las veces de instructor para el arme, desarme y conocimiento del arma, a lo cual éste puso su mejor voluntad.

Iniciamos con gran dedicación la instrucción del contingente. A los tres meses se pasó la Revista de Reclutas y a los cinco meses se inspeccionó a las unidades menores, todo lo cual se realizó en forma muy correcta. Se efectuaron las academias de Oficiales con comentarios de obras. Además, me correspondió un tema de un libro a elección, que fue sobre las tropas paracaidistas, que llamé "Infantería Volante", lo que mereció una felicitación del Comandante del Regimiento. Basé mi tema en lo que había leído en revistas francesas y en la revista Ejército, Marina y Aviación, publicación alemana que nos traía las novedades en estas materias.

EL GENERAL ARIOSTO HERRERA

A mediados de mayo, el Comandante del Regimiento dictó una orden con variadas disposiciones, por cuanto regresaba al país desde Italia el General Ariosto Herrera Ramírez, Oficial de grandes condiciones de mando y de solda-

do. Su primera actividad después de desembarcar fue la de ir a visitar la tumba de su pariente, el Comandante Eleuterio Ramírez. La orden, que guardé entre mis archivos, decía:

“Mañana, a la hora que se comunicará oportunamente, el señor General Ariosto Herrera, visitará la Unidad, con el objeto de depositar una corona en la Cripta del Comandante Eleuterio Ramírez y enseguida dirigirse la palabra al Regimiento.

Para la realización de esta ceremonia se dispone lo siguiente:

- a) A la hora que se indicará oportunamente, el Regimiento se encontrará formado en el patio del Cuartel con frente al Pabellón del I Batallón, con su cabeza a la altura del monolito que se encuentra en el centro del patio y en el siguiente orden:

- Banda
- Compañía de Aspirantes
- Sección integrada por el personal disponible
- Etc.

Disponía la orden del Regimiento que éste se iba a presentar completo, formado en línea en el patio principal. Como posteriormente se iba a pasar Revista de las dependencias del Cuartel, se optó por dejar un hombre que efectuara los últimos retoques de los aseos. Lamentablemente, se eligió un Conscripto sordo de oídos, lo que nos afectó, pues con horror vimos que cuando el Comandante de la División estaba hablando al Regimiento, el sordo barría el corredor del 2º piso, lanzando la tierra a espaldas del General. Nuestra angustia fue mayor cuando al Conscripto se le ocurrió lanzar agua con la mano sobre el 1º piso y sobre el General, que seguía hablando, pero no pasó más allá. La arenga terminó junto con el aseo y el hombre se fue a su puesto en el dormitorio.

Luego supimos en el Regimiento “Maipo” que el 21 de mayo, día de la apertura del Congreso, este General no aceptó desfilar con las tropas mientras estuviera izada una enseña del comunismo internacional. Hubo que sacar la bandera roja para que pasaran las tropas. Después se han contado numerosas historias sobre lo que pasó ese día; pero la verdad es que las tropas desfilaron cuando se sacó la bandera roja.

El 25 de agosto fuimos sorprendidos por una perentoria orden de acuartelamiento y alistamiento de la unidad; hasta ese momento nosotros ignorábamos lo que sucedía en Santiago. Al mediodía llegó un Coronel de Santiago que, al ver que no había nada extraño en el Regimiento, se limitó a reunirnos para decirnos que en la capital se habían sublevado el Regimiento Tacna y la Escuela de Infantería y que ambas Unidades ya estaban controladas.

También nos dijo que al parecer este movimiento era encabezado por el General Ariosto Herrera y por el General Carlos Ibáñez.

Después de la exposición, guardó silencio para luego preguntarnos si nosotros sabíamos algo de este movimiento, a lo que respondimos desconocer totalmente el hecho.

Al día siguiente supimos que, ante el fracaso del levantamiento, el General Herrera se había entregado para ser sometido a proceso.

ECOS DE LA II GUERRA MUNDIAL

A fines de agosto nos enteramos de que se había firmado un pacto de neutralidad entre la URSS y Alemania (pacto Ribbentrop-Molotov; 23.VIII.39). Desde ese momento el tema de conversación a las horas de casino era el estallido de la guerra entre Alemania y Polonia. En todos nuestros dormitorios aparecieron mapas de Europa con la frontera entre ambas naciones cubierta con banderitas rojas y amarillas indicando las unidades que tenían alemanes y polacos. Los Oficiales nos suscribimos a la revista "Semana Internacional" para tener más antecedentes. Todos preveíamos la victoria alemana.

Polonia fue derrotada en veinte días. Por primera vez veíamos la acción de la aviación y el ataque de los tanques empleados en masas. Como hacía poco más de un mes que había dado una conferencia a los Oficiales sobre la "Infantería Volante" (paracaidistas), me enorgullecía de que muchas de las conclusiones a que había llegado, en cuanto al empleo de este nuevo tipo de unidades de tropa, se estaban cumpliendo.

Cuando, el 17 de septiembre, la Unión Soviética entró con sus tropas en Polonia Oriental y reclamó de su "amigo" la parte de las provincias polacas orientales, pobladas en gran parte por rusos blancos y ucranianos, creímos que Alemania iba a reaccionar, pero nada sucedió.

Ese final de año el Regimiento ocupó su tiempo en la preparación para la salida a campaña y las maniobras, pero no por eso dejamos a un lado nuestra preocupación por la II Guerra Mundial. Durante todas esas semanas de actividad militar, un estafeta nos llevaba los días viernes "La Semana Internacional", con la cual poníamos al día nuestras cartas. Encuentro en mis apuntes algunas sencillas notas sobre la heroica lucha del Ejército finlandés ante la invasión soviética el 30 de noviembre.

Nuestra principal preocupación era comentar y tomar nota de cómo se estaban aplicando nuevas tácticas y técnicas, lo que en conjunto se llamó la "guerra relámpago".

LA "SOPA ESPARTANA"

A nuestro regreso a la Guarnición correspondió cambiar la Comisión de Casino de Oficiales; para ello se efectuó una reunión de Oficiales, en la cual éstos votaron por mi nominación como Oficial Ranchero. Como los Oficiales siempre reclaman por el valor del rancho, para abaratar la comida dispuse que todo el pan que sobraba en la semana se guardara y que el día domingo, como sólo eran uno o dos los Oficiales que comían en el casino, se sirviera una sopa de carne con pan rallado y calentado al horno con trocitos fritos y flan de pan rallado y postre. A esa sopa se le puso el nombre de "sopa espartana". Ese mes saqué el rancho a un valor muy inferior al presupuestado, pero, como hubo reclamos, expresé que de otra forma el valor subiría, y no continuaron las quejas y la sopa fue aceptada.

De acuerdo con la Directiva del Regimiento, en verano nos correspondía algunos días de campaña con el curso de aspirantes y el resto de las unidades a un lugar llamado Queronque, cerca de Limache. La unidad debía marchar de Valparaíso hasta Limache y, posteriormente, dirigirse al lugar donde se levantaría el campamento. En esa oportunidad fui designado Ayudante del Comandante del Batallón, Mayor Larenas, por enfermedad del Ayudante en propiedad.

A fines del mes se iba a desarrollar el período de campaña para lo cual salió el Regimiento en dirección a Limache, haciendo un alto en Villa Alemana, ciudad que festejó el paso de la Unidad con una gran fiesta en el Club Social, a la cual se invitó a la Oficialidad del Regimiento. La fiesta duró hasta las tres de la madrugada y el Regimiento salió a las siete.

Después del mediodía llegamos a Queronque, donde se repartieron los diferentes sectores para instalar las carpas. Cada Unidad se esmeró en la presentación de su sector, desplegando su ingenio para ser la mejor.

UN BROMISTA

En esos días tuvimos que aceptar algunas de las bromas de un Capitán famoso por sus "simpáticas" ocurrencias. La primera ocurrió en una salida a terreno, cuando fuimos a elegir los campos de ejercicios para las unidades. Después de almuerzo salimos a recorrer el terreno y, ya de regreso, casi a la hora de la retreta, el Capitán ordenó un alto y dispuso que pasáramos a comprar huevos para el casino, indicándonos que, como todos andábamos con capotes de tropa, con amplios bolsillos, cada uno llevara una docena de huevos para entregarlos en el rancho de casino. Los compramos y partimos a Queronque para no llegar tarde a la formación de la retreta. Al entrar al campamento tocaban la segunda llamada para formar. El Capitán dijo: "Entreguen los caballos y vayan a la fila de inmediato". Yo me salvé por ser el Ayudante del Comandante de Batallón. Le pasé el capote con los huevos a "Tripulina" y fui a donde el Mayor, que estaba por recibir cuenta. Después que los Oficiales dieron cuenta, el Capitán pasó la revista y, al ver capotes de los Oficiales con los bolsillos abultados, comenzó a golpearlos con la mano abierta, rompiéndoles los huevos y, naturalmente, comenzó a chorrrear la clara y yema por debajo del capote. Todos estaban indignados. Quien más gozaba por la broma era el propio Capitán.

En otra ocasión, después de la comida, por iniciativa de este Capitán se entabló una seria conversación sobre las ánimas. El Capitán contó que en esa zona había un cementerio indígena. Luego dejó que los Oficiales siguieran especulando sobre el tema y, sin que nadie se diera cuenta, abandonó el casino y se dirigió a las caballerizas, de donde sacó una mula, que metió en la carpa de un Oficial. Luego regresó al casino, donde continuaba la plática sobre aparecidos y ánimas. Después de un rato él mismo cerró la conversación con: "Caballeros, hasta mañana, ya es muy tarde". Uno de los Oficiales se dirigió a su carpa, donde le habían encerrado la mula y al llegar a ella casi le da un infarto, pues sintió el hálito del animal y dos ojos que brillaban en la oscuridad. Salió corriendo, espantado. A todo esto el Capitán había reunido a los Oficiales, a quienes les contó lo sucedido, riéndose de la víctima de la broma.

Al final de la campaña la Unidad debía regresar a Valparaíso el día lunes, pero el domingo el Capitán, a quien ya se le tenía pavor por sus bromas, invitó a un grupo de Oficiales a la ciudad de Limache, a su casa, con el fin de saludar a su señora madre. El viaje debía hacerse a caballo, para lo cual se llevaron dos ordenanzas montados.

Cuando se estaban bebiendo los aperitivos en casa de la madre del Capitán, éste les preguntó a los Oficiales si deseaban pasar al baño.

Dos o tres asintieron y cuando llegaron a la dependencia encontraron que la tina de baño estaba llena de agua. El Capitán explicó el procedimiento de llenar un jarro de loza para ponerle agua al lavatorio. Quien primero realizó la

operación fue el propio Capitán. Mientras se lavaba las manos invitó a los Oficiales a sentarse en el borde de la tina, lo que aceptaron. Estaban en esta posición, cuando él hizo como que iba a sacar agua, pero en lugar de hacerlo los empujó y los tres que estaban sentados cayeron y quedaron empapados con el chapuzón en la tina y, más aún, con botas. Hubo grandes risas por la facha en que quedaron. La madre del chistoso Capitán se molestó y dijo: "Siempre este hombre, con sus bromas pesadas". En resumen, para almorzar tuvieron que quedar en bata y a más de alguno le tocó una bata femenina mientras se secaba la ropa y pedían botas al campamento.

POR UN GUANTE

Después de la campaña en Limache la Unidad dio una semana de permiso. El día domingo en la mañana me facilitaron un automóvil, con el que fui al Regimiento y luego regresé a la casa de mis padres a almorzar. Cuando había cerrado la puerta del vehículo y colocando llave, y me dirigía a mi casa, pasó el Comandante del Regimiento, a quien tuve que saludar sin alcanzar a colocarme el guante de la mano derecha como estaba ordenado.

En esa oportunidad nada me dijo el Comandante de la Unidad y yo no me preocupé mayormente. Sin embargo, en la Orden del Día del Regimiento del día lunes, yo figuraba de guardia para el día martes. Como no me correspondía, al principio creí que se trataba de algún error y fui a la Ayudantía de la Unidad para hacer presente la situación creada; pero fue grande mi sorpresa al imponerme de que era una sanción que me aplicaba el Comandante. Ante esto pedí por conducto regular permiso para hablar con él, pues conocía perfectamente el Reglamento de Disciplina, que no establecía como sanción para Oficiales la guardia especial. Llegué hasta el Comandante del Regimiento y le hice presente las razones por qué lo había saludado sin guante, las que fueron rechazadas. Entonces le expresé que no podía aceptar la guardia especial, por no ser sanción para Oficial.

Como respuesta me aplicó entonces un día de arresto, a lo que contesté: "En tal caso voy a reclamar mi Comandante". Ante ello me subió a dos días de arresto y a tres, hasta llegar a ocho. Yo, siempre tranquilo, me limité a responder: "Voy a reclamar". Estaba presente el Comandante del Batallón y él vio que en ningún momento me alteré, ni falté el respeto.

Tal como lo dije lo realicé. De acuerdo con el mismo Reglamento de Disciplina, al reclamante le queda suspendida la sanción de inmediato. Esa tarde salí a comer a casa de mis padres y, cuando regresaba por el ascensor de Playa Ancha, me encontré a boca de jarro con el Comandante de la Unidad, que me dijo: "Usted está arrestado y anda libre". Nuevamente le expresé que el Reglamento me autorizaba para ello y le pedí permiso para retirarme.

Los hechos se sucedieron y quedaron estampados en mi Hoja de Vida en la siguiente forma:

"16. Conjunto de condiciones Morales y Profesionales para el Mando

El señor Teniente Pinochet es un buen Oficial; posee buenas condiciones de soldado; no obstante tuvo una actuación desgraciada con

el Comando del Regimiento al reconvenirlo por una falta cometida, haciéndolo aparecer hasta cierto punto desleal, hecho que está en conocimiento de la Superioridad (expediente de reclamación; el Cdo. de la Inf. confirmó un día de arresto y que está anotado en esta calificación).

19. Opinión del Comandante de Armas o Brigada. (Superior al Comandante del Regimiento).

Es un excelente instructor. Es inteligente, de buen criterio y de personalidad.

La falta cometida no merecía el día de arresto, y este Comando de Arma lo confirmó por haberse rodeado de otras circunstancias que la hicieron más grave. Su conducta anterior ha sido excelente.

Después del incidente con el Comandante del Regimiento, nos preparamos para las maniobras en la cuesta de Chacabuco, las que fueron bastante pesadas, con marchas y contramarchas. Del personal de las dos secciones de ametralladoras a lomo, no cayó nadie durante la marcha. Allí comprendí lo acertado que había sido el entrenamiento de trote que diariamente practicaba con el personal desde el Regimiento a la cancha de "Los Gringos" (hoy todo poblado) es decir, más o menos ocho kilómetros.

Al término de las maniobras nos embarcamos en Rungue con destino a Valparaíso. En esa oportunidad ocurrió algo curioso. Luego que el Oficial Aposentador nos asignó los carros para el personal que debía viajar, el 2º Comandante, por su parte, nos manifestó a voz en cuello que había que instalar primero a la gente y que no se podría descansar hasta la partida del tren. El personal tan pronto estuvo sentado se quedó dormido, agotado por el cansancio. Como el 2º Comandante había expresado que los Oficiales no podían embarcarse hasta la partida, optamos por reunirnos en el andén, a fumar un cigarrillo. Estábamos conversando cuando dos carros que estaban en una línea fueron corridos para acoplarlos al tren, pero ¡oh, sorpresa!, al moverse dejaron al descubierto al 2º Comandante, que dormía plácidamente. Todos nos reímos para adentro, pues con el movimiento se despertó y trató de disimular su actitud, pero los Oficiales le pusimos "Padre Gatica" (que predica y no practica).

La llegada al Cuartel fue muy grata y ese mismo día en la tarde el Regimiento salió con una semana de permiso.

Luego vinieron los días de Pascua y Año Nuevo. Los pasé en casa de mis padres. Al regresar, el 2 de enero, me encontré que había sido designado Oficial Instructor del Curso de Aspirantes. La instrucción se realizó sin novedad. Entre los aspirantes tuve al joven William Thayer, quien más adelante sería Ministro del Trabajo en el gobierno del Presidente Frei y un excelente amigo siempre.

Ese período se dividía en dos subperíodos. Los Oficiales Instructores se relevaban. En el momento que me correspondía el relevo e ir a descansar, el Comandante del Regimiento me ponía una nueva prueba: efectuar durante quince días un levantamiento del camino Santiago - Tiltil - Cuesta de la Dormida - Limache - Valparaíso. En consecuencia, no pude salir de vacaciones.

Nunca había realizado una actividad semejante, ya que normalmente era ejecutada por un Oficial del grado de Capitán; los Oficiales del grado de Tenientes o Subtenientes se desempeñaban como ayudantes. El problema ahora era

dónde podía aprender esa disciplina lo más rápido. Comprendí que se trataba de una trampa, pero no me di por vencido. Viajé a Santiago con el ganado y el personal y solicité quedarme cinco días en el Regimiento Buin, lo que me fue autorizado.

Durante esos cinco días le pedí a los Oficiales más antiguos y geodestas que me enseñaran a realizar esta actividad. Tres días trabajé de sol a sol y luego me sometieron a prueba y levanté el camino del San Cristóbal, lo que me valió que mis maestros me felicitaran y me dijeran que ya podía hacerlo solo.

El reconocimiento me significó una neumonía. Estando ya en Valparaíso fui internado en el Hospital Naval. Gracias a un nuevo medicamento superé la afec-
ción y no atrasé mi presentación al nuevo destino, la Escuela de Infantería.

Continué trabajando en el Regimiento hasta que, con fecha 30 de abril, sa-
lió la destinación. Permanecí dos días en el casino preparando mi equipaje para
embarcarlo. En esos días habían llegado también los nuevos Alféreces y me suce-
dió un hecho que recuerdo con cariño. Al pasar frente a la caseta telefónica, so-
nó el teléfono y como no había nadie cerca, tomé el fono y pregunté con quién
se deseaba hablar. Al otro lado una voz femenina preguntó si estaba un Alférez
cuyo nombre me reservo. Le contesté que no se encontraba allí, sino en el Cuar-
tel, y le pregunté si deseaba dejar algún recado: la voz femenina me dijo: "Dígale
que le llamó Lucía Hiriart". Era la misma dama que años más tarde sería mi esposa.

Al día siguiente me embarcaba en el tren de la mañana para dirigirme a la
Escuela de Infantería. Con ello se cumplía una vieja aspiración. Entre mis recuer-
dos debo agradecer al Mayor Julio Ibáñez Ross, que se había empeñado en
recomendarme como Oficial para ese Instituto. Ahora mi destino me traería
sorpresas y un cambio en mi trayectoria profesional.

C A P I T U L O I I I

REGRESO A LA ESCUELA DE INFANTERIA

A fines del mes de abril fui despachado del Regimiento de Infantería N° 2 "Maipo" con destino a la Escuela de Infantería. Mi felicidad era tan grande que colmaba mi espíritu, pues veía cumplir un paso importante en mi carrera.

Tan pronto fui despachado del Regimiento, embarqué mi equipaje en la estación del Puerto y me dirigí a Santiago. Luego me instalé en el Club Militar y al día siguiente viajé a San Bernardo. Ahora se empleaba un nuevo sistema de transporte llamado "micros", que se había establecido entre ambas ciudades.

Llegué antes de las 9 horas a la Escuela y me dirigí al Casino de Oficiales para cambiar de uniforme; para ello había llevado uno nuevo, con el fin de presentarme en forma intachable y causar, así, la mejor impresión posible. Después del cambio de ropa, me dirigí a saludar al Oficial de Servicio, quien me manifestó que el Director ya había llegado, pero que me recibiría a las 10 horas. Mientras tanto me condujo a la oficina del Mayor Héctor Sagués, distinguido Jefe de Infantería, severo, pero humano, y de grandes condiciones de soldado.

Después de saludarme me hizo sentar frente a él y me preguntó sobre mi estada en el Regimiento "Maipo" e intercambiamos algunas impresiones sobre la vida de la Escuela. A la hora prevista me llevó a la oficina del Director, que era el mismo Teniente Coronel que había conocido en mi paso por ella en el año 1937; ahora era Coronel. Este oficial superior, que ocupó altos cargos en la Institución, y que fuera Ministro de Defensa Nacional, era uno de los más prestigiados jefes por su capacidad y amplios conocimientos. Siempre he pensado en lo mucho que le debo a sus enseñanzas de esos casi tres años como Oficial de la Escuela de Infantería. Me recibió amablemente, diciéndome que el hecho de haberme traído a la Escuela constituía un premio para mí, ya que a ella sólo llegaban Oficiales del grado de Teniente; como yo era un Subteniente, debía paliar los pocos años de servicio con un gran espíritu de superación. Agregó que tal distinción constituía un prestigio para mí, lo que también me obligaba a ampliar mis conocimientos militares y ponerme a la altura de los Oficiales de la Escuela. Casi todos ellos ya habían cumplido con el curso de Tenientes y estaban por ser ascendidos a Capitanes. Yo le contesté que, por mi parte, pondría toda mi voluntad e interés por no defraudar la resolución de traerme, y que aquello que no entendiera lo solucionaría tomando contacto con los profesores de la Escuela, estudiaría bien las materias y buscaría la forma de superar todos los obstáculos que se presentaran.

Al parecer, le agradaron al Coronel mis respuestas. Antes de que me retirara de su despacho, me dijo que lo esperara para que lo acompañara a pasar una

ronda por las "caballerizas". Luego salimos juntos hacia donde estaban esas dependencias.

Para cumplir con esta ronda tuvimos que atravesar la Plaza de Armas, que quedaba frente a la Escuela. Caminábamos por ella cuando se acercó una niña de liceo a pedirnos una ayuda para la colecta que se realizaba ese día. La damita saludó con mucho cariño al Coronel Barrios y le colocó un emblema en su uniforme. El Coronel le depositó en el canastillo recolector del dinero la cantidad de cinco pesos, que en esos años era bastante dinero, y le agregó la frase "por los dos". Menos mal que él tomó esa medida, pues yo, con el cambio de ropa, había dejado todo mi dinero en el otro uniforme. La damita me puso el emblema sin muchas ganas, pues también quería el aporte mío, y se despidió rápidamente del Coronel y de mí.

Esa jovencita era la misma con la que había hablado por teléfono en Valparaíso y que con los años sería mi esposa. Después de aquel encuentro, hasta un año después no vi de nuevo a esta liceana.

El Coronel me mostró las caballerizas y el lugar donde se almacenaba el forraje y se guardaba el ganado. Me agregó que cuando estuviera de servicio siempre anduviera provisto de una linterna para alumbrar los rincones de ese pabellón, que no tenía luz eléctrica.

Posteriormente caminamos de regreso a la Escuela, donde nos esperaba el Mayor Julio Ibáñez Ross, mi antiguo Capitán, en ese momento profesor de Táctica del Curso de Tenientes. Saludó militarmente al Coronel y yo a él, y cuando el Coronel se dirigió a su oficina, me dio un fuerte abrazo, diciéndome: "Me alegro que haya llegado a la Escuela; aquí o se aprende a fondo la profesión en los grados subalternos o se fracasa y se termina la carrera". Debo confesar que no me agradó mucho la advertencia, pero más adelante me invitó a almorzar a su hogar, donde volví a ver a su esposa, a quien conocía desde Concepción. Pasé con ellos un grato momento que siempre recuerdo como un encuentro feliz con un superior a quien llegué a apreciar como hermano mayor y a quien siempre tuve presente como un modelo de instructor.

Al día siguiente saludé al Subdirector, Teniente Coronel don Luis Gómez. Posteriormente me dirigí a la oficina del Mayor Sagués, quien me indicó que sería Oficial de la Primera Compañía a las órdenes del Capitán Raúl Gajardo. Toda la mañana la dediqué a presentarme a los jefes y a saludar a los Oficiales de la Escuela, que formaban un grupo bastante numeroso.

En la Compañía fui presentado al único Oficial Comandante de Sección que había, el Teniente Alberto Aranda. Además, al Sargento 1° Humberto Caverlotti y al Vice Sargento 1° Arriaza, que eran los dos Suboficiales que manejaban la parte administrativa de la Unidad. Luego el Capitán Gajardo me presentó a los profesores de planta del Instituto.

Junto con estas presentaciones me entregaron las directivas de la Escuela, Batallón y Compañía. En ellas encontré que ya estaba considerado con algunas conferencias y participación en juegos de guerra que se realizarían durante el año.

En la tarde de ese día el Capitán Gajardo me llevó a la Secretaría de Estudios para presentarme a Oficiales de la Escuela que aún no había conocido.

Más adelante, el mismo Capitán me autorizó para instalarme en el Casino de Oficiales, que era el lugar de alojamiento de los Oficiales solteros. Presidente del Casino era el Capitán Luis Aguirre, que a su vez era el Comandante de la Compañía de Ametralladoras, persona agradable y con la que congeniamos mucho. Con el correr de los años llegamos a ser excelentes amigos.

Esos días los aproveché para conocer las diferentes dependencias de la Escuela. En la Secretaría de Estudios tuve el agrado de encontrarme con el Mayor Luis Jerez, a quien había conocido como Capitán en la Escuela Militar, cuando servía en ese Instituto en 1935. Era una persona de carácter agradable y de recia personalidad de soldado.

A medida que iba conociendo a los Oficiales de la Escuela, vi que eran excelentes camaradas de armas. También entre ellos estaba el Teniente Sergio Castillo Aránguiz, quien con los años sería Comandante en Jefe del Ejército.

A fines del mes de abril recibimos el contingente que íbamos a instruir ese año. Las prácticas de recepción y orientación de los nuevos conscriptos no se diferenciaban casi en nada de lo que había aprendido en la misma Escuela y, posteriormente, en los Regimientos "Chacabuco" y "Maipo", con la diferencia de que el personal de planta e instructores eran seleccionados, sin que por ello pretenda hacer desmerecer a los otros Suboficiales de los cuerpos de tropa, donde también siempre encontré personal excelente.

El Capitán nos asignó las Unidades por orden de estatura, correspondiéndome la 1ª Sección de 45 hombres, formación de tres filas de 15 hombres que recién se practicaba en Infantería, ya que antes estas pequeñas unidades eran de ocho hombres y las secciones de tres escuadras. Con esta dotación cambiaron las formaciones, las voces de mando, los movimientos. Esto hacía estudiar de nuevo todo lo referido a esas materias, que, aunque sencillas, pueden originar equivocaciones.

Los Oficiales Instructores en el primer mes, mayo, debían permanecer con el contingente desde antes de diana hasta después de retreta. Este horario sólo se aliviaba en los otros dos meses anteriores a la Revista de Reclutas, junio y julio, permaneciendo desde antes de diana hasta después de retreta únicamente el Oficial de Semana, mientras los otros dos se podían retirar al término del servicio a las 18.30 horas y recibir cuenta de sus unidades a las 6.45 horas.

Tal descanso casi no existía, pues como se impartían instrucciones teóricas después de comida, prácticamente uno evitaba la retreta día por medio. Las instrucciones teóricas las desarrollaba un Oficial que no estuviera de semana, y como la Escuela lo tenía dispuesto, nadie hacía el menor comentario de lo pesado que era el servicio. Cada uno hacía lo que estaba ordenado y lo cumplía cabalmente.

Recuerdo que en el primer año prácticamente no conocí la calle después de salir del servicio. El poco tiempo disponible lo empleaba en preparar las instrucciones para el día siguiente, estudiar la reglamentación, leer la obra que me correspondía comentar, profundizar en los temas de instrucción de combate y estudiar los reglamentos para los juegos de guerra, donde participaría, o aprender la situación inicial de memoria, pues como menos antiguo me correspondía normalmente darla a conocer.

Los sábados en la tarde asistíamos a prácticas de tiro de pistola. Como no estuvimos bien en esas prácticas, se hizo instrucción especial el domingo por la mañana.

Tres veces a la semana los Oficiales teníamos clases de educación física y práctica de esgrima de sable.

Los que éramos aficionados a esta disciplina le pedimos como servicio especial al maestro de armas que nos hiciera preparación el día domingo en la mañana. Ese año participé entre los esgrimistas seleccionados de tercera categoría a nivel nacional, y obtuve un 2º lugar.

DON PEDRO AGUIRRE CERDA

En ese período tuvimos tres juegos de guerra dirigidos por las más altas autoridades de la Escuela. Nunca me salvé de repetir la tarea, ni se me dejó de asignar algún puesto, ya sea de Comandante de Sección de Fusileros, de Sección Ametralladoras o Sección Morteros. Jamás los directores del juego dejaron de hacerme dos o más preguntas. Doy gracias a Dios por haber sido subalterno y amigo del Mayor Julio Ibáñez Ross, que fue mi mejor maestro en materias de táctica. Al final del año este jefe me felicitó, pues decía que estaba capacitado para mandar compañías en cualquier situación de combate, lo que me halagaba enormemente.

A fines del mes de mayo, como en el año que serví de Alférez, se celebró el aniversario de la Escuela de Infantería con asistencia de S.E. el Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda.

La Jefatura de la Escuela estaba muy contenta, porque se habían entregado los terrenos donde se levantaría la futura Escuela de Infantería y se había confeccionado una maqueta que con los años se varió muy poco. Se puede decir que esa Escuela allí representada es como la actual.

En esa oportunidad, después de un almuerzo en el casino, el Presidente fue a mirar la maqueta y le preguntó al Director cuál era el Oficial más joven de la Escuela, pues sería él quien vería la nueva funcionando.

El Coronel Barrios me hizo llamar, y al presentarme le dijo al Presidente: "Este es el Oficial más joven, pues es el único Subteniente que hay en la Escuela".

El Presidente me miró y me preguntó: "¿Qué le parecen los proyectos de la nueva Escuela?" Yo contesté: "Muy pequeña, Excelencia. En algunos años le van a faltar campos de ejercicios y polígonos, porque esta Escuela de Infantería es el corazón del arma y requiere para sus fines mucho espacio".

Me miró y me dijo: "Tiene razón", mientras el Subdirector, Teniente Coronel Gómez, me indicaba con la cabeza que me retirara. Con los años creo que no estuve desacertado en mi opinión, pero me dolió en esa ocasión que un jefe hubiera creído que mi respuesta era la "descriteriada de un Subteniente".

El Capitán Luis Aguirre en este período era Presidente del Casino. Era soltero y vivía en el casino y siempre cuando había alguna oportunidad me invitaba a que lo acompañara a comer al Club de San Bernardo, donde se juntaba con otras personas mayores.

Sentíamos un gran interés en esos días por la guerra que se desarrollaba en Europa. Nuestras piezas estaban empapeladas con las cartas geográficas de Europa y del Oriente sobre las que habíamos graficado las operaciones que se emprendían. Era muy interesante escuchar a la hora de almuerzo o comida discusiones profesionales sobre el tema de la guerra. Eran verdaderas clases magistrales, pues muchos de ellos ya eran Oficiales de Estado Mayor y profesores de Táctica, Estrategia o Historia.

En esos días se comentaba mucho la aparición, en la conducción de la guerra, de Winston Churchill, que era Ministro de Marina, y un hombre que jamás fue partidario de las concesiones. También se discutía bastante sobre la caída de la línea Maginot: lo estático había que descartarlo. Se conversaba de las posibilidades de los aliados después de Dunkerque.

Al término de las comidas nos reuníamos dos o tres en la pieza de algún Oficial y seguíamos comentando sobre el tema tratado en la mesa. Discutíamos hasta muy tarde en la noche.

Cuando llegó la Revista de Reclutas se produjo en la Escuela el nerviosismo propio de un examen. Los Oficiales se preocupaban de presentar en la mejor forma a su personal en la instrucción.

La Revista de Reclutas en la práctica era todo un ceremonial que se realizaba con una solemnidad más propia de un acto sagrado que de una exigencia de instrucción.

Lo primero que se revistó fue la presentación de los Oficiales. Luego se fue examinando escuadra tras escuadra, hasta terminar con la totalidad de la Compañía. Pasamos todas las revistas durante una semana, sin detenernos un solo día. El viernes se reunieron los Oficiales de la Escuela y se realizó la crítica de todo lo que se pasó en revista y de ello quedó constancia en una Orden del Batallón. También se efectuaron las anotaciones en la Hoja de Vida, que en general fueron muy buenas para todos.

Al terminar la revista, los Capitanes dieron una comida a sus Oficiales subalternos, la que duró hasta altas horas de la noche. Al día siguiente, que era sábado, salí nombrado por la Orden de la Escuela para asistir en la tarde de ese día como abanderado de la Sección que concurriría a un funeral de un veterano de 1879. La Unidad estaría a cargo del Teniente Héctor Rojas. En la misma Orden de la Escuela se daba un permiso por ocho días para todo el personal, en dos parcialidades de cuatro días.

Después del funeral del Veterano del 79, el Capitán Gajardo me dijo que tenía cuatro días de permiso. Entonces solicité ir a Valparaíso, ya que hacía varios meses que no veía a mis padres.

Esos días los pasé con mis padres en la nueva casa que estaban por comprar en Viña, la que encontré muy acogedora y me gustó mucho. Todos los días fui a buscar a mi padre a la oficina, como lo hacíamos tiempo atrás, pero ahora viajábamos juntos a Viña del Mar.

Lo planificado por la Escuela se cumplía puntualmente. Después del permiso, en el mes de julio, las Unidades se dedicaron a la instrucción de escuadra; luego pasaron al período de sección, en el mes de agosto, y culminaron con una revista en los primeros días de septiembre e iniciaron la preparación para la Gran Parada Militar que se realiza en el Parque Cousiño (hoy Parque O'Higgins), con motivo de las festividades de la Patria.

Para la Parada Militar del 19 de septiembre de 1940 el personal de la Escuela viajó en tranvía desde San Bernardo a Santiago. Almorzamos en la Escuela Militar y, posteriormente, nos dirigimos al Parque Cousiño. "La presentación fue bastante buena, como correspondía a la Escuela del Arma", solían decir algunos Oficiales. Después de la presentación nos correspondió regresar de inmediato a San Bernardo por el mismo medio en que habíamos venido.

En octubre iniciamos vida de campaña en el Cajón del río Colorado, en el valle del río Maipo. Este período fue muy interesante por los numerosos trabajos y ejercicios que allí desarrolló el Batallón de Instrucción. Como era el único Subteniente, me tocó participar en todos los ejercicios.

Cuando el período de instrucción del Batallón llegó a su término, regresamos a la Guarnición de San Bernardo y salimos de campaña nuevamente a mediados de noviembre. Días más tarde mis compañeros de grado de Teniente celebraron mi cumpleaños número veinticinco con una simpática reunión en el Casino de Oficiales de la Escuela y una agradable cena de campaña.

Al regreso de campaña tuvimos que lamentar la muerte de nuestro Subdirector. El 23 de diciembre falleció el Teniente Coronel Luis Gómez en el Hospital Militar, a consecuencia de una apendicitis mal tratada. Lamenté mucho la muerte

de este distinguido jefe, una persona muy valiosa, que no solamente se destacaba como profesor por sus conferencias, que eran excelentes, sino por sus amplios conocimientos de Historia Militar.

Reemplazó a nuestro querido Subdirector el Teniente Coronel Vicente Martínez Araneda, jefe muy severo, que me obligó a profundizar mis conocimientos de la gramática castellana para escribir en el "Libro del Oficial de Servicio" en la forma más precisa y correcta. Este jefe corregía todos los defectos idiomáticos que presentaba el libro y los devolvía como un verdadero mapa teñido de rojo. Todos nos esmerábamos en tener el mínimo de errores, pero siempre lamentábamos algunos.

Los días del final del año se sucedieron vertiginosamente. Pronto ya estábamos celebrando el inicio de 1941. Salimos con un mes de vacaciones a partir del 1° de enero. Esos días fui a casa de mis padres en Valparaíso.

En esa ocasión aproveché el viaje de turismo de un barco italiano y llegué hasta la ciudad de Arica. Desde allí regresé en un barco de cabotaje, el "Mapocho", que venía caleteando puerto tras puerto a lo largo de la costa. Así pude conocer la zona costera norte y tomar contacto con mis compañeros Oficiales que servían en Unidades ubicadas en la costa, y que se encargaron de hacerme grata mi estada en los puntos donde hacíamos escala. Llegué a Valparaíso sólo tres días antes de que se terminara el feriado.

El 1° de febrero me presenté en la Escuela y continué perteneciendo a la Primera Compañía, Unidad a donde había llegado un nuevo Oficial, el Teniente Fernando Lezaeta Castillo, persona muy agradable y excelente camarada de armas. Este mismo Oficial, con el correr de los años, me entregaría el mando del Regimiento de Infantería Motorizado N° 7 "Esmeralda" en Antofagasta.

Como en años anteriores, la Unidad se preparó para recibir al nuevo contingente. Además debíamos preparar la revista económica de la Escuela. Yo veía por segunda vez este tipo de controles que se efectúan en el Ejército y que permiten normalizar las especies de vestuario, equipo, material de guerra e inventarios que se han deteriorado, destruido o perdido durante el año.

Con mucho interés le pedí al Capitán Gajardo que me asignara como ayudante de los Oficiales que tenían a su cargo los almacenes de material de guerra, vestuario y equipos e inventarios.

Gracias al desempeño de este puesto pude interiorizarme de cómo se preparan en la práctica estas revistas.

Pasada la revista económica, sin ninguna observación, entramos al período de preparación del contingente, al mismo tiempo que se recibía al curso de Alféreces de 1941, entre los que destaco a Harold Sievert Fonk, Sergio Arellano, Giro Ibáñez, Luis Alvarado, Sergio Cadenasso, Jaime Oviedo, Juan Bardina, a cuyo padre conocía de Valparaíso (era el mejor columnista de la revista "Semana Internacional"), Héctor Contador, Gabriel Molina, Hernán Topali y Enrique Bauzá y tantos otros. Todos excelentes Alféreces y muy buenos compañeros. Como yo era el Oficial menos antiguo de la Escuela, me tenían más confianza. Prácticamente me transformé en el "confidente" de ellos.

LA SEÑORITA LUCIA HIRIART

En varias ocasiones el Capitán Aguirre me invitó a Santiago en los días viernes o sábado. Dos veces me convidó al Palacio de la Moneda a tomar té. Entrábamos por Morandé 80 y pasábamos a un comedor grande frente a la escala. En

una de estas ocasiones apareció el Presidente don Pedro Aguirre Cerda, que era tío del Capitán Aguirre. Yo me levanté. Don Pedro me saludó con mucha bondad. Antes de retirarse me preguntó por mis padres y les envió saludos.

En el mes de septiembre fui presentado en casa del Gobernador de San Bernardo a la señorita Hiriart, con quien comencé a salir a la plaza en las tardes, cuando el servicio me lo permitía. En otras ocasiones hablábamos por teléfono, con gran escándalo de los demás Oficiales, que me pedían hablara más corto, lo que se me hacía difícil; siempre la conversación se prolongaba más de 20 minutos.

Los Oficiales me empezaron a molestar cuando llegaba al comedor del casino; y en voz baja decían: "¡Cuidado, ahí viene el infanticidal!". Pero las bromas no cambiaron mi voluntad de seguir saliendo con la damita de liceo a quien solía acompañarla a la salida del colegio, a las doce y media.

En dos ocasiones fue observada la señorita Hiriart por la Directora, a la que no le agradaba mi compañía. En una recepción de beneficio del liceo me vendieron la entrada y luego trataron de impedir que me acercara a ella. Mi dama le dijo a la Directora que si su madre nada decía por salir conmigo, no podía ser ella la que se lo impidiera.

A principio del mes de octubre el Teniente Coronel Vicente Martínez dictó una conferencia sobre la guerra civil española. Era la mejor exposición que yo había escuchado en esos años sobre esa materia.

Me impresionó mucho el conferencista cuando leyó la conversación que había tenido el General Moscardó con su hijo antes de que éste fuera fusilado. Al Teniente Coronel Martínez se le cortó la voz y sus ojos se le iluminaron de emoción, lo cual se transmitió al auditorio, al que impresionó enormemente el valor demostrado por el padre y por el hijo.

En el mes de octubre se me envió a efectuar un curso de Ametralladoras Antiaéreas junto al Teniente René Sagredo, de quien después, en la Academia de Guerra, sería su ayudante como profesor auxiliar en la asignatura de "Geografía y Geopolítica". Posteriormente fuimos excelentes amigos.

A mediados de diciembre salimos a las maniobras a Peldehue. Este período de instrucción de grandes unidades resultó muy positivo e interesante, por las materias que allí se trataron y se practicaron.

A principios de enero la Escuela participó en un ejercicio de transporte motorizado en camiones Magirus, con un desplazamiento nocturno desde San Bernardo a Concón-Quintero. El Batallón al mando del Mayor Sagués se embarcó e inició la marcha motorizada al atardecer de un día martes. La progresión se realizó con luces apagadas y todo transcurría sin problema; sin embargo, después de dos horas de camino, luchamos por mantenernos despiertos, pues el tableteo de los motores, que sonaban hasta el infinito, nos producía una somnolencia que se transformaba en un martirio. Muchas veces asomé mi cabeza por la ventana de la cabina. También me mojaba el cabello para poder permanecer despierto durante esas ocho horas. Al amanecer nos encontramos en Concón. Las tropas desembarcaron y las unidades se desplazaron e iniciaron un avance hacia el norte (Quintero) que terminó con un tiro de combate. Posteriormente se tocó reunión de tropa y las unidades se comenzaron a reunir en el lugar asignado por los Capitanes con el fin de iniciar una crítica sobre lo realizado.

Al recibir la orden de reunión de tropa, ya estábamos preparándonos para dirigirnos hacia el lugar donde ésta se efectuaría. En esos momentos había quedado alejado un tanto de la unidad, cuando se acercó un Oficial para decirme que era llamado por un Coronel, que al presentarme dijo:

—Teniente, lo he estado observando y creo que será un buen Oficial en la Escuela Militar. Le pregunto si usted desea irse a servir en ella.

—Encantado, mi Coronel —le respondí—, pero le pediría, antes de tomar cualquiera resolución, que se le preguntara a mi Coronel Barrios si él lo autoriza, pues yo no puedo tomar resoluciones por mi cuenta.

—Me agrada su respuesta; sepa que voy a hablar de inmediato con Barrios y creo que no me pondrá objeciones. —Luego agregó—: —Veo que es Subteniente, ¿cuándo asciende?

—En estos días, mi Coronel.

—Gracias —fue su despedida.

Después supe que este Oficial Superior era el Coronel Arnaldo Carrasco, Director de la Escuela Militar, que siempre aprovechaba estas oportunidades para seleccionar a los Oficiales que podrían ser destinados a servir en la Escuela, como me había sucedido a mí.

CHAMPAÑA Y ASCENSO

Entre el fin del año 1941 y el regreso a la Escuela se dieron los permisos de vacaciones, correspondiéndome salir en el mes de enero. En esa oportunidad fui invitado por los padres de mi futura esposa a pasar unos días en su fundo "El Tropiche", que quedaba entre Talca y Constitución, en la ribera norte del río Maule.

Acepté gustoso tan gentil invitación de mi futura suegra y preparé mi viaje. Había que llegar a Talca, tomar la combinación a Constitución y bajarse en Tanguao. Luego se remontaba por un camino de tierra en dirección al noroeste y, después de recorrer 16 kilómetros, se llegaba a la casa de fundo.

Tras un viaje muy agradable, llegué a casa de la familia Hiriart, donde fui recibido con todo cariño.

Pasé diez días muy agradables. No me gustaba la leche, pero para quedar bien con la futura novia rechazaba la copa de vino. En cambio solía tomar un jarro de leche al almuerzo y otro a la comida. El hecho de que no bebiera vino alegraba mucho a mi futura suegra y a mi futura novia. Ella era muy poco tolerante en cuanto a la bebida; había llegado hasta ingresar a la liga "Antialcohólicos". Posteriormente cuando me casé no le acepté más leche al almuerzo, ni a la comida.

A pocos días de mi regreso le pedí al padre de mi futura novia un momento para conversar con él, sobre una situación que concernía a su hija y a mí. Don Osvaldo, hombre muy agradable y bromista, no encontró nada mejor que hacerse el sordo cuando le solicité la mano de su hija. Después de molestarme un rato me dio un abrazo y me dijo que estaba contento de que su hija me eligiera a mí como esposo, pero que yo lo pensara muy bien.

Después, a la hora de comida, nos servimos una copa de champaña por la felicidad de Lucy y mía. Mi suegro se hacía querer por su manera de ser con la familia y no le gustaba tocar temas políticos. Como Senador por Tarapacá y Antofagasta, solíamos conversar de la zona norte, zona que siempre me atrajo mucho y que conocía muy bien por mis estudios. En cuanto a mi futura esposa

ella había nacido en Antofagasta, pero después se vino con la familia a Santiago y no habían regresado a esas tierras.

El destino me acercaba a mi futura esposa, pues en diciembre los padres de la señorita Hiriart habían resuelto trasladarse a Santiago y habían ubicado su residencia en Providencia, cerca del canal San Carlos. Ahora, con mi posible destinación a la Escuela, volveríamos a estar cerca, y yo había ya hecho saber a sus padres la seriedad de mis fines.

En el Boletín Oficial de la segunda semana de enero de 1941 salió mi ascenso a Teniente, continuando en la Escuela de Infantería. Recuerdo que el mismo día que ascendí cumplía mi rol de Oficial de Servicio. Dos de mis compañeros me ofrecieron cambiar el servicio, para que yo celebrara mi ascenso, pero les agradecí y lo rechacé, pues para un Oficial siempre debe primar la obligación ante cualquier materia de orden personal. Una vez cumplido mi servicio, mis compañeros del grado de Teniente me festejaron con una comida en el Casino de Oficiales de la Escuela, a la que asistieron numerosos civiles amigos.

Con fecha 15 de febrero salió la resolución que me destinaba desde la Escuela de Infantería a la Escuela Militar. Tres días más tarde fui despedido de la Escuela por la Oficialidad en un almuerzo junto con otros Oficiales destinados. Allí me obsequiaron una figura de un soldado lanzando una granada, con una hermosa placa en la cual se indicaba el tiempo que había servido en el Instituto.

Así iniciaba una nueva etapa en mi carrera militar.

CAPITULO IV

CON LOS PARCHES NEGROS DE LA ESCUELA MILITAR

PRIMER AÑO DE INSTRUCTOR

Llegar a la Escuela Militar, como instructor, fue un reencuentro: cada rincón de ese vetusto edificio y cada recodo guardaba para mí un cúmulo de recuerdos de los años pasados en esa Institución.

Los primeros días que pasé en ella recorrí sus salas de clases, sus gabinetes, dormitorios y comedores. Subí y bajé la escala de piedra por sus peldaños gastados por los duros zapatones. Añoré a los profesores, algunos de los cuales ya no estaban. Pero a otros los encontraría más adelante. Al regresar las añoranzas me hicieron retroceder al ayer con todo lo bueno y lo malo que quedó en el alma. ¡Vieja Escuela Militar, cuánto te debe el Ejército en la formación de sus oficiales! Allí está el orgullo de pertenecer a sus filas, junto a la sencillez de la vida del hombre de armas.

A mi vuelta de vacaciones viajé a Valparaíso para estar con mis padres y regresé a la Escuela de Infantería en la última semana de febrero, para despedirme y luego trasladarme desde San Bernardo a Santiago.

Empleé para ello el medio de transporte más rápido de esos años, que era el microbús. En Avenida Matta tomé el tranvía N° 33, que me dejó en la puerta de la Escuela. El equipaje lo había traído una camioneta que arrendé en San Bernardo.

En la Escuela, junto con presentarme al oficial de ronda, pues aún había muchos oficiales de vacaciones, me fue asignado un dormitorio en la Casa de Oficiales, que estaba en la esquina poniente del 2° patio, dando frente al casino de oficiales y al Parque Cousiño. Ese mismo día mandé mis uniformes a la sastrería a cambiar vivos y parches, que eran, como ahora, amarillos y negros.

Pronto llegó un soldado que se encargó de prepararme el alojamiento. También se entregaron los dormitorios a los otros oficiales que venían destinados al Instituto.

Allí me encontré con mis antiguos compañeros de curso, Juan Costa, mi camarada en el Regimiento "Chacabuco", que venía desde el Regimiento "Pudeto", de Punta Arenas; Maximiliano Roessler, que venía de la Escuela de Aviación, donde era instructor de cadetes, y otros.

Entre los jefes estaba como Subdirector el Teniente Coronel Carlos Casanovas, a quien había conocido como maestro jefe de curso de Alféreces en la

Escuela de Infantería. Como Ayudante del Subdirector se desempeñaba el Teniente Donald Mac Lean, a quien había conocido cuando era Alférez en la Escuela de Infantería.

También me encontré con mi antiguo amigo de mi niñez en Valparaíso, el Teniente Arturo Le Blanc, con quien nos dimos un fuerte abrazo.

Al día siguiente fui designado a la Segunda Compañía de Cadetes, cuyo Comandante era el Capitán Eduardo Carrasco, distinguido oficial que conocí como Teniente instructor siendo ya cadete, y como compañeros de Compañía me encontré con los Tenientes Carlos Kohler, Kurt Von Hagen y Maximiliano Roessler.

A mediados de marzo me designaron a la Segunda Sección de cadetes reclutas, y un grupo de jóvenes, muy niños aún, quedaron bajo mi responsabilidad. Todos ellos, con excepción de los brigadieres, conformaban el Cuarto Año "B", y la sala que les correspondió fue la misma donde yo había permanecido por tres años como Cadete.

El período de instrucción de reclutas bajaba su ritmo de actividades cuando se iniciaban las clases, pero los oficiales eran, según el Coronel Director, responsables de sus muchachos, responsabilidad que se hacía presente en los consejos de estudios (oficiales y profesores) presididos por él. Los oficiales, además, debíamos asistir diariamente por lo menos a dos horas de clases, con el fin de conocer el rendimiento que alcanzaban estos jóvenes.

Los oficiales subalternos vivían en función de sus cadetes. Prácticamente las actividades terminaban a la hora de retreta, salvo cuando se estaba de semana, por cuanto se continuaba en actividad hasta una hora después de retreta, o bien cuando algún cadete quería estudiar después de ella, y el oficial debía preocuparse que se retirara a dormir para dirigirse, posteriormente, a su habitación.

Los domingos, cuando no estaba de semana ni de servicio, me iba a ver a mi novia, para acompañarla a misa, y después almorzaba en su casa y, en la tarde, me agregaba a la familia para dar un paseo en automóvil. Disfrutábamos de una felicidad sencilla y hogareña. Mis suegros hicieron muy grata mi vida como oficial y futuro yerno en ese primer año en la Escuela Militar.

En la revista de reclutas me tocó presentar a la sección a mi mando. Las pruebas se pasaron bastante bien, lo que fue manifestado por el Coronel Director durante las críticas que se hicieron más adelante.

Los consejos de estudio estuvieron muy aceptables, por cuanto los alumnos que me habían correspondido tenían una nota media bastante alta que llevaba a colocar al curso a la cabeza de los cuartos años.

En julio se dieron dos semanas de vacaciones de invierno. Los oficiales tuvimos una semana por parcialidades. Aproveché esa oportunidad para recorrer las mueblerías y adquirir aquellos elementos más necesarios para formar el hogar.

REPERCUSIONES DE LA GUERRA EUROPEA

Cuando supo mi intención de casarme, mi padre se alegró mucho y me propuso ayudarme con dinero para adquirir los muebles; como no aceptara, me ofreció entonces una renta conforme al dinero que yo mandara por cobranzas a sus clientes de Santiago, trabajo que se podía efectuar en horas extras y que me dejaba en dinero más del sueldo que recibía en el Ejército.

Pero todo no siempre sale bien, pues el 31 de agosto de 1942 apareció en la prensa de Santiago, en la "lista negra", el nombre de mi padre por atender a clientes que no estaban de parte de los aliados.

La "lista negra", como la llamaban los aliados, significaba boicotear, inhabilitar a una sociedad o persona cuando a quien atendía como cliente pertenecía al sector germano-italiano-japonés. Por este hecho se trataba a esa persona como si tuviera una peste. Si se le daba trabajo a alguno de la lista negra a su vez el empleador también pasaba a esa lista.

Esta injusta sanción perjudicó enormemente a mi padre, que para atender sus compromisos se vio en la necesidad de gastar sus ahorros y deshacerse de algunas propiedades en un corto tiempo. Las consecuencias, como es lógico, también afectaron al resto de la familia. En varias ocasiones yo fui a hablar con el embajador inglés por mi padre, pero ese señor me envió al norteamericano, quien, a su vez, me envió nuevamente al inglés.

Mi insistencia y el apoyo de un consuegro de mi padre, un inglés, lograron por fin romper esta injusticia, después de padecerla durante casi un año.

Al ser borrado de aquella lista podía volver a trabajar, pero todo ahora era más difícil. Había desconfianza, clientes que habían encontrado mejor atención, merma en el capital de trabajo. En una palabra, un desastre. El daño estaba hecho y, para normalizar su trabajo, mi padre tuvo que reiniciar de cero su actividad laboral. Sólo después de seis meses logró recuperar gran parte de su clientela.

En cuanto a mí, quedé sin el apoyo de mi padre y sin poder efectuar las cobranzas, como me había prometido. Pero con mis economías pude salir adelante en esos momentos y comprar los muebles de living, comedor, escritorio, dormitorio, cocina y dar de pie para comprar una casita en Ñuñoa.

Nunca más mi padre volvería a tener la situación anterior, ni lograría la holgura que poseía antes de ser puesto en la lista negra.

CAMBIO DE ARGOLLAS

En el mes de junio le pedí a mis padres que pidieran la mano de mi futura esposa. Fue una reunión muy sencilla. Sin embargo, yo me vestí de etiqueta con el fin de darle solemnidad a un acto tan trascendental en la vida del hombre.

En esa reunión se conocieron nuestros padres y yo le regalé el anillo de compromiso a la novia. Se concertó realizar el matrimonio en enero de 1943. El día sería señalado más adelante. El resto del año no tuve variaciones de actividades, pasando las festividades patrias y la campaña en el sur, sin problemas.

Así puedo decir que la preparación de la Gran Parada Militar en septiembre se realizó sin novedad, y la presentación de la Escuela Militar ante las autoridades fue impecable. Al término de la Parada la Escuela salió con permiso hasta el día 1° de octubre.

Luego llegó el período de exámenes, lo que fue un verdadero éxito, pues todos los cadetes de mi responsabilidad pasaron sin problemas aquellas pruebas.

En el mes de noviembre la Escuela salió a campaña al sur, a Contulmo. Allí iba a tener un accidente, que no tuvo mayores consecuencias gracias a la acción rápida con que se actuó.

Correspondía una mañana efectuar un tiro de combate. Aquí agradezco la lección que me diera el Mayor Julio Ibáñez sobre esta materia: "Cuando se trata de personal inexperto, se deben tomar todas las precauciones en cuanto a blancos y hoyos para tirador tendido, los que se deben preparar el día anterior y, si es posible, recorrerlos con los ejecutantes. La munición debe ser entregada en el mismo lugar desde donde se va a disparar".

Aplicando estas enseñanzas saqué una pequeña orden de sección y la leí dos o tres veces a estos jóvenes cadetes.

Al día siguiente se inició el ejercicio de tiro, se tomaron las precauciones y se cumplió la orden como estaba dispuesta. Me encontraba corrigiendo a un cadete cuando sentí un tiro y un grito ¿Qué pasaba? El cadete municionero, que estaba atrás y que recibía de los tiradores las vainillas por haber cumplido la lección de tiro, encontró entre los cartuchos un fulminante percutado y no explotado, es decir, el proyectil completo.

Sin pensarlo dos veces este niño, en un gesto irresponsable, tomó el cartucho, lo mostró a sus compañeros y cargó un fusil. Sus compañeros de curso le indicaron que terminara con la broma, pero él continuó. Entre los presentes estaba el hijo del Agregado Aéreo del Perú, a quien también amenazó. Finalmente apretó el gatillo del arma ante el pavor de todos, y ésta se disparó e hirió a uno de los cadetes.

Yo estaba a unos cuarenta metros y me separaba una cerca de alambre de púa. No sé como la salté y llegué junto al Cadete Coxhed, que había sido herido en la axila y la sangre le brotaba a borbotones. Se le hizo un torniquete y en segundos se le trasladó a la enfermería, siendo intervenido de inmediato por el médico de la Escuela.

La herida era profunda. El proyectil le produjo una verdadera explosión en la axila con salida de huesos en todas direcciones.

La Dirección de la Escuela, ante este hecho, dispuso que se iniciara, de inmediato, un sumario donde quedaron de manifiesto todas las medidas preventivas que se habían tomado antes y durante el tiro. El propio Coronel Director las encontró muy atinadas, lo que deslindó mi responsabilidad. El cadete culpable fue despachado de la Escuela al día siguiente.

Me amargó terriblemente lo sucedido, pero hay hechos imposibles de prever.

DESPEDIDA DE SOLTERO, MATRIMONIO Y PRIMEROS DIAS DE CASADO

Salí en el segundo turno, o sea, en febrero, y aproveché el mes de enero para efectuar todos los trámites que se exigían en esos años para contraer matrimonio. Con motivo de la ruptura de relaciones de Chile con el Eje, quedé con los pasajes listos pero sin poder viajar a Argentina y desde Buenos Aires pasar a Punta del Este. El permiso estaba concedido con fecha 29 de octubre de 1942, haciendo uso de mi feriado legal.

El día 28 de enero mis compañeros me dieron una despedida de soltero en el casino de la Escuela Militar. Fue una fiesta muy grata, durante la cual mis camaradas mostraron el afecto que me tenían y me hicieron el regalo de bodas.

Al día siguiente, el 29 de enero, contraí matrimonio por el Registro Civil. Actuaron como testigos del matrimonio nuestros padres y el General de División Dn. Alfredo Portales Mourgues.

Al día siguiente, 30 de enero, contraí matrimonio religioso con Lucía Hiriart Rodríguez en la Iglesia de los Sagrados Corazones de la Avenida Bernardo O'Higgins. El sacerdote que bendijo el acto fue mi antiguo maestro el Obispo Augusto Salinas, a quien agradecemos su buena predisposición.

Como en esos días se rompieron relaciones con el Eje, el Ejército mantuvo sus efectivos en sus respectivas guarniciones y se cancelaron todas las salidas al

exterior. Por tal razón nos fuimos a pasar la luna de miel a un pequeño chalet que arrendé en la ciudad de Quilpué.

Estuvimos diez días en ese lugar, que aprovechamos para salir en las tardes a caminar y a hacer planes sobre nuestro futuro. Hablábamos de la casa nueva que podría comprar, el lugar donde más nos gustaría vivir y tantas cosas que conversa una pareja de recién casados.

Después de estos diez días, nos trasladamos a Viña del Mar, por dos días, a un departamento en casa de mis padres. Como teníamos algunos regalos que nos habían enviado a esa dirección, con mi esposa arreglamos los paquetes y bultos y los despachamos a Santiago.

Después de los dos días en Viña viajamos a Talca y desde allí a Tanguao, a pasar unos días antes de terminar las vacaciones.

En Talca mi esposa me dijo que como había que pasar una noche allí, lo mejor era alojar en una residencial muy buena que conocía, pues en ella se alojaba su familia cuando viajaban a Tanguao. Así lo decidimos y llegamos en un coche a la famosa residencial.

Cuando pedimos alojamiento, el dueño del hotel, un español, me solicitó la libreta de matrimonio. Pero yo, con los viajes, no recordaba en qué maleta la había puesto. El me decía que la "niña" (por mi esposa) había venido con sus padres y ellos nada le habían dicho del matrimonio.

Como pasaba el tiempo y no aclarábamos la situación, yo me sentí molesto y decidimos con mi esposa irnos a otra parte. En esos momentos apareció la mujer del español, que le trajo un recorte de diario donde aparecía nuestro matrimonio, y sólo entonces aceptó darnos alojamiento.

Al día siguiente, antes de las ocho de la mañana, nos embarcamos en el tren que iba de Talca a Constitución, y nos bajamos en la estación de Tanguao y desde allí nos trasladamos a caballo al fundo de mi suegro en el Trapiche, donde nos esperaban los padres de mi mujer. Pasamos allí ocho días felices. Paseamos en grupo a caballo, hacia la costa o hacia un hermoso paraje del cerro, "Trapiche", al que debía el nombre el fundo. En uno de los paseos a la laguna, por efecto del movimiento de la carreta, mi esposa se mareó y todos creían que era otra cosa, pero no había tal. Así terminaron esos días encantadores y nos preparamos para regresar a la capital. El viaje desde el Trapiche a la estación de Tanguao lo hicimos nuevamente a caballo. Debimos salir a las 4.30 horas para llegar antes de las siete a tomar el tren que iba a Talca. Mi pobre esposa aceptó el sacrificio con alegría.

Regresamos a Santiago, y mientras llegaba el resto de los familiares de vuelta de las vacaciones, ocupamos la casa de los padres de mi mujer. En esos días nos dedicamos intensamente a buscar un departamento o alguna casa pequeña para arrendar cerca de la Escuela. Esto era urgente, pues yo debía viajar a la Escuela en tranvía todos los días, lo que duraba cerca de una hora, y tenía que emplear otra para el regreso de la Escuela a la casa.

Mi suegra nos decía que no nos apuráramos en buscar departamento, pues por apurados podríamos comprometernos con algo que tal vez no fuera lo más conveniente. Yo, por mi parte, pensaba que "quien se casa, casa quiere", y me apuraba por encontrar algo decente y por un precio aceptable. Mi esposa y yo devorábamos los avisos comerciales y visitábamos permanentemente a los corredores de propiedades, pero sin éxito, pues o eran unas casas o departamentos de valores inalcanzables para un oficial o era una casa demasiado modesta.

Al iniciarse el año docente y militar de 1943 fui designado a la 1ª Compañía de Cadetes, cuyo Capitán era Donald Mac Lean, a quien había tenido el agrado de conocer en la Escuela de Infantería cuando era Alférez. Este oficial, sobresaliente por su caballerosidad y gentileza, distribuyó las secciones, correspondiéndome la Segunda Sección de cadetes con más de un año en la Escuela y que habían sido alumnos de mi compañero de curso Juan Costa.

El año se inició como en los años anteriores. La actividad militar fue bastante intensa en cuanto a la preparación de los cadetes antiguos para que se desempeñaran de instructores de reclutas. Este período terminó con la iniciación de las clases. El curso que ahora me había correspondido no tenía la coherencia del curso que había tenido el año anterior; había cadetes sobresalientes, pero algunos bastante regulares. Para un mejor control asistía a casi todas las clases para ver el progreso de los cadetes. También los visitaba en las horas de estudio y debí dejar, en más de una oportunidad, a algunos con estudios especiales los días domingos.

La semana que estaba de servicio en la compañía era agotadora, por cuanto debía levantarme diariamente a las cuatro de la mañana, para embarcarme en el tranvía que partía a las cinco horas y llegar a la Alameda con la calle Dieciocho a las cinco y media. Este era el horario que me imponía para llegar a la Escuela quince minutos antes del toque de diana. Jamás me atrasé.

En la tarde salía a las diecinueve horas de la Escuela Militar para llegar a comer en la casa antes de las 20.30 horas y posteriormente descansar. Estos sacrificios nos obligaban a apurar la búsqueda de un departamento cerca de la Escuela. Mi esposa no pasaba un día sin salir a buscar intensamente, pero los resultados eran negativos.

PADRE POR PRIMERA VEZ

Recién en junio encontramos un sencillo departamento, en calle Las Heras casi esquina de la calle Dieciocho, hoy desaparecido con el progreso urbano. La felicidad fue inmensa. Rápidamente lo alhajamos para ocuparlo. En esos días de búsqueda mi esposa me anunció la llegada de un hijo, el primer hijo, que fue para mí algo maravilloso, una nueva vida que prolongaba la propia, fruto del amor.

Después de mis labores en la Escuela, las tardes las pasaba en el departamento. Recuerdo que los trabajos de estudio que me habían asignado en la directiva los desarrollé con la tranquilidad de sentir a mi esposa cerca.

Las festividades patrias, la presentación de la Escuela, las reuniones de oficiales y profesores, y la salida a campaña a Pucón apuraban el tiempo para el final del año.

En lo privado me preocupaba por la llegada del primer hijo, fecha que coincidía con el viaje a Pucón de la Escuela. Según los médicos, el hijo debía llegar a fines del mes de octubre, antes de la campaña. Ante la responsabilidad de que el hijo naciera en fecha coincidente, indagué con el médico de la Escuela Militar cuál era el mejor facultativo para la atención de mi esposa, pensando en el caso de que yo no estuviera presente.

Para obtener la ayuda económica que se les daba a los oficiales tuve que inscribir a mi esposa en el Departamento de Maternidad del Ejército, pero esto posteriormente me trajo un problema, pues significaba que debía atenderla uno de los médicos del servicio y ya había pedido los servicios al doctor Mayorga. Esta situación después se solucionó.

Como he dicho, la Escuela Militar salía a campaña desde el día 20 de noviembre hasta el 15 de diciembre. Para evitar cualquier problema tomé todas las

medidas que consideraba necesarias para que, si llegaba nuestro hijo en esos días, la atendiera el doctor Mayorga en el Hospital de El Salvador.

Cuando estaba todo preparado, una mañana me llamó el Coronel Director don Arnaldo Carrasco y me dijo que él sabía mi situación con respecto a mi esposa y que había dispuesto que no fuera a campaña y me quedara en Santiago cumpliendo ciertas actividades que él me asignaría. Mucho agradecí tal gesto al Coronel Director, que no me dejó objetarle ninguna cosa: yo debía quedarme en la capital y cumplir con las facilidades que él me daba de estar presente a la llegada de mi primer hijo.

La Escuela salió a efectuar vida de campaña en la zona sur de Chile y yo permanecí junto a otros oficiales en la guarnición. Una de las misiones que me dejó el Coronel Director fue hacerle instrucción de marcha al personal de la Cruz Roja, para lo cual contaba con un grupo de músicos. Eso duró tres semanas. Me asignó algunas revistas en el almacén general y otras misiones bastante livianas.

Los días pasaban y mi hijo no llegaba, lo cual me producía cierta preocupación, ya que si me habían dejado en la guarnición de Santiago era para que recibiera a mi hijo antes del regreso de la Escuela y no después.

Faltaban tres días para el retorno de ésta a Santiago, cuando mi mujer se sintió mal y la llevé a la clínica. Aquí se me volvió a presentar el problema de la dualidad: por un lado debía atenderla el Dr. Mayorga y conforme a la reglamentación debía efectuarla el médico de Sanidad Militar. Cuando le expliqué la situación a este último, me dejó en completa libertad para que la atendiera el médico particular. El día 14 de diciembre llegó mi hija mayor.

La madre y la niña quedaron en perfectas condiciones, y numerosos médicos de Sanidad Militar que examinaron a ambas declararon que todo estaba normal.

Debo confesar que ni siquiera sabía cómo tomar a tan delicada criatura. Tenía pelo negro y fina piel colorada. Con mucho cariño la acaricié, más aún después de haber visto el parto con sus dolores y sus quejas. A la vida se llega entre el dolor y la sangre. Creo que desde ese día amé más a mi madre y le guardé mayor consideración a mi esposa. Las mujeres son quienes nos traen al mundo y lo hacen con sufrimiento, que se mitiga con la inmensa satisfacción de ser madre.

Justamente llegó mi hija el día anterior al regreso de la Escuela. Ese día fui felicitado por el Capitán Mac Lean, por mis compañeros y, luego, por los jefes de la Escuela.

Concluía el año y luego correspondía la revista final y la salida a vacaciones. Todo ello se realizó sin novedad, y en el mes de febrero salí de vacaciones a Talca.

Ese año nos fuimos al Trapiche por un camino de tercera clase que iba por Pencahue. Llegamos hasta el estero que corría al norte del fundo y allí dejamos el auto, en un galpón, y nos trasladamos a pie para ir a instalarnos en la casona que mi suegro había hecho construir de madera.

Durante los días que pasamos en el campo con mi esposa y la hija fueron para nosotros muy gratos y solíamos efectuar largas caminatas, cabalgábamos por el cerro "Trapiche" o nos bañábamos en un estero.

Siempre durante los períodos de vacaciones me fijaba un tema para desarrollarlo durante esos días. Recuerdo que un año me dediqué a estudiar los ríos de Chile con sus características y sus afluentes. Otro año me preocupé de la vialidad en Chile y ese año me propuse estudiar a los grandes capitanes de la historia. Llevé varios libros y cuadernos con antecedentes e indicaciones de libros

donde encontrar datos, que obtuve en la Biblioteca de la Escuela. Tuve que dejar para un próximo año continuar con esa materia, tan amplia.

En dos oportunidades realizamos agradables paseos a la costa y a Constitución. Los días transcurrían con gran rapidez. Llegamos al término del feriado casi sin darnos cuenta.

Volvimos a Santiago a nuestro departamento y yo me reintegré a la Escuela. Me presenté al Capitán Mac Lean, quien me manifestó que había sido destinado como ayudante del Curso Militar bajo las órdenes del Mayor Horacio Arce Fernández, jefe caballeroso, inteligente, ágil de conceptos y de resoluciones claras; en una palabra, era una persona bajo cuyas órdenes resultaba agradable trabajar.

Ese mismo día en la mañana me presenté al Mayor Arce, quien me recibió amablemente y me orientó sobre el funcionamiento que iba a tener la jefatura del curso y los reglamentos que debían ser los guías para proceder.

Posteriormente lo acompañé a una ronda por las dependencias, durante la cual hizo una serie de observaciones de carácter práctico. Recuerdo que me dijo: "Cuando uno llega a un cuartel o repartición, debe pasar la primera revista con mirada crítica y anotar lo que se va observando, pues posteriormente se acostumbra la vista y las novedades pasan desapercibidas", consejo que nunca he olvidado, pues es una verdad que siempre se debe recordar.

El año docente del curso militar se desarrolló normalmente y así se llegó al mes de septiembre, cuando fui seleccionado para ser el portaestandarte de la Escuela. Me halagó una designación tan honorífica.

También en esos días de septiembre se desarrollaron algunas competencias de equitación. Participé y me fue bastante bien, de lo que me alegré mucho, pues mi esposa y mi hija estaban presentes.

En el mes de junio se había bautizado a mi hija Lucía, en una sencilla ceremonia realizada en la Iglesia de San Ignacio. Fueron los padrinos mis suegros. No hubo festejos, pues mi suegro era Ministro del Interior y no queríamos apartarnos de nuestra manera de vivir, que era muy sobria.

En octubre mi padre me avisó que viajaría junto a mi madre y mi hermana María Teresa a La Paz, donde tenía residencia mi hermana Avelina, casada con Rafael Saavedra Bustillos, hijo del que fuera Presidente de Bolivia, Bautista Saavedra. Fruto de este matrimonio había nacido una hija cuyo padrino de bautizo iba a ser mi padre, razón por la cual viajaría a esa ciudad del Altiplano.

Como coincidió la fecha del viaje de mis padres con la salida a campaña del Curso Militar, que me obligaba a estar fuera de la ciudad, opté por viajar a Valparaíso a despedirme de ellos y desearles buen viaje. Sería la última vez que lo veía con vida.

Mi padre estaba muy feliz y fue extremadamente cariñoso conmigo. Me conversó sobre mi hija Lucía y de mi mujer, a quienes les envió un cariñoso recuerdo.

LA MUERTE DE MI PADRE

En esa oportunidad, antes de regresar a Santiago, ocurrió algo extraño. Mi padre me había acompañado hasta la Estación de Ferrocarriles y, antes de subir al tren, me entregó la llave de la caja de fondos de su oficina. A mí me extraño, pues el viaje en su totalidad duraba sólo diez días, y le pregunté por qué me la entregaba a mí. Me contestó que cuando se viaja pueden suceder muchas cosas que obligan a prever por lo que pueda pasar. En la estación nos despedimos y yo regresé a Santiago en el expreso de la tarde.

A mi llegada me dediqué a la preparación de mis enseres. Al día siguiente se efectuaba la salida a campaña, prevista para las 6.30 horas.

Después de una marcha liviana llegamos a un paraje donde se instalaría el campamento, ubicado en La Florida, en una ensenada con bastante pasto, donde ubicamos las carpas.

Al día siguiente se trabajó todo el día en instrucción de combate y nos fuimos a descansar bastante cansados.

Al otro día se continuó con el trabajo de combate en el terreno. En la tarde un estafeta trajo una comunicación para mí: mi padre estaba muy grave y había que bajarlo desde La Paz a Arica. Era el día 13 de noviembre de 1944. Asimismo recibí una orden perentoria del Teniente Coronel Héctor Sagués para que regresara de inmediato a la Escuela.

Muy preocupado, le mostré el telegrama al Mayor Arce, quien me manifestó que regresara de inmediato. Cuando llegué a la Escuela, el Teniente Coronel Sagués me había conseguido un pasaje como oficial de ruta en Panagra, lo que me permitía viajar a Arica al día siguiente. Asimismo, mi suegro había pedido por telegrama al Gobernador de Arica que me dieran todo tipo de facilidades.

A mediodía del 14 de noviembre llegué al aeropuerto de Arica. Me dirigí a la estación del ferrocarril, donde me avisaron que mi padre venía en un autocarril que iba a llegar cerca de las 18 horas. Mientras tanto el médico del regimiento, el Doctor Garibaldi, y mi amigo el Teniente Carlos Elbo hacían las gestiones para tener ambulancia y cama en el hospital Juan Noé.

Más o menos a las 18.30 horas llegó mi padre, acompañado de mi madre y de mi hermana María Teresa. Se le dedicaron todas las atenciones posibles, pero el médico Garibaldi me llamó a un lado y me quitó toda esperanza cuando me dijo: "Sólo un milagro puede salvar a tu padre, pues en La Paz se han equivocado; él estaba intoxicado por algo que vamos a averiguar y allá lo trataron por "puna" y en lugar de ponerle suero lo sangraron".

Efectivamente, mi padre venía en estado de coma; sólo se sabía que estaba con vida por su respiración. Todos esperábamos el desenlace, como efectivamente ocurrió. En esa noche del 14 al 15 de noviembre dejó de existir. Él fue siempre un hombre de trabajo, jamás le conocí más de dos o tres días de descanso, y ahora venía a morir en Arica, cuando había pretendido hacer un feriado corto, cuyos resultados habían sido tan desastrosos.

Yo lo estaba mirando cuando dejó de respirar. Le dije a mi madre que mi padre había muerto, pues sentí una rara sensación en mí. La muerte la confirmó posteriormente el médico.

En la tarde de ese día, mientras estábamos en el hospital, llegó un avión Junker a buscarnos, por petición al Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, de parte del General Alfredo Portales, pero ya era tarde y, además, no era posible trasladarlo a Santiago, por la imposibilidad de entrar el cadáver al avión, por las características del fuselaje.

El traslado lo efectuaríamos por barco desde Arica a Valparaíso. Para ello mi padre fue embalsamado y se le preparó para traerlo en estas condiciones. En el mismo buque viajaron también mi madre, mi hermana y yo, para acompañar los restos mortales de mi progenitor.

Siempre he agradecido a mi amigo y compañero de curso Carlos Elbo por su preocupación en solucionarme todos los problemas que se presentaron en esa ocasión; lo mismo a su suegro don Juan Worn, que tomó a su cargo, como Agente de Aduanas de Arica, el embarque de los restos de mi padre con destino a Valparaíso.

En la tarde de un día martes salió el buque con destino al sur. Después de ocho días de navegación llegamos al lugar de destino. Los restos de mi padre fueron llevados a la Iglesia de los Padres Franceses para, desde allí, ser trasladados a Santiago, para reposar en el Cementerio General.

Cuando se efectuó el sepelio de mi padre, recibí, como bombero de la 10a. Compañía de Santiago, los honores correspondientes. Durante los discursos se destacaron las dotes de hombre de bien que lo adornaban y se señaló su heroico comportamiento en el incendio del pasaje Ross, en Valparaíso, donde había salvado dos vidas arriesgando la propia. Era la primera vez que su familia conocía este hecho, pues mi padre, con su sencillez y parquedad sobre su persona, jamás nos lo había contado.

Después de las exequias tomé contacto con la Escuela Militar. Según me habían informado los compañeros de armas que me acompañaron a las honras fúnebres, el instituto saldría a campaña a Pichilemu un día más tarde, a cargo del Teniente Coronel Sagués, a quien me presenté ese mismo día.

Este jefe, que tenía fama de duro, sin embargo era un hombre de gran corazón. Junto con darme el pésame me dijo que disponía de todos los días que necesitara para arreglar los asuntos de mi padre que había dejado pendientes. Y los necesitaba, en realidad, pues la llave que me dejó tuve que enviarla por avión a mi hermano y éste la había entregado a otra persona. Yo estaba seguro de que la caja fue abierta sin presencia de nadie, y no me equivoqué. Pero era necesario arreglar los problemas, especialmente los bancarios.

Me hice asesorar por un amigo y tratamos de ordenar las finanzas hasta donde fue posible y obtener de los bancos mayores plazos de vencimientos y cobros.

Demoré como 15 días en toda esta actividad de normalizar la oficina, y cuando la creí ya terminada, me volví a la Escuela, que aún permanecía en Pichilemu. Para llegar al campamento viajé en ferrocarril desde Santiago hasta Alcones, lugar donde conseguí un caballo para continuar viaje en la tarde y llegar en la noche al campamento.

Posteriormente regresó la Escuela por ferrocarril a Santiago. Durante los días restantes del año se preparó la revista final en el patio principal. En esa presentación lo que mejor mostró la Escuela fueron los ejercicios en aparatos, que llamaban mucho la atención al público asistente.

Ese año mi esposa, mi hija y yo viajamos por última vez al Trapiche. Mi hija tenía un año y dos meses. El recorrido lo hicimos en automóvil por el camino Pencoahue - Corinto y llegamos al mismo sitio del año anterior.

En los días de vacaciones sólo nos dedicamos a pasear en familia, lo que fue muy grato, al extremo de no sentir el mes de permiso. Con el fin de aprovechar más las vacaciones, mi familia se quedó en el Trapiche diez días más. Yo regresé solo por ferrocarril.

Al día siguiente, cuando me presenté a la Escuela, había novedades importantes. Cambiaba el Coronel Director, el que era reemplazado por el Coronel don Ramón Álvarez Goldsack. El Mayor don Horacio Arce salía destinado como Agregado Militar al Paraguay, y lo reemplazaba en el cargo el Mayor don Adrián Barrientos Villalobos.

De inmediato me presenté al Mayor Barrientos y le expresé que si él disponía de alguna persona a la que le hubiera ofrecido el puesto, yo no tenía ningún problema para dejarlo. El lo rechazó de plano y me expresó que yo contaba con toda su confianza y que debía seguir junto a él.

Días más tarde, y con cierta tristeza, iba a dejar a la Estación Mapocho a mi querido Mayor Horacio Arce, destinado a Paraguay como agregado militar.

HACIA EL GRADO DE CAPITAN

Se inició el año como había sucedido con los anteriores, y lo rutinario prácticamente fue igual. La recepción de los subalféreces se realizó en perfecto orden. Yo encontré entre ellos a muchos que habían sido mis alumnos.

El Mayor Barrientos era un jefe de trato agradable y un sobresaliente profesional, caballero y de excelentes condiciones de mando. Pronto reemplazó en iguales condiciones al Mayor Arce. Como buen artillero, se preocupaba en forma permanente de los subalféreces. Jamás le conocí una frase inapropiada y siempre se mantuvo como el padre "espiritual" de sus alumnos. Han pasado los años y cuando converso con ex alféreces de esa época, siempre tienen un recuerdo lleno de cariño para este distinguido jefe.

Durante el año se nos exigía bastante en la Academia de Oficiales, con clases, conferencias, crítica de obras y juegos de guerra. En la semana había dos días en la mañana, de 9.30 a 11.30 horas, en que se hacía gimnasia, se practicaba natación y esgrima. En una de estas oportunidades, practicando esgrima con otro oficial, éste me lanzó una estocada que no alcancé a esquivar y el sable penetró la rejilla de la máscara. Si no fuera porque instintivamente bajé la cara, produciéndome sólo un rasguño leve en el costado izquierdo, habría perdido un ojo o hubiera sucedido algo más grave. El maestro de armas y mi contendor quedaron paralizados y, posteriormente, el enfermero me curó el leve rasguño que, como digo, pudo haber tenido mayores consecuencias.

El correr del año nos trajo en la Escuela algunas novedades. Por ejemplo, se instaló un bar lácteo para la atención de los cadetes de la Escuela, con lo cual se ganó en higiene, pues los soldados de los aseos solían venderles calugas a los cadetes a precios estratosféricos, y éstos, con hambre, compraban lo que les vendieran. Lo grave era que para ocultar la mercadería de la vista del oficial de servicio, escondían las calugas o emparedados en el tarro basurero. También se evitó el abuso del peluquero, que vendía pasteles que acomodaba en cajones poco higiénicos y que, cuando uno no le compraba el pastel ofrecido, decía: **"¿Cómo quiere el corte de pelo cadete: a lo Ricardo o a lo Poblete?"** Era un sistema para saber si uno le iba o no a dar propina. El pelo quedaba de 3 dedos de largo si se daba, y si no, sólo con un dedo de largo. Si el cadete lo engañaba, el próximo corte era de medio dedo, o sea, de medio centímetro de largo. Por ello siempre se hablaba de Ricardo y nadie se atrevía a dar cuenta por temor a las represalias.

Otra novedad que dispuso el nuevo Coronel-Director fueron los bailes sociales, de 18.00 a 21.00 horas, en el gran salón. Según decían los Capitanes Comandantes de Compañía, era para hacer a los jóvenes más sociables, pero pronto observamos que los oficiales también hacían nata para cuidar a sus cadetes y a las damas.

Las conferencias, resúmenes de obras y juegos de guerra fueron rigurosamente cumplidos. Lo que más nos agradaba era la crítica que efectuaba el Coronel-Director, cuya exposición a veces era más larga que la del conferenciante y evidenciaba una amplísima cultura general que causaba admiración entre los oficiales, quienes le habían tomado gran cariño y afecto.

Ese año mi conferencia fue sobre la Batalla de Stalingrado, lo que me obligó a buscar por cielo y tierra apuntes sobre la materia, actividad por la que recibí una buena calificación del Coronel-Director. Su crítica fue sumamente interesante.

Así llegamos a las festividades de septiembre y me designaron nuevamente portaestandarte de la Escuela, lo que constituía un gran honor para mí.

El tiempo transcurría velozmente. En el mes de noviembre el Curso Militar fue a pasar su período de instrucción a Tejas Verdes.

Llevábamos una semana desarrollando las instrucciones de las diferentes armas en ese balneario cuando una mañana apareció nuestro Coronel-Director Ramón Álvarez Goldsack junto con su ayudante. Lo primero que vio fue la instrucción de los subalféreces y luego, cerca de las 13.00 horas, almorzó con los jefes, los capitanes y los ayudantes.

Recuerdo con agrado esa reunión, pues el Coronel-Director mantuvo una conversación muy fluida sobre diferentes temas de actualidad, que él trataba con profundidad. Recuerdo especialmente un análisis de las posibles consecuencias que tendría en el mundo la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de lo gratas de esas horas, algo raro flotaba en el ambiente. En la tarde de ese día, a la hora del té, se formó un corrillo de oficiales. La conversación giraba en torno a cuál era el estado de las relaciones del Ministro de Defensa y el Coronel-Director y cómo iría a terminar esta situación de tirantez que se había producido entre ellos. Además se sabía que el Ministro Carrasco estaba indignado por las modernizaciones que había introducido en la Escuela el Coronel Álvarez, las que él rechazaba de plano. Más de un oficio muy duro se había intercambiado al respecto.

Esa noche, cuando el Curso Militar formaba en cuadro para la formación de retreta y la banda tocaba "reunión de tropa", llegó al campamento un estafeta desde Santiago con un documento en el cual se daba la orden de regresar a la Escuela por cambio de mando en la Dirección del Instituto. Nuestros temores y malos augurios parecía que se habían cumplido, más aún cuando el Presidente de la República, que se decía era amigo del Coronel-Director, estaba en Estados Unidos, y quien tenía todo el poder era el General Carrasco.

Recibida la orden, esa misma noche levantamos rápidamente el campamento e iniciamos el regreso desde Tejas Verdes a Santiago, llegando cerca de las 5.00 horas. A nuestra llegada, después de desatalajar y dejar todo en orden, se le dio descanso a los alumnos hasta las 9.00 horas, y una hora más tarde se inició el alistamiento para la entrega de la Escuela, que haría el Coronel Álvarez al Coronel Walton Ojeda, que se recibía de ella.

La Escuela formó y se leyó la disposición ministerial, realizándose la entrega sin novedad. Se efectuó de inmediato un control económico por una comisión ad-hoc, cuya revisión no arrojó ninguna observación. Por el contrario, las cuentas arrojaron superávit. El Coronel Álvarez fue destinado de inmediato a la V División de Ejército, en Punta Arenas, la cual era mandada por el General Miguel Puga, quien había sido mi primer Comandante en el Regimiento de Infantería N° 6 Chacabuco y que ahora, a su regreso después de ser Adicto Militar en Brasil, había ascendido a General de Brigada y comandaba esa gran unidad austral.

También abandonó la Escuela el Subdirector, Teniente Coronel Eduardo Yáñez Zavala, el que fuera destinado a la IV. División, con asiento en Valdivia. Por nuestra parte, se faltó a la disciplina cuando en esa ocasión muchos oficiales, subalféreces y cadetes fueron a dejar a la Estación Central al Subdirector.

Pocos días más tarde regresaba al país el Presidente de la República don Juan Antonio Ríos. Cuando el avión que lo traía aterrizó en Arica, el General Arnaldo Carrasco lo estaba esperando y viajó con él a Santiago.

Más tarde se supo entre los oficiales de la Escuela, en esos corrillos donde todos saben algo y nadie sabe nada, que existía una agrupación de oficiales jefes

y superiores que pretendían eliminar de la Institución a todos los oficiales medios. Era una organización purificadora de estricto orden castrense, pero ella actuaba al margen de los reglamentos, de las Juntas de Generales y de las calificaciones de oficiales. Este grupo se autodenominaba "G.O.S." (Grupo de Oficiales Seleccionados) y, según se comentaba, su jefe sería un Coronel, y al parecer el Coronel Alvarez. El durante su mando en la Escuela jamás habló algo que dejara entrever tal actuación, pues sus conferencias fueron siempre sobre materias profesionales. Nosotros tomamos todo esto como una infamia que se cometía con nuestro Coronel, como en realidad lo era.

En esos días la agitación era bastante grande. Ninguno de los oficiales sabía si continuaba en la Escuela o sería destinado a otra parte. Un día tomé la resolución de ir a la Dirección del Personal y conversé con uno de los jefes, quien me manifestó que de acuerdo con los cálculos que había allí, me correspondería ascender en el mes de marzo de 1946. Creí que era la oportunidad para salir de la Escuela después de todo lo sucedido y que lo más conveniente era irme lejos de Santiago. Asimismo debo confesar que mi estado anímico no estaba para permanecer en la capital. Mi resolución era ir a mandar una compañía en el norte de Chile.

En el mes de septiembre había nacido mi hijo Augusto, que sufría una extraña fiebre estomacal que lo dejaba prácticamente extenuado. Los médicos tratantes no tenían diagnóstico de la enfermedad. Cuando agoté las consultas con los médicos militares, pasé a los especialistas particulares, cuya consulta me salía bastante onerosa. Para cancelirlas hube de gastar todos los medios de que en esos momentos disponía hasta que, como por un milagro, una sencilla vacuna llamada "anticoli croveri", de un valor ínfimo, lo mejoró casi totalmente, aunque quedó muy débil del estómago.

Antes de ascender a Capitán pedí destinación a la guarnición de Iquique. Cuando llegó el mes de marzo de 1946 y se publicó mi ascenso a uno de los grados más hermosos de la carrera, ya estaba en el camino de mi destino a la nueva unidad, el Regimiento de Infantería N° 5 Carampangue.

Feliz estaba por mi ascenso al grado de Capitán. Sin embargo, la misma destinación señalaba que antes de cumplirla debía asistir a un curso de Tenientes en la Escuela de Infantería en San Bernardo, lo cual significaba dos traslados en un año, con todos los problemas consiguientes. Esto lo conversé con un Coronel, que me tenía mucho afecto, quien a los pocos días ascendió a General. Creo que fue él quien solucionó mi problema, sin haberle yo pedido nada.

Sin embargo, permanecí en el curso un mes y medio. Primero me fue postergado y luego se dio por cumplido este requisito, por cuanto ya era Capitán.

CAPITULO V

UNO DE LOS GRADOS MAS HERMOSOS

Siempre se ha considerado que uno de los grados más hermosos de la carrera de las armas es el de Capitán, porque el oficial llega con un buen acervo de conocimientos militares y de cultura general a una edad de juventud plena, y con la capacidad de asumir con toda responsabilidad los aspectos disciplinarios, administrativos, de justicia y bienestar de su gente.

Personalmente, jamás dejé mi pequeña libreta, en la cual iba anotando las experiencias que apreciaba en el diario vivir, y muchas de ellas me han servido de base para los recuerdos. Lamento, eso sí, haber destruido muchos de esos pequeños apuntes. Cuando encuentro aún alguna de esas libretas leo sus líneas y varias materias me causan hilaridad, pero otras en cambio me dejan pensativo y medito sobre los altibajos que experimenta el ser humano.

Como he dicho, con fecha 22 de marzo de 1946 ascendí a Capitán de Ejército, y fui destinado al curso de Tenientes en la Escuela de Infantería, sin dejar de pertenecer al Regimiento de Infantería N° 5 Carampangue.

Asistí sólo un mes y medio al curso, y posteriormente la Superioridad consideró que había cumplido este requisito por estar ya ascendido.

De la Escuela de Infantería fui despachado a Iquique como Capitán del Regimiento de Infantería N° 5 Carampangue.

Padecí bastante, sin mostrar mi amargura, cuando tuve que dejar a mi querida esposa, aún una niña, y a mis dos hijos, pues debimos tomar la resolución de que yo viajaría solo a Iquique, por ser necesario buscar casa donde instalar a la familia, antes de su llegada. Para ello adelanté mi viaje y me embarqué en el buque Toltén, que caleteaba en todos los puertos hacia el norte y demoraba ocho días desde Valparaíso a Iquique.

EN IQUIQUE

Al cabo de estos días, amanecimos un domingo en el puerto de Iquique, donde me esperaban algunos oficiales y el Mayor Fernando Dubreil. Dos Tenientes se preocuparon por mi equipaje y el resto me condujo al casino de oficiales, donde quedé instalado.

Iquique era una ciudad que estaba en decadencia, pero no por ello dejaba de ser muy pintoresca. La mayoría de sus casas eran de madera y faltaba energía eléctrica, el agua era escasa y los servicios de alcantarillado estaban pésimos. Las calles tenían el pavimento y las aceras destruidas. Cuando ocurría la desgracia de

que se incendiara una casa, el siniestro arrasaba con la manzana entera o más. A mí me tocó presenciar el incendio del Barrio Chino, donde se quemaron tres manzanas ante la impotencia de los bomberos.

El día de mi llegada almorcé en el casino con un grupo de oficiales jóvenes que vivían allí. En la tarde salí a conocer la ciudad, pero primero fui a ver el desembarco de mi caballo Rex, que había llevado conmigo. Después lo entregué al ordenanza montado y lo despaché al cuartel. Esa tarde me dirigí a saludar a don Guillermo Bonilla, a quien venía recomendado por los padres de mi esposa. El a su vez era padre de un oficial. En este hogar fui muy bien recibido, pues como era muy amigo de mi suegro, don Osvaldo Hiriart, me tomó como de la familia.

En la tarde, cerca de las diecinueve horas, me retiré de la casa de la familia Bonilla y, al poco andar por la calle Baquedano, me encontré con mi querido amigo el Capitán Humberto Aguirre, a quien, como he narrado, había conocido en la Escuela de Infantería. Ahora era comandante de una compañía del Regimiento Blindado en Iquique.

Después de saludarnos y charlar paseando por la plaza, nos dirigimos a comer al Club Iquique y a recordar a la vieja Escuela de Infantería, hacer memoria de algunos camaradas y también de algunos hechos de los que habíamos sido testigos en esos años.

El día siguiente era lunes. A primera hora me presenté al Comandante del Regimiento, Teniente Coronel Víctor Beltrami, quien me recibió afectuosamente y me designó comandante de la 6a. compañía de fusileros, puesto que empezaría a recibir al día siguiente. Además me asignaron como Jefe de la Comisión pesca, la que disponía de un bote, redes y cuatro hombres, que eran los pescadores. Me llamó la atención que esta comisión dejaba déficit y no aportara ningún pez a las familias del personal de la unidad. Más adelante puse un hombre de mi confianza entre los pescadores y la situación cambió radicalmente y hubo pescado de sobra.

El día martes se produjo el cambio de mando de la 6a. compañía de fusileros y me comencé a adentrar en los problemas de la unidad, los que se fueron solucionando lentamente.

En el mes de octubre el regimiento participó en grandes ejercicios en Ojos de San Pedro, al sur de Ollagüe. Se me asignó como oficial jefe aposentador, a cargo de las columnas de acarreo y de la instalación desde donde se llevarían víveres y munición al regimiento acantonado en Ojos de San Pedro. La instalación a que me refiero quedó ubicada en la estación de ferrocarriles de Pintados.

Una de las columnas que viajaba tuvo una noche desperfectos en dos camiones, lo que nos obligó a pernoctar en Calama. Sólo podíamos alojar en la guardia del regimiento, pues el resto de las instalaciones estaba cerrado debido a las maniobras y no teníamos nada que comer, y era la una y media de la mañana, con un frío de dos o tres grados bajo cero. Salí esa noche con el personal en uno de los camiones con el fin de encontrar un lugar donde nos dieran algo de comer. Estábamos en esta búsqueda cuando un automóvil nos detuvo y se bajó de él un señor que dijo llamarse Ernesto Meza Jeria y que era el alcalde de Calama.

Le explicamos lo que nos pasaba, y él nos llevó a una posada donde nos dieron abundante comida. Cuando fuimos a pagar, no aceptaron, dijeron que era atención de la Municipalidad. El señor Meza posteriormente nos acompañó hasta el regimiento, donde alojamos.

Al día siguiente, cuando preguntamos por el alcalde se nos dijo que era una buena persona. Que era un líder comunista y le gustaba atender a los militares.

La unidad regresó a Iquique a fines de octubre. Al término del mes de noviembre salimos a hacer vida de campaña al salar de Pintados, donde existía una "Quinta de Experimentación"; allí se extraía el agua del subsuelo y se almacenaba en gran estanque para posteriormente efectuar los riegos. Grande fue mi sorpresa al encontrar como ingeniero jefe de esta quinta a mi amigo Crespo, de quien había sido compañero de colegio en el Instituto de Quillota. Este amigo me acogió con mucha alegría y me solucionó problemas de alojamiento. Allí conocí a su familia, que estaba viviendo en esa quinta de experimentación hacía más de dos años.

Durante esos días se efectuó una marcha al oasis de Pica, lugar que desde Pintados se veía muy cerca. Pero para llegar a él marchamos más o menos diez horas. Allí nos quedamos a alojar y regresamos al día siguiente al campamento de Pintados.

En la tarde del día 25 de noviembre los oficiales convidaron a la familia Crespo y dos ingenieros más que vivían allí y celebraron mi cumpleaños con una agradable once-comida. Esta reunión para mí fue muy emotiva, por cuanto era la primera vez que en mi vida de casado pasaba mi cumpleaños lejos de mi esposa y de mis hijos.

En las noches en el salar hacía un frío de páramo, por lo cual se acostumbraba dormir semi vestido. Pese a ello, el frío nos producía tercianas. El ruido de la ruptura de los pedruscos a consecuencia del enfriamiento, al principio nos mantenía en vela casi toda la noche, pero después nos fuimos acostumbrando, hasta no molestarnos tal bullicio.

Regresamos a Iquique en la primera semana de diciembre y tuvimos algunos días de descanso, lo que aprovechamos para ir a la playa, la que sin duda es una de las más hermosas de Chile por su arena blanca, su poca inclinación y las aguas templadas.

Los días domingos en la mañana salíamos a cabalgar por la playa y nos reuníamos en una casa pequeña que denominábamos "Club Paperchase", donde nos vendían empanadas y algún aperitivo. Allí se reunían los oficiales de diferentes instituciones para charlar con civiles que también asistían a esa hora de cóctel.

Las tardes era costumbre pasarlas en la playa. Los primeros días, pese a que tomé precauciones, me quemé con el sol abrasador de Iquique y estuve varios días que no me podían tocar la espalda debido a las quemaduras.

El 4 de septiembre de 1946 se eligió Presidente de la República a don Gabriel González Videla, sin que el acto eleccionario tuviera problemas. No vislumbrábamos ninguna novedad para nosotros; estimamos que todo iba a seguir normal. Se trataba de un gobierno pluralista integrado por liberales, radicales y comunistas.

Mucho extrañaba a mi familia, lo que me impulsaba a buscar intensamente casa para tenerlos cuanto antes junto a mí; pero sólo a mediados de diciembre la señorita Aliaga, que poseía tres o cuatro casas para arriendo, me pudo traspasar la que dejaba un comandante que salía destinado a Santiago. La casa era bastante aceptable. De inmediato la tomé en arriendo y quedamos con el comandante ocupante comprometidos para que a mi regreso, en el mes de enero, con mi familia, pudiéramos instalarnos en ella, ya que iba a estar lista cerca de la fecha de llegada y podía ser ocupada cuando yo regresara.

Le comuniqué a mi esposa que había encontrado casa, y le manifesté que viajaría a Santiago en el primer medio disponible.

El buque caletero empleaba siete días de navegación, mientras que por el ferrocarril longitudinal, llamado el "longino", el viaje sólo demoraba tres días des-

de Iquique a Santiago. Por lo tanto, valía el sacrificio e incomodidad del tren, que se compensaban con los días que se ganaban en llegar al destino.

Era costumbre que en esos meses viajaran en este tren los oficiales que iban desde Iquique a Santiago. Al embarcarse se necesitaba una verdadera operación táctica. Primero para guardar el lugar se enviaba a una persona a tomarlo y para llevar el total de la ropa se ocupaban maletas. Uno viajaba de overol y zapatillas, portando una canasta con alimentos para los tres días.

El viaje se inició un lunes en Iquique. Ya en Pozo Almonte conocíamos a todas las personas que viajaban en el carro. Los tres días de viaje fueron muy especiales. Llegamos al terminal sucios, barbudos y trasnochados.

Lo primero que hicimos en La Calera fue buscar un hotel, donde tomamos una pieza para ocupar el baño, nos afeitamos y aseamos. Luego nos cambiamos de ropa y salimos a la estación. Las zapatillas y el overol los regalamos al primero que se presentó. En la tarde tomamos el expreso y llegamos a Santiago, contentos, aunque muertos de cansancio.

Grande fue mi felicidad al encontrar a mi esposa e hijos bastante bien y ya preparándose para viajar a Iquique. La salud de mi hijo estaba mucho mejor, pero el médico le prohibió comer masas y como el medicamento había hecho su efecto, debíamos tener cuidado y controlarlo.

Preparamos nuestros enseres de la casa para llevarlos al norte. Con cuidado encajonamos nuestra cristalería y la loza, la ropa la pusimos en baúles y embalamos los muebles y los despachamos en un camión al puerto de Valparaíso, donde el funcionario encargado por la guarnición se preocupó de dejar todo en el buque.

Era mediados de enero cuando los enseres de nuestra casa y nosotros nos embarcamos en el Toltén con destino al puerto de Iquique.

En el buque nos dieron un camarote para los cuatro. A los niños los manteníamos bajo nuestras miradas vigilantes. Sin embargo, optamos por ponerles un cinturón con una correa para evitar cualquier locura que se pudiera transformar en desgracia al caer alguno de ellos al mar.

El buque caleteó en Coquimbo, Huasco, Caldera, Taltal y Antofagasta. En este último puerto nos esperaba la señora Tiba Ponce de Ríos, amiga de muchacha de mi esposa. Ella era casada con el Teniente Coronel Ríos, quien mandaba el Regimiento de Infantería N° 7 "Esmeralda". Tan pronto el buque atracó al puerto, nos llevaron a pasar el día en su casa.

Como ellos también tenían niños de poca edad, nuestros hijos lo pasaron muy bien ese día. En la tarde nos fueron a dejar al buque, que zarpó con destino a Tocopilla, donde amanecemos.

En Antofagasta, cuando estábamos almorzando en el Automóvil Club, nos encontramos con un oficial del regimiento Carampangue, quien viajaba con destino a Valparaíso. El nos dio la mala noticia de que el comandante que nos iba a entregar la casa en la fecha acordada había resuelto irse en febrero; en consecuencia, quedábamos por un mes sin casa y sin tener a dónde llegar.

Efectivamente, así sucedió. Cuando desembarcamos en Iquique nos encontramos que no teníamos a dónde ir. Ese día recorrimos cuanto hotel y residencial había en la ciudad y en ninguna parte nos recibieron por tener dos niños menores. Cuando ya perdíamos las esperanzas y pensábamos pedir por esa noche el salón del casino de oficiales para alojar y seguir buscando al día siguiente, el Segundo Comandante, Mayor Fernando Dubriel, nos ofreció darnos alojamien-

to en su casa mientras nosotros encontrábamos alguna residencia, lo cual aceptamos gustosos, pues con ello se solucionaba parte del problema.

Allí vivimos cerca de ocho días. También ellos tenían hijos menores que chocaban con mis hijos y se creaban conflictos muy molestos. Por fin, una mañana mi esposa encontró una modesta casa en el extremo de la "punta del morro", al lado de la Casa de Fuerza. La tomamos de inmediato y la hicimos arreglar y pintar. Dos días más tarde, después de agradecer a la familia Dubriel, nos instalamos en esta nueva casa. En las primeras noches no podíamos dormir por el ruido infernal que producían los generadores para dar luz eléctrica a Iquique.

A todo esto, el Teniente Coronel que debía entregar la casa nos aseguró que iba a viajar antes del 25 de febrero, y que contáramos para esa fecha con la vivienda, lo cual fue motivo de alegría. Los días de espera se nos hicieron muy largos, hasta que en la fecha acordada se nos entregó la casa.

De inmediato dispuse, antes de cambiarnos a la nueva residencia, pintar, raspar pisos y otras medidas con el fin de tener la casa lista. Durante los casi 35 días que vivimos en la casa de la Puntilla del Morro tuvimos que afrontar algunos problemas, como cuando mi hijo pequeño encontró un tubo de aspirinas y se las tomó casi todas. Eran como seis aspirinas, lo cual le produjo un enfriamiento. Tuvimos que llamar al médico y tratarlo con lavados al estómago y abrigarlo. Este incidente pudo ser fatal, pero fue superado, afortunadamente.

La vida militar se desarrollaba normalmente. Mis oficiales subalternos eran bastante eficientes. Los días domingos los invitaba a almorzar a la casa, a donde también llegaba a almorzar mi amigo el abogado Tomás Bonilla y su esposa Lucy.

Cuando llevábamos sólo tres meses en la nueva casa, mi hijo fue invitado a un "té infantil" y nadie recordó que a él le tenían prohibidas las masas y, por su parte, al encontrarse con el manjar prohibido, devoró pasteles y tortas. Nadie apreció en la casa nada raro; sólo después de medianoche mi esposa lo notó muy extraño y le puso el termómetro, el cual marcó 42° de temperatura. De inmediato salí a buscar un médico pediatra, quien con gran voluntad se levantó y acudió a la casa, encontrando a mi pobre hijo que ardía de fiebre. El médico lo tomó y lo puso en la tina de baño con agua fría y enseguida lo envolvió en toallas, lo que repitió varias veces. Sólo después de dos horas el niño reaccionó y volvió a la normalidad. Siempre agradecemos el servicio de este médico.

Yo deseaba naturalmente poseer el título de Oficial de Estado Mayor. Además, como había sido eximido del curso de Teniente, temía que mis superiores pudieran considerar que no era capaz de cumplir esta exigencia. Por ello, al iniciar el año militar me hice un serio calendario de trabajo de preparación que muchas veces me dejaba bastante agotado, pues lo iniciaba a las 19.00 horas y muchas veces terminaba mi preparación después de medianoche.

A las 5.30 horas llegaba en las mañanas a buscarme el ordenanza con el caballo Rex, que daba una verdadera fiesta al montarlo. Sólo se tranquilizaba cuando me dirigía a la playa y lo trotaba unos veinte minutos. Llegaba normalmente a la diana y dejaba todo el despacho listo para el día. Normalmente antes del desayuno en el casino estudiaba una hora en la oficina, según mi horario de trabajo. Me servían mucho aquellos días en la Escuela Militar, cuando normalmente entre las 10 y las 12 horas conversábamos sobre historia de Chile con el profesor René del Villar. Además la materia de geografía era mi hobby desde niño. Luego tenía dos materias bastante avanzadas para el examen de admisión de la Academia. Me quedaba por dominar la conducción de combate y el método empleado en las apreciaciones de situaciones tácticas y topografía.

En esta última materia también estaba bastante bien, ya que las enseñanzas que me dieron aquellos oficiales amigos cuando tuve que efectuar el levantamiento Santiago-Cuesta La Dormida-Limache me servían ahora a las mil maravillas para efectuar cálculos y desarrollar esta materia. Por lo tanto, prácticamente para la postulación a la Academia de Guerra debía prepararme en dos materias, por lo demás las más complejas, conducción y combate y el método que se empleaba para la apreciación de la situación ante una situación táctica.

Para las materias de estudio de la conducción y combate apliqué el sistema que me había enseñado el Mayor Ibáñez en la Escuela de Infantería, es decir, no sólo memorizar la materia, sino interpretarla imaginando estar en una situación de combate determinada.

Sin embargo, como en el regimiento había escasez de oficiales, el nuevo Comandante, Teniente Coronel Jorge Zamorano Maturana, en el mes de marzo me ordenó tomar el mando de la Octava Compañía de Ametralladoras y, además, dejó a mi cargo la responsabilidad de varias comisiones administrativas.

Desde la llegada del contingente desarrollamos la instrucción a conciencia. Mis conocimientos adquiridos durante esos años eran para mí la base fundamental de mis actividades. Además me preocupé intensamente por manejar bien las comisiones administrativas, especialmente la del casino de oficiales, de la cual fui nombrado presidente.

Mi tiempo se hacía escaso, pero jamás dejé de estudiar diariamente no menos de tres horas, aunque a veces me vencía el cansancio.

Cuando elevé mi solicitud de ingreso para la Academia de Guerra, aún me faltaban tres meses para cumplir con el tiempo de mando de unidad fundamental, pero el Comandante hizo presente que cuando diera examen ya tendría el tiempo cumplido.

Sin embargo, el esfuerzo por cumplir con todas mis obligaciones me trajo como consecuencias un fuerte "surmenage" que me tuvo diez días en reposo total, sin poder hacer nada. Al cabo de ese tiempo volví a mis obligaciones, sufriendo eso sí fuertes dolores de cabeza, los que ocultaba cuidadosamente para evitar que mis superiores me impidieran dar los exámenes en la Academia de Guerra.

QUEMANDO LAS NAVES

Dos semanas antes de partir a Santiago ya estaba casi recuperado. En esos días mi esposa esperaba nuestro tercer hijo.

Cuatro días antes de viajar a Santiago, vi que se llevaban los muebles de comedor. Le pregunté a mi mujer qué pasaba, a lo que ella respondió: "Usted va a salir bien y nosotros nos quedaremos en Santiago en nuestra casa, el dinero que obtengamos nos permitirá adquirir todo lo que hemos vendido en Iquique". No quise discutir, pero me había pasado como con las naves de Hernán Cortés, cuando las quemó. No había otra salida sino la de salir bien y quedar en la Academia. Pero el problema no sólo era aprobar el examen, sino quedar entre los doce primeros alumnos.

DESABASTECIMIENTO

Desde hacía un tiempo a esa parte, Iquique sufría un desabastecimiento casi total. En las mañanas, largas colas aparecían frente a los negocios, en especial frente a las panaderías.

Primero estas largas hileras de hombres, mujeres y niños se formaban frente a las puertas de los establecimientos comerciales durante las horas del día, pero después de algunas semanas estas colas se observaban desde las primeras horas del amanecer. Asimismo, ellas se hicieron cada día más largas, al extremo de que mucha gente, para obtener pan u otros artículos de primera necesidad, debía permanecer ante la puerta del negocio durante toda la noche. Esta angustia por obtener víveres se hacía cada día más intensa en la ciudad, y se agravaba por el deseo de algunos de acaparar. También se empezó a considerar como "fuente de trabajo" la explotación del puesto, es decir, tomar un lugar en la cola y ofrecerlo en venta. Había familias que se sacrificaban en la hilera durante la noche y luego en la mañana vendían el lugar al mejor postor, lo que significaba una entrada adicional.

Debo aclarar que esta falta de artículos de subsistencia no afectaba a los miembros de las Fuerzas Armadas que residían en Iquique. Buen cuidado tenían los comunistas en evitar cualquier problema que los llevara a enfrentarse con el Ejército, o con las otras instituciones militares o de policía; así creo que nunca antes el personal militar había tenido un abastecimiento más barato, normal y abundante que en esa oportunidad.

Pero la falta de abastecimiento para la población se hacía sentir día a día. Recuerdo a amigos de Iquique que se sentían felices cuando algún comerciante les proporcionaba un tarro de aceite o conseguían pan fresco con los amigos militares.

Como teníamos derecho a un kilo de pan militar, mi esposa cambiaba con una amiga, que tenía criadero de aves, huevos frescos, saliendo favorecidas ambas en el trueque. Creo que mi mujer, con esa intuición femenina, fue la que más influyó en mí en el deseo de volver a Santiago.

Para llevar a mi familia a Santiago le pedí al Coronel Horacio Arce que me consignara pasaje para mi esposa, mis hijos y yo, lo que él obtuvo y, dos días más tarde, llegamos a Quintero en un avión Catalina. Alojamos en un hotel de esa ciudad y al día siguiente viajamos en el ferrocarril Quintero-San Pedro y desde allí a Santiago, donde nos esperaban mis suegros.

Durante los quince días que me quedaban para dar examen sólo me dediqué a estudiar bajo la dirección del Mayor Berty Walker, que me dejó muy bien preparado en materias de métodos de apreciación y conocimiento del Reglamento de Mando y Conducción.

EN PERSECUCION DE UN BUQUE

Rendí las pruebas en la Academia de Guerra y obtuve un excelente rendimiento; antes de conocer los resultados de las pruebas viajé a Iquique. Había tomado un pasaje fiscal, que me dieron por venir a Santiago, en un buque que salía un viernes en la tarde. El día jueves se me ocurrió pasar a confirmar la hora de salida de éste y cuál no sería mi sorpresa cuando me dijeron que el buque salía ese día a las 17.00 horas, y eran las 12.30. Es decir, tenía cuatro horas para preparar las maletas, viajar a Valparaíso y embarcarme, lo cual era prácticamente imposible. Sin embargo, en un paradero cerca de la casa traté con un taxista para que me llevara a Valparaíso, lo que aceptó de inmediato a un valor razonable. Me despedí de mi mujer y de mis hijos y tomé el automóvil. Cuando llegábamos en el vehículo al puerto eran las 18.30 horas. Desde lo alto de los cerros vi con estupor, rabia e impotencia que el barco iba saliendo del puerto en dirección al norte.

Rápidamente pensé en recurrir a la base de Quintero para pedir ayuda, pero el conductor del vehículo que me había traído a Valparaíso se negó, pues tenía que entregar el auto a las 21 horas y, si no lo hacía, perdía su trabajo.

Ante esta situación recurrí a mi cuñado Ignacio, quien con excelente voluntad aceptó llevarme a Quintero. No voy a narrar la odisea para llegar a ese balneario, pues el auto sufrió desde pinchadura de neumático hasta ruptura de radiador. Por suerte pasó una camioneta, a cuyo conductor le pedí el favor de llevarme a la base. Era día viernes y tocó la suerte de que estaba como comandante un amigo de la Escuela Militar, el Mayor Yaniszewski, que me dijo que, aprovechando un avión de instrucción, me mandaría a dejar con el Teniente Tenorio.

Seguí, pues, mi persecución del buque. El problema era ahora alcanzar al buque y, en Coquimbo, embarcarme, siempre que no me hubieran ocupado el camarote. Por suerte todo salió bien y pude llegar a Iquique en la fecha dispuesta por la Superioridad y cumplir la orden como se había dado.

A los pocos días de haber llegado nos sorprendió la "Ley de Facultades Extraordinarias" de 1947. Tan importante decisión, desde la resolución de someterla al Congreso hasta su puesta en práctica, fue totalmente secreta. En mi memoria está muy fresca la sorpresa que les produjo a quienes se creían dueños de Chile lo que sucedió en la noche histórica del 23 de octubre, en que se decretó Zona de Emergencia. Poco antes de retirarme de la unidad, para ir a mi casa, fui llamado por el Comandante del Regimiento. Eran cerca de las 21 horas. Me dirigí a su oficina, donde estaban reunidos los jefes y capitanes del regimiento. Se nos preguntó el estado operacional de las compañías y luego, en forma muy breve, el Comandante nos dio la orden de alistar estas unidades para una emergencia muy grave, pero que no especificó en ese momento, ni nosotros la preguntamos, de acuerdo con nuestra formación disciplinaria.

Hoy, cuando han pasado tantos años de aquel acontecimiento, puedo apreciar con la rapidez que cambió el rumbo que llevaba la República. Fue una noche que actualmente la ciudadanía debería recordar como fecha significativa para Chile.

Cerca de las tres de la mañana quedaron organizadas las columnas motorizadas con la totalidad del personal combatiente. Una de las restricciones que debíamos observar era, en lo posible, no llevar personal cuyos familiares vivieran en las oficinas salitreras. Lamentablemente en mi unidad fundamental la mayoría provenía de esos lugares. Se informó que las columnas estaban listas y de inmediato se nos ordenó salir a diferentes lugares de la pampa. Poco antes de partir (cerca de las 3.30 horas), los capitanes recibimos la misión de dirigirnos a determinados puntos, detener a los agitadores comunistas y luego trasladarlos a Pisagua.

PISAGUA

Mi unidad de infantería recibió la orden de dirigirse a la oficina Humberstone y detener a numerosos comunistas que nosotros bien conocíamos y cuya lista se había preparado en Investigaciones. Yo recordaba cómo en numerosas ocasiones muchos de estos individuos habían demostrado su prepotencia ante el Ejército. La operación fue muy rápida y la gente detenida completó pronto los camiones militares, siendo necesario dejar a los menos agresivos en el cuartel de Carabineros. Se inició entonces el traslado de los detenidos en esa oficina hacia el puerto de Pisagua. Recuerdo que esos mismos agitadores prepotentes, violentos y groseros, que se dedicaban a sembrar el odio entre los chilenos, en esos

instantes eran otros, pues no decían palabra, estaban asustadísimos y a algunos hubo que calmarlos.

Tan pronto salimos de la oficina Humberstone, nos dirigimos al norte, pasando por Huara, Negreiros y Zapiga. Mientras estábamos en marcha se produjo un silencio que sólo se interrumpió a la llegada al puerto de Pisagua, lo que sucedió con las primeras luces del día.

Con nuestra llegada se inició una intensa actividad. El pueblo era especialísimo. Semejaba un estudio cinematográfico, porque los frontis de las casas parecían como si tras ellos hubiera una construcción completa. Pero al observarlos por detrás, dichos frontis estaban afirmados por pies derechos; todo lo demás había sido demolido y trasladado a otros lugares.

Como todo se había desarrollado muy rápidamente, el lugar no estaba preparado para recibir a más de 500 personas. Fue necesario entonces instalar un campamento para relegados y luego estudiar cómo darles el apoyo logístico para que vivieran allí.

Durante tres días se trabajó intensamente en preparar las habitaciones donde se ubicaría a los relegados. Después de ello regresé a Iquique. En el campamento de Pisagua quedó prestando servicio de seguridad personal del regimiento de artillería de guarnición en Iquique.

En enero de 1948 recibí el nombramiento como Jefe de Fuerzas Militares en Pisagua. Llegué allí a principios de enero, con 60 hombres de mi compañía y dos oficiales. En esa oportunidad venía al mando de las tropas de mi unidad para relevar a las que allí se encontraban y asumir la responsabilidad de darle seguridad y control al puerto. La misión me había producido cierto sinsabor, porque yo estaba aceptado por la Academia de Guerra y listo para viajar a Santiago a reunirme con mi esposa, que esperaba nuestro tercer hijo.

Ubiqué a mis fuerzas militares en el antiguo Hospital de Pisagua, reacondicionado como cuartel y enfermería.

El puerto presentaba una fisonomía diferente de la que había conocido cuando se trasladó a los relegados. Me encontré con barracas, comedores, cocina y baños. Además muchos relegados habían arreglado las casas y vivían allí con la esposa, si ésta había aceptado acompañarlos. Sin embargo, había algunos que trataban de causar problemas. Las mayores dificultades provinieron de las mujeres comunistas, que provocaban incidentes con el objeto de alterar el orden que debía existir allí para la buena convivencia. La mayoría de ellas eran mujeres de cierta edad, muy violentas y exageradamente vehementes.

Después de instalar al personal militar, bajé al pueblo a conocer a los relegados. Entre las personas allí trasladadas me encontré con numerosos personajes de Iquique y de Calama, a los que en más de alguna oportunidad había tenido ocasión de tratar. Varios de ellos habían alcanzado figuración gracias al gobierno. Entre los relegados encontré al ex alcalde de Calama, Ernesto Meza Jeria, comunista de largos años, activista permanente. Debo recordar que fue él quien me atendió en Calama una noche que llegamos y no teníamos dónde comer. Al averiguar cómo se portaba supe que era un ciudadano muy atento y daba solución a cualquier problema que se planteara a la jefatura militar.

Al encontrarme con él en una situación tan nueva y diferente, lo saludé y le ofrecí algunas comodidades para su vida diaria dentro de los escasos medios que existían en esos momentos en el puerto, lo que aceptó gustoso y quedó permanentemente como comensal del casino de oficiales, con la condición de no hablar de política, pues con ello perdería las facilidades que se le daban.

También estaba el ex Intendente de Tarapacá, Angel Veas, personaje de gran facilidad de expresión y que siempre manifestó, durante el período del gobierno con participación comunista, especial deferencia con el cuerpo de oficiales de Iquique y con el personal de planta del Regimiento "Carampangue". Debo decir que esta unidad jamás tuvo déficit de subsistencia; por el contrario, recibió una cuota especial de harina y aceite, víveres y vituallas. Todo problema en artículos de alimentos que se presentaba a algún miembro de la unidad era solucionado de inmediato y muchas veces hasta con creces.

Uno de los hechos que más nos impresionaron ocurrió cuando a los pocos días de la acción contra los comunistas se encontraron algunas bodegas, controladas por la Intendencia, atestadas con cajas de conservas, tarros de aceite, harina, fideos y mil artículos más. Esta misma situación la vería después, durante el Gobierno de la Unidad Popular. Evidentemente, el "cuoteo" de abastecimiento es un medio que permite fácilmente someter al hombre, y constituye un principio básico de las tácticas comunistas, que en el curso de los años he podido comprobar.

También encontré en esa ronda a otro de los personajes que había conocido en el puerto de Iquique, el sastre Pinto, cuyo local estaba frente a la plaza Prat. Era un hombre agradable, atento y servicial. En 1946 ya había escuchado muchos comentarios sobre él, como el hecho de que a mediados de 1945 había desaparecido de la ciudad por espacio de un año sin que nadie supiera de él. Se comentaba que durante ese período habría estado realizando un curso de instrucción de guerrillas y perfeccionamiento en doctrinas comunistas en algún lugar de la República Argentina.

Como siempre ha sido mi costumbre, desde el primer día fui anotando en una pequeña libreta los sucesos que más me llamaban la atención. Hoy encuentro algunos de ellos dignos de narrarse. Entre mis notas aparece uno de los primeros problemas que debí afrontar con las señoras comunistas. Ello ocurrió al tercer día de mi estada en Pisagua y, según pienso hoy, se trató de una prueba para medir mis reacciones. Para ello rechazaron y volcaron los platos con toda la comida en el piso de los comedores. Según sostuvieron, esos alimentos estaban mal preparados. Como un antecedente aclaratorio debo decir que todos, sin excepción, teníamos la misma alimentación, que se elaboraba en una cocina común. Nadie había tenido jamás una expresión de desagrado al respecto. Ante esta actitud, las reuní y les advertí que no se variaría el menú durante toda la semana y que si no comían era problema de ellas.

Dos días más tarde nadie rechazó el almuerzo, y las señoras optaron por aceptar la comida que se les ofrecía.

Otro hecho, que pudo tener consecuencias fatales, ocurrió durante una ronda a la hora de almuerzo. Me encontraba cumpliendo este servicio por los comedores de los relegados cuando, en forma sorpresiva y como si un ser invisible lo hubiera ordenado, la gente botó la comida y luego comenzó a golpear el plato de metal hasta producir un ruido infernal, lo cual me obligó a ordenar "Alto" y llamar duramente la atención a los relegados. Creí que había pasado el incidente, y me dirigí a la cocina. Me encontraba allí probando la calidad del rancho para cerciorarme si era justificado o no aquel rechazo, cuando observé que un grupo de los que se habían amotinado me rodearon sigilosamente hasta un punto en que quedaba imposibilitado para hacer cualquier movimiento que me permitiera salir. Se complicaba aún más mi situación porque la tropa que podía ayudarme estaba a más de 200 metros y, por su ubicación, no existía ningún enlace visual debido a que había una pequeña hondonada en el terreno.

Defenderme en forma violenta significaría ser arrollado por la multitud, que luego se ensañaría en contra mía, aunque después la tropa los repeliera con máxima violencia; si optaba por sacar el arma de servicio apuraba los acontecimientos y daba motivos para la acción que los amotinados al parecer querían realizar. En mi mente vi como una posibilidad la de saltar sobre la cocina y llamar a la tropa, pero estaba tan rodeado que todo ello era muy difícil o, más aún, imposible. El cerco que se había creado a mi alrededor era, momento a momento, más estrecho. Pero de pronto el ex Intendente de Tarapacá, Angel Veas, salvó la situación que había visto venir y, actuando en forma rápida, increpó a la multitud con palabras bastante duras y les ordenó que se fueran a ocupar sus respectivos puestos en el comedor. Esas palabras de reproche lograron contener a estos individuos que, al parecer, estaban dispuestos a todo. Luego Veas los arengó exigiéndoles que siguieron almorzando y depusieran su actitud. Debo expresar que todos, sin excepción, obedecieron, y no hubo ni una frase contraria ni un reclamo a lo que había dispuesto el ex Intendente.

De su actuación se puede desprender la gran influencia de los líderes comunistas sobre los miembros de menor jerarquía en el partido, y la existencia, entre ellos, de una disciplina casi militar.

Después de este episodio, la vida en el puerto de Pisagua transcurrió casi sin incidentes y cada día se hizo más monótona.

No tuve nuevos problemas de la índole de los ya referidos. Sin embargo, bajo esta apariencia de tranquilidad se desarrollaba una intensa actividad de instrucción comunista. En varias oportunidades sorprendí a los líderes comunistas desarrollando verdaderas cátedras de marxismo, pero lo negaban, sosteniendo que enseñaban a sus camaradas a escribir a sus parientes, pues los individuos de menor jerarquía colocaban en las mesas papel de carta y simulaban escribir a sus familiares, en circunstancias que analizaban materias destinadas a prepararlos como futuros agitadores en las actividades laborales.

En cierta oportunidad di cuenta de esta anomalía a mis superiores; señalé que el campamento de Pisagua se estaba transformando en una verdadera universidad marxista-leninista, que preparaba a personas que posteriormente actuarían como agitadores. Con ese adoctrinamiento y una intensa dedicación iban a quedar en óptimas condiciones para futuras acciones en los centros laborales. Algún tiempo después llegó la orden del Comando en Jefe de la División de requisar toda la literatura marxista que se encontrara en poder de los relegados, y efectuar un severo control para evitar que continuara esa academia. Se cumplió lo dispuesto, y en la revista que se pasó se encontraron numerosos libros impresos en Rusia y documentos de enseñanzas que fueron requisados y enviados a Iquique; pero el control para evitar que continuaran esas enseñanzas era prácticamente imposible, pues los comunistas cambiaban muy ágilmente los lugares de reunión, reducían los grupos, simulaban juegos y recurrían a mil otras artimañas para eludir el control o burlar cualquiera medida.

Otro suceso que encuentro en mis anotaciones, y que recuerdo por las repercusiones que pudo tener en el futuro, fue la llegada de un grupo de congresales a visitar a los relegados. Estos señores, sin previo aviso, aparecieron en el retén de Alto Hospicio, donde fueron detenidos por los Carabineros. En ese lugar, que queda exactamente poco antes de tomar el camino de bajada hacia el puerto de Pisagua, se suscitó una seria discusión entre el personal policial y los señores congresales, entre los que venía el señor Salvador Allende, que esgrimían como argumento su propósito de "venir a conocer el estado de los presos". En esos momentos yo era el oficial más antiguo, por lo que se llamó desde el Alto a mi

puesto de mando. Les hice contestar que no había permiso de la autoridad de Iquique para pasar. Como insistieron en que pasarían, aun sin permiso, les hice informar que, si hacían tal cosa, se atuvieran a las consecuencias.

Nunca Allende aludió a este hecho. Tal vez lo atribuía al otro General Pinochet, más conocido en los medios políticos por los sucesos de El Salvador.

La vida en un lugar como Pisagua era monótona, y uno debía crearse actividades sin descuidar su misión de seguridad. El día transcurría con lentitud y las ocasiones de mayor esparcimiento se producían durante las horas del almuerzo y de comida. En esas oportunidades solía invitar al casino de oficiales, que era una vieja casa de madera habilitada para tal efecto, fuera del señor Meza Jeria, a los señores Angel Veas y al sastre Pinto. Igual que a Meza les puse como única condición la orden de no hablar de política en la mesa. Sin embargo, en muchas ocasiones me vi obligado a pedirles que cambiaran de conversación, pues no perdían oportunidades para hacer saber su posición ideológica. Pese a ello, en forma velada, solían plantear temas de cultura general, pero siempre apuntando sibilinamente en dirección al marxismo.

El 14 de febrero regresé a la Guarnición de Iquique y posteriormente viajé a Santiago. Mi esposa estaba por ser madre de nuestro tercer hijo, que fue una hermosa niña.

Esos días los dediqué a prepararme para ingresar a la Academia de Guerra, donde resulté ser el oficial menos antiguo del curso.

La ceremonia de iniciación del curso regular de Estado Mayor 1948/50 tuvo la solemnidad que corresponde y el Director General don Vicente Martínez dijo palabras que nos hicieron meditar en los deberes y responsabilidades que adquiere el oficial al tener este título.

Las clases se iniciaron con gran intensidad y cada cierto tiempo teníamos pruebas de coeficiente 2 que se llamaban "relámpagos". No conozco el origen de esa denominación, pero creo que es por la luz rápida y el ruido posterior que se produce, que se parece a cuando dispara una batería de artillería.

A los pocos días de instalados, un domingo después del almuerzo acompañamos mi esposa y yo a mi suegro con la familia a las carreras de caballos en el Sporting Club. A la salida se encontró mi suegro con el Presidente Gabriel González Videla, de quien era amigo y a quien nos presentó. Luego de una conversación sobre las carreras, el Presidente me preguntó de dónde venía. Al contestarle que desde Iquique y que había llegado hacía poco por haber estado a cargo de la tropa que vigilaba a los "comunistas" relegados a este lugar, el Presidente le hizo repetir mi nombre y posteriormente todos nos despedimos.

A LA ZONA DEL CARBON

Cuatro días más tarde, un jueves en la mañana, fui llamado por el Director de la Academia. Al recibir estos llamados de un superior uno se hace instantáneamente un examen de conciencia. En aquella oportunidad no encontré motivo de preocupación, de modo que me presenté tranquilamente a escuchar lo que el Director tenía que decirme. En forma muy breve me transmitió una orden de la Superioridad Militar que me destinaba a una misión en las minas de carbón de Schwager dependiendo del Regimiento de Infantería N° 9 "Chillán". Dicha disposición había tenido en cuenta que era el oficial menos antiguo del primer año, y en consecuencia de la Academia, y que bien podía retrasar un año mis estudios. Entretanto debía desempeñar el cargo de delegado del Jefe de la Zona de Emergencia en la Compañía Carbonífera de Schwager. Se me aclaró que se conserva-

ba la vacante para regresar el año próximo al mismo curso. Como soldado sólo cabía acatar la orden, y naturalmente me dispuse de inmediato a cumplir la misión.

La orden provocó problemas en mi hogar. Mi mujer aún no se recuperaba del nacimiento de su último hijo, y tampoco estaban terminados los arreglos para acomodarnos en nuestra casa, donde pensábamos vivir por lo menos tres años, que es el periodo de estudio de los alumnos. Mi mujer, que me ha dado siempre su cariño y comprensión con extraordinaria fe, con una tranquilidad tan suya y espontánea, por primera vez vi que sufría con el traslado. Pero me expresó que siempre las cosas son para mejor; y aunque hubiera tristeza en su corazón, aceptó lo que nos imponía el destino, sin pronunciar la menor queja, sólo se limitó a preguntar cuándo era la partida, porque nuestra hija menor tenía en ese momento 23 días y era necesario hacer algunas adquisiciones indispensables.

Posteriormente viajamos en ferrocarril a Chillán, donde nos esperaban algunos oficiales y nos tenían para ver dos o tres residenciales.

Como todo se había desarrollado tan rápido, cuando llegamos a Chillán aún no se había encontrado residencia donde instalarnos. Por lo tanto, mientras ubicábamos una casa arrendamos un segundo piso de una residencial en el centro de la ciudad.

En una oportunidad estaba con mis dos hijos mayores, que principiaron a correr y saltar dentro del dormitorio, y yo trataba de calmarlos tomándolos en brazos. Los niños gritaban y se reían, produciéndose una algarabía que obligó a mi esposa a llamarnos al orden deteniendo el bullicio por las molestias que se causaba al resto de los pensionistas que vivían en el primer piso.

Días después observé que las dueñas de la residencial me miraban con curiosidad. Averiguando supe que me miraban así por las respuestas que habían dado mis hijos cuando estas damas les habían preguntado la causa de los gritos de ese día y a los niños se les ocurrió responderles que la "mamá le estaba pegando al papá". Estas señoras insistieron en el porqué y los dos niños les contestaron que era costumbre que la mamá le pegara al papá.

Esta era la razón de la curiosidad de las damas, que comentaban cómo era posible que una señora tan delgada y fina le pegara a un medio hombrón.

Antes de ocho días, mi vida de alumno había cambiado por la de oficial de tropas. Rápidamente había preparado el viaje y, y como digo, me presenté en mi nuevo puesto en el regimiento de Chillán. Sin embargo, como al regimiento le faltaban oficiales, el Comandante me retuvo un tiempo antes de despacharme a mi destino. Pronto encontré una casa donde nos instalamos y nos fuimos de la residencial.

Como la hija menor presentaba una dolencia en sus ojos, mi mujer tuvo que volver a Santiago con los otros dos niños y la empleada; estuvo tres días en Santiago y luego se fue al Fundo Santa Ana de Queri, mientras yo hacía pintar la casa donde íbamos a vivir.

Estaba en esto cuando llegó la orden de trasladarme a Coronel. Sólo tuve tiempo de enviar un telegrama y una carta a Santa Ana de Queri y yo me trasladé a las minas, donde asumí el cargo de delegado del jefe de la zona en estado de emergencia en la ciudad de Coronel. A todo esto mis cartas y telegramas no tenían respuesta. Mientras tanto sin noticias mías, mi esposa resolvió volver a Chillán y puso un telegrama dirigido a mí que tampoco llegó a mis manos, sino mucho después. La sorpresa de ella fue grande. Luego se aclaró el asunto: en el correo de Santa Ana de Queri había muchos telegramas y cartas que se las había guardado la encargada del correo.

En Concepción recibí instrucciones del General Comandante en Jefe de la III División, en las que me señaló mis obligaciones y deberes como su representante en las minas de Schwager. En mis notas encuentro que quien me entregó el puesto fue el Mayor Juan Solari, y fue él quien me orientó en las numerosas actividades que debía desarrollar en cumplimiento de un cargo que desempeñaría por primera vez en mi carrera militar.

Al comenzar mis actividades visité al Sindicato de los Trabajadores del Carbón en Coronel, que en esos momentos se encontraba en receso. En las oficinas del sindicato sólo estaban presentes sus jefes, con quienes conversé largamente. Durante esa reunión advertí que estos hombres hablaban el mismo lenguaje que había escuchado a los relegados de Pisagua; es decir, que allí también el marxismo-leninismo se expresaba vigorosamente como ideología.

Visité también al Gobernador de Coronel, que era el General retirado de la Fuerza Aérea señor Puga, hermano del General Miguel Puga, que había sido mi Comandante en el Regimiento "Chacabuco". Con el Gobernador mantuve excelentes relaciones.

El cuadro que más me afectó fue el estado de las poblaciones de los mineros, sus lugares de descanso y la forma como vivían. Era tal el estado de abandono, desidia y miseria en que se encontraban estos trabajadores chilenos, que producía irritación y amargura. Era el caldo de cultivo para los comunistas de la zona.

Así lo comprobé con el correr del tiempo. Ese abandono es fomentado por los propios marxistas, a fin de aprovechar la condición de miseria resultante para acentuar en ese grupo humano una conciencia de diferencia de clases que facilitara su explotación política por parte de ellos.

Estos hombres, golpeados por falta de recursos y abrumados por problemas de orden social, podían transformarse en un grupo donde germinaran las ideas comunistas, que en esos días se difundían ampliamente entre los trabajadores en esa zona minera.

La propaganda no descansaba un solo instante en su afán de sembrar odio entre esos rudos trabajadores y sus familiares.

Conviene recalcar el hecho comprobado de que los comunistas no trepidan, llegado el caso, en sacrificar si es necesario hasta sus propios militantes para imponer su doctrina. Lo pude comprobar con la propia directiva de los trabajadores del carbón, cuando los dirigentes fueron abatidos moral y físicamente para atemorizar a quienes pretendieran colaborar con el Gobierno. Cuando a los comunistas se les dejó fuera de toda participación en el Gobierno, los dirigentes del sindicato buscaron la forma de cooperar con las autoridades. Así lo hicieron desde un principio, estableciendo contacto con el delegado militar para solucionar problemas específicos y cotidianos, como contrataciones, permisos, reincorporaciones, etc. Esta colaboración con el jefe militar duró más o menos ocho meses. Pero una mañana se difundieron numerosos folletos y volantes donde a los cinco dirigentes se les hacía aparecer como homosexuales y depravados. Este proceder canallesco trajo como consecuencia que de los cinco directores sindicales, tres tuvieron que abandonar rápidamente la zona carbonífera y marcharse a otros lugares del país, desapareciendo prácticamente de la mina para no regresar nunca más. Cuando volví a hablar por última vez con los otros dos, observé que eran seres destruidos física y moralmente, hasta el extremo de que, en su desesperación, querían autoeliminarse.

Había existido también una coordinación perfecta entre el sindicato carbonífero de Lota y el de Coronel. Pese a ello, a fines de 1948 obtuve, gracias a

medidas tomadas oportunamente, que los mineros adoptaran decisiones con independencia, y así no se llevó a efecto la huelga proyectada para fin de año, que sin lugar a dudas habría creado serios problemas al Gobierno. Creo conveniente dar a conocer detalles de lo que sucedió en esa oportunidad para que se vea cómo aprovechan los comunistas la solidaridad de los trabajadores, contrariando aun los deseos de éstos.

Tres días antes de que votaran la huelga tuve conocimiento de ello, lo que me obligó, como delegado, a buscar la forma de evitarla. Según mis informaciones, la votación se efectuaría ese domingo en el Teatro del Sindicato.

Un día antes, esto es, el sábado, cité a un grupo de trabajadores que yo había logrado reincorporar a la empresa, cuando ésta los eliminó por fallar en dos días lunes seguidos.

Conversamos largamente y terminé pidiéndoles que fueran ellos quienes me ayudaran ahora en el problema en que yo me encontraba en esos días.

Estos trabajadores quisieron saldar la cuenta conmigo y actuaron con notable rectitud y honestidad.

Me preguntaron cómo debían proceder y mi respuesta fue muy simple: cuando el presidente del sindicato pidiera votar la huelga, ellos debían gritar, distribuidos en diferentes lugares de la sala del cine: "No queremos huelga", "No queremos huelga".

Ese día domingo debo confesar que no tenía mucha confianza en estos trabajadores. Sin embargo, su lealtad aún hoy me hace recordarlos con afecto. Antes que se iniciara la asamblea miré hacia el público y observé cómo estos hombres ya se habían colocado en las ubicaciones sugeridas, distantes entre sí.

Se inició la asamblea con una larga cuenta del presidente del sindicato, Enrique Pérez Valdés. Este, como estaba previsto, terminó pidiendo a la asamblea que votara la huelga por aclamación.

No bien había dicho estas palabras cuando en el teatro se escucharon voces destempladas de "No queremos huelga", primero de unos pocos, luego de todas las personas que estaban reunidas.

El presidente del sindicato y los otros dirigentes trataron de calmar los ánimos pidiendo silencio a gritos. Pero nada obtuvieron cuando quisieron contrarrestar las expresiones que se escuchaban desde todos los rincones del Teatro del Sindicato. Pérez Valdés, desesperado, pretendió dar por terminado el acto. Entonces me aproximé, le hice valer mi calidad de delegado del gobierno y le expresé que su actitud me obligaría a informar a la Intendencia de Concepción que en ese sindicato él había querido imponer la huelga; ante ello desistió y aceptó la negativa de los trabajadores. Al mediodía la huelga había fracasado en Schwager; y el coletazo de esta decisión afectó al Sindicato de Lota, al cual, si deseaba la huelga, ahora con lo sucedido en Schwager, se le presentaban dificultades para hacerla realidad.

Pese a lo anterior, el presidente del Sindicato de Lota viajó a Coronel para insistir en atraer a los mineros de Schwager a la huelga. Antes que iniciara su intervención en la plaza del Chollin, que quedaba en el centro de la población minera, se le advirtió que no se le iba a aceptar el menor intento de provocar un paro. Este individuo, viejo comunista de fila, me entendió perfectamente cuando le hablé con firmeza y en forma terminante.

Los días transcurrieron sin novedad, con excepción de los "martes", cuando se apostaban en la puerta de la oficina los grupos de trabajadores que por "falleros" habían quedado sin trabajo, pues el jefe de personal aplicaba la ley sin

contemplaciones. Había que ir a hablar con este señor para conseguir que fueran perdonados y reincorporados; casi siempre era por última vez.

En otras ocasiones me reunía con los dirigentes del Sindicato Carbonífero de Schwager y conversaba amigablemente con ellos. En estas reuniones investigué sobre los problemas que más los afectaban. Su postura era que el gobierno que había en Chile "era de gente adinerada" y, por lo tanto, cuando se trataban los problemas sindicales, siempre se les daría la razón a los capitalistas y no a los trabajadores. De ello era fácil desprender el sentimiento de odio que se les había arraigado en el corazón y en sus mentes y cómo alimentaban ese rencor contra los que poseían más, odio que, por lo demás, era avivado desde fuera por "los camaradas" que estaban interesados en mantenerlo y aún aumentarlo.

Cuando se enfrentan a situaciones como las que se vivían en esos días, los comunistas se esmeran por realizar diversas actividades que hacen que el militante se sienta respaldado. Y así sucedía. Si por alguna razón no se efectuaban actos en público esa labor la realizaban en forma subterránea.

Para ello establecieron una corriente permanente de panfletos, folletos, libros y publicaciones, destinados a adiestrar agitadores y a los futuros líderes comunistas, los que con seguridad "subirían a la superficie" una vez que pasara el período en que el partido se mantuviese fuera de la ley. En la conversación se mostraban muy seguros de que su posición en la clandestinidad no sería eterna, y que futuros gobiernos de democracia tradicional nuevamente les dejarían el campo libre para desarrollar su actividad corrosiva y de ruptura desde adentro.

Casi todos los días encontrábamos más y más panfletos, literatura marxista que cubría las calles de la ciudad de Coronel pese al control que se ejercía; por el contrario, en lugar de disminuir y a pesar de todas las requisiciones, había nuevos hallazgos. En una oportunidad, buscando explosivos en un antiguo club político, encontramos un subterráneo bastante amplio, donde se ubicaban, en perfecto orden y encajonadas, las listas nominales de los comunistas de Lota y toneladas de libros. En su mayoría los nombres eran de trabajadores de las minas de carbón y modestos comerciantes de la zona que mantenían contacto entre sí. Además de esto encontramos dos impresoras y diversos materiales de imprenta (papel, tinta, etc.).

LOS CANASTOS DE DOÑA LUZMIRA

El caso más complicado que se me presentó, entre otros hechos menores en mi permanencia en Schwager, fue cuando durante unos diez días el pueblo de Coronel fue inundado repentinamente por panfletos, con muy duras críticas al gobierno, acompañadas de todo tipo de groserías a las autoridades. Las fuerzas de policía uniformada y civil se esmeraban en ubicar su origen, pero no encontraban a los autores de esta propaganda "negra". En más de una oportunidad Investigaciones y Carabineros bloquearon las entradas a Coronel desde Concepción y desde Lota, sin resultados, ya que, a pesar de estas medidas, la propaganda continuaba llegando y difundiéndose.

Después de estudiar cuáles serían las posibilidades que los marxistas utilizaban para ingresar a Coronel con dicha propaganda, llegamos a la conclusión de que la única forma viable era realizarlo por ferrocarril, empleando personas de presentación inocente y que deberían viajar con bultos grandes desde Concepción. Durante tres días se efectuó una discreta vigilancia sólo de observación a los pasajeros. A uno de los detectives le llamó la atención que una mujer de me-

diana edad diariamente utilizaba el tren que llegaba desde Concepción a las 11.30 horas, y que regresaba en las tardes en el de las 17.30. Esta persona portaba en cada viaje dos grandes canastos envueltos en sacos harineros. A su llegada a Coronel vendía algo de pan en la estación y después, solitaria, caminaba hacia el pueblo, donde realizaba su negocio. El día en que el inspector me dio esa información tuve una corazonada, y dispuse que a la llegada del convoy se esperara la salida de la estación de esta persona, la detuvieran y la trasladaran al Cuartel de Investigaciones, junto con los canastos. Tanto la detención como el viaje a la unidad policial constituyeron un escándalo mayúsculo. La mujer gritaba que no se la dejaba ganar el pan para sus hijos, que ella era honrada, etc. Pese a todo llegó al Cuartel de Investigaciones y procedimos a revisar sus pertenencias, donde encontramos, bajo la capa de pan, unos paquetes que contenían en total unos dos mil a tres mil pequeños panfletos. Habíamos encontrado la clave y era interesante saber ahora con quién se contactaba en la ciudad para repartir la propaganda. Esta señora se llamaba Luzmira y parecía muy decente.

Cuando fue interrogada sobre las personas que conocía en Coronel, su respuesta fue totalmente negativa. No conocía a nadie, agregando que jamás había tenido contacto con persona alguna, ya que el negocio del pan era sólo por algunas horas y que, en cuanto a los paquetes encontrados, señaló que los trasladó por un favor que le pidió un sujeto de nombre Luis, al que muy poco conocía, pero en Coronel se lo retirarían personas que a ella sí la conocían.

Estábamos en este interrogatorio cuando en forma sorpresiva le pedí que se sacara la argolla de su mano izquierda, hecho al que se negó rotundamente; sólo ante mi firme insistencia la entregó. Miré dentro de ella para ver cuál era la inscripción. Allí encontré que el nombre grabado era nada menos que el del secretario del Sindicato de Trabajadores de la Compañía Carbonífera de Schwager, un individuo de apellido Cid.

Rápidamente nos trasladamos al edificio del sindicato, donde detuvimos al señor Cid, quien a su vez dijo no conocer a la señora Luzmira ni de referencia. Entonces opté por emplear el mismo sistema practicado con la mujer, y le retiré la argolla. Dentro de ella aparecía el nombre de la mujer que habíamos detenido; y que era su esposa. Ya no había salida alguna; pero pese a ello, siguió mintiendo. Ambos se desconocían mutuamente.

Con la detención de estas dos personas bajó la intensidad de la propaganda panfletaria en Coronel, aunque continuó circulando en menor escala.

El período que viví en Schwager, cerca de un año, transcurrió velozmente y en los primeros días de febrero se ordenó mi regreso a Santiago con el fin de ingresar por segunda vez al primer año del curso regular de Estado Mayor de la Academia de Guerra.

Antes de regresar a la guarnición de Chillán me presenté en el cuartel general de la División, donde mi trabajo fue reconocido por el Comandante de División, General Vásquez, el que por mi comportamiento y desempeño en las minas de Schwager remitió un informe al regimiento.

Posteriormente viajé a Chillán y me presenté al Comandante del Regimiento, Teniente Coronel Figueroa, para quien guardo especial afecto por la forma como se preocupó de mi familia durante mi ausencia.

ESTRATEGIA, TACTICA Y... MARXISMO

El año en Schwager me dejó numerosas preocupaciones que quedaron arraigadas en mi espíritu y en mi mente; concebí una enorme inquietud por de-

ducir hacia dónde nos llevaría el movimiento comunista, que, pese a estar fuera de la ley en Chile, tenía raíces profundas. Pensaba cuán grave sería su regreso como partido político si más adelante fuera restablecido por algún gobierno, ya que si ahora, con todas las dificultades, podía captar adherentes en la clandestinidad, aunque en número menor, luego podría hacerlo con mayor éxito.

Esta preocupación por el peligro marxista que tenía en mi mente fue desplazada por las actividades y estudios como alumno de la Academia de Guerra. El tiempo que quedaba libre era muy reducido para meditar sobre otras materias que no fueran las castrenses.

En los tres años de la Academia de Guerra avanzamos en materias de historia, estrategia, táctica, operaciones y geografía y otras. Tanto la primera como la última que he nombrado eran las que me tomaban más tiempo. Ahora estudiábamos la Segunda Guerra Mundial con antecedentes más claros y también las acciones que se desarrollaban en la Guerra de Corea.

Al término de cada uno de los tres años, viajamos a diferentes lugares de Chile. Fuimos al interior de Curicó y de Pucón. El último de esos viajes lo realizamos a la zona austral, a Punta Arenas y a Coihaique. Allí pude constatar el aislamiento que se vivía en esas regiones.

Al término del tercer año se nos nominó como Oficiales de Estado Mayor y llegó la proposición para el profesorado.

Dos días más tarde de mi egreso de la Academia, fui llamado a la Dirección de la Escuela Militar. Su Director era el Coronel don Oscar Sagués Zúñiga, el mismo jefe que había tenido en la Escuela de Infantería. Después de conversar sobre diferentes materias, me señaló que me había llamado para ofrecerme el puesto de comandante de los sextos años. Le expresé mis agradecimientos y a fines del mes de enero me encontraba con los distintivos de Oficial de la Escuela Militar.

En la Escuela se me designó como profesor del curso militar, y pude continuar con mi curso de profesor auxiliar en la Academia de Guerra en la asignatura de Geografía Militar y Geopolítica. Además se me nombró Director de la Revista Cien Águilas, que era un órgano de difusión del Instituto.

Entre las actividades durante ese tiempo, en el mes de septiembre me tocó recibir una compañía de la Escuela Militar de Colombia, la que venía a cargo del Mayor Abraham Baron, con quien había hecho amistad en la Escuela de Infantería y que más tarde sería embajador de su país en Chile.

Durante ese año resurgieron mis inquietudes sobre el papel del marxismo en el mundo. Cuando expresaba mi preocupación al conversar estos temas con mis amigos de más confianza, generalmente se reían y respondían que "a Chile jamás llegará el comunismo", por lo que no había razón alguna para preocuparse.

La misma inquietud que se despertó en mi corazón, en 1948, por conocer la realidad del marxismo en Chile, sólo estuvo adormecida durante los años de estudio en la Academia de Guerra. Pero ahora, desempeñándome como oficial de la Escuela y sin la intensa presión del estudio académico, reaparecieron en mi mente las situaciones e interrogantes que me preocupaban desde hacía años.

Ese año 1952 realicé un trabajo intenso como comandante de una compañía de cadetes en la Escuela Militar, actividad que absorbía gran cantidad de mi tiempo, pero mis estudios sobre el marxismo los continuaba realizando.

Como Director de la Revista Cien Águilas tomé contacto con otras similares y aproveché para producir un intercambio de publicaciones cuyos artículos contenían sólo materias castrenses y mejoramos nuestras relaciones entre las Escuelas de América Latina.

En septiembre de 1952 se efectuaron las elecciones presidenciales en la que triunfó un independiente, el General Carlos Ibáñez. De acuerdo con la campaña preeleccionaria, todos pensamos que venía un ordenamiento político severo y hasta tal vez dictatorial. Pero no pasó más allá del retiro de numerosos Generales de Ejército y el país continuó en forma normal en lo referido a materias políticas.

Al día siguiente de salir elegido Presidente de la República el General Carlos Ibáñez, me dirigí a la Dirección de la Escuela para hablar con el Coronel Director don Luis Jerez, a quien le hice presente mis inquietudes sobre mi posible ascenso, el que me obligaría a buscar una nueva destinación, ya que en la Escuela no tenía vacante. El Coronel me miró, se sonrió e hizo que juntos miráramos el escalafón; luego nuevamente rió y me dijo: "Es usted, Capitán, muy optimista, pues hace el lugar 73 entre los Capitanes, por lo cual tiene por lo menos para dos años más, así que quédese tranquilo". "Mi Coronel", le respondí "pero si asciendo no tendré a dónde ir y ahora yo puedo pedirle que deseo ser destinado a Arica, como Oficial de Operaciones e Inteligencia de esa unidad; también ya he sido nominado como profesor de Geografía Militar y Geopolítica, con lo cual no hay razones para permanecer en Santiago". "Bueno", me respondió, "le doy el pase para su destinación a Arica, cuando llegue el Plan de Destinaciones".

El 2 de enero se cursó mi destinación a Arica; pero debí permanecer en la Escuela hasta cumplir con una comisión en el norte del país, que consistía en tomar exámenes de admisión a los aspirantes a la Escuela, lo que realicé en la primera semana de enero de 1953. En esa oportunidad, y como estaba por salir mi destinación en el Boletín Oficial, aproveché de buscar y arrendar una casa en la ciudad de Arica. Era una casa nueva, que estaría lista justamente cuando llegara en marzo con la familia. Pero además, antes de abandonar la Escuela, debía desempeñarme como Jefe de la Fuerza en Pumanque, con motivo de las elecciones de Senadores, Diputados y Regidores, el 1º de marzo de 1953.

De acuerdo a la ley debía encontrarme 48 horas antes en Pumanque. Creí que podía llevar a mi hijo Augusto, que tenía 7 años de edad, a ese lugar. Todo anduvo bien. El alojamiento en el hotel, que era una antigua casona, fue muy grato. Además la dueña del establecimiento nos dio una excelente pieza a los dos. En la noche fuimos a un circo, y al día siguiente recorrimos el pueblo y visitamos la iglesia. En la tarde, después de almuerzo, mi hijo durmió la siesta y yo aproveché para ver a la tropa y tomar algunas medidas antes del acto eleccionario. Estaba en esto, cuando un señor muy agradable se acercó a mí y me dijo que no me preocupara por el orden del pueblo, porque el lugar era muy tranquilo y además ahí los únicos que votaban en contra del gobierno eran dos socialistas y un radical. Yo no le creí, pero así fue, como comprobé después de efectuarse los escrutinios.

Mientras me preocupaba por la tropa, mi hijo se despertó y salió a recorrer la quinta del hotel. En la muralla del fondo encontró un tunal y, sin prever las consecuencias, cogió algunas tunas, con las que se espinó las manos. Ante el susto de lo pasado, no encontró nada mejor que volver al dormitorio y limpiárselas con mi ropa blanca, que estaba en la maleta. Por suerte llegó la dueña del hotel, que al ver lo que había hecho, limpió la ropa y a él le sacó las espinas con aceite. De esto no supe nada hasta el día siguiente, cuando al ponerme la camiseta, sentí que me picaba toda la espalda. Ante mi reclamo a la señora del hotel, en el sentido de que podía haber bichos en la pieza, ella se encargó de aclararme la materia y el culpable, pero opté por no decir nada a mi hijo.

Durante esa semana iniciamos los preparativos para viajar a Arica en el "Viña del Mar", de la Ferronave. Cuatro días antes de partir, estaba almorzando en el Club Militar, cuando me encontré con un antiguo amigo, que era Jefe de la Dirección de Material de Guerra. En la conversación salió mi destinación al Regimiento de Infantería N° 4 "Rancagua" como jefe de Operaciones e Informaciones. Le expliqué mis planes de trabajo sobre reconocimiento que había recibido del Estado Mayor General, que eran bastantes y cada uno demoraba sobre quince días a lomo de mula. En cambio, tenía la posibilidad de acortar estos tiempos de reconocimientos cordilleranos si disponía de algún vehículo de apoyo, como lo era tener un jeep. Se sonrió y me dijo: "Si puedes llevártelo desde acá por tu cuenta, puedes desde ahora decir que cuentas con ese jeep. Mañana ven y te lo entrego en la maestranza". Así ocurrió, y me entregaron un vehículo hasta con su patente al día.

Viajé en él hasta Valparaíso, donde lo embarqué junto con mis pertenencias. En el buque nos dieron buenas acomodaciones. Para atender a los niños llevamos una empleada, llamada Lidia. En pasaje encontramos algunas personas conocidas que como funcionarios eran trasladados a Arica.

El viaje fue muy agradable durante los seis días. A la llegada nos esperaban los oficiales con sus esposas. Luego nos instalamos en la casa que había arrendado en el mes de enero y de inmediato me presenté en el regimiento al Teniente Coronel Murply, quien dispuso que asumiría mis funciones como Capitán comandante de un batallón en receso y, posteriormente, me recibí de mi puesto de oficial de "Operaciones e Inteligencia" de la unidad.

En lo profesional, inicié los trabajos de orientación de mis funciones, pero también me agregaron la Fiscalía Militar de Arica, que en esos años tenía poco trabajo.

Como el puerto de Arica tenía entonces muy poca energía eléctrica, nos vimos obligados a comprar lámparas Petromax, que cuando se encendían producían un sonido ensordecedor, pero alumbraban. Pronto mi esposa tenía la casa como ella acostumbraba, limpia y ordenada.

Con la iniciación de las funciones profesionales y la instalación en la casa habitación se iniciaba un nuevo período en mi vida militar, que creo fue uno de los más felices de la carrera y que jamás lo han olvidado mis tres hijos mayores y mi esposa.



Con Aspirantes del año 1937 al Curso Militar.



Regreso del Curso de Aspirantes en el año 1937.



Como Teniente al mando de la Sección Cadetes
en el Cuartel de Blanco Encalada.



Subteniente. Regimiento Chacabuco



Abanderado de la Escuela de
Infantería en el año 1940.



Con el Curso de Cadetes en el año 1943.

Escuela Militar

4ª Sección de la 2ª Compañía

19 42



Escuela Militar en el año 1942.



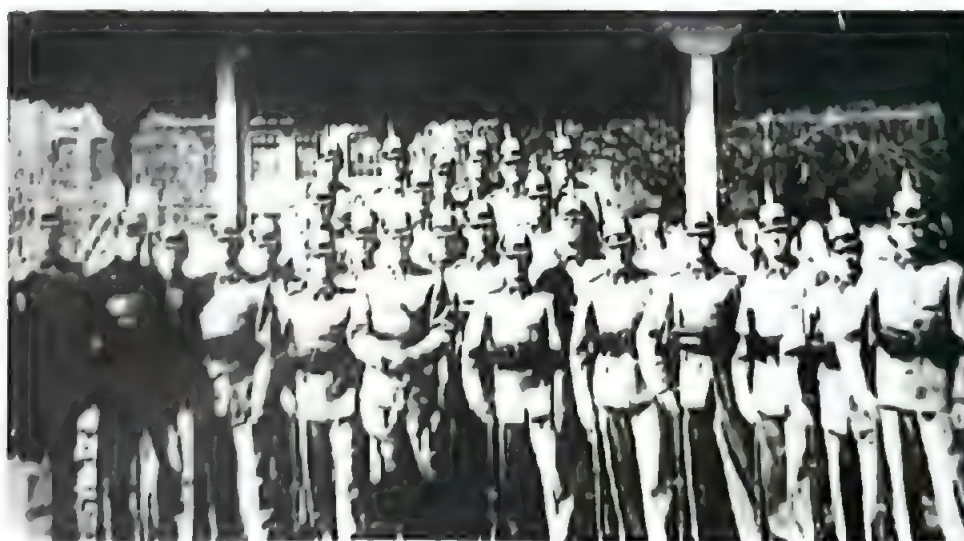
Abanderado de la Escuela Militar
en el año 1942.



30 de enero de 1943:
matrimonio con la señorita
Lucía Hiriart R.



Ayudante del Curso Militar
en el año 1944.



Con el Curso de Cadetes en el año 1943

1938 1944



ESCUELA MILITAR

JEFES y OFICIALES



ARNALDO JAMIN



ARNALDO JAMIN



MORA ARCE T



MEYER SABIDO T



ERIBOL VALDES M



PATRICIO PUEYRI M



MELIACQUE E



ARNALDO JAMIN



JUAN TORRES



LUIS SASS



CARLOS CHEVE



RAMON EDUAR C



CARLOS ANGEL GARCIA M



CANIAN FERNANDO LERATA C



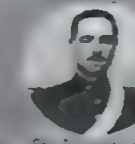
CARLOS MATOS U



ARNALDO JAMIN



ARNALDO JAMIN



CARLOS ARANCIA E



RAMON VON MADER E



ELDER JAMIN P



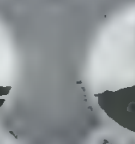
ARNALDO JAMIN U



JUAN COSTA E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



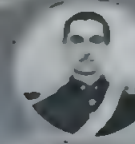
ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



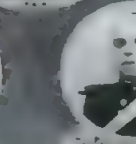
ARNALDO JAMIN E



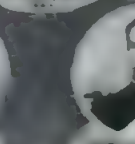
ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



ARNALDO JAMIN E



En la Academia de Guerra.



Como Capitán en la Escuela Militar
en el año 1952.



Como Comandante de la
Compañía en la Escuela
Militar en el año 1953.

TERCERA PARTE

PREPARACION

PARA

EL ALTO MANDO

CAPITULO I

JEFE DE OPERACIONES E INFORMACIONES

Una vez instalados en Arica, asumió como 2º Comandante el Teniente Coronel Luis Carvajal. Con él y su esposa nos unían lazos de amistad desde mi estancia en Chillán, en el periodo que servía en Schwager, y nos alegró bastante su llegada a la guarnición.

El vehículo que embarqué en Valparaíso, en el mismo barco que viajéamos, al desembarcar debió primero ser bajado a un lanchón y luego, al llegar a un muelle donde no atracaban los buques, fue izado por una grúa que lo depositó en tierra, lo cual significó la ruptura de un foco y la caída al mar del asiento derecho. El Comandante del regimiento lo entregó para el uso exclusivo del "Jefe de Operaciones", de acuerdo con las órdenes que habían llegado del Estado Mayor General. Por lo tanto, yo lo debía cuidar como si fuera de mi propiedad, lo cual me alegró bastante, pues no disponía de vehículo particular.

Estábamos recién instalados en nuestra casa cuando fuimos visitados por la mayoría de los oficiales casados del Regimiento, visitas que devolvimos conforme al protocolo que se practicaba en esos años. Además recibimos la visita de antiguos amigos que conocimos en Iquique y que ahora vivían en Arica.

Después de las presentaciones reglamentarias, el señor Comandante de la unidad, Coronel Murphy, me asignó el mando de un batallón que era integrado por la Compañía de Servicios y tres compañías del Cuerpo Militar del Trabajo. Además se me entregó la Fiscalía Militar de la Guarnición y la Sección II de "Operaciones e Informaciones".

Al asumir los puestos comencé a interiorizarme de las obligaciones y deberes que debería desempeñar. A la actividad que dediqué la mayor parte del tiempo fue la de "Operaciones e Informaciones", que era en realidad el cargo base a que había sido destinado, sin que por ello dejara a un lado las otras responsabilidades. Para informarme sobre Operaciones e Inteligencia debí leer numerosos trabajos que mis antecesores habían realizado; revisé los reglamentos, me interioricé de los archivos, oficios y documentos pendientes, hasta quedar después de dos semanas perfectamente orientado. Tuve sumo cuidado en ordenar el interesante archivo "secreto", que, por sus antecedentes, era muy importante. Después de conocerlo totalmente y lo referido a Inteligencia, actualicé los kardex, con los antecedentes entregados por el Estado Mayor General, inventarié las cartas topográficas de reconocimiento y otras materias afines a la función, estudié la planificación de la unidad y, junto con el Teniente Coronel Carvajal, presentamos una nueva planificación de las operaciones, la que posteriormente fue aprobada por el Estado Mayor General.

Como ayudante y dactilógrafo del departamento se me designó al Sargento 2° Rojas, un sobresaliente suboficial, digno de la mayor confianza, de gran lealtad, espíritu de sacrificio y muy conocedor de la zona.

Asimismo se me asignó como ordenanza montado al Soldado Llerena, para que se preocupara de los aseos. Como no disponía de caballar, el ordenanza cooperó en los arreglos de la oficina, la que quedó muy pronto en óptimas condiciones para ser ocupada por el personal del departamento. La casa que habíamos arrendado, mi esposa la acomodó en excelente forma. La empleada que habíamos llevado se ambientó pronto y fue una gran ayuda para el cuidado de los niños.

A fines de abril, en el Boletín Oficial N° 19, apareció mi ascenso a Mayor de Ejército, el que fue muy festejado por mis camaradas. Se celebró ese acontecimiento tan importante para mí con varias reuniones sociales. Asimismo en junio saldría la autorización para usar la estrella de oro "Diosa Minerva", que me fue entregada en una ceremonia solemne por el Comandante del regimiento. Era el premio a mi esfuerzo como profesor de Academia.

RECORRIENDO LA ZONA NORTE

Durante esas primeras semanas viajamos con la familia varias veces a Tacna. Allí la comida era más barata que en Arica. Aquellos viajes eran aprovechados también para comprar repuestos de lámparas para nuestro alumbrado, y además, los empleábamos para visitar a algunos amigos chilenos y peruanos que tenían negocios en esa ciudad.

En el tercer mes, de acuerdo a mi calendario, me correspondía reconocimiento. Para ello inicié la preparación del primer viaje al interior de Arica. Como disponíamos del jeep y según la carta topográfica no había ningún camino para ir desde Arica y poder llegar hasta la zona fronteriza, que era la zona de trabajo, optamos por embarcar el vehículo en ferrocarril, en un carro plano, y llevarlo hasta la estación de Coronel Alcérreca, donde se desembarcaría en la rampa existente allí. Desde ese lugar podíamos efectuar los recorridos que se desearan en el interior, por cuanto existen numerosos caminos y senderos de los antiguos caminos yareteros que utilizaban los camiones en estas faenas.

En un tren a Bolivia procedimos a embarcar el vehículo para iniciar el primer reconocimiento hacia el interior, cuya zona general era dirección Portezuelo de Putre - Parinacota - Chapiquiña.

Con el Suboficial Reyes, el mecánico Kruger y el conductor Flores nos instalamos en el coche dormitorio.

Después de un viaje no muy cómodo, por el ensordecedor ruido de la cremallera utilizada para subir las fuertes pendientes y el traqueteo de los carros por los rieles, llegamos a la Estación Coronel Alcérreca, donde, después de los movimientos del tren para colocarse en la rampa, desembarcamos el jeep y un pequeño acoplado con los elementos y equipos de campaña. Eran cerca de las seis de la mañana. Una vez listos procedimos a desayunar y preparamos para desplazarnos hacia el poblado de Putre.

El caserío de Coronel Alcérreca era muy modesto y estaba a cargo de un Subdelegado cuyo nombramiento era reciente. Fue muy atento con nosotros y nos dio toda clase de explicaciones sobre el camino por recorrer para llegar a Putre, nuestro primer lugar de descanso. Como a las 10 horas atravesamos la Quebrada de Allani y tomamos la dirección a Putre.

Aunque la altura no nos afectaba, las cosas se iban dificultando poco a poco, por cuanto no había un camino muy expedito para llegar al lugar donde pensábamos pernoctar.

El camino que recorríamos hacia Putre bordeaba el C° Taapaca con una altura de más de 5.000 metros, lo que nos secaba las fosas nasales y la garganta. Además la ruta era bastante angosta y difícil. En este cerro hicimos algunos reconocimientos de la zona y, posteriormente, continuamos hacia el poblado de Putre.

Llegamos a esta localidad al atardecer, hora en que comenzaba a hacer un frío bastante intenso. Para descender hasta el pueblo tomamos un camino peligroso. Cuando llegamos a la parte baja nos esperaba un Sargento 1° de Carabineros que nos ofreció la posibilidad de alojar en una dependencia que estaba desocupada. También nos ofreció algunos elementos para poder vivir esos días en terreno. El personal de Carabineros fue muy atento, y nos colaboró bastante en nuestra estada en el pueblo. Tomamos algunas medidas. Por ejemplo, al jeep hubo que extraerle el agua del radiador para evitar su ruptura, producto del hielo que se forma con las bajas temperaturas, y lo dejamos en una parte alta, pero abrigada, para poder moverlo en descenso al día siguiente.

Después de preparar nuestro aposentamiento, comimos de los alimentos que llevábamos y nos llegó la noche. Los carabineros nos ofrecieron de su comida e intercambiamos alimentos y alojamos en las dependencias que nos ofrecieron, las que eran bastante cómodas. A mí me dieron una pieza pequeña, donde instalé el catre de campaña y los elementos de aseo. Allí dormí. Esa noche hizo un frío intensísimo y, pese a tener una estufa con yaretas, no dejé de sentir el hielo penetrante de una temperatura que, según el termómetro, fuera de la pieza, marcaba 21 grados bajo cero.

Al día siguiente, cuando íbamos a partir, nos encontramos que el vehículo tenía todos los aceites congelados. Esto nos obligó a encender una fogata para calentar con fuego las tuberías, y enseguida sacarle las cuñas para aprovechar la pendiente, y en esta forma lograr hacerlo partir, lo que dio resultado. Después de subir de nuevo al camino del Taapaca, nos dirigimos al portezuelo de Putre y posteriormente hacia una instalación que tenía la "Empresa de Obras Públicas" en el portezuelo de Chapiquiña. Allí estaban los ingenieros y los trabajadores que construían el túnel del río Lauca, con el fin de aprovechar las aguas que había en la zona lanzándolas hacia la quebrada de Azapa. Después de conversar con las personas a cargo de la instalación, nos ofrecieron habitaciones y alojamos en el campamento de Obras Públicas.

Al día siguiente regresamos a la Estación de Alcérreca por quebrada de Allani y pasamos la noche allí, para partir, al día siguiente, hacia Arica.

Estábamos en esta estación cuando nos encontramos con el Subdelegado de Alcérreca, que provenía de Santiago, y quien nos manifestó que tenía un convenio con el Subdelegado de Pachia para otorgar el paso de vehículos por territorio peruano.

Inicialmente tuve mis dudas, pero me arriesgué y aceptamos el ofrecimiento, ya que tal autorización nos permitía ahorrarnos una gran cantidad de tiempo; el camino era más rápido y además nos permitía conocer la zona de la quebrada de Palca, que era una ruta muy interesante.

El Subdelegado nos extendió el permiso y en la tarde partimos en dirección al norte. El camino nos llevó a Villa Industrial, donde alojamos en una cabaña con techo de totora. Al día siguiente observamos la construcción del Canal de la Azucarera o Usuchuma, que estaba autorizada por el Tratado de 1929, el que recoge en su hoya algunos cursos de agua que vienen del Tacora y que desvían los cauces que sirven para engrosar las aguas del río Caplina y ampliar su zona de riego. Luego continuamos hacia el oeste y entramos a la quebrada de Palca.

Para entrar en el Perú no tuvimos ninguna dificultad, pues en efecto existía ese acuerdo, que fue respetado por las autoridades peruanas. Llegamos prácticamente

cerca de las 21 horas al poblado de Pachia, donde pasamos a comer a la Hostería de Don Agustín, al que yo conocía desde hacía mucho tiempo. Posteriormente continuamos viaje a Arica, donde llegamos cerca de la medianoche, con gran sorpresa para mi familia, que no me esperaba.

Al día siguiente di cuenta al Comandante del regimiento de lo realizado en todo el reconocimiento y más adelante le presenté el informe final que se enviaría al Estado Mayor General.

Aprovechamos esos días para viajar con mi esposa e hijos a los valles de Liza y Azapa, donde adquiríamos aves y verduras. Todos disfrutábamos del campo y de la unidad familiar que se fortificaba con la felicidad de todos.

Los días transcurrían con bastante actividad en mi trabajo. La familia pasaba una agradable vida doméstica en Arica y las horas y tareas se desarrollaban en armonía, pues los niños iban a su colegio de las Monjas Italianas, muy cerca de la casa, y en las tardes quedaban libres para hacer sus tareas o salir con nosotros.

Por otra parte, los amigos del Club de Leones insistieron en que me inscribiera allí. Don Carlos Koch me dijo que yo, como amigo de su hijo Ludwig, tenía que hacerlo, lo que acepté encantado. Pasé a pertenecer al club y luego fui nombrado director.

Los miembros del directorio nos reuníamos los martes a tomar una taza de té o un café y a conversar sobre cómo ir en ayuda de las personas de menores recursos de la zona de Arica. Además una vez al mes teníamos una comida "leonina" que en algunas ocasiones se efectuaba con esposa.

En una de estas fiestas, que organizó el club para recolectar fondos, yo había donado un pavo para la rifa. Al rifarse salió el número que yo tenía. Naturalmente no podía aceptarlo y lo hice rematar. El remate lo obtuvo con la más alta postura don Carlos Koch, quien se quedó con el pavo y, luego, nos convidó a una cena que se realizó en la semana siguiente. Esta cena fue muy agradable y se efectuó en la residencia de este noble caballero.

El día 5 de abril nos llegó un criptograma que señalaba que el Excmo. señor Presidente de la República, General don Carlos Ibáñez del Campo, llegaría a la ciudad el día 8 a las 12 horas, como penúltima etapa de su gira por la zona norte.

Recuerdo el homenaje que le brindó el alcalde don Edmundo Flores, quien lo declaró huésped de honor y le entregó las llaves de la ciudad.

En el casino de oficiales del regimiento se ofreció un almuerzo en honor del Presidente, con asistencia de todas las autoridades y cuerpo consular.

Al día siguiente el Presidente y su comitiva regresaron a Santiago, después de una reunión con las autoridades, en la cual manifestó su voluntad de apoyar a Arica. Allí escuché por primera vez lo de "Puerto libre", de labios del Ministro Rossetti, y que correspondía al Plan de Adelanto de Arica.

Como todos los años, el día 7 de junio se llevó a efecto una hermosa ceremonia para conmemorar las festividades del Asalto y Toma del Morro de Arica. En la noche anterior del 5 al 6 de junio se efectuó una marcha con antorchas. La columna con las teas atravesó la ciudad y se dirigió a la parte alta del Morro. El 7 de junio el pueblo, como acostumbraba, subió al Morro a conmemorar tan magna fecha. Era costumbre que los ferrocarriles colocaran un tren para alcanzar la planicie transportando a aquellas personas que deseaban utilizarlo.

Este tren subía la ladera con la locomotora colocada al final del convoy, y se desplazaba por los rieles del antiguo tren municionero que llegaba hasta la parte alta. Tenía su punto de partida en los depósitos de munición para las piezas de artillería emplazadas en lo alto del Peñón. Con el tratado con el Perú estas piezas se hacían desmontado.

No fue todo felicidad y alegría en esa oportunidad, ya que cuando me encontraba con la unidad militar en la planicie, vi subir el tren y al llegar a la parte alta salirse de la vía y luego volcarse. ¿Qué había sucedido? El maquinista, que empujaba con la locomotora desde atrás, no vio las señales de detención que se le hacían y, por consiguiente, continuó su marcha fuera de la vía, por terreno despejado, lo que causó el volcamiento, con el peligro de caer el convoy desde la parte alta del Morro hacia donde estaba la ciudad. Recordé que mi familia venía en ese tren, y corrí a ver si mi esposa y mis tres hijos estaban entre los accidentados, pero a Dios gracias venían en el penúltimo carro, el que no volcó. Respiré tranquilo. Hubo, eso sí, que lamentar la suerte de una persona, que resultó herida y poco después falleció.

Con el fin de economizar en el presupuesto familiar y, a la vez, pasear, optamos con mi mujer ir al interior del valle de Azapa todos los días miércoles, y los sábados y domingos trasladamos a Tacna. El viaje lo realizábamos en el vehículo junto con los niños, que ese día no tenían clases. El recorrido por el Valle de Azapa, en dirección hacia el interior, lo aprovechábamos para comprar frutas, verduras y otros artículos a precios muy convenientes. Entre ellos, solíamos comprar dos sacos de naranjas a un valor de cinco pesos, cuando una docena de ellas valía seis en la ciudad. En esta forma nos hicimos amigos con los dueños de una parcela de Alto Ramírez que solían ofrecernos té o café como muestra de amistad.

Los días domingo, después de misa, solíamos reunirnos con los oficiales y civiles a tomar el aperitivo y comer una empanada de horno en el Hotel Pacífico. En las tardes salíamos a las playas, especialmente a la de las Machas, donde nos entreteníamos sacando de la arena gran cantidad de estos moluscos.

Así pasó el tiempo y llegó el momento de hacer el segundo viaje al interior, en dirección a Guallatiri, de acuerdo con el plan de trabajo que me envió el Jefe de Operaciones de la VI División.

El viaje lo realizamos tal cual se efectuó el primero. Pero en éste aplicamos las experiencias de la vez anterior. Iniciamos el reconocimiento nuevamente embarcados en tren hasta llegar a Coronel Alcérreca, y luego de desembarcar el vehículo nos dirigimos con el conductor y el dactilógrafo hacia la zona de Parinacota, donde pernoctamos en Carabineros. Los pueblos del interior de Arica solamente son habitados en determinadas épocas del año. Por ello encontramos el poblado desierto y sólo con una dotación de tres carabineros, que nos prestaron toda clase de ayuda. El trabajo realizado fue muy interesante. Conocí la antiquísima iglesia, con su pequeño campanario, y también las parinas, que son unas garzas muy hermosas, que tienen un vistoso vuelo y que muestran plumas de color rojo bajo las alas.

Al día siguiente, pese al intenso frío, nos dirigimos en dirección sureste, por un camino bastante aceptable. En dos oportunidades se nos cruzaron manadas de vicuñas, cuya piel era muy cotizada. Cazamos algunas de ellas y se les sacó el cuero para mandarlo a curtir. No aprovechamos toda la carne, sólo los filetes, porque estos animales son de carne muy fibrosa.

Llegamos a Guallatiri en la tarde de ese día. En ese lugar pernoctamos y comimos en una cueva que encontramos en el sector. Al día siguiente nos dirigimos a Chapiquiña, atravesando el río Lauca por un vado. El jefe de las instalaciones mantenía excelentes relaciones conmigo, pues era casado con una amiga de mi esposa; ambas habían sido compañeras de curso en el Colegio de San Bernardo. Atendía el servicio a la mesa una aborigen llamada Victoria, que al término de las comidas volcaba el agua de las copas y las volvía a poner en su lugar. Nunca supe cómo lavaba la loza.

En este lugar aproveché para reunir una serie de antecedentes de la zona (ganado, habitantes, instalaciones, etc.), los que más tarde servirían para elaborar mis trabajos.

Nuevamente regresamos como lo habíamos hecho la vez anterior, y llegamos a Arica sin ningún problema.

A mi regreso tuve una sorpresa muy agradable, pues encontré a mi madre, que había llegado a Arica a estar con mi familia, evitando así los fríos meses de junio, julio y agosto de la Zona Central. Me produjo una gran alegría, ya que podría disfrutar de su presencia durante un tiempo. Le habilitamos un dormitorio muy cómodo. Como mi madre era inquieta, comenzó a salir por la ciudad y rápidamente se ambientó. Tanto fue así que a los pocos días conocía Arica mejor que nosotros. Recorrió sus mercados y sus tiendas e identificaba perfectamente a aquellos personajes que se dedicaban al contrabando. Rápidamente se encontró con amistades que había conocido cuando falleció mi padre, lo que le permitió independizarse de nosotros, ya que era invitada con frecuencia a tomar el té donde sus amigas o a salir por la ciudad, haciéndosele así muy feliz su estada en Arica.

En esos años Arica tenía unos 18.000 habitantes. Algunas personas se dedicaban al contrabando, especialmente en mercaderías que venían a bordo de buques extranjeros. Allí se compraban cigarrillos, whisky, jabones, esencias y otras cosas. Los ariqueños acostumbraban fumar cigarrillos norteamericanos, tomar buen whisky o coñac español.

Una tarde me llegó un documento con una notificación del Juez de Arica. En él me nombraba perito para investigar el accidente ferroviario ocurrido el día 7 de junio. Tomé entonces contacto con el magistrado, a quien le pedí los antecedentes e instrucciones del caso y procedí a efectuar el peritaje del accidente del 7 de junio de ese año de 1953.

La existencia en Arica continuó normalmente, ahora con la compañía de mi madre. Nosotros seguimos viajando los días miércoles al valle de Azapa. Otras veces invitaba a mi familia a Tacna. Allí comprábamos en alguna tienda, pasábamos a Pachia o bien íbamos a almorzar a algún restorán, por cuanto, como he dicho, la comida en Tacna era mucho más barata que en Arica y era muy agradable comer los excelentes pollos arvejados con papas fritas o "cuyes" asados con ensaladas.

En Tacna me encontré con un ex cadete que era casado con una chilena y atendía el negocio con su familia, con los cuales fuimos bastante amigos. También encontré a otro buen amigo, que conocía desde el año 1945 y que tenía un gran negocio, muy surtido, con muchas tentaciones, pero como siempre odié las deudas, le comprábamos cuando llevábamos dinero. Sin embargo, éste insistía en darme crédito, lo que nos permitía también comprar algunas cosas para la casa, como loza, cuchillería o cristalería, pagándole a medida que tenía dinero, lo cual era una comodidad. Jamás llegué a sobrepasarme en las adquisiciones; hacía una nueva compra sólo cuando el crédito estaba cancelado.

Asimismo, cuando viajábamos a Tacna aprovechábamos para comprar algunos víveres y volvíamos a Arica con el vehículo bastante provisionado con alimentos para la semana.

Días antes de salir a un tercer viaje al interior del Departamento, y durante el transcurso de la preparación del viaje, entró a mi oficina un oficial que vio mi pistola sobre el escritorio y, por broma, la tomó y comenzó a amenazarme. Yo le dije que tuviera cuidado, ya que las armas las cargaba el diablo y que en más de una oportunidad ésta se ha disparado involuntariamente, tal como había sucedido en el regimiento Carampangue, donde un oficial perdió la vida. Le indiqué también que había tenido un caso de un cadete que involuntariamente casi mató a otro al disparársele el fusil. Entonces era mejor que dejara la broma, porque podía matar a cualquiera de las personas que estaban en la oficina. El, por gracia, y sin hacer caso a lo que le decía, me contestó "lo voy a matar a usted", y me puso la pistola en la sien derecha.

Afortunadamente con un rápido movimiento rechacé el arma en el momento que salía el proyectil. El oficial, que era amigo mío, casi se desmayó por causa de la impresión, porque él había revisado el arma, y por poco me mata a consecuencia de su insensatez. Luego me pidió como favor especial que no diera cuenta ni le contara a nadie del hecho. Yo guardé la discreción solicitada.

A fines de julio todo estaba listo para salir al tercer viaje de reconocimiento en dirección al salar de Surire. Como siempre llegamos a Alcérreca, y al igual como en los otros viajes, pasamos la quebrada de Allani y llegamos en esa etapa a alojar a Putre en el cuartel de Carabineros.

Al día siguiente nos invitaron a un almuerzo por Santa Julia, en la casa de un ciudadano de Putre. El almuerzo estuvo bastante agradable. El dueño de casa nos ofreció algunas exquisiteces alcohólicas antes de sentarnos a la mesa. Allí la dueña de casa nos sirvió un succulento plato de no muy bella presentación, pero de muy grato sabor, al extremo que cuando nos propuso repetición, muchos aceptaron el gentil ofrecimiento y yo fui uno de ellos. Posteriormente, cuando estábamos sentados en una galería, la dueña de casa nos preguntó qué nos había parecido el plato de fondo, y todos lo alabamos; pero quedamos perplejos cuando nos declaró que era de "perro nuevo" y que esa carne era muy buena para los pulmones.

Alojamos en Putre y al día siguiente nos dirigimos al salar de Surire, al sureste del Departamento. Era bastante interesante recorrer el salar, porque en su parte sureste había una terma de agua caliente, donde se bañaba la gente que pasaba por allí. Después del baño había que abrigarse rápidamente para evitar una neumonía o un fuerte resfrío, pero las aguas eran muy buenas para los dolores musculares y para la piel. Todos nos bañamos en la terma y después del baño descansamos por lo menos un par de horas.

Tras el baño en las termas, nos instalamos en una pequeña cueva cerca de Chilcaya, donde alojamos y al día siguiente tomamos el camino a Alcérreca. Nuevamente regresamos, como las veces anteriores, con el permiso especial del Subdelegado, que en ese momento se encontraba con su señora, que era una dama muy agradable y que, pese a andar con abrigo de piel, estaba muerta de frío. Esta señora estaba desesperada, porque además de encontrarse en un lugar casi deshabitado, tenía muy poca actividad, aunque había tomado a su cargo un pequeño consultorio médico; pero hasta el momento que llevaba, cerca de un mes, había podido atender a sólo cuatro enfermos, y recibía las quejas de las personas del lugar, que la rechazaban por no ser de allí.

Nuestro viaje a Tacna tuvo por primera vez una dificultad de parte de un suboficial peruano, que me dijo: "Usted ha pasado muchas veces por aquí este año", a lo que respondí: "Sólo dos veces; ésta es la tercera". El insistió: "Pero estos permisos no son para esto, menos aún para pasar personas que son de Arica". "Bueno, así será", le respondí, "ahora, si usted quiere, me devuelvo". "No", me respondió, "pero cuando salga usted tiene que traer un permiso de salida de Arica, con el fin de que no tenga inconvenientes". Le di las gracias. Seguimos viaje y llegamos muy contentos a la zona de Arica, después de una semana de alejamiento.

En esa oportunidad le propuse al Comandante del regimiento la construcción de una cancha de aterrizaje en la zona de Chapiquiña, donde había encontrado un terreno bastante apto, a lo cual accedió, siempre que lo hiciera el Cuerpo Militar del Trabajo. Para su construcción solicitamos ayuda al Comandante de la base aérea de Los Cóndores, en Iquique, lo que fue aceptado y que permitió iniciar de inmediato los estudios preliminares, con sobrevuelos por la zona, combinados con viajes en vehículos desde Coronel Alcérreca hasta la entrada del Portezuelo de Chapiquiña. Se dieron las disposiciones al Cuerpo Militar del Trabajo y a mediados de agosto se iniciaron las obras previas a la construcción de la pista de aterrizaje.

A fines de julio nos invitaron a la fiesta en el Hotel Turismo de Tacna que se daba para celebrar el aniversario de la Policía del Perú. Fuimos de correcta etiqueta.

Días más tarde la unidad militar del Perú dio una nueva fiesta en el Hotel Turismo, donde reinó un gran compañerismo y recibimos pruebas del afecto del Coronel Doig, Comandante del Regimiento de Tacna, y de los demás oficiales con sus esposas.

En esos días de julio recibí, por oficio, una felicitación del Ministro de Defensa Nacional por la obra que había escrito y cuya publicación se difundía en el país. Era la "Síntesis Geográfica de Chile, Argentina, Bolivia y Perú" y se recomendaba adquirirla para las escuelas militares.

En el mes de agosto se iniciaron los trabajos en la zona de Chapiquiña para construir la pista de aterrizaje con el Cuerpo Militar del Trabajo. Para instalar la compañía solicité al Ingeniero Jefe unas bodegas de las instalaciones de Obras Públicas que habían quedado desocupadas, lo que fue aceptado, y procedí a dejar allí las herramientas de trabajo con todos los elementos de campaña que llevamos al sector. Los trabajos de la pista, de 1.200 metros, se iniciaron bajo el control de un oficial de la Fuerza Aérea, que fue el primero en aterrizar cuando estaba por terminarse.

Cuando llegó la unidad del Cuerpo Militar del Trabajo, que era la fuerza de una compañía, el personal encontró que la única mujer que existía en el lugar era la Victoria, aquella indígena que se veía desaseada y como he dicho, hacía la comida y nos servía en el comedor del grupo de ingenieros.

Inicialmente los soldados conscriptos rehusaban hablar con ella, pero al mes esta dama era la "reina" del campamento, con 150 personas que le rendían pleitesía. En las noches de luna, al son de una guitarra, le cantaban melodías de amor.

Posteriormente, el resto de los viajes realizados al interior se efectuaron por el ferrocarril de Arica a La Paz, ocupando la estación de Coronel Alcérreca como punto de término. En estos viajes fuimos a Visviri y a Villa Industrial.

EN BOLIVIA

Aprovechando la estadía de mi madre en Arica, le pedí que se quedara a cargo de la casa y de los niños para poder viajar a La Paz a visitar a mi hermana casada con Rafael Saavedra, hijo de don Bautista Saavedra. Mi mujer y yo viajamos en el ferrocarril de Arica a La Paz. Mi hermana nos recibió cariñosamente.

Estuvimos con mi esposa diez días en Bolivia. Conocimos La Paz y Cochabamba, esta última una ciudad de estilo antiguo y muy agradable por encontrarse sólo a 2.750 metros de altura. En general debo señalar que sólo tuvimos dificultades con la altura el primer día, cuando nos invitó a una recepción el Agregado Militar de Chile en Bolivia, Coronel Adrián Barrientos, de quien yo había sido su ayudante en la Escuela Militar. En esta oportunidad conocí a numerosas autoridades bolivianas no sólo de carácter castrense, sino también de gobierno.

En la ciudad de La Paz visitamos diferentes lugares, entre ellos el Colegio Militar, donde había salas que aún presentaban impactos de la revolución del año anterior, y que costó la vida a numerosos cadetes.

Un tío de mi cuñado, que era el Ministro de Educación, señor Iturrealde Chinel, supo que viajaba a Cochabamba y gentilmente me dio una carta de presentación para visitar la Escuela de Comando y Estado Mayor en la ciudad de Cochabamba, credencial que acepté y agradecí mucho, pues ello me permitía conocer uno de los Institutos Militares más modernos que posee Bolivia y, al mismo tiempo, alternar con los oficiales que se formaban en el instituto para el Alto Mando. Durante mi visita a la Escuela me fue posible conocer el edificio completo, ver la sala de juego de guerra y alternar con el Director y el Secretario de Estudios, los que eran oficiales de selección y de un gran profesionalismo.

En la tarde de ese día en Cochabamba fui al correo y, como hacía calor, al regreso pasé a beber un refresco en un establecimiento cercano a la plaza, donde el dueño me preguntó si era chileno. Al responderle afirmativamente, apareció su esposa por una puerta, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con una dama cuya familia vivía al lado de mi casa de calle General Carrera, en Valparaíso. Después de saludarnos e identificarnos como vecinos en ese puerto, muy contentos por este encuentro me narró que se había casado en Valparaíso y que ella y su esposo se habían venido a radicar a Cochabamba, donde habían instalado ese negocio, bastante próspero, que les permitía vivir holgadamente.

Después de conocer a sus hijos y servirme el refresco, este matrimonio nos invitó a mi esposa y a mí a comer a su casa, pero debimos rechazar la invitación por estar ya comprometidos con un funcionario del Consulado de Chile en Cochabamba y porque regresábamos a La Paz en la mañana del día siguiente.

El avión en que volvimos de Cochabamba a La Paz llevaba a un bandolero que había sido detenido por haber asesinado al jefe de policía de un pueblo del interior. El homicida nos miraba con odio, lo que preocupó especialmente a mi esposa. Cuando llegamos a La Paz los pilotos del avión nos obsequiaron, como una demostración de afecto, una cabeza con piel de tigre la que, a mi vez, regalé a mi hermana, por cuanto llevarla a Arica significaba portar un bulto difícil de transportar.

UN VUELO ACCIDENTADO

En Arica nuestros familiares estaban sin novedad. A mi madre todos los amigos la celebraban e invitaban a sus casas para hacerle grata su estada en la ciudad. Ella por su cordialidad había hecho muy buenas amistades con gente de la ciudad, las que le habían tomado un gran cariño.

En los primeros días de septiembre realicé el cuarto viaje al interior, recorriendo ahora especialmente la zona del Cerro Tacora, lo que me permitió conocer bien los pueblos de Villa Industrial y Visviri.

Después de las festividades de septiembre, mi madre debía regresar, y yo también tenía que viajar a Santiago, llamado por el Estado Mayor General, obteniendo para ello dos acomodaciones en un avión FACH que iría a Arica por viaje de servicio. Al día siguiente nos íbamos a presentar antes de las 9 A.M., pero un aviso de última hora comunicaba que la partida se adelantaba para las 7 de la mañana.

Todo se realizó como estaba previsto, y a esa hora nos embarcamos mi madre y yo en un avión Beechcraft de dos motores. Nosotros éramos los únicos pasajeros. La dotación la formaban los dos pilotos y el mecánico. Según nos informó el comandante de la nave, que era el Capitán Vega, a muchos no se les alcanzó a avisar este cambio de horario y otros habían cancelado sus pasajes al conocerlo. Salimos del aeropuerto de El Buitre y tomamos altura en dirección al sur. A los pocos minutos, mientras volábamos sobre el mar, sentí un fuerte golpe en uno de los costados del avión, y llamé al mecánico y le pregunté qué sucedía. La respuesta fue que con seguridad había pasado una gota de agua a la bencina, y ello producía ese ruido. Yo, ignorando esa materia, acepté la explicación del técnico.

Sin embargo, al poco rato de nuevo tuvimos otra explosión, y a continuación otras explosiones, las que se fueron haciendo más seguidas. Todo ello me llevó a pensar que la explicación no venía al caso y como en ese momento la cosa ya no era normal, se me ocurrió decirle al Comandante Vega que, por el hecho de estar a la cuadra de Iquique, yo creía que era mejor bajar y revisar la falla con el ingeniero Vera, de quien yo era un amigo y que tenía fama de ser un excelente profesional.

Como el comandante Vega estuvo de acuerdo, viramos en redondo y aterrizamos en Cavancha. El ingeniero Vera se presentó y se dedicó a revisar el avión y yo a conversar con mi madre, pues la notaba muy nerviosa. Pese a que la tranquilizamos expresándole que todo se debía a una falla de la radio, por lo cual no podíamos volar, pues había neblina en Santiago, ella, bastante suspicaz, me dijo: "¿Crees que tu madre es ignorante? Ese es otro desperfecto, pero quédate tranquilo, pues nada nos pasará si estás tú".

Cerca de tres horas llevábamos allí, cuando llegó un grupo de oficiales del regimiento Carampangue a saludarnos e invitarnos a almorzar, con los dos pilotos. El ingeniero Vera había dicho que con el desperfecto tendríamos por lo menos tres horas más en tierra.

Regresamos cerca de las 15 horas a Cavancha, cuando ya estaban terminando las reparaciones. El ingeniero Vera nos llamó a un lado a los pilotos, al mecánico y a mí, y nos dijo, mostrándonos un filtro que parecía un cartucho de caza achurrascado por compresión. "Con diez minutos más volando el avión se habría incendiado en el aire, pues este filtro está destruido por haber sido introducido de costado y atomillado con el destornillador eléctrico mecánico, por lo cual ya no pasaba la cantidad de gasolina necesaria, sino que era un chorro. A Dios gracias vinieron a la base; de otra forma habrían caído al mar". Por suerte mi madre no escuchó nada.

En Santiago me presenté al Jefe de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército, quien me entregó la orden de efectuar un reconocimiento a lomo de mula en dirección general: Arica - Tignamar - Orcotunco - Portezuelo de Japu. Envié por cripto las órdenes dadas, las que fueron aprobadas por el Comandante del regimiento, y dispuse también algunas órdenes preparatorias para que cuando regresara, en diez días más, todo estuviera listo para salir en la fecha ordenada. Cada reconocimiento significaba dar una larga conferencia a la oficialidad del regimiento. Por otra parte, había gran interés de los oficiales de acompañarme, lo cual me permitió efectuar una buena selección.

En Santiago, cumplí con todas las misiones que llevaba. Viajamos a Viña del Mar, donde dejé a mi madre en casa de mi hermana Teresa, y posteriormente visité a mis suegros. Regresé a Arica por la línea aérea Lan-Chile.

En Arica no encontré novedades.

El día 26 de noviembre, un día después de mi cumpleaños, iniciamos el reconocimiento desde Arica. Nos internamos por la quebrada de Garza, y en la noche llegamos a un caserío cercano a Tignamar, donde nos recibieron afectuosamente. La dueña de casa no quiso que durmiera en el suelo y me facilitó la única cama disponible, como una deferencia especial. Los oficiales alojaron en el piso de tierra de la pieza vecina. Al otro día, después de desayunar, continuamos al poblado de Tignamar, donde estuvimos el resto del día revisando el equipo y estudiando la zona en la carta. Esa noche alojamos allí, para aclimatar el ganado, que estaba un poco apunado.

Muy temprano reiniciamos la marcha, penetrando por el portezuelo de Orcotunco, donde el viento se encajonaba con gran fuerza, lo que dificultaba enormemente nuestro avance. La velocidad del viento era tal que no podíamos caminar.

Pasamos hasta la línea del portezuelo con mucha dificultad, pero sobrepasada la raya máxima no había viento al otro lado. Encontramos allí una zona bastante apta para vivaquear. El lugar correspondía al valle del Lauca, donde nos detuvimos antes de oscurecer y preparamos una comida liviana. El personal de planta llevó a pastar al ganado a un bofedal, donde había agua y pasto. Entre los cinco hombres de planta que llevaba, estaba el conscripto de la zona que nos sirvió de guía, y que se orientaba en cualquier lugar y ubicaba con gran facilidad pasto y agua para el ganado. Este hombre fue clave para todo el reconocimiento.

Al día siguiente continuamos a Guallatiri, donde nos instalamos en el Retén de Carabineros. Desde allí partimos a reconocer el paso del Japu o Macaya, donde encontramos los hitos demarcatorios destruidos y en tierra. De regreso se nos hizo de noche y era difícil orientarse. A ello sumó un fuerte temporal, con lluvia y relámpagos, para crearnos más problemas. El conscripto nos aconsejó que guardáramos todo lo que era metal, para no atraer los rayos que suelen caer en la zona. Después de una difícil marcha llegamos al retén con la ropa empapada, pese a estar con mantas impermeables; desatalajamos, secamos el ganado y lo dejamos en las caballerizas.

Al día siguiente amaneció con sol e iniciamos la marcha, primero hacia el sur, y luego tomamos la vía de Tignamar, donde alojamos a la entrada de la huella que allí existía.

Al otro día continuamos el avance hacia el noroeste, en dirección a Arica, para lo cual atravesamos la quebrada de la Higuera y nos propusimos caminar por la planicie del cerro que se ubica entre la quebrada de Azapa y quebrada de la Higuera. En esta última, antes de tomar el sendero que sube a la planicie, encontramos una serie de cruces dando la impresión de estar en un cementerio. Al preguntarle al conscripto Chispe su significado, respondió que ellas corresponden a indígenas de la zona, los que, por exceso de embriaguez, se despeñan desde la altura, muriendo al caer al fondo de la quebrada. Agregó que, a veces, también muere la mujer del indio, cuando éste la lleva al anca del animal.

Nuestra marcha hacia Arica continuó por la planicie del cerro que se ubica entre la quebrada de la Higuera y la de Azapa, y al caer la noche optamos por vivaquear en una pequeña hondonada.

Al día siguiente continuamos nuestra marcha hacia el oeste, llegando a la parte alta del pueblo de Azapa, por donde descendimos; almorzamos en un restorán del lugar. Luego continuamos hacia Arica, llegando al regimiento después de las dieciocho horas.

Ahora sería yo quien tendría una sorpresa, pues habíamos llegado el 7 de diciembre y el aniversario del regimiento Rancagua era el 9 de diciembre, y todos estaban preocupados de preparar las festividades. Por esta razón me fui de inmediato a mi domicilio. Al llegar a mi casa y golpear la puerta, mi esposa la abrió y la cerró de inmediato. No me había conocido, porque venía como un vagabundo, barbón, sucio y con la ropa bastante deteriorada después de 18 días durmiendo en el suelo y comiendo mal. Tuve que asegurarle, desde la calle, que era su marido para que me reconociera y me abriera la puerta.

Hice preparar una tina con agua caliente, y, después de bañarme, afeitarme y curar mi cara partida por el frío, quedé presentable. Pero con la ropa se hizo un paquete que mi esposa quemó en el patio, pues no tenía recuperación, por su estado.

Después de este viaje, correspondió celebrar el aniversario del regimiento Rancagua con una fiesta realizada con gran éxito. Pocos días después llegó un telegrama para mí, del Director de la Academia de Guerra, ofreciéndome el cargo de Profesor del Instituto, en la asignatura de Geografía Militar y Geopolítica. Después de conversar con el Comandante del Regimiento, acepté el ofrecimiento, que significaba una honrosa designación.

Al salir destinado a la Academia de Guerra en el Boletín Oficial de la última semana de febrero, la familia y yo aprovechamos para pasar las vacaciones en Arica, preparar el embalaje de los muebles con destino a Santiago y aceptar las numerosas despedidas que nos dieron los amigos y la oficialidad de la unidad.

El Comandante del regimiento me despachó en la primera semana de marzo. Ya nuestros enseres estaban embalados y antes del 15 de marzo regresábamos a Santiago toda la familia, instalándonos en nuestra casa.

En la Academia de Guerra fui recibido por el Coronel don Alberto Green Baquedano, Oficial Superior que había tenido oportunidad de conocer a lo largo de mi carrera.

CAPITULO II

ACADEMIA DE GUERRA Y SUBSECRETARIA DE GUERRA

Pasamos las vacaciones en Arica, aprovechando las playas y el sol del mes de enero y de los primeros días de febrero. Mi destinación salió publicada inicialmente en el Boletín Oficial y luego la orden del día del regimiento me despachaba de la unidad a mediados de ese mes.

Todos sentimos cierta pena al tener que alejarnos de esas tierras, donde habíamos disfrutado de una grata permanencia. Allí vivimos días felices, paseando al interior de los valles, gozando de las quintas con sus olivares y de las melgas de verduras, viajando a la ciudad de Tacna a degustar los excelentes "pollos arvejados" en el negocio de Don Agustín. Creo que mis hijos mayores recordarán siempre con agrado esos días felices del período que estuvimos radicados en Arica. Por eso, en el fondo todos sentíamos cierta pena de partir de ese puerto del norte.

Durante esos días nuestras amistades estuvieron extremadamente cariñosas, y no tuvimos descanso por las numerosas manifestaciones, tanto de amigos como de los oficiales que conocíamos con anterioridad y de aquellos con quienes habíamos hecho amistad durante este período en esa ciudad. Numerosos fueron los recuerdos que nos entregaron, los que nos permiten evocar un período feliz de nuestra existencia.

La unidad me despachó a fines del mes de febrero, y como ya habíamos embalado los muebles, la preparación para el viaje fue muy rápida; pronto estuvimos en condiciones de embarcarnos hacia el puerto de Valparaíso con destino a Santiago.

En esta ciudad llegamos a instalarnos en nuestra casa de avenida Ortúzar. Si bien los arrendatarios la devolvieron oportunamente, el estado de deterioro en que quedó nos obligó a rehabilitarla, efectuando numerosas reparaciones de los artefactos de baño, cocina y de instalaciones eléctricas. Además la pintamos, lo que nos hizo pasar incómodos todo el resto del mes de marzo. En abril se puede decir que ya la casa estaba en buenas condiciones.

Los primeros días los aprovechamos también para matricular a nuestros hijos. Las niñas quedaron en el Colegio de las Monjas Carmelitas, cerca de la Plaza Egaña, y a nuestro hijo lo pusimos en un colegio particular, que quedaba muy cerca de la casa.

Al lunes siguiente de mi llegada, concurrí a presentarme a la Dirección de la Academia de Guerra y, luego de cumplir con las exigencias reglamentarias, pasé a la oficina del Coronel Director, don Alberto Green.

Después de conversar y examinar mi currículum vitae, me expresó que haría clases de Geografía Militar en el I y II año de Oficiales para Estado Mayor y que, si deseaba, podría efectuar mi auxiliato de Logística en el II Año. Como disponía de tiempo, acepté su sugerencia, y desde la iniciación de los cursos comencé a desempeñarme como auxiliar del II Año en la asignatura de Logística, en la cual era titular mi compañero de curso de la Escuela Militar el Mayor Gustavo Dupuis. A los pocos días el Subdirector, Teniente Coronel Sepúlveda, me ofreció desempeñarme como profesor auxiliar en la Academia de Guerra Aérea, donde él era el profesor titular en esta asignatura, lo que también acepté.

UNA ESCAPADA PROVIDENCIAL

Un hecho que siempre recuerdo ocurrió cuando no viajé un martes 13 de abril en un avión Douglas 956 al mando del Capitán de Bandada Fernando Rojas Mercado, con quien nos hicimos muy amigos cuando se desempeñaba como piloto del Cuerpo Militar del Trabajo y viajaba permanentemente a Arica. Este oficial me invitó a viajar con él en un avión que iría primero a Iquique y luego seguiría a Arica.

Como aún tenía algunas especies en Arica, agradecí su invitación y le manifesté que aceptaba, pero que el viaje quedaba condicionado a la posibilidad de cambio de clases. No fue posible poder cambiar el horario, y por ello no pude viajar al puerto nortino. El 12 de abril, a las 22.30 horas, el Capitán me llamó por teléfono a mi casa, insistiendo en el viaje, a lo que le respondí que no podría viajar, pues tenía cuatro horas de clases ineludibles el día miércoles 14.

En la mañana del martes 13 las radios daban la noticia del accidente del avión Douglas 956, el que había caído en Alto de Batuco al incendiarse en el aire y luego precipitarse a tierra, pereciendo todos, tripulación y pasajeros. Nuevamente mi estrella me salvaba de morir. Mucho lamenté el accidente y la muerte de Fernando Rojas, pero el destino es así.

En la primera quincena de mayo fui nombrado profesor auxiliar de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea en la asignatura de Geopolítica. Lamentablemente, mi trabajo en ese año no tuvo reconocimiento, debido al involuntario incumplimiento de una disposición burocrática como era firmar el libro de asistencia de los profesores auxiliares, que por desconocimiento no hice.

Todo transcurrió normalmente durante el período que me desempeñé como profesor de Geopolítica. Consideré durante la preparación de las clases la necesidad de profundizar las materias sobre el Estado, estimando entonces conveniente estudiar Derecho. Como no tenía mi bachillerato, me preparé para darlo al final de ese año, obteniendo excelentes notas y presentándome a la Escuela de Derecho.

En el mes de septiembre, poco después de las Fiestas Patrias, fui llamado por el Subsecretario de Guerra, Coronel don Horacio Arce Fernández, del cual había sido su ayudante en la Escuela Militar en el año 1944, el que me expresó su deseo de trasladarme a la Subsecretaría de Guerra, para desempeñarme como su Ayudante. Le respondí que era un gran orgullo que se hubiera acordado de mí para ese cargo, pero le hice presente que en mi calidad de profesor no podía dejar los cursos a medio camino. Me respondió que me daba toda clase de facilidades para que el resto del año yo cumpliera como profesor auxiliar de la Academia de Guerra Aérea y como profesor titular en la Academia de Guerra del Ejército y, también, como auxiliar en el ramo de Logística. Le pedí entonces que por favor hablara previamente con el Coronel Green antes de que me pronunciara, solicitud que aceptó. Con fecha 4 de octubre salí nombrado Ayudante de la Subsecretaría de Guerra, ocupando el cargo de inmediato.

Tan pronto asumí el puesto me preocupé, como de costumbre, de orientarme con respecto a las funciones y actividades que me imponía el nuevo puesto. Debo agregar que también muchas veces pasé en calidad de subrogante a desempeñarme en la "Confidencial" de la Subsecretaría y de Ayudante del Ministro.

La Subsecretaría de Guerra y la Academia no tenían actividad el día sábado. Como era necesario que hubiera un oficial de turno, por si había alguna actividad de emergencia, nos turnábamos mensualmente los cuatro oficiales, uno por sábado. Aprovechábamos los sábados libres para irnos con la familia a Melipilla, donde mi suegro había comprado un campo. Disfrutábamos de él hasta la tarde del domingo, cuando regresábamos a la capital.

Ese año con mi esposa decidimos efectuar un arreglo en la casa, ampliándola en un dormitorio y un comedor. Los trabajos se debían iniciar en febrero, porque había que levantar casi todo el techo, por el nuevo trazado de la casa. Todo anduvo muy bien en el mes que nos habíamos fijado, pero el constructor no cubrió con zinc la parte descubierta cuando la obra estaba en plena faena.

Un domingo de febrero, estando en Melipilla, comenzó a llover, lo cual nos obligó, por previsión, a regresar a Santiago. Comenzamos a colocar calaminas en el techo para proteger los muebles de la casa que estaban en un dormitorio, pero no llevábamos más de dos horas en ello cuando se desencadenó una lluvia torrencial, con truenos y relámpagos. El agua comenzó a entrar a la casa en forma despiadada, y todo el esfuerzo que hicimos para cubrir las cosas fracasó. Esa noche, que mis hijos suelen llamar "la noche trágica de los Pinochet", todo se mojó. Sólo se salvó un rincón de una pieza, donde juntamos dos camas y dormimos amontonados. Muchas veces he pensado en la gente de escasos recursos que suele pasar varias veces esta situación tan angustiada. Recuerdo que siempre pensaba cómo ayudar a paliar este problema a esta parte de la población que a veces adolece de un mínimo amparo.

Durante mi permanencia en la Subsecretaría de Guerra se suscitó el problema de la "Línea Recta" y el famoso "Té de Dublé Almeyda". ¿Qué había pasado? Un grupo de oficiales fue invitado a la casa del Presidente Ibáñez. Al parecer en esa reunión se habló de política y hubo personas infidentes que hablaron más de la cuenta. En resumen, por esa causa y por haberse saltado el "conducto regular", fueron llamados a retiro numerosos generales, coroneles y algunos jefes que ocupaban altos cargos.

El Coronel Arce fue destinado a final de año como Jefe de la Misión Militar de Chile en Washington. Nuevamente tuve que despedir a mi jefe en su viaje al exterior, así como lo había hecho cuando estaba en la Escuela Militar y se desempeñaba como Jefe del Curso Militar. Recibimos como nuevo jefe a un oficial a quien conocía desde la Escuela Militar, donde había sido mi instructor de Telecomunicaciones, el Coronel don Humberto Zamorano González, designado como nuevo Subsecretario de Guerra. Su nombramiento me alegró mucho, pues se trataba de una persona a quien conocía bien.

El período que serví a las órdenes de este Coronel fue para mí muy grato. El siempre fue un hombre amistoso, preocupado por cumplir y hacer cumplir a todos en la mejor forma.

Como disponíamos del día sábado, me fue permitido también estudiar otras materias para ampliar mis conocimientos. Así ingresé a la carrera de Leyes en la Escuela de Derecho, el año 1955.

En ese período que estuve en la Subsecretaría de Guerra conocí a muchos señores políticos, casi todos siempre pidiendo favores para ellos o para sus bases. En el período de acuartelamiento del contingente, las cartas y tarjetas eran tan numerosas que bien se podía tener impreso el trámite para postergar o dejar fuera del servicio al sinnúmero de los recomendados.

Las clases en la universidad se iniciaron en el mes de marzo y tuve tiempo para estudiar todo ese año, aprovechando especialmente entre las dieciocho y veintiuna horas, mientras el Coronel Zamorano trabajaba en su despacho o tenía audiencia con el Ministro. Eran un par de horas que disponía para estudiar las materias de leyes. Como ingresé en calidad de alumno normal, me acerqué a cada uno de los profesores y les pedí autorización para asistir cuando fuera posible, pues yo trabajaba. Mi petición fue aceptada. Siempre conté con la bondad y la ayuda de esos profesores que hoy son mis amigos, Fernando Campos Harriet y Benjamín Cid.

De esta forma desarrollé mis actividades como alumno de Derecho. Asistía a clases a distintas horas, cuando el tiempo me lo permitía. Las asignaturas más aprovechables para mis trabajos docentes fueron Derecho Romano y Derecho Constitucional.

En ningún momento dejé de cumplir con mis obligaciones, y el Coronel Zamorano nunca tuvo motivos para observar algún atraso en mis trabajos. Al final de ese año rendí los exámenes en la universidad. Obtuve notas de distinción en casi todas las asignaturas y terminé el año pasando al 2º año de leyes, con gran satisfacción de mi esposa y para mí.

Con fecha 4 de diciembre de 1955 secundé como ayudante al Ministro General Benjamín Videla, integrando el grupo de oficiales que acompañaron al Presidente Ibáñez a presenciar los ejercicios finales de maniobras tridimensionales que desarrollaron las unidades del Ejército, Fuerza Aérea y personal de la Armada.

En Arica me encontré con una ciudad cambiada gracias al "Puerto Libre". Allí se vendía toda clase de mercaderías y las calles 21 de Mayo y 18 de Septiembre eran verdaderas ferias.

Después de asistir a la crítica final de los ejercicios y concurrir a un almuerzo que se dio a las autoridades, regresamos a Santiago.

Al comenzar el año 1956 el Coronel Zamorano me comunicó que sería designado para desempeñarme en la República del Ecuador. Mi destino sería la Academia de Guerra del Ejército en el Ecuador. Sería contratado como profesor por ese país. La misión la cumplirían seis oficiales, correspondiéndome ser el menos antiguo. Su duración era como mínimo de dos años, con posibilidades de prorrogarse en dos años más. El Coronel Zamorano me expresó que sentía que me fuera, pero era una distinción en mi carrera y un hecho de gran beneficio económico para la familia. Me pidió que le recomendara un oficial para que me reemplazara. Le presenté una terna cuatro días más tarde.

En los primeros días de marzo fui designado por el Decreto Supremo (R) N° 766, a la Misión Militar de Chile en los Estados Unidos, a fin de que me desempeñara en comisión de servicio como Profesor Militar en la Academia de Guerra de la República del Ecuador, a contar del 1º de abril, dejando de ser Ayudante en la Subsecretaría de Guerra.

La publicación de mi destinación y despacho fue motivo de una despedida muy afectuosa y emotiva por parte del Subsecretario de Guerra, oficiales y personal civil de la Subsecretaría. En esa ocasión se me entregó un hermoso obsequio, consistente en una estatuilla de O'Higgins que me recuerda un grato período de mi vida profesional.

Días más tarde el Ministro de Defensa, con su Gabinete, nos ofreció una comida en el Club de la Unión, para despedir a mi esposa y a mí.

Con mi familia nos embarcamos el 12 de abril en el buque italiano "Marco Polo", de la Sociedad Italiana de Navegación. Junto con nosotros viajarían el Mayor Matus y las familias de los Tenientes Coroneles Casals, Schaffhausser y Gorioitía, con quienes debíamos compartir los casi cuatro años que permanecemos en la hermosa República del Ecuador.

Un nuevo escenario profesional se abría ante nosotros.

CAPITULO III

COMISION DE SERVICIO A LA REPUBLICA DEL ECUADOR

Tan pronto salió la destinación a la República del Ecuador, en abril, preparamos el viaje. Yo consulté a todas las personas que conocían el país, para saber cómo era la vida en Ecuador y qué elementos debía llevar y cuáles no eran necesarios. Así me informé con respecto a cómo era el Ecuador y las características que tenía la población. Consideré también la forma de llevar algunos muebles para no arrendar casa amoblada; según decían, tenían un canon muy subido, y mi deseo era ahorrar el máximo durante mi estada, como sucedió. Opté entonces por llevar los muebles mínimos que eran necesarios, complementándolos con otros que se podían comprar en el país o encargarlos a Estados Unidos.

El día 12 de abril nos embarcamos con destino a la República del Ecuador. Como he dicho, lo hicimos en el buque italiano "Marco Polo". La navegación fue muy agradable y el descanso, la lectura y la meditación acortaron el viaje. En el buque también viajaban alrededor de unos cuarenta jóvenes de ascendencia israelí que iban a Israel, según nos decían a trabajar por levantar la Patria, su gran Patria del futuro.

Durante el viaje, el buque se detuvo en el puerto de Callao. Tuvimos la oportunidad de visitarlo. Luego fuimos a Lima, donde almorzamos. Nos volvimos al Callao para embarcarnos nuevamente y continuamos la navegación hasta Puná, isla donde nos trasladamos a una lancha llamada "Rosita". En esta embarcación navegamos por el río Guayas hasta Guayaquil, donde desembarcamos con sólo las maletas que llevábamos. Los muebles posteriormente nos fueron enviados por ferrocarril a Quito.

Durante nuestra estada en el puerto de Guayaquil alojamos en el Hotel Metropolitano. La primera noche mi hijo sufrió un ataque de los zancudos que penetraron a su dormitorio por un pequeño hueco en la malla que protegía la ventana. Estos anofeles lo atacaron sin piedad y le dejaron la cara imposible. Tuvimos que llamar al médico, por cuanto le vino una alta temperatura. Por suerte todo no pasó más allá de un susto bastante grande.

Permanecimos en Guayaquil durante dos días y conocimos la ciudad. Luego nos embarcamos, junto con las otras familias, en un avión de la Panagra que hacía el tránsito entre Guayaquil y Quito.

Durante el viaje la mayoría de los familiares de los miembros de la misión se vieron afectados por la altura. Pero entre los niños sólo uno sufrió náuseas.

En Quito nos esperaba el Sr. Embajador Cubillos con todos los miembros de la Embajada, los que nos llevaron a almorzar a la sede diplomática. Recuerdo que

apenas almorcé. Los efectos de la altura también me habían afectado ese día. Fue un problema generalizado: casi todos estábamos mareados y algunos descompuestos. Nos recuperamos rápidamente y, dos días más tarde, ya nos encontrábamos perfectamente bien. No hay que olvidarse que Quito queda a 2.815 metros de altura. Después del almuerzo en la Embajada nos instalamos en el Hotel Embajador, que quedaba en la Avenida Colón. En la tarde nos dedicamos a buscar alguna casa para arrendar.

Posteriormente visitamos numerosas casas que nos ofrecía un corredor de propiedades, pero no nos decidimos por ninguna. Sólo al tercer día de búsqueda encontramos una, cuyas dueñas eran unas señoritas que arrendaban una vivienda en un precio bastante alto, aunque mucho más bajo que las casas amobladas. Pero a los pies de la propiedad vivían estas damas, en otra casa.

Aceptamos el valor del arriendo y nos instalamos en dicha casa. Pero pronto surgió un inconveniente, al darnos cuenta que las propietarias observaban cuanto hacíamos. Además, cuando los niños se subían sobre la muralla divisoria, o se asomaban a las ventanas posteriores, llegaban de inmediato a reclamar sobre los niños que le estaban deteriorando la casa. Opté entonces por buscar otra casa, donde nos instalamos sin esos inconvenientes.

Las casas amobladas costaban más o menos entre 1.200 a 1.300 dólares. En cambio, las casas sin muebles bajaban a 600 dólares. Como se ve, teníamos un ahorro bastante grande.

En la búsqueda de residencia llegamos a una casa que quedaba en la parte alta de un cerro, con muy bonita vista. El arriendo era solamente de 400 dólares. Quedamos perfectamente bien, sin problemas. Los niños fueron aceptados en el colegio como oyentes, por cuanto las clases se iniciaban en el mes de agosto.

Mientras nos instalábamos nos presentamos a los jefes del Ejército ecuatoriano para iniciar nuestras funciones docentes.

Una de las primeras actividades que nos asignaron por la Academia y que nos correspondió cumplir fue recorrer todo el país. Yo, como profesor de geografía, anhelaba hacerlo, no sólo para poder tener una idea de cómo era, sino que para aplicar ese conocimiento en la enseñanza de la geografía del país. Después de completar los programas de asignaturas para ser aprobados por el Estado Mayor, se inició la gira por todo el Ecuador. Partimos desde Quito hacia el sur, llegando hasta la ciudad de Loja, luego regresamos hasta Cuenca, para bajar desde la montaña hasta Pasaje y de allí a Puerto Bolívar y continuar hasta Durán, cumpliendo esta primera etapa en la ciudad de Guayaquil. Recorrimos gran parte de la península, bordeando la costa, y completamos el reconocimiento con viajes cortos.

Después de recorrer la zona de la costa entramos a reconocer la región de la selva oriente. Al cabo de 30 días habíamos conocido bastante del país.

Este viaje duró veintiocho días, y permitió visitar los lugares más importantes que señalaba la carta. Fue de gran provecho para los profesores militares, quienes pudieron utilizar en el trabajo de clases los conocimientos directos de la difícil geografía de ese hermoso país.

Además se nos pidió que confeccionáramos los textos para las diferentes asignaturas, trabajo que nos consumía gran parte del tiempo.

En los primeros días de octubre empezaron las clases en la Academia de Guerra. El Director era un Coronel que, cuando podía, hacía presente que él no compartía la idea de traer profesores chilenos a Ecuador, sino que le habría gustado que fueran profesores brasileños, porque éstos venían gratis. En cambio nosotros le costábamos dinero al erario nacional.

Por suerte para nosotros, este Coronel duró poco tiempo y fue cambiado por

el Coronel López, una excelente persona, de mucha capacidad de trabajo y de notables conocimientos profesionales.

En dos oportunidades yo había tenido roces con el primer Director. En una ocasión me llamó a su oficina para decirme que estaba pidiendo a mis alumnos materias "clasificadas", lo que estaba prohibido. Me limité a replicarle que si la República del Ecuador había contratado mis servicios era por tratarse de una persona confiable, y que por lo demás lo que había pedido a los alumnos estaba en los reglamentos, que eran públicos. Tuvimos un altercado. Como él insistiera en su punto de vista, le dije: "Mire, mi Coronel, usted está equivocado, porque todo lo que yo he pedido está en el reglamento público". "Bueno", me respondió, "pero usted debe comprender que todas estas materias son reservadas". "Muy bien", le dije, "no pediré más al curso ninguna materia que tenga estos temas".

Este Coronel tenía una personalidad bastante fuerte, lo que producía permanentemente choques. Creo que yo no le caí muy grato.

Con el nuevo Director, Coronel López, se trabajó en un ambiente de armonía y no hubo ningún problema durante el período de clases. Nuestro Director nos dio la misión de elaborar un juego de guerra de carácter estratégico que desarrollamos ante la Guarnición de Quito, con asistencia del Ministro de Defensa Nacional. Este dos días más tarde falleció a consecuencia de un ataque al corazón, mientras se bañaba en el mar en Playas.

En los primeros días de agosto recibí los documentos de la Universidad de Chile, protocolizados para matricularme en el segundo año de leyes en la Universidad de Quito. Ese año no tuve problemas, pues los dos profesores con que tenía clases a primera hora respetaron el permiso que se me había concedido para llegar un poco después del inicio de clases. Mi problema se suscitó en el segundo año, ya que, como tenía más clases en la Academia de Guerra, tuve que reducir mi asistencia a la universidad, lo que no fue aceptado por la Dirección. Resolví entonces abandonar ese Instituto de altos estudios. Por lo demás, tenía claras muchas de las materias que me habían llevado a incorporarme a esos cursos de Derecho.

Los ramos que tenía bajo mi responsabilidad en la Academia eran Geopolítica, Geografía Militar e Informaciones, redactando para ello tres textos que terminé durante el primer año de trabajo (1956/57). En el segundo año (1957/58) se les hicieron las correcciones y modificaciones necesarias para dejarlos actualizados.

En octubre el Coronel Subsecretario nos invitó al Coronel Mancilla y a mí a visitar la ciudad de Cuenca, con el fin de asistir a la inauguración de una nueva población militar, lo que aceptamos complacidos. Realizamos el viaje en un avión C-47. Pude apreciar que las casas de oficiales de esa guarnición del sur eran muy cómodas. Allí conocí el significado que tiene el exceso de promoción de profesionales como sucedía en la Universidad de Cuenca, pues éstos, al no tener trabajo, realizaban cualquiera actividad que les diera para vivir. Así, encontré médicos que tenían sastrería y abogados, librerías.

En los primeros días de diciembre de 1956 hicimos un viaje hacia el sur con los alumnos del primer año. Permanecemos en Cuenca y después en Loja. Allí tuvimos la oportunidad de ver cómo el comandante de la guarnición de Loja condecoraba a S.E. el Presidente de la República, señor Velasco Ibarra.

Esta condecoración fue acompañada con un discurso bastante prolongado, que duró cerca de tres horas.

Después de esta gira regresamos con el curso a Quito y continuamos las clases. Era el primer viaje que hacía hacia la zona del sur con oficiales de un curso regular de primer año. Con ello terminamos prácticamente el año 1956. Pero seguimos trabajando hasta el final del año, ya que las vacaciones eran en junio y julio. El curso era

bastante numeroso, y la gran mayoría de los alumnos eran coroneles. Resultaba un poco difícil enseñarles a personas que poseían una concepción de la profesión ya formada: pero todos ellos tenían gran interés en aprender las materias que se estaban dictando. Culminó el año con una ceremonia de graduación de los oficiales del primer año y su paso a segundo.

En el segundo trimestre de ese año tuvimos que lamentar el fallecimiento del Coronel Subdirector, persona muy agradable y preocupada por solucionar todos los problemas que se les presentaban a los profesores.

En Ecuador el curso de Estado Mayor dura dos años, lo cual significa que había que dictar en ese lapso todas las materias que en la Academia de Guerra de Chile se pasaban en tres años. Para ello, se elaboraron nuevos programas para este curso, los que fueron aprobados por el Estado Mayor General ecuatoriano.

Las materias, por muy comprimidas que estuviesen, las pasábamos totalmente, por lo cual muchos de los oficiales, no acostumbrados a un tratamiento tan exigente, normalmente estaban condenados al fracaso. Sin embargo, la mayoría de ellos puso todo su interés y empeño por hacer las cosas bien y salir adelante para estar en condiciones de seguir sirviendo en el Ejército del Ecuador.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Al terminar el año nos dieron unos días de vacaciones que aprovechamos para salir con nuestras señoras y conocer hermosos lugares del Ecuador. Nos gustó mucho la parte de Latacunga y Ambato, a donde normalmente viajábamos los días domingos con el matrimonio Gorigoitia y nuestros hijos. En Latacunga comprábamos el famoso queso de hojas, que es muy agradable al paladar, su confección es por capas y enrollados.

Esos días de vacaciones los aprovechamos en arreglar la casa, revisar los textos que habíamos entregado para el primer año, elaborar los del segundo y preparar un viaje a Estados Unidos accediendo a una invitación que habíamos recibido. Yo conocía hasta Miami y el viaje me permitiría llegar a la zona este y centro de ese gran país.

El recorrido fue muy interesante y durante el viaje conocimos diferentes fuertes. Nos explicaron los programas de instrucción que ellos poseían, nos mostraron los nuevos materiales empleados y las características de algunas armas. Puedo decir que esta invitación fue de mucho provecho para todos los profesores ecuatorianos y chilenos.

En la travesía estuvimos cinco días en Washington, ocasión que aprovechamos para saludar al Embajador Gutiérrez Olivos y al Embajador de Ecuador ante los Estados Unidos.

Aprovechamos también para visitar museos y bibliotecas. Asimismo estuvimos una mañana entera en el Pentágono, donde nos dieron una orientación general de las actividades que allí se desarrollan. Desde Washington viajamos a Nueva York, donde estuvimos dos días. Allí con mi amigo Francisco Gorigoitia habíamos resuelto pasar a comer algo antes de ir a un cine, y elegimos un gran restorán de autoservicio. Ante la novedad pasamos a la cola y comenzamos a llenar nuestra bandeja, pero al llegar donde había un cocinero que entregaba la carne, me limité a decirle "meat", a lo que el personaje me habló en inglés. Nuevamente le dije "meat", insistió él y al recibir la misma respuesta no me habló más, sino que le hizo señas al que seguía y yo quedé aislado, por lo cual me indigné y le dije en voz alta: "gringo h..., te estoy pidiendo carne". El cocinero no se inmutó. Luego se abrió una puerta que daba a la cocina y alguien me preguntó "¿chileno?" "Sí", le respondí. "Compatriota", me dijo, "que alegría

me da ver a un chileno, pase y tome una mesa, yo le serviré". Así lo hicimos con Gorioitía. Luego llegó este personaje y me dijo que lo que me estaba preguntando el maestro de cocina era cómo quería la carne, bien asada, media o cruda. Luego nos atendió y marcó en la tarjeta lo que queríamos. Al poco rato llegó con las dos bandejas colmadas con alimentos y bebidas. En esos días hacía un calor terrible en Nueva York (mes de julio) y las bebidas se nos hacían pocas.

El chileno que trabajaba como cocinero allí se sentó con nosotros, nos contó que era de Valparaíso y nos preguntó muchas cosas sobre Chile. También dijo que se había hecho ciudadano norteamericano, que había luchado en Corea y que estaba casado con una norteamericana, de quien tenía tres hijos, todos grandes y profesionales. Era dueño de cuatro departamentos en esta ciudad.

Al término de la cena pidió las tarjetas y las marcó con una pequeña cantidad que no correspondía al consumo. Dijo que ello lo hacía para que nosotros no tuviéramos líos al salir, ya que él nos había invitado; nos fue a dejar cerca de la puerta y volvió a su trabajo mientras nosotros nos retirábamos bastante satisfechos.

Al día siguiente viajamos en tren desde Nueva York a Washington para conocer el paisaje.

Desde Washington viajamos a la ciudad de El Paso, donde fuimos recibidos en Fort Bliss. En la tarde de ese día viajamos a Juárez, ciudad mejicana que queda separada de El Paso por un puente. Allí uno puede apreciar el aseo, orden y cuidado de la ciudad norteamericana al lado del desaseo, fetidez y prostitución de la ciudad de Juárez.

Con razón, al ver esas diferencias, los norteamericanos desprecian a los latinoamericanos. Posteriormente, de El Paso volamos a Dallas y de allí a Miami para regresar todo el grupo al Ecuador.

Iniciamos el segundo año de la Academia de Guerra del Ecuador, que ahora pasaba a llamarse Academia de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas. El primer período, que había sido muy duro el año anterior, ahora se ampliaba en actividad, por cuanto quedábamos con el nuevo primer año, con el segundo año, que eran nuestros antiguos alumnos, y con el Curso de Información. Teníamos entonces tres cursos, aumentándonos las horas de clases prácticamente al máximo.

En el primer año habíamos elaborado los libros de texto respectivos, y durante las vacaciones revisamos y preparamos los correspondientes al año que se iniciaba.

El nuevo curso que ingresó a la Academia era de oficiales mucho más jóvenes, y mejor capacitados, que los que habíamos tenido en el primer año. En segundo año también nos agregaron el curso de Intendencia o de los Servicios, vale decir, oficiales del arma de Intendencia y Sanidad, para adoctrinarlos en materias de carácter de Estado Mayor.

Todos ellos eran de gran calidad profesional, lo cual facilitaba enormemente nuestra labor. Como lo eran también los alumnos que ahora estaban en el Año del Instituto.

En agosto nació mi cuarto hijo, en Santiago de Chile. Lo llamamos Marco Antonio. Llegaba al mundo después de muchos años que no teníamos familia, lo cual produjo en todos nosotros una gran alegría.

Nuestra existencia en Ecuador transcurría sin novedad. Llevábamos una vida social normal y una intensa actividad profesional.

Al término de los tres años del período viajamos a la zona del oriente, que es selvática y muy interesante. Visitamos los pueblos del interior, llamándonos la atención sus habitantes en cuanto a la forma de vivir, alimentarse y desplazarse por las selvas.

En el Boletín Oficial del Ejército N° 28 de julio de 1959 se dio por terminada

nuestra misión en Ecuador y pasé destinado al Cuartel General de la I División de Ejército.

Durante el período de agosto a septiembre de 1959 fuimos objeto de numerosas despedidas por parte de nuestros amigos en Ecuador, donde nos demostraron gran afecto. Se nos otorgó la condecoración de Oficial de Estado Mayor del Ecuador, Profesor Militar y Abdón Calderón. Guardo un gran cariño por la nación ecuatoriana y sus hijos.

El día 9 de septiembre nació mi hija Jacqueline, habiendo arribado yo a Chile cuarenta y ocho horas antes. Ecuador había significado para mí la llegada de dos hijos y un período de intenso estudio y trabajo por casi cuatro años, tiempo que me permitió conocer profundamente a los habitantes de esa república hermana.

El día 24 de septiembre llegué a Antofagasta y me presenté al Comandante de la División, destinándose al Cuartel General de la Región Militar Norte, que comprendía desde la frontera con el Perú, en el norte, hasta el límite con la provincia de La Serena. Iniciaba con ello un nuevo escalón en mi vida profesional.

CAPITULO IV

CUARTEL GENERAL DE LA I DIVISION

La Superioridad me destinó a prestar mis servicios en el Cuartel General de la I División, cuyo Comandante en Jefe, General Julio Vargas, me designó al Cuartel General de la Región Militar Norte, donde me recibí de la sección Inteligencia y Operaciones. Me hizo entrega del puesto el Capitán de Fragata Daniel Orellana, e inicié de inmediato los estudios de la planificación que se llevaba en el período. Era a principios de octubre de 1959.

El trabajo que se desarrollaba en ese cuartel general requería la presencia de oficiales de la Armada y de la Fuerza Aérea, para lo cual se pidió a las instituciones la designación de oficiales a la Región Militar Norte.

No me fue posible encontrar casa. Después de buscar cerca de 15 días opté por arrendar una casa en la Avenida Brasil, la que ocupé pese a que estaba por demolerse. Pero primero fue reacondicionada totalmente. Pedí a Sanidad que la fumigara varias veces y posteriormente tuve que pintarla y arreglar las cañerías de agua y desagües. La necesidad tiene cara de herejía y como no había casas que arrendar en Antofagasta había que aceptar lo que se encontrara y ello sin pedir al Mando militar ayuda de ninguna especie.

Mientras se arreglaba la casa, mi familia permanecía en Santiago. En noviembre pude reunirme con todos y aprovechar el período de playas desde diciembre a marzo.

En el año 1960 nuestros hijos fueron matriculados en el Colegio de la Congregación Oblata, que era mixto.

Mi trabajo en el cuartel general se hizo cada día más interesante y por mis actividades de inteligencia estaba permanentemente viajando desde Arica (que era puerto libre) hasta Copiapó. Cuando había posibilidades viajaba con la familia. Mis hijos mayores habían adquirido cierta independencia, mientras que los menores se transformaron en nuestros compañeros de viaje.

Establecimos una buena amistad con personas de Antofagasta, muchas de las cuales habían conocido a mis suegros cuando vivían en esa ciudad y conocían a mi esposa desde cuando era niña.

Sin embargo, tuve que afrontar un momento difícil que casi se transforma en fatalidad. En el mes de abril en forma repentina se enfermó de bronconeumonía mi hija Jacqueline, la que estuvo muy grave y sólo fue salvada gracias a un médico de Santiago, que hacía sólo dos días había llegado a la ciudad. Los médicos locales que habían atendido a mi hija no dieron con un diagnóstico acertado y confundieron su afección con un asma.

Gracias, como digo, a la atención del Dr. Cortesse la niña se salvó de morir con sólo un año de edad de tan grave enfermedad.

Después de la enfermedad de mi hija, y estando ya casi totalmente repuesta, viajé a Bolivia a ver a mi hermana, recorriendo la zona de La Paz hasta el lago Titicaca.

A mi regreso a Antofagasta se continuaron los trabajos en la Región Militar Norte. En noviembre de 1960 ascendí a Teniente Coronel y continué en la Región Militar del Norte, ubicado en el Cuartel General de la I División.

En esos días recibí una atenta comunicación en la cual se me proponía ser nombrado miembro del Instituto Bolivariano de Antofagasta, lo que acepté con mucho agrado.

En enero de 1960 fui designado Comandante del Regimiento Infantería N° 7, "Esmeralda", entregándome el mando el Comandante Lezaeta, distinguido oficial a quien había conocido en la Escuela de Infantería el año 1940 cuando éramos colegas de Compañía. Después había servido con él en la Escuela Militar. Todas estas relaciones hicieron más sencilla la entrega de la Unidad.

El regimiento se había incendiado hacía algún tiempo. Ahora había una obra en construcción en los nuevos terrenos, y en los restos del antiguo cuartel estaba la comandancia, ocupando una dependencia bastante a mal traer.

Lo que más nos alegró con el nuevo destino fue que pasamos a habitar una casa más decente y con mayores comodidades para nuestros hijos. Era la primera vez en mi carrera que ocupaba una casa fiscal.

Y el niño se cambió al Colegio San Luis.

CAPITULO V

COMANDANTE DEL REGIMIENTO INFANTERIA N° 7 "ESMERALDA"

UN NUEVO CUARTEL PARA EL "ESMERALDA"

Al asumir el mando del Regimiento me fijé, como primera prioridad en las actividades, trasladar cuanto antes a toda la unidad al nuevo cuartel, que se levantaba en la parte sur de Antofagasta, entre el regimiento de Artillería y la unidad de Caballería "Exploradores".

El comandante anterior había inaugurado un pabellón terminado y se iniciaba la construcción de otro; pero mi sorpresa fue grande al constatar que esos pabellones no se podían ocupar por no tener alcantarillado. En consecuencia, era necesario instalar la tubería de desagüe, que se unía a un colector a una distancia de más de 2.500 metros, y continuar la construcción del pabellón N° 2.

Llamé a técnicos de Santiago y se inició el trazado que atravesaba el patio frontal del Regimiento de Artillería en un ancho de 300 ó 350 metros, para unirse posteriormente al colector. Pero el canal por donde iba a correr la tubería era de roca negra, por lo que se requería efectuar numerosas descargas de dinamita y otros explosivos, lo que traía graves daños para los vidrios, que se rompían con la onda explosiva, o se cortaban los alambres eléctricos vecinales.

Se inició la obra con el contingente que diariamente se trasladaba del Cuartel N° 1 al N° 2 después del desayuno. El almuerzo se daba desde las cocinas rodantes e hice instalar en carpas una guardia a la entrada del lugar de trabajo.

El nuevo comandante de la División era el General Héctor Martínez Amaro, persona que por su carácter, dureza y rectitud hizo época en el Ejército.

Después de hablar con él sobre los trabajos y el cambio de contingente que llegaba a la unidad, aprobó mi proyecto de efectuar instrucción hasta la revista de reclutas, y luego continuar los trabajos del alcantarillado y trasladar la unidad para su aniversario. Además, me expresó que este personal no iría a maniobras.

Apuré los trabajos del alcantarillado anunciando que si se terminaba antes del 31 de julio se saldría con permiso por un mes.

El trabajo adquirió un ritmo acelerado con turnos durante las 24 horas, para lo cual se instalaron focos de alumbrado que permitían efectuar la labor con claridad. Faltaban catorce días para el 31 de julio cuando el Mayor Fernández, que era el segundo comandante de la Unidad, me informó que el trabajo estaba terminado.

Como lo había prometido, despaché al contingente con permiso hasta el 30 de agosto. Durante esos días se trajeron los tubos de concreto para instalarlos en la zanja recién abierta y los anillos de unión entre ellos.

Al regreso del contingente, me llamó el General Martínez para indicarme que a partir del 1° de septiembre debía preparar la unidad para formar durante las festividades de Fiestas Patrias. Me limité a señalar que con ello se podría atrasar el traslado de la unidad, pero que se cumplía la orden.

En agosto se terminó de instalar el alcantarillado y las pruebas se efectuaron en los primeros días de septiembre, aprobándolo la Dirección de Obras Sanitarias a fines de ese mes.

La unidad detuvo sus trabajos y se entrenó para cumplir la orden del General Martínez desfilando bastante bien estos conscriptos- trabajadores, después de lo cual se les concedió permiso hasta el 2 de octubre.

El día 25 de octubre, que era el aniversario del regimiento, se preparó la unidad para trasladarnos desde el cuartel viejo al nuevo. En esos días se terminaba la construcción del rancho y se habilitaba un ala de los comedores.

Todo funcionaba perfectamente bien, cuando recibí una nueva orden del Comandante de la División: había que participar en las maniobras de final del año. Hice ver que las tropas no estaban preparadas para actuar en estos ejercicios, pero la orden se cumpliría lo mejor posible. A la salida de la oficina del Comandante de división, éste me detuvo y me hizo volver para decirme que participaría en el "Partido Azul" como comandante de las tropas que se enfrentarían con las del norte, "Partido Rojo", entre la quebrada de Tarapacá y la quebrada del río Loa.

De inmediato comencé el alistamiento de la unidad para las maniobras, junto con preparar los vehículos que iban a participar. Se efectuó una instrucción de combate acelerada para el contingente, lo cual permitió que las maniobras las realizaran sin novedad.

A fines del año estaba terminada la construcción de dos pabellones, a donde trasladé las oficinas de la Comandancia, parte de las cocinas y habilité el ala norte de los comedores. El trabajo había sido intenso, pero la satisfacción era enorme.

En esa oportunidad le ordené al oficial a cargo de las construcciones, Teniente Dinator, que construyera la sala de la guardia del regimiento y arreglara las pesebreras y las caballerizas como lugar de casino de oficiales y criadero de aves. Esta instalación estaba en la parte alta de Antofagasta, para lo cual el arquitecto que nos asesoraba dibujó los posibles arreglos que se podían afectar y se iniciaron los trabajos.

Como disponía de unos días de vacaciones, viajé a Santiago para conversar con jefes amigos y solucionar algunos problemas de la unidad. Así obtuve una dotación de catres, colchones, elementos de rancho, vestuario y equipo y seis camiones, con los que regresé a Antofagasta.

Además conseguí que la dotación del contingente fuera duplicada y que se destinara un grupo de oficiales jóvenes como instructores.

Ese año se trabajó en construcciones, terminando la cocina para la unidad y la guardia, la que se instaló inmediatamente. La sala de guardia la había preparado el Teniente Dinator con el porcentaje de economía que quedó de las otras construcciones, por lo cual esta dependencia salió sin costo para el fisco.

Estos hechos significaron una felicitación del Comandante de la División, lo que era muy raro en él.

Nuevamente el regimiento formó con las tropas que desfilaron en las festividades patrias y, después del permiso de este mes, nos trasladamos a la oficina Chacabuco, para el período de instrucción de terreno, y allí en esa zona estuvimos todo el mes de octubre.

MANIOBRAS EN EL NORTE

A nuestro regreso comenzamos a preparar las maniobras de la División, correspondientes al final del año.

Prácticamente en quince días la unidad había preparado todos sus medios para salir a estos ejercicios y no encontré ninguna observación en las revistas que pasé a las unidades fundamentales y a los oficiales. Sin embargo, como había que disponer de fondos para la "Pascua del Soldado", preparé una gira de una semana a la ciudad de Tocopilla y a los campamentos de María Elena y Pedro de Valdivia. En esta gira el personal hacía presentaciones en público de coro, gimnasia, lucha romana, competía en deporte, etc., y se cobraba la entrada, con lo cual recolectamos los fondos necesarios para el regimiento y le pasamos algunos dineros al Cuartel General de la División para celebrar su Pascua.

En esta oportunidad, y como había participado el año anterior como Comandante del Partido "azul", donde me fue muy bien, el General Martínez me agregó al cuartel general de maniobras, donde lamentablemente sólo estuve una semana, por cuanto sufrí una intoxicación al parecer con algún marisco añejo, y fui trasladado al hospital de María Elena. Allí permanecí casi todas las maniobras, siendo luego evacuado a la ciudad de Antofagasta. Posteriormente se salió a vacaciones.

Durante los días de permiso visitamos con la familia Calama y luego San Pedro de Atacama, lo que permitió a los niños cambiar de clima y de ambiente.

En 1963 iniciaba el tercer año al mando del regimiento, y poco a poco efectuaba más construcciones y ubicaba nuevas instalaciones para mejorar el confort de la unidad.

Creo que ese año fue más provechoso que los anteriores. Se realizó una profunda instrucción y por otra parte pude desarrollar una agradable vida con el personal civil de la ciudad. El año 1961 había asumido el cargo de Director del Instituto Chileno de Cultura Hispánica de la ciudad de Antofagasta y me tocó atender al Embajador de España en Chile, que efectuó una visita de cortesía a la ciudad. Este contacto me permitió reunirme con la colonia española residente en Antofagasta y compartir momentos muy gratos.

Se aproximaban las elecciones. Hice preparar a la unidad con instrucción de desempeño del personal en estos actos. Cuando en marzo de 1963, por el Boletín N° 11, fui designado Jefe de Fuerza en Pedro de Valdivia con motivo de la elección de regidores del 7 de abril de ese año, la unidad estaba en óptimas condiciones para cumplir su misión.

Mi último año de Comandante del Regimiento culminó con las maniobras, pero ahora participando en el Cuartel General de la Dirección de Maniobras.

La concentración de la División la hicimos en los alrededores de Quillagua, y los comandantes andábamos con pantalón gris y camisa perla. Mi carpa en esa oportunidad la ubiqué en el valle del Loa y adelantada hacia el norte, mientras que mis colegas comandantes se quedaron en la localidad. Un día, durante la preparación de la maniobra, no encontraron nada mejor para hacerme una broma que comunicar por uno de los ayudantes que al día siguiente todos los comandantes debían concurrir vestidos de combate y con casco de acero. Como estaba con mi carpa distante de ellos, no les pregunté nada sino que cumplí la orden y, al día siguiente, me presenté al lugar de reunión tal cual decía la orden. Ellos se estaban burlando de mí cuando apareció el General Martínez que a mí me felicitó por mi espíritu militar y a ellos los observó por vestir tan liviano.

Con las exigencias de la división para las maniobras también era pavor el que tenían al Comandante en Jefe, General Martínez. Un comandante se las arregló para eludirlo durante toda la maniobra. Cuando el General llegaba a su puesto de mando,

siempre recibía la misma respuesta: "Mi General, mi Comandante XX está en el cerro tal". El General partía hacia ese cerro y al llegar al lugar indicado, el comandante nuevamente se había ido a otro lugar. En esa forma pasó gran parte de la maniobra.

En otra ocasión, estábamos arbitrando el puesto de mando de un comandante, cuando el centinela que estaba en lo alto de un cerro avisa que viene una columna adversaria en esa dirección, por el polvo que se levantaba, y que estaría en 30 minutos más rodeando el puesto de mando. "Resuelva, comandante", le dijo el jefe de árbitros. Resolución: "Quemar toda la documentación antes que caiga en poder del enemigo", contestó, y como lo dijo lo hizo. Sin embargo, cuando estaba la columna más cerca se dio cuenta de que eran sus propias tropas, pero ya los documentos estaban quemándose en una gran pira. Ahora bien, se sabía que el general al final del ejercicio iba a revisar toda la documentación tramitada en la campaña, por lo cual no le quedó otra cosa al comandante afectado que poner a trabajar a todo el personal de dactilógrafos de su cuartel general copiando las órdenes enviadas a las unidades dependientes.

Al regreso de las maniobras, pedí nuevamente permiso para efectuar la gira por Tocopilla-María Elena y Pedro de Valdivia, lo que fue autorizado. Así obtuvimos, como en el año anterior, los fondos necesarios para realizar una hermosa Pascua del Soldado.

Muy cerca de la fiesta del Año Nuevo, a la cual asistía toda la guarnición, me llegó un telegrama en el que se me comunicaba que se encontraba en trámite mi destinación a la Academia de Guerra como Subdirector.

CAPITULO VI

EL REGRESO A LA ACADEMIA DE GUERRA

A nuestra llegada a Santiago con la familia, en los primeros días de febrero de 1964, no nos fue posible instalarnos en la nueva casa de Laura de Noves, debido a que aún estaban bastante atrasados los trabajos de su construcción. Por esta razón nos establecimos en la antigua casa de Avenida Ortúzar, que también necesitaba recibir trabajos de mantenimiento, ya que los arrendatarios no la repararon y dejaron que los deterioros avanzaran a extremos lamentables. Los ajustes se realizaron en poco tiempo y antes de tres semanas la ocupamos, pero las obras seguían su curso.

Días después de acomodarnos en la casa de Avenida Ortúzar, en la segunda quincena del mismo mes, fui a presentarme al Coronel Director don Juan Forch Petit, de quien había sido compañero en los tiempos que serví como teniente en la Escuela Militar. La recepción fue muy cordial. Me invitó a recorrer la Academia. Observé que todo estaba igual que cuando servía como alumno y luego como profesor, salvo un edificio de departamentos para las familias de los oficiales alumnos que se ubicaban en la parte posterior del Instituto y cuya salida daba a la calle García Reyes. Con cierta ironía me señaló cuál era la oficina del subdirector. Me encontré con una pieza oscura, con una pésima iluminación. Después de este recorrido me presentó al subdirector que se iba y me entregaba el cargo, el Teniente Coronel Manuel Torres, de quien era amigo de nuestros tiempos de cadetes en la Escuela Militar. Por ser de diferentes armas, no nos habíamos encontrado ningún año antes en la carrera. Este encuentro nos recordó tiempos idos. El entregaba la Subdirección de la Academia a un viejo camarada y luego pasaba a comandar el regimiento de artillería Maturana.

Después de una larga y orientadora conversación con el Comandante Torres y de satisfacer éste mis inquietudes, almorzamos juntos en el casino y en la tarde me entregó las Directivas que iban a regir ese año, y los reglamentos. Quedamos también de acuerdo en proponer al Director la posibilidad de asumir el cargo a la semana siguiente para completar mi acomodación en la casa de Avenida Ortúzar, lo que fue aceptado por el Coronel Forch.

Durante esos días me dediqué a estudiar las Directivas, los reglamentos y todo documento de interés para orientarme de la marcha de la Academia. A partir del último lunes de febrero me recibí de mi puesto de Subdirector del Instituto.

En los primeros días de marzo se iniciaron las actividades con una solemne ceremonia en el patio cubierto, donde asistían todos los alumnos y profesores del instituto. Allí el Coronel Forch presentó a los nuevos oficiales que llegaban al Instituto y despidió a los que salían destinados. Posteriormente hubo un almuerzo de despe-

dida y de recepción en el Club Militar, donde se entregaron a los oficiales destinados algunos recuerdos de su paso por el Instituto.

EDUARDO FREI ELEGIDO PRESIDENTE

Posteriormente me recibí como profesor militar del I, II y III año del curso regular de Estado Mayor en las asignaturas de Geografía Militar y Geopolítica. Las clases se desarrollaron en forma normal hasta el período de elecciones presidenciales, en septiembre de 1964. Yo permanecí en la Academia, mientras los oficiales alumnos y algunos profesores en gran número recibieron la misión de desempeñarse como Jefes de Fuerza en diferentes lugares del país, lo cual significó una interrupción de diez días en las clases. Salió elegido Presidente de la República el señor Eduardo Frei, quien en noviembre asumió la Primera Magistratura. Con tal motivo hubo numerosas reuniones sociales y ceremonias con la concurrencia de las delegaciones de países amigos que habían venido al acto de transmisión del mando.

Para los efectos de estas actividades me designaron como ayudante del Comandante en Jefe del Ejército de Colombia, Mayor General don Jaime Fajardo Pinzón. En algunas oportunidades anteriores me había correspondido estar junto a él, durante su permanencia como Agregado Militar de Colombia en Chile. Como aquí había dejado numerosos amigos y siempre había mostrado gran afinidad con la oficialidad chilena, recibió numerosas invitaciones que no le dejaron un instante libre.

Los días que me correspondió esta actividad con el General Fajardo me permitieron conocer a numerosas personalidades nacionales y extranjeras. Asimismo, en mi calidad de ayudante, me tocó asistir a la fiesta que se dio en el Palacio de la Moneda, debido al cambio de mando. En esa oportunidad vi a numerosos Generales del Ejército en retiro que habían ingresado al Partido Demócrata Cristiano y que ahora, vistiendo de etiqueta, celebraban el gran logro.

Con el cambio de Gobierno se produjo en el Ejército el retiro de numerosos oficiales, entre ellos el del Comandante en Jefe. Por tal motivo, junto con lamentar su salida, efectuamos una ceremonia en reconocimiento a su persona, el 29 de octubre de 1964 en la Academia de Guerra, lugar donde se expresó el agradecimiento por la labor que el señor General don Oscar Izurieta había desempeñado durante diez años como profesor en el Instituto.

A esta ceremonia fueron invitados los Ex Directores del Instituto, y profesores que sirvieron junto al General Izurieta, el Director de Instrucción del Ejército y numerosos jefes de la Institución.

LUTO POR VIETNAM

Durante el año se realizaron cuatro juegos de guerra estratégicos continuados, lo que nos obligaba a alojar en el Instituto. A pesar del sacrificio que ello significaba, nos daba una experiencia extraordinaria en el mando y conducción de grandes unidades.

En diciembre recibí la misión de viajar como jefe del curso III año de la Academia de Guerra, que como delegación debía efectuar una visita de 30 días a Estados Unidos en un viaje considerado de orientación y conocimiento del Ejército de esa nación.

El viaje se inició el 14 de enero, saliendo desde Pudahuel. Hicimos un intenso recorrido por la parte Este y Centro de los Estados Unidos, visitando numerosas instalaciones militares. La experiencia que se obtuvo fue muy provechosa, no sólo por el conocimiento del nuevo material bélico que había aparecido y su empleo,

sino que por las visitas que efectuamos a las diferentes ciudades. En esos días Estados Unidos luchaba intensamente en Vietnam. En muchas de mis intervenciones, con motivo de reuniones o comidas, hice presente el valor del soldado norteamericano, que combatía por la democracia. En una ocasión que pasamos por una ciudad observé que en varias cuadras las casas tenían banderas a media asta, lo que significaba la pérdida de un ser querido en la lucha contra el comunismo. Me detuve en una casa y le pedí al intérprete que me permitiera bajar del vehículo y pasar a una residencia donde me atendió una dama de edad, cuyo nieto había caído en la lucha. Le di un sentido pésame en nombre de los oficiales chilenos y ella me abrazó y me agradeció.

En Fort Leavenworth nos atendieron con especial deferencia tanto los alumnos chilenos como sus padrinos. Visité la ciudad de Dallas, en compañía del Coronel Harold Frindell, a quien había conocido con anterioridad en la misma ciudad. En esta visita tuve ocasión de apreciar el crecimiento y desarrollo de esta ciudad.

Después de permanecer treinta días en Estados Unidos, regresamos a Chile con la sensación positiva de que si nuestro país tenía defectos, también tenía una gran capacidad para un desarrollo sostenido en todos los rubros económicos y sociales. Esta materia la analizamos intensamente después en clase de Geopolítica. Asimismo, señalábamos que era necesario paliar nuestra forma de "faja", que no nos permitía un desarrollo armónico, por un sistema regional o sectorial.

Antes de viajar a Estados Unidos había sido nombrado nuevo Director de la Academia de Guerra el Coronel don Tulio Marambio Marchant, Jefe por quien tengo especial afecto y aprecio por sus dotes docentes y sus especiales condiciones humanas.

El año 1965 fue un período de intenso trabajo en el Instituto. Durante los meses de clases se desarrollaron cuatro juegos de guerra, que, al igual que el año anterior, duraban tres días seguidos, lo que era bastante sacrificado, pero, como he dicho, nos dejaba tanto a profesores como alumnos enseñanzas en la conducción de grandes unidades, especialmente en el rodaje de los cuarteles generales.

En el mes de noviembre el General don Tulio Marambio fue designado, por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Asesor Militar del Grupo de Reconciliación para la India y Pakistán. Por tal razón quedé a cargo del Instituto y las ceremonias de fines de año se llevaron a efecto bajo mi mando. Mantuve la dirección de la Academia de Guerra en calidad de subrogante hasta el mes de marzo de 1966.

El 12 de enero de 1966 se nombró al Coronel Alfredo Mahn nuevo director de la Academia, asumiendo éste el mando del instituto en el mes de marzo, junto con el regreso del General Marambio.

Ese año, en el mes de mayo de 1966, quedé nuevamente a cargo de la Academia de Guerra mientras el Director se integraba al curso de Alto Mando entre el 21 de junio y el 27 de julio de 1966.

En el mes de diciembre el Coronel Mahn viajó a cargo del curso de la Academia de Guerra a Estados Unidos, al igual que el año anterior, en una visita de orientación, quedando el Instituto bajo mi mando hasta el regreso del viaje de estudios.

En el mes de abril de 1967 nuestro Coronel Director ascendió al grado de General de Brigada, y continuó a cargo del Instituto.

Ese año 1967 se desarrollaron las actividades en forma normal. En el mes de julio salió mi ascenso a Coronel, pese a que la fecha de ascenso era el 22 de enero de 1966. El problema se había producido en el Senado, donde algunos senadores me confundían con el Coronel Manuel Pinochet, que había estado en las minas de El Salvador y había tenido que afrontar una situación que lo había obligado a poner mano dura.

En el año 1967 la vida de la Academia transcurrió en forma normal. Ese año le propuse al General Director arreglar el subterráneo y la sala de juegos de guerra, lo que fue aceptado. De inmediato dispuse los trabajos, que terminaron a fines de febrero de 1968.

En septiembre fui nombrado Edecán Militar del Ministro de Defensa Nacional del Ecuador, don Agustín Febres Cordero, con motivo de su visita oficial al país desde el 15 al 23 de septiembre de 1967. Esto me permitió tener muy buenas relaciones con esta autoridad ecuatoriana y terminamos siendo excelentes amigos.

25 AÑOS DE CASADOS

A fines del año nuevamente fui nombrado jefe de la delegación del III año del curso regular para participar en el viaje de orientación y conocimiento en Estados Unidos. Viajamos el 9 de enero de 1968 y regresamos treinta días más tarde.

Como ese año cumplíamos con mi esposa 25 años de casados, la invité para que viajáramos juntos a Estados Unidos. En esa oportunidad, y cuando me lo permitía el tiempo, lo aprovechamos con mi esposa para recorrer y conocer el mayor número de centros culturales y artísticos importantes norteamericanos. Asimismo, cuando viajamos a Washington mi esposa dedicó días enteros a visitar museos y bibliotecas, en compañía de la familia Huerta. A nuestro regreso recordábamos felices los gratos días que habíamos pasado y agradecíamos el afecto de nuestros amigos Huerta, que hasta tuvieron la amabilidad de invitarla a quedarse en la capital de Estados Unidos mientras yo cumplía con un viaje al centro del país.

A mi regreso de Estados Unidos me encontré con que se había cambiado al Director de la Academia de Guerra por un compañero de curso de la Escuela Militar a quien mucho aprecio, pero no podía aceptar que después de ser Subdirector me pusieran un Director de mi misma promoción de la Escuela Militar. Me limité a hacer presente esta situación a mis superiores. Como no obtuve nada, estaba dispuesto a retirarme, pero en esta circunstancia el nuevo Comandante de la II División de Ejército en Santiago, General de Brigada Alfredo Mahn, me llamó a su oficina para ofrecerme el puesto de Jefe de Estado Mayor del Cuartel General de la II División, lo que acepté con agrado.

Nuevamente el destino me sacaba de un lugar que bien pudo ser el fin de mi carrera, como le sucedió al Director, pues ese año los oficiales de la Academia presentaron su renuncia por la situación de angustia que se vivía debido a las bajas remuneraciones, y la Superioridad, más adelante, haría responsable a este Director de tal acto. Muchas veces he pensado que, de haberme quedado yo allí, habría sido posiblemente afectado en el ascenso a General.

Cumplí con mi destinación de Jefe de Estado Mayor del Cuartel General de la División, pero antes, en el mes de marzo, preparé el curso de Post Graduados que se desarrolló voluntariamente y luego, en la Academia de Guerra, entregué mi puesto al Teniente Coronel Agustín Toro y comencé a desempeñarme como Jefe del Estado Mayor de la II División de Ejército.



La Delegación que viaja como Instructores a la República del Ecuador se despide de S.E. el Presidente de la República en el año 1956.



Viaje a Ecuador con la familia en el año 1956



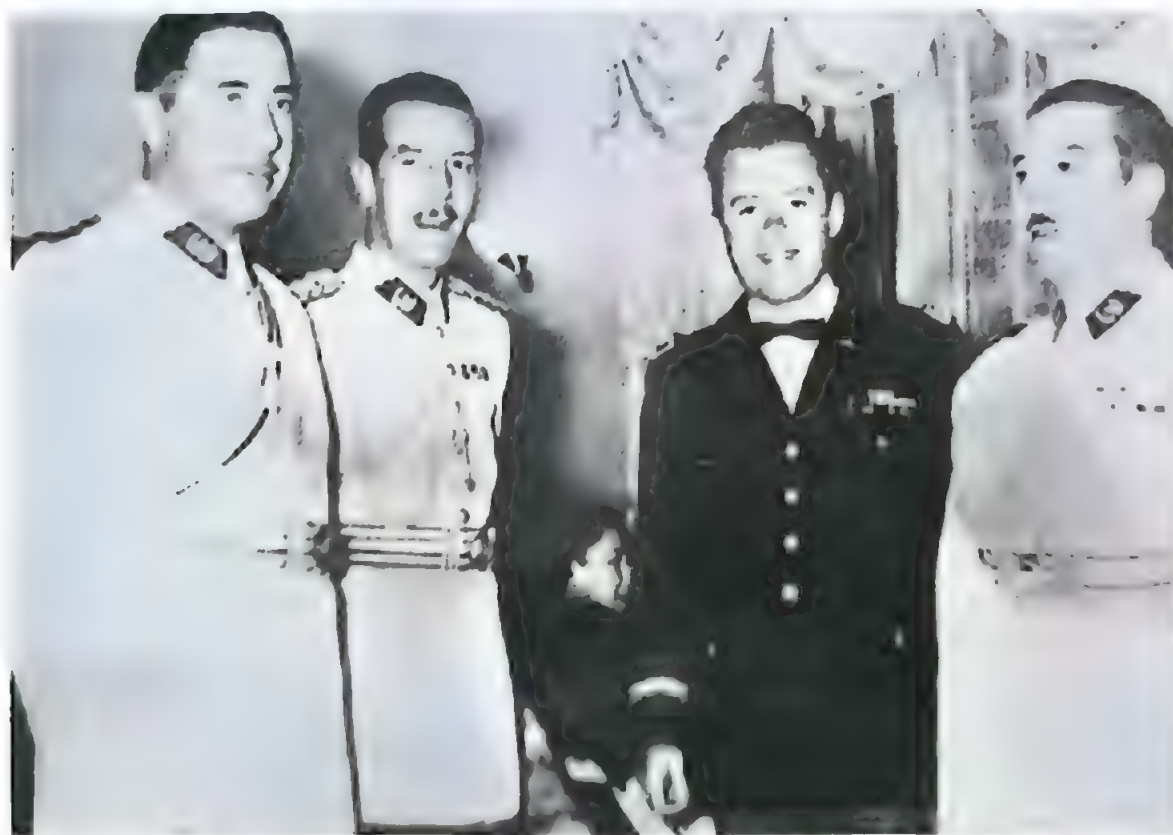
Con el Presidente de Ecuador, don José María Velasco Ibarra.



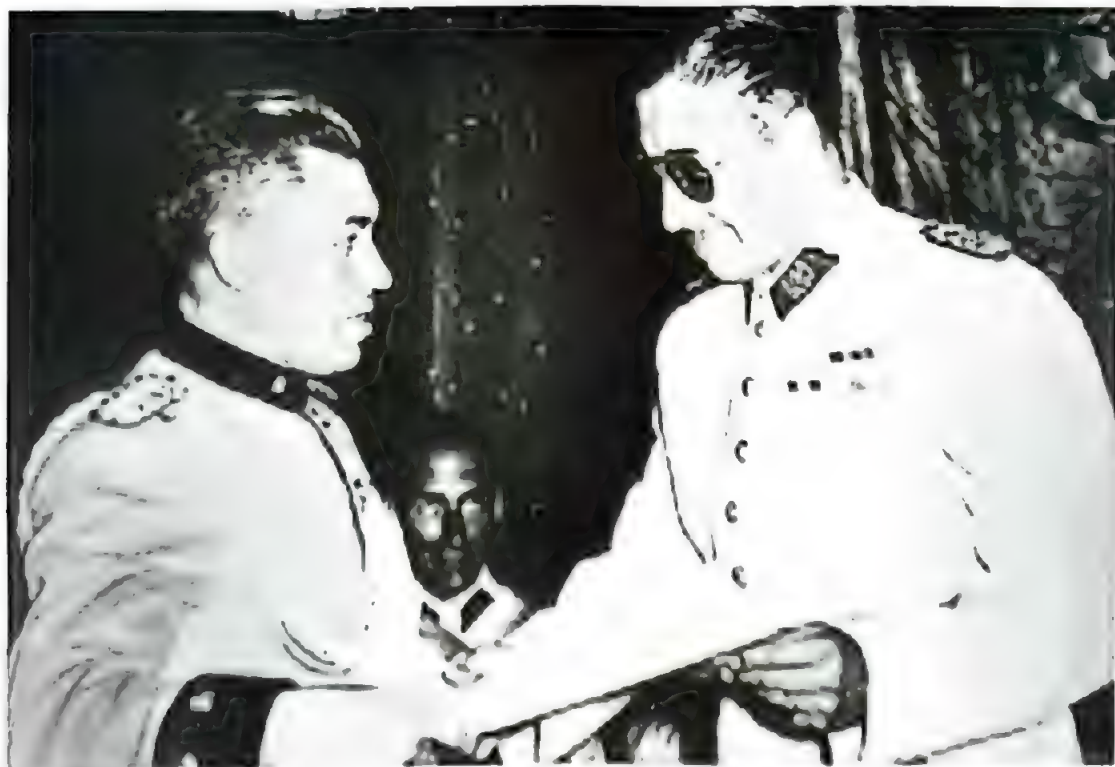
En Nueva York en el
año 1957.



En Fort Benning en el
año 1957.



Con el Coronel Mac Millen del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica
en Quito, Ecuador, en el año 1957.



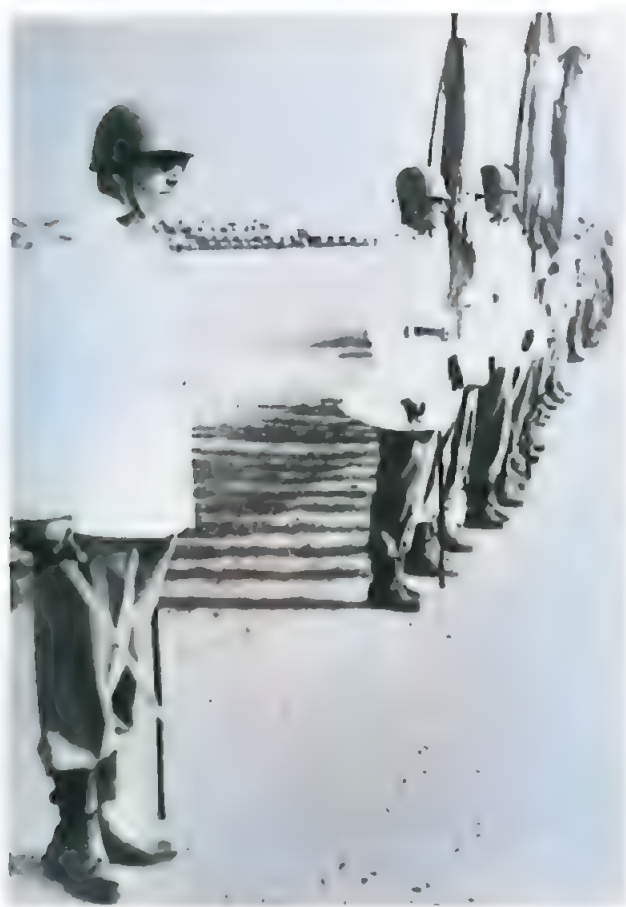
En la repartición de premios y nombramientos de profesores en la Academia de Guerra del Ecuador en el año 1958.



Como Comandante del Regimiento felicita al SOF. Polanco por su destacado desempeño en los trabajos del Regimiento de Infantería Motorizado N° 7 "Esmeralda" en el año 1961.



Como Comandante del Regimiento felicita a tres Suboficiales del Regimiento de Infantería Motorizado N° 7 "Esmeralda" en el año 1961.



Gran Parada Militar en Antofagasta en los terrenos del norte de Antofagasta en el año 1962.



En el Cuartel General de la I División de Ejército en las maniobras de Sierra Gorda - río Loa, en el año 1962.



Como Comandante del Regimiento de Infantería Motorizado N° 7 'Esmeralda' comenta la conferencia sobre 'Asalto y Toma del Morro de Anca', en el año 1962



Matrimonio de una pariente en el año 1963.



Reunión social en un hotel de Antofagasta en el año 1963.



Como ayudante de la delegación colombiana que asistió a la transmisión del mando al Presidente Frei en el año 1964.



En compañía de la delegación colombiana a la transmisión del mando al Presidente Frei



Con la delegación colombiana a la transmisión del mando al Presidente Frei.



Reunión social con el Comandante de la I División de Ejército



Como Subdirector de la Academia de Guerra.



Visita a Fort Benning en el año 1965.



En la Escuela de Artillería del Ejército de Estados Unidos de Norteamérica
en el año 1965.



Como Subdirector de la Academia de Guerra.

CUARTA PARTE

EN EL ALTO MANDO

CAPITULO I

JEFE DEL ESTADO MAYOR DE LA II DIVISION DE EJERCITO

Grande era el desafío que significaba ser el Jefe del Cuartel General de una División tan importante como la II División de Ejército, Unidad Operativa que cubre desde La Serena a San Fernando y tiene la mayor cantidad de unidades tácticas. A fines de febrero fui despachado de la Academia de Guerra, y de inmediato asumí el cargo con el estudio de la programación de los trabajos divisionarios que se realizarían durante el año 1968.

DESCONTENTO EN LAS FUERZAS ARMADAS

A los pocos días de estar en el puesto se me designó como alumno del curso de Alto Mando en la Academia de la Defensa Nacional, actividad que se iniciaba el 27 de mayo y que terminaba el 30 de agosto de 1968. Todo ello sin perjuicio de continuar como profesor de la Academia de Guerra en la asignatura de Geografía Militar y Geopolítica, y con las obligaciones que me imponía la Jefatura del Estado Mayor de la División, lo cual constituía una fuerte carga de trabajo, que absorbí con entusiasmo y esfuerzo personal.

Durante los días que restaban del mes de febrero me dediqué a la preparación de la Directiva Anual de la División para ese año, documento que fue aprobado íntegramente por el General Mahn, y luego preparé algunos antecedentes para presentarme al curso en la Academia de la Defensa Nacional. Mientras realizaba esta actividad, a principios del mes de mayo, se produjo un repentino cambio en el Alto Mando del Ejército que a todos nos causó una gran sorpresa, ya que la mayoría del personal que trabajaba en el edificio del Ministerio de Defensa no tenía conocimiento ni siquiera había escuchado rumores de las causas que produjeron estos inesperados reemplazos en la cúpula del Ejército.

Uno de estos cambios afectó al mando de la II División, por cuanto el general Mahn fue destinado como Comandante General de Guarnición Militar y en su reemplazo fue nombrado como nuevo Comandante de la II. División el General de Brigada René Schneider, quien, después de hacerse cargo del puesto, reunió a los oficiales y manifestó que aprobaba todo lo realizado por su antecesor.

A este nuevo Comandante en Jefe de la División lo había conocido en la Escuela Militar como Teniente y siempre habíamos mantenido excelentes relaciones de amistad y en el servicio. Su nombramiento fue para mí un motivo de confianza, sin que por ello dejara de lamentar el alejamiento del General Mahn, jefe con quien habíamos congeniado ampliamente desde la Academia de Guerra durante más de dos años, cuando él era Director y yo Subdirector; diariamente almorzábamos juntos, oportunidad que aprovechábamos para intercambiar ideas sobre trabajos a desarrollar en el Instituto.

El día 2 de marzo supe que en el Ministerio de Defensa Nacional y en los de Hacienda y Economía se habían producido sustituciones que afectaban a los jefes de esas carteras, confirmándose el resto de los ministros en sus respectivas áreas.

En la Cartera de Hacienda quedó como titular el señor Andrés Zaldívar, que se desempeñaba como biministro; en Economía, el señor Juan de Dios Carmona, y en la cartera de Defensa asumía el General (R) Tulio Marambio.

Posteriormente se supo que este cambio ministerial obedecía a que los oficiales alumnos de la Academia de Guerra habían presentado su renuncia al empleo, entregando a manos de la Superioridad sus respectivos cargos. Ello porque la situación económica era pésima, como la de todos los miembros de las Fuerzas Armadas y de Carabineros.

La reacción que produjo este grupo de oficiales en el Alto Mando hizo recapacitar al Gobierno, que, para apaciguar los ánimos, nombró en Defensa a un General de Brigada, Tulio Marambio, que era muy conocido, apreciado y respetado por la gran mayoría de la oficialidad del Ejército, no sólo por sus condiciones de maestro, sino que también por su calidad humana. Debo expresar que a pesar de las diferencias de opinión que pudimos haber tenido durante los últimos años, siempre guardo para este General un gran afecto y confío en que algún día él comprenderá mi posición.

A su vez, este hecho trajo serias repercusiones en el Alto Mando del Ejército, ya que, al nombrarse como nuevo Comandante en Jefe de la Institución al General de División don Sergio Castillo Aránguiz, que se desempeñaba en esos momentos como Jefe de Institutos Militares, obligaba al General de Ejército Luis Miqueles a pasar al retiro, lo que realizó en forma muy digna; jamás se le escuchó alguna expresión de inconformidad.

Este retiro, a su vez, trajo como consecuencia el abandono de las filas de la Institución, pasando al retiro, de los Generales de División Jorge Quiroga, René Cabrera y Rodolfo Abé.

Una de las primeras actividades que dispuso el nuevo Ministro de Defensa, General Marambio, fue una reunión con toda la oficialidad de Santiago en la Academia de Guerra. Allí expuso que él, como soldado, buscaría y solucionaría los problemas económicos que sufrían los integrantes de las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros, pero para ello necesitaba un período de 90 días, con el fin de estudiar, actualizar y dictar una nueva reglamentación destinada a mejorar las rentas de los miembros de las Instituciones. Los oficiales escucharon al General y al retirarse de la sala se manifestaron conformes con lo que había expresado; esperarían el tiempo que les pedía el nuevo Ministro.

A fines de mayo entregué y delegué algunas de mis funciones en el Jefe de Operaciones del Cuartel General y preparé mis antecedentes para ingresar al curso de Alto Mando, que se iniciaba el 27 de mayo.

Las clases de este curso se desarrollaban a base de conferencias que dictaban diferentes personalidades del gobierno o de las universidades. Las materias eran analizadas y discutidas por los alumnos. Durante el tiempo que estuve en dicho curso no podía dejar de concurrir como Jefe del Cuartel General de la División y continué trabajando en las tardes en las oficinas del Ministerio de Defensa.

También me correspondió en el desarrollo del curso tener la oportunidad, en mi calidad de profesor de Geopolítica de la Academia de Guerra, dictar una conferencia sobre esta interesante cátedra a todos los oficiales del curso de Alto Mando. La disertación versó sobre los fundamentos de la Geopolítica en su aplicación a Chile, materia muy extensa, lo cual me obligó a efectuar un resumen sin perder el fondo de las materias que comprende dicha ciencia. Ello me valió una felicitación del Director de la Academia y del Jefe del Curso.

El 30 de agosto de ese año se dio término al curso, y los oficiales alumnos fueron despachados como tales para reintegrarse a sus puestos. Por tal razón, al día siguiente asumí como Jefe del Estado Mayor Divisionario e inicié las actividades inherentes al cargo con los preparativos que la División realizaba previamente para participar en la Gran Parada Militar del 19 de septiembre. Cinco días antes tuve la oportunidad de pasar la Revista Preparatoria a todas las unidades de la guarnición de Santiago y luego efectuar la "crítica" a los mandos de ellos, en el regimiento Tacna. Después de esta actividad la División se preparó en detalle y se presentó en forma intachable en la Gran Parada del 19 de septiembre de 1968.

Una tarde de octubre me encontraba en mi despacho de la Jefatura de la División cuando un grupo de oficiales de la Academia de Guerra pidió conversar conmigo. Era para decirme que fuera ese día a votar al Club Militar, pues yo encabezaba la lista de los candidatos para la Vicepresidencia de esta institución, y que numerosos oficiales ya habían votado por mí y en los tres días había llegado a ubicarme a la cabeza de la relación de los propuestos. Como esa tarde era el último día, postergué otras actividades y concurrí al Club Militar. Posteriormente se me informó que la idea había nacido de mis ex alumnos en la Academia de Guerra, que sin decirme habían hecho la campaña y querían entregarme así su adhesión y afecto. De tal manera pasé a formar parte del Directorio del Club, junto a oficiales distinguidos de nuestro Ejército que desarrollaban una gran labor para mejorar las condiciones del Club.

Más adelante, el día 8 de octubre, en elección interna del Club, fui nombrado Presidente del Departamento de Extensión Cultural del Club Militar, nuevo cargo que asumí con gran entusiasmo.

LOS "ROJOS" CONTRA LOS "AZULES"

A principios de noviembre, el Estado Mayor General nos comunicó que la unidad debía participar junto con la III División, la División de Caballería y el Comando de Institutos Militares, en los grandes ejercicios de fines de año, de acuerdo a lo dispuesto por el Alto Mando institucional. Desde ese momento toda la actividad de la gran unidad se volcó a la preparación de esas maniobras.

En las disposiciones del Estado Mayor General del Ejército se señalaba que en estos trabajos se realizaría un mando rotativo y que durante los ejercicios se combinarían la casi totalidad de los mandos en la mayoría de los escalones, con el fin de dar oportunidad, especialmente a los oficiales jefes, de practicar y adiestrarse en la conducción táctica de unidades de combate y operativas. Fue así como participaron un mayor número de comandantes en estas prácticas y se disponía para ellas de alrededor de 6 unidades operativas y 30 unidades de combate, con un número aproximado de 6.000 hombres.

El terreno donde se efectuarían las maniobras sería el comprendido entre los ríos Rapel y Mataquito, y del 16 al 28 de noviembre.

Al norte, en la zona de Rapel, se ubicaron las tropas "azules", que en esta primera fase serían mandadas por el Comandante en Jefe de la II División de Ejército, General René Schneider, con su Cuartel General, y que contaría con cuatro regimientos de infantería, uno de artillería, un regimiento de ingenieros y un grupo de caballería. En la segunda fase el General Schneider se cambiaría por el General de Brigada Camilo Valenzuela, manteniendo el resto de los oficiales y las tropas en su estructura. En la tercera fase nos cambiaríamos el General Valenzuela y yo, por un nuevo Comandante en Jefe y un nuevo Jefe de Estado Mayor. Los Jefes que entregábamos pasábamos a la Dirección de Maniobras hasta el fin de los trabajos.

Los movimientos de las tropas en que me correspondió actuar fueron los siguientes: el Comandante en Jefe de la Agrupación "azul", General de Brigada René Schneider, dispuso efectuar la concentración de las unidades tácticas en la zona Pueblo de Rapel - Navidad - río Rapel y luego efectuar una aproximación hacia el adversario tomando como eje la línea Pueblo de Rapel - Litueche - San Pedro y al mismo tiempo efectuar un envolvimiento con el grupo de caballería desplazándolo por los senderos de la costa hasta ir a caer al sur del pueblo de San Pedro.

En el primer día todo el desplazamiento se realizó sin novedad, pese a la acción de la aviación, que se mantuvo muy activa, lo cual obligó a tomar numerosas medidas que permitió a los árbitros constatar el grado de instrucción y alistamiento en la marcha para alcanzar con el centro de gravedad la zona de Litueche. En ese lugar le correspondió al General de Brigada Camilo Valenzuela tomar el mando de la división.

En la tarde llegó la nueva "situación de guerra" para la agrupación "azul". De inmediato se inició el trabajo del Estado Mayor de la División, para lo cual se pidió a los departamentos de "Inteligencia" y "Operaciones" conocer cuál era la situación propia y la del adversario que teníamos en ese momento.

A las 19 horas el Jefe de Informaciones entregó el "estado de situación del enemigo" conocido hasta esa hora. También el Jefe de Operaciones dio a conocer la situación de nuestras propias tropas, entrando de inmediato al análisis de la situación y proposiciones de cursos de acción.

A las 21 horas se llamó al puesto de mando a reunión de Comandantes de unidades, y se les señaló que, de acuerdo con las informaciones, las fuerzas "rojas" que se enfrentaban a los "azules" estaban organizadas en dos núcleos fuertes y que dejaban un centro muy débil.

La proposición que se hizo, y que fue aprobada por el nuevo Comandante en Jefe, era que la División debía aprovechar la situación existente en el frente de combate y efectuar un rompimiento en la dirección general del eje central del dispositivo. Aprobada la idea de "maniobra del rompimiento", ésta se llevó a efecto al día siguiente con pleno éxito, llegando nuestras tropas prácticamente hasta el mismo lugar del cuartel general "rojo", que fue atacado casi simultáneamente también por el grupo de caballería, que cayó como un rayo desde el oeste al este, produciéndose una fuga precipitada de las fuerzas enemigas.

Este gran éxito permitió a nuestro cuartel general desplazarse hacia el sur, instalándose en una cueva gigantesca de la localidad de "La Estrella". Este ocultamiento hacía prácticamente imposible a la aviación "roja" descubrirnos; aún más, los árbitros de maniobras nos buscaron casi toda la mañana y parte de la tarde para poder ubicarnos.

En la tarde de ese día nos llegaron informaciones confirmando el triunfo de los "azules", lo que causó una gran alegría entre todos los componentes del Cuartel General, felicitando a los Comandantes que cumplieron con la idea del rompimiento.

Al día siguiente fuimos reemplazados por los nuevos oficiales General de Brigada Manuel Pinochet y el Coronel Julio Canessa, que venían a tomar nuestros puestos en el mando de la Agrupación "Azul". Los oficiales del cuartel general fuimos despachados y enviados a Pichilemu, lugar donde estaba la Dirección de Maniobras, y quedamos a disposición de ella.

A la llegada al hotel de este balneario, nos asignaron nuestros alojamientos y el vehículo nos trajo la caja de campaña con nuestras pertenencias.

Después de ducharnos y cambiarnos de ropa, los oficiales del cuartel general "Azul" me invitaron a un asado en una casa cerca del pueblo, pues ese día yo estaba de cumpleaños. Fueron momentos de recuerdos y afecto, los que agradecí, sobre todo porque se habían acordado de esa fecha.

“USTED ASCIENDE A GENERAL DE BRIGADA”

Al día siguiente, en la mañana, me encontré en los comedores del hotel con el General Ministro de Defensa Tulio Marambio acompañado de otros generales. Después de saludarnos con mucho afecto y conversar un rato, me separó del grupo y me llevó a un lado para decirme: “Usted, Pinochet, asciende el próximo mes a General de Brigada”. Le agradecí emocionado la buena nueva y me retiré, guardando para mí esta gran noticia, ya que llegar a ese grado, que es el que uno más ambiciona en la carrera, constituye la enorme satisfacción de ver cumplido uno de los mayores anhelos.

Antes de regresar a la capital las unidades participantes efectuaron un gran desfile ante las autoridades. Pocos días más tarde se efectuó nuestro regreso a Santiago, y luego se desmovilizaron las unidades regresando cada una a sus cuarteles.

Dos días más tarde, en las oficinas de la II División se tuvo conocimiento de que nuestro Comandante en Jefe, el General de Brigada René Schneider, pasaba a mandar la V División, en Punta Arenas. A su vez, con fecha 17 de diciembre de 1968, el Jefe del Estado Mayor de la II División iba a mandar la VI División de Ejército de la Provincia de Tarapacá. Como aún yo no era General de Brigada, mi mando inicial era en calidad de interino, por ser aún Coronel.

Estas destinaciones dieron motivos para que en el cuartel general se organizaran numerosos actos de final de año y de despedida a los jefes destinados. A principios de enero de 1969 entregaba mi puesto de Jefe de Estado Mayor y preparaba mi viaje al norte.

El 23 de enero viajé a la ciudad de Iquique por tierra, en un vehículo nuevo recién entregado al Comandante de la VI División. Me acompañaba en este viaje mi hijo Augusto, que como Oficial de Material de Guerra podía solucionar cualquier problema en el viaje.

A nuestra llegada nos esperaba el General Kurt von Hagen, a quien le pedí que mantuviera reserva sobre mi llegada y que no me presentara a nadie, pues quería primero orientarme observando desde afuera todas las actividades que se realizaban en la ciudad de Iquique y en los pueblos vecinos.

Aproveché esos días para imponerme en detalle del funcionamiento de la unidad en la Guarnición de Iquique como en la de Arica. Visité todas las diferentes instalaciones de la División y escuché de muchos lo bueno y lo malo que había en sus actividades, las necesidades pendientes y las soluciones que eran necesario adoptar. De todo ello tomé debida nota.

El 28 de enero de 1969, en el patio del Regimiento “Carampangue”, recibí el mando de la VI División de Ejército en una sobria ceremonia; en ella también se despidió del personal el General de Brigada General Kurt von Hagen.

En ese momento se iniciaba una nueva fase en mi carrera, al tomar el mando, en la zona norte, de tan importante unidad operativa mayor. Esto me imponía una serie de trabajos que debía desarrollar en la Provincia de Tarapacá y una revisión total de la planificación de guerra, de acuerdo con los planes que me había entregado el Estado Mayor General del Ejército antes de mi partida.

Después de la despedida que se le efectuó al General de Brigada Kurt von Hagen y señora, nos dedicamos de lleno a nuestras funciones castrenses.

Asimismo le avisé a mi mujer la fecha que iría a buscarla a Santiago para traerla a Iquique.

Nuestro deseo era viajar por mar desde Valparaíso al norte. El buque que elegimos, el "Verdi", de bandera italiana, no se detenía en Iquique, sino que desde Antofagasta llegaba a Arica.

Nuestro viaje en el "Verdi" duró tres días, lo que fue un buen descanso.

En Arica desembarcamos, y como allí nos esperaba el vehículo, nos dirigimos por carretera a la residencia en la que yo estaba instalado.

CAPITULO II

PRIMER AÑO AL MANDO DE LA VI DIVISION DE EJERCITO

Como he expresado anteriormente, estuve unos días en Iquique antes de recibirme de la unidad, sin aparecer ni mostrarme, con lo cual pude imponerme desde afuera de numerosos problemas y del acontecer en las actividades de las unidades de la División.

Después de visitar el Fuerte Baquedano, en la pampa, inspeccioné el edificio donde funcionaba el Cuartel General de la División, encontrándome con la sorpresa de que allí el segundo piso se ocupaba como casa habitación del Jefe de Estado Mayor del Cuartel General, lo que era un problema para el buen funcionamiento de los departamentos. Afortunadamente el problema se solucionó, pues en esos días entregó el puesto y las dependencias.

Luego visité el total de las unidades, pasando una detallada revista de dependencias y documentación. Al final de las visitas se redactó un documento con todas las observaciones que se habían encontrado. Las unidades que conformaban la Gran Unidad eran:

- **Regimiento de Infantería N° 5 "Carampangue"**, mandado por el Teniente Coronel Jorge Lazo. Edificio de antes de la guerra de 1879 y que se mantenía a costa de pintura y reparaciones.
- **Regimiento de Telecomunicaciones N° 6 "Tarapacá"**, mandado por el Teniente Coronel Fernando Fernández Pérez. Era el más nuevo de la División junto con el Batallón Logístico. Sus construcciones más modernas estaban afectadas por el aire nocivo.
- **Batallón Logístico N° 6 "Pisagua"**, mandado por el Mayor Rafael Vargas Leiva. Esta unidad disponía de una farmacia receptora de todos los medicamentos obsoletos. Ordené que se cerrara y se llegara a algún acuerdo con alguna farmacia de Iquique para la venta de medicamentos.
- **Regimiento Blindado N° 1 "Granaderos"**, mandado por el Coronel Hernán Hiriart Laval, que un mes más tarde entregó al Teniente Coronel Adrián Ortiz. El más señorial de los edificios frente a las playas de Cavancha, al igual que el "Carampangue", se mantenía a base de pintura y parches. Ordené que la unidad quedara con el Fuerte Baquedano y se enviara la totalidad de los vehículos blindados a este lugar.
- **Regimiento de Artillería N° 6 "Dolores"**, mandado por el Teniente Coronel Luis Daniel Concha Martínez, quien posteriormente le entregó el mando al Teniente Coronel José Domingo Ramos.

Esta unidad conservaba los restos de los edificios antiguos que no se habían expropiado para levantar nuevas construcciones. Se mantendrían los artilleros en su lugar mientras se construía un nuevo cuartel para ellos.

Una semana después de recibirme de la División, viajé por tierra a la ciudad de Arica, para visitar el Regimiento de Infantería N° 4 "Rancagua", mandado por el Coronel Manuel Castillo, el que posteriormente entregó el mando al Coronel Agustín Toro Dávila y él quedó como jefe del Estado Mayor del Cuartel General de la División. En esa oportunidad resolví que una de las casas de oficiales que estaba desocupada quedara para el exclusivo uso y alojamiento del Comandante en Jefe de la División, por razones de mayor seguridad y para evitar el gasto de hotel.

Aproveché también esos días para saludar al Gobernador de Arica, mi querido amigo el General don Adrián Barrientos Villalobos, de quien había sido su ayudante en la Escuela Militar el año 1945 y que ahora había sido designado por el Presidente Frei en ese puesto tan importante en el norte.

En esa misma semana visité el poblado de Putre, en el interior de Arica, con el fin de estudiar la posibilidad de llevar una unidad del "Rancagua" a ese lugar.

Terminadas las inspecciones a las unidades, procedí a saludar a las principales autoridades de la provincia, iniciando las visitas por el Intendente de Tarapacá, don Luis Jaspard da Fonseca. Visité también al Alcalde Jorge Soria, marxista disfrazado de socialista, y al Presidente de la Corte de Apelaciones, mi apreciado y buen amigo Ministro don Jaime Chamorro, quienes posteriormente me devolvieron la visita en el Cuartel General de la División. Con ello se cumplía el aspecto social y de protocolo. También en esos días recibí la visita de antiguos amigos iquiqueños.

Se inició luego un intenso trabajo de preparación de los documentos directivos y ejecutivos para las actividades que debía desarrollar la unidad operativa durante el año 1969, y de cuya elaboración me preocupé personalmente, ya que aún no se presentaba mi Jefe del Estado Mayor del Cuartel General de la División, el Coronel Manuel Castillo, que había recibido su traslado de Arica a Iquique.

Entre los trabajos que dispuse, se le dio a un grupo de oficiales jefes la misión de preparar la "Historia de la División" y organizar para el fin de año un concurso sobre esa materia, otorgándose al primer y segundo puestos un premio en dinero y un objeto de arte al tercer puesto.

En esos primeros días de febrero recibí una comunicación del Comando en Jefe del Ejército, en la cual se me informaba que estaba nombrado Jefe de Fuerza de la Provincia de Tarapacá, con excepción del departamento de Arica, con motivo de la elección ordinaria de parlamentarios, que se realizaría el 2 de marzo.

Para tal efecto, me preocupé de organizar a las fuerzas que actuarían en el acto eleccionario: asimismo se dictaron las órdenes correspondientes para mantener el orden y la tranquilidad pública.

Como siempre en Chile, el día de las elecciones la actividad se desarrolló sin alteraciones. En el cómputo de la votación se pudo comprobar el alto porcentaje de fuerzas de izquierda y de extrema izquierda entre los electores en esa provincia.

Otra de las medidas que me preocupé especialmente al asumir el mando de la División fue efectuar una reparación general de las casas que las familias de los jefes y oficiales ocupaban en Iquique, que estaban bastante deterioradas y no se les había efectuado mantenimiento desde hacía años. La misma medida se tomó con respecto a las que ocupaba el personal de planta. Además mandé hacer trabajos para que la población militar contara con una plaza, donde se reunieran las familias y jugaran los hijos pequeños de los oficiales y del personal de planta.

LA INTENDENCIA DE TARAPACA

El 2 de abril se recibió en el Cuartel General la comunicación del Ministro de Defensa que ordenaba al Comandante en Jefe de la División asumir la dirección de la Intendencia de Tarapacá, responsabilidad que tomé a partir del día siguiente. La actividad sería más prolongada de lo estimado y duraría mientras estuviese ausente el Intendente titular don Luis Jaspard da Fonseca, que viajaba al exterior haciendo uso de sus vacaciones legales por dos años acumuladas.

La primera dificultad que se me presentó al asumir el puesto fue la reacción del abogado de la Intendencia. Este señor me envió un oficio en que me pedía que renunciara a este cargo, ya que de acuerdo a la ley no podía asumirlo. Me pareció muy extraño este proceder, por cuanto la orden de asumir la Intendencia venía del Ministerio del Interior y era de suponer que allí tenían que conocer las leyes.

Por tal motivo decidí tomar la comunicación del abogado y hacer un oficio conductor y remitirlo al Ministerio del Interior. No tuve respuesta inmediata, pero el abogado no me molestó ni me mandó ningún oficio más. Días más tarde este señor fue destinado como abogado en la gobernación de Arica.

Mis obligaciones como Intendente las cumplía durante las mañanas. En esta actividad me encontraba cuando el 9 de mayo de 1969 recibí la comunicación por telex en que se me informaba de mi ascenso a General de Brigada, y se me transcribía el Boletín Oficial 19, pág. 253. Además, con el ascenso se me concedía la condecoración "Presidente de la República".

A los pocos días de asumir la Intendencia de Tarapacá debí preparar las festividades con que celebra Iquique el 21 de mayo. Ese año 1969, como en años anteriores, llegarían algunos buques de la escuadra. Para ello efectué varias reuniones con autoridades locales y en esa oportunidad se confeccionó un nutrido programa, con desfiles y visita a la boya donde se hundió la Esmeralda, lanzamiento de coronas de flores y otros homenajes que efectúa la ciudadanía en tan magna fecha. Todo fue cumplido con exactitud.

El último día de festividad ofrecí, en la localidad de Pica, un almuerzo a la oficialidad de la Escuadra. Antes pasaron por el Fuerte "Baquedano", donde se les hizo una demostración de tanques y que luego se ofreció conducirlos y se les dio un certificado nombrándolos "oficiales tanquistas honorarios". Lamentablemente los oficiales que condujeron los tanques no aceptaron colocarse overol y después del recorrido quedaron "blancos" de arena del desierto, que se levanta como una nube detrás de los tanques.

En esa oportunidad venía a cargo de la escuadra el Vicealmirante Tirado Barrios, con quien compartimos amigablemente y que retribuyó gentilmente la invitación en el crucero O'Higgins, con un gran cóctel que se ofreció a la ciudadanía de Iquique.

También durante la permanencia en el cargo de Intendente me correspondió concurrir cuatro o cinco veces a la ciudad de Antofagasta para asistir a las reuniones de "Corfo Norte" en reemplazo del Intendente titular de Tarapacá.

Desde el primer viaje a esta ciudad recibí las atenciones del Comandante de la I División, quien me esperaba en el aeropuerto. Este general era el compañero de curso en la Escuela Militar don Roberto Viaux, quien me informó que me tendría como huésped en su hogar; él también estaba de Intendente reemplazante. Le expuse que yo no deseaba molestar y que había reservado habitación en el hotel, pero insistió, y tuve que aceptar, cancelando previamente la reservación en el Hotel Turismo.

Ese día comí en casa del General Viaux, y luego nos quedamos conversando con él en el living. Caímos en el tema militar y me expuso que podríamos hacer

maniobras conjuntas. Le respondí que no había problemas, y que como Comandante de Regimiento había participado en las maniobras de la zona de Quillagua. El insistió en efectuarlas en la zona de Copiapó, a lo que me opuse y mantuve mi posición, pues la División quedaba muy retirada de la zona jurisdiccional y perdía la responsabilidad que tenía sobre ella.

No llegamos a ningún acuerdo después de conversar hasta pasada la medianoche.

En dos o tres oportunidades que viajé a Antofagasta el tema de conversación en casa del General Viaux fue el de las maniobras en Copiapó o en Quillagua, sin llegar a nada concreto.

A principios de junio se me comunicó el regreso del Intendente, por lo que preparé la entrega del cargo. Pero en esos días el Director de Investigaciones murió en un accidente aéreo, y el señor Jaspard da Fonseca debió quedarse en Santiago para reemplazarlo en carácter de suplente en la Dirección de Investigaciones. A consecuencia de ello yo debí continuar como Intendente subrogante de la Provincia, hasta que se solucionara el problema nombrándose un nuevo Intendente de la provincia o bien se nombrara un titular en la Dirección General de Investigaciones.

En esos días preparé varios viajes de estudio al interior de la provincia, como también desplazamientos por la costa con todos los comandantes de unidades tácticas y de combate. La vida en Iquique transcurría tranquila hasta que en la mañana del viernes 22 de agosto sucedió un hecho que alteró la calma. Me esperaba esa mañana en la oficina de la Intendencia el Jefe de Investigaciones para comunicarme que la Escuela Industrial Superior había sido ocupada por los alumnos de ese plantel, aduciendo que permanecerían allí "hasta las últimas consecuencias", mientras no le solucionaran sus problemas. Esta acción era movida por un grupo de jóvenes del Partido Comunista que tomaron como bandera de lucha la falta de materiales de enseñanza que se hacía sentir en ese Instituto.

Pese a que estimé que la razón que aducían los jóvenes para adoptar esta presión a las autoridades era aceptable, ya que desde tiempo atrás, por desidia de las autoridades educacionales, no se había solucionado ese problema, consideré que la "toma" de la Escuela era un proceder que estaba reñido con la disciplina estudiantil.

De inmediato cité a la Intendencia a un grupo de personas que tuviera alguna vinculación con los amotinados. Se presentaron en la oficina unas ocho señoras, a las que, después de señalarles la gravedad del hecho, contrario a todo principio de un buen orden, les expresé que no podía aceptar tal anomalía. Ellas se retiraron del lugar y fueron a conversar con los alumnos encerrados para que desistieran en su actitud, lo que no lograron. En vista de ello, dispuse que se aislara el edificio de la Escuela y se le cortara el suministro de agua, energía eléctrica y teléfono.

Todo el día 22 transcurrió sin novedad, pero los efectos comenzaron a sentirse durante la noche del 22 al 23. Y ello comenzó a ser menos confortable en el día 23. Las madres de los muchachos, muchas de ellas comunistas, solicitaron permiso para ponerlos a disposición del Juez de Policía Local para que adoptara las medidas judiciales del caso y recurrieron también a los políticos de su partido, los que no se hicieron esperar mucho, pues creo que los mismos posiblemente habían tramado el hecho.

Aparecieron en la Intendencia solicitando audiencia dos calificados ejemplares del Partido Comunista: el Senador Valente Rossi y el Diputado Carvajal. El primero se presentó con gran prepotencia y profiriendo múltiples amenazas, exigiendo que se cambiara la orden; el segundo no abrió la boca. Al parecer este último concurría sólo como apoyo moral al senador. Cerca de las tres de la tarde de ese día fui llamado de la Presidencia de la República por el Subsecretario del Interior, quien dijo hablarme de parte del Presidente.

Este personaje, como buen político, alabó las medidas adoptadas. Pero enseguida me explicó la difícil situación que afrontaba el Gobierno con esta medida, pues en esos momentos se tramitaba en el Congreso una Ley de mucho interés para el país, para cuyo rápido trámite se había conseguido el apoyo del Partido Comunista. Pero todo podía fracasar de mantenerse la situación de la Escuela Industrial. Además de producirse una crisis en el Congreso, no sólo se iba a perjudicar esa alianza, sino que se perturbaba el despacho de numerosas otras leyes en trámite.

Finalmente me dijo que, de parte del Señor Presidente, me pedía que diera por terminado el asunto de la Escuela Industrial, ya que ese problema se iba a arreglar a través del Ministerio de Educación, el cual entregaría todo lo que solicitaban con tanta insistencia los jóvenes educandos.

Contesté que yo no era más papista que el Papa y que si ellos resolvían de ese modo sus problemas, así también asumían ellos la responsabilidad de tal procedimiento y me retiré a mi casa.

Días después, desde el Estado Mayor General del Ejército se me llamaba para informarme que en la Sesión del Senado N° 36, del 26 de agosto de 1969, el Senador Valente Rossi había hecho una relación de los hechos de la Escuela Industrial, pero tergiversando los hechos. El problema ahora no lo habían generado los muchachos que ocuparon la Escuela, sino la autoridad.

Un dato interesante de esta acusación es que en ella el Senador Valente Rossi confundió a los Generales Pinochet y mezcló la situación ocurrida en el mineral de El Salvador con los sucesos de la Escuela Industrial Superior, aportando en su desviada imaginación conceptos que tantas veces escucharíamos en los años inmediatamente posteriores.

Al término del período presidencial, el Gobierno casi no poseía autoridad alguna. Poco a poco ella se había diluido o esfumado y era del todo insuficiente para enfrentar cualquier hecho que requiriera carácter o firmeza. El error del partido que gobernaba al país estaba en creer que, con esa blandura suicida, iba a cosechar un triunfo en las próximas elecciones de 1970. Yo siempre creí que el desenlace iba a ser negativo para ellos. Como en realidad lo fue.

El 18 de septiembre se celebró un Te Deum en la catedral a cargo del señor Obispo de la Diócesis, don José del Carmen Valle, y al día siguiente la Guarnición realizó la "Gran Parada Militar", en la Gran Avenida, frente al Regimiento de Telecomunicaciones, la que fue muy celebrada por el público presente.

En los primeros días de octubre entregué la Intendencia al nuevo Intendente que venía en calidad de suplente de don Luis Jaspard.

Durante los meses que reemplacé al Intendente titular pude adquirir un cabal conocimiento de la provincia en sus aspectos sociales, económicos y políticos. Me tocó enfrentarme con los gremios de las empresas pesqueras, marítimas y otros menores. Recuerdo que en una reunión sindical apareció el diputado Carvajal patrocinado por el Sindicato. Le expresé que la reunión estaba convocada para tratar un problema laboral y no uno político. Como no se retirara, opté por ordenarle que saliera, pues de otra manera lo haría sacar a la fuerza. El parlamentario obedeció a regañadientes.

También tuve que resolver la situación de ocupación ilegal de terrenos particulares por un grupo que se autodenominaba los "sin casa". Lo grave de estas anomalías era que funcionarios del propio Gobierno ayudaban a los ocupantes a hacerse fuertes en los terrenos ocupados.

También enfrenté a grupos de personas que no pagaban alquiler. Pese a sentencias judiciales, éstos no se cancelaban porque había orden del Gobierno de no realizar desalojos y la ley no se cumplía.

En pocas palabras, y generalizando, se puede decir que en todo el país se cometían abusos amparados por un Gobierno que aceptaba cualquier cosa para mantener sus electores.

La falta de autoridad de los miembros del Gobierno no sólo contribuyó a continuar destruyendo internamente las defensas institucionales de la Nación, sino que, además, no logró frenar al marxismo. El partido Comunista ahora invadía todos los planos de la vida de la Nación.

Más adelante, en esos días de los años 1969 y 1970, los grupos extremistas MIR., VOP. y JJ.CC. y otros actuaban como señores de horca y cuchillo, y los asaltos y robos se sucedían ante la mirada indiferente de las autoridades. Diariamente las murallas exhibían nuevos "slogans" y las tomas (muchas de ellas, como he dicho, incitadas por los propios funcionarios de Gobierno) de terrenos, fundos y edificios llevaban al país a su destrucción y lo iba dejando en manos de los sin ley.

Ante actuaciones tan perjudiciales y negativas del Gobierno, que prácticamente empujaban al país al comunismo y a la destrucción de la democracia en Chile, no se hizo justicia. La historia será muy dura para juzgar a los culpables que gobernaron con tanta timidez y que, en su interesada búsqueda de votos, le pavimentaron al marxismo el camino a la Moneda.

LOS SUCESOS DEL TACNA

En los primeros días de octubre debí viajar a Santiago a integrar la Junta Calificadora del Ejército, actividad que se realiza anualmente. El último día de las reuniones, el 16, estábamos por retirarnos los Generales de la sala donde había funcionado la Junta, cuando llegó un ayudante de la Comandancia en Jefe y les comunicó a otros Generales la orden de ir a la oficina del Comandante en Jefe del Ejército. Entre ellos estaba Viaux, quien después de una media hora regresó y me dijo que había sido llamado a retiro.

Al día siguiente hubo una declaración pública de los oficiales de la división, que se publicó en el diario La Segunda con el título: "El Ejército del Norte exige al Gobierno reponer al General Viaux", firmada por sesenta oficiales, todos de la I División del Ejército.

Esta última parte la conocí posteriormente, por cuanto el día 17 de octubre debía regresar en avión a Iquique y encontrarme en esa ciudad en la mañana de ese día. En la tarde del 17 de octubre estaba firmando el despacho en la oficina cuando recibí un criptograma del Comando en Jefe, en el cual se me informaba que todo estaba normal y que el General Viaux entregaría el mando al General de Brigada Galvarino Mandujano. Tres días más tarde supe que el General Viaux había regresado a Santiago el día 20 de octubre.

Posteriormente, el 21 de octubre, el general Viaux se acuarteló en el regimiento de artillería "Tacna". Además se supo que se habían plegado al acuartelamiento la "Escuela de Suboficiales" y el "Regimiento Blindado N° 2" y alumnos de la Academia de Guerra del Ejército.

También se supo con posterioridad que, después de numerosos sucesos, algunos verídicos y otros acomodados, el General Viaux se rindió y en los términos de su transacción, gracias a la cual él se entregaba, pedía algunas compensaciones, entre ellas la salida del Ministro de Defensa Nacional, General de Brigada Tulio Marambio. Se nombró en su reemplazo al señor Sergio Ossa Pretot. También fue relevado del mando del Ejército el General de Ejército Don Sergio Castillo, y en su reemplazo se nombró al General René Schneider, que se encontraba al mando de la V División de Ejército en Punta Arenas. Posteriormente, el General Viaux fue detenido e incomunicado en el Hospital Militar.

En el mes de octubre dispuse que el Jefe del Estado Mayor del Cuartel General Divisionario, Coronel Castillo, preparara los grandes ejercicios divisionarios de ese año, como lo había ordenado el Estado Mayor General del Ejército.

Estos ejercicios se desarrollaron en la zona de la Quebrada de Tarapacá y en ellos las tropas adquirieron una excelente experiencia de combate.

A mi regreso de Santiago conversé con el Coronel Castillo, que había sido llamado a retiro. Le hice ver que mi defensa se estrelló con los conceptos de los generales, ya que, según decían, el Coronel Castillo había tenido la mala idea de declarar que ese año pensaba retirarse, lo que se hizo valer durante el desarrollo de la Junta Calificadora. Castillo me agradeció y me pidió que se le permitiera tomar la dirección de las maniobras que se realizaron en esos días y a continuación efectuar la crítica. El ejercicio resultó no sólo bien fundamentado, sino que su crítica fue una especie de despedida que hizo un soldado que había entregado gran parte de su vida al Ejército. Fue un momento muy emotivo que siempre recordaré.

En diciembre se organizó la "Pascua del Soldado" en cada una de las unidades, acto que fue recibido con gran alegría por parte de la familia militar.

Venía el término del año 1969. Lo despedimos con una fiesta en los casinos de soldados, de suboficiales y oficiales. Con ello terminaba mi primer año al mando de la VI División e iniciaba el segundo año, ya que el Comandante en Jefe me había confirmado en mi cargo.

CAPITULO III

SEGUNDO AÑO AL MANDO DE LA VI DIVISION DE EJERCITO

En los primeros días de enero recibí la autorización del Comandante en Jefe del Ejército para viajar al sur del Perú entre los días 20 de enero y el 8 de febrero de 1970, aprovechando mi feriado legal.

POR TIERRAS PERUANAS

Durante algunos días estuve preparando el recorrido de este viaje que realizaría con la familia, primero por vía aérea, y luego por ferrocarril. Sin embargo, sucedió que cuando fui al Consulado a visar nuestros pasaportes, el Señor Cónsul del Perú no sólo me dio la conformidad a ellos, sino que tres días más tarde concurrió a mi despacho para informarme que de parte del General Mercado Jarrín, el Ejército del Perú me invitaba a conocer la parte sur del país. En cuanto a los medios de transporte necesarios, ellos me serían proporcionados por esa Institución. Agradecí al Cónsul tan gentil invitación y desde ese momento preparé mi viaje por tierra a la zona de Tacna, Moquegua, Arequipa, Puno, Cusco y Machu Picchu, con la posibilidad de regresar por vía aérea.

El día 19 de enero con mi familia nos dirigimos a Tacna. En la tarde de ese día llegamos al Hotel "Turismo", para hospedarnos. Allí nos esperaba el Comandante de la Guarnición de Tacna y un grupo de oficiales con sus esposas, a muchas de las cuales las habíamos conocido en años anteriores. Como el viaje lo realizábamos juntos con mi esposa y mis hijos Marco Antonio y Jacqueline, las familias militares peruanas habían llevado a sus hijos de la misma edad para que se establecieran lazos de amistad entre los jóvenes.

Al día siguiente, antes de las 8.00 horas, se presentó en el hotel el Mayor Ruiz, designado como mi ayudante para el viaje a Arequipa. Este jefe tenía la misión de solucionar cualquier problema que se me presentara durante el trayecto hasta esa ciudad.

Partimos cerca del mediodía para llegar a almorzar en la casa de un antiguo amigo, don Antonio Biondi. El recibimiento fue muy cariñoso. Además se encontraban en la casa de Biondi el Comandante del "Batallón Moquegua" con su esposa y un matrimonio de profesores de la misma ciudad.

Después de un excelente almuerzo nos trasladamos a visitar la Iglesia de Moquegua, que es una joya arquitectónica de valor histórico. Desde allí, luego de despedirnos de nuestros amigos, partimos a la ciudad de Arequipa en automóvil.

Un largo camino en muy buen estado unía Tacna con Arequipa, salvo algunas reducidas partes que se estaban reconstruyendo o bien reparando. Así llegamos, después de más de ocho horas de viaje, al Hotel de Arequipa, donde nos esperaba el General de Brigada Carlos Villa Pasos con un grupo de oficiales de su cuartel general y sus esposas.

Como veníamos muy cansados, a consecuencia de tan largo viaje en automóvil, luego de los saludos protocolares nos retiramos a descansar en una "suite" que se nos había reservado en el Hotel de Arequipa.

Al día siguiente, después de un descanso reparador, me esperaban a tomar el desayuno el General Villa Pasos y tres oficiales de su Cuartel General de Arequipa, además del oficial de escolta que nos acompañaba.

La ciudad de Arequipa es muy hermosa. Yo había pasado en dos oportunidades por ella, cuando viajaba desde Quito a Santiago y el avión Panagra se detenía en ella para luego, desde allí, remontar hacia La Paz y continuar posteriormente a Santiago. En esta parte del viaje, lo más hermoso era el paso por el Lago Titicaca, porque el avión vuela a gran altura y el panorama que se presenta a la vista es maravilloso.

En esas dos oportunidades sucedió que la estada en el aeropuerto se prolongó más de la cuenta, debido a una revisión técnica, y se autorizó a los pasajeros para recorrer la ciudad, aunque por muy corto tiempo. Después de doce años la ciudad estaba, pese al terremoto, tan hermosa como antes; los destrozos causados por el sismo en gran parte ya habían sido reparados. Las paredes exteriores de los edificios en su mayoría son de piedra blanca, lo que da una grata visión de belleza, tal como si fuera una ciudad de leyenda espolvoreada de azúcar flor.

Esa mañana fui invitado por el General Villa Pasos a conocer el cuartel general de su División y el de la Región. Ambos estaban ubicados en una hermosa residencia de la ciudad. En esa oportunidad me presentó a algunos oficiales de la guarnición y otros que trabajaban allí.

Ese día también fue dedicado a conocer los museos y la catedral de la ciudad, lo que nos permitió apreciar hermosas obras de arte de la cultura incásica, las nuevas construcciones de los portales y el comercio en general. Durante estas visitas, mi esposa y los hijos fueron acompañados por la señora del Mayor Ruiz, que se encargó de mostrarles en detalle la ciudad y los centros de atractivo turístico.

A la hora del almuerzo fuimos invitados por el General a un restaurante, cerca de la ciudad. Allí nos encontramos con la mayoría de la oficialidad y sus esposas en la Guarnición de Arequipa.

En la tarde, después del almuerzo, fui asediado por los periodistas que me esperaban desde la mañana para conversar con el visitante. En la entrevista me preguntaron con insistencia cuál era el motivo del viaje. Respondí que era mi deseo visitar Machu Picchu. Luego las preguntas versaron sobre el armamentismo chileno. Respondí que Chile no había aumentado su material bélico; lo que sí había sucedido era la adquisición de nuevos equipos, pero sólo para reponer lo que se había dañado o dado de baja con el tiempo. Esa información la difundieron a todas partes del país y al día siguiente la prensa regional publicó con grandes caracteres dos o tres artículos dedicados a mis declaraciones y a mi visita al Cusco.

En la noche mi esposa y yo fuimos invitados por la autoridad civil de la ciudad a una comida que se nos ofreció en el principal Club de Arequipa. A la autoridad civil lo había conocido cuando era Prefecto de Tacna y durante su permanencia en el sur siempre se le consideró como un hombre muy atento y diplomático. Esa noche, durante la cena, nos hizo obsequio de un hermoso recuerdo de nuestra estada en Arequipa.

EN EL CUSCO

A temprana hora del día siguiente nos embarcamos en el tren que hacía el recorrido Puno - Cusco. Teníamos gran interés por conocer la geografía de la zona. Pero tuvimos que sufrir el paso de una zona que llaman la línea y que tiene 5.200 mts. de altura. Allí normalmente los turistas sufren de vértigos y mareos. Sin embargo, ninguno de los míos se enfermó ni se apunó. Antes de partir, estábamos en la estación de Arequipa cuando se presentó un teniente coronel de apellido Boggino, que me expresó que él sería mi guía y ayudante durante todo el viaje al Cusco. Este oficial hizo muy agradable el trayecto hasta esa ciudad, por sus anécdotas y sus juegos de cartas que entusiasaban a mis hijos.

Llegamos en la tarde a la ciudad de Puno. Al entrar en el tramo final de la vía vi algo pintoresco: en unas cinco cuadras o más, a lo largo de este trozo de la vía férrea, había unas carpas donde pobladores indígenas, sentados en pisos se cortaban el copioso cabello. Me llamó la atención ver cómo esos cabellos se ensacaban y se guardaban; pregunté al Teniente Coronel Boggino la razón de ello y me respondió que era un negocio, ya que estos cabellos se venden al peso y a un valor bastante alto, pues se adquieren para ser utilizados en pelucas, fabricar bisoñés y extraerle la lanolina.

Allí en la estación de Puno nos esperaba el General La Vera, a quien había conocido en Chile, cuando era Agregado Militar del Perú, y un grupo de oficiales peruanos. Luego de cambiar un afectuoso saludo con La Vera y su esposa, nos acompañaron hasta el lugar de alojamiento, dejándonos instalados en un hotel bastante confortable.

Después de comida el General La Vera vino a buscarnos y nos invitó a conocer la ciudad de Puno. Visitamos las instalaciones portuarias y las nuevas poblaciones. Era un puerto lacustre que daba la impresión de estar progresando muy rápidamente; lo que había visto en el año 1960 era la sombra de la actual ciudad.

Al día siguiente muy temprano nos embarcamos en el ferrocarril Puno - Cusco. Este viaje, que de por sí es monótono, en su primera parte hasta Juliaca va cerca del lago y después toma una dirección noreste. La novedad no lo hace cansador, ya que el recorrido nos permitió conocer un hermoso valle. En la tarde, cerca de las ocho, llegamos al lugar de destino, Cusco, después de haber recorrido en tren durante once horas.

Desde la estación del ferrocarril de Puno, que era muy populosa, nos trasladamos al hotel. En realidad la presencia del Teniente Coronel Boggino había sido muy conveniente para nosotros, pues él nos había conseguido el vehículo para trasladarnos y, luego, le dio solución a un problema en el hotel. La reservación de las habitaciones se había realizado por telegrama con 30 días de anticipación y a pesar de estar confirmada, como lo decía el cable, nos encontramos con que no teníamos reservación. De nada valieron las razones que dimos al gerente. Sólo gracias a la autoridad del Comandante Boggino se solucionó la situación producida y nos entregaron dos habitaciones con baño. Esos días había una gran afluencia de turistas y, por lo tanto, nos habríamos enfrentado con un problema grave, ya que en ese momento ningún hotel del Cusco disponía de habitaciones. También fue desagradable soportar la presencia, en el comedor del hotel, de un grupo de "artistas" norteamericanos, cuyos modales eran sumamente groseros. Sus actitudes y sus vestidos correspondían a la usanza de los cowboys y entraban como tales a todas las dependencias. Su condición de actores del Far West la aplicaban en el diario vivir. O estaban muy posesionados de su papel, o querían llamar la atención del público que estaba presente.

La ciudad del Cusco fue la gran urbe prehispánica del Qosgo y después la capital del Estado Andino del Tawantinsuyo, centro urbano administrativo, religioso y militar, el que posteriormente, en tiempos de la Colonia, se transformó en una urbe donde se reunió a diferentes pueblos indígenas y de Hispanoamérica y fue la verdadera capital económica y cultural del Virreinato del Perú.

Desde hacía bastante tiempo, mi esposa y yo teníamos grandes deseos de conocer la capital arqueológica de Sudamérica, lugar desde donde salió la expedición de Almagro para Chile. Fue en ella donde se gestaron los grandes movimientos político - sociales de la América colonial. Todo lo que vimos y conocimos en ella era de nuestro mayor interés y también lo fue para nuestros hijos, quienes, después de 20 años, recuerdan la excepcional experiencia de conocer un lugar de tanta importancia histórica.

Permanecimos en el Cusco dos días después de nuestra llegada, tiempo que aprovechamos para conocer la ciudad, admirar numerosas obras de arte, en especial los templos. En uno de ellos tuvimos la oportunidad de conocer la famosa custodia de oro macizo con una perla gigante en forma de una sirena y numerosas otras maravillas de oro macizo y con piedras preciosas.

Conversé con los oficiales sobre los terremotos que han afectado la región. Curiosamente aquí ha sucedido algo interesante con estos movimientos sísmicos: han sido muy favorables para llegar a determinar etapas de la arquitectura cusqueña al quedar al descubierto muros de edificación incásica, sobre las cuales se había colocado una capa de revestimiento.

Uno de los aspectos que llaman la atención en el Cusco es la solidez de la construcción incásica y los gigantescos templos. En uno de ellos estuvieron las habitaciones donde Atahualpa, prisionero de los españoles, marcó con su mano la altura en que llenaría estas dependencias, con piezas de oro una y dos con artesanías de plata. También nos llamaron la atención las construcciones de piedras gigantes que están férreamente unidas y que dan la impresión de constituir una sola masa, pues entre sus uniones no penetra ni la punta de un cuchillo fino.

Después de visitar numerosos lugares importantes, estuvimos en el Obispado, que es una hermosa construcción, y contemplamos otras obras cuyas descripciones darían pie para un trabajo de gran volumen. También visitamos el mercado, con sus típicos vendedores, y la nueva zona residencial.

Creo que ese día fue el más agotador que tuvimos, pero por las ansias de todos de no dejar rincón sin conocer y de apreciar tanta riqueza y bellezas arquitectónicas no sentíamos ni hambre ni cansancio.

Tres días después de nuestra llegada nos embarcamos en el ferrocarril que hace el recorrido Cusco - Machu Picchu. El viaje es muy interesante para los pasajeros, en su mayoría turistas. El tren pasa por hermosos parajes. Mis hijos aprendieron bastante de este lugar durante todo el trayecto. Desde el tren contemplamos, en la parte alta de un cerro, la fortaleza de Ollantay, en la zona de Ollantaytambo. Aquí el oficial peruano que nos acompañó en el viaje, el Teniente Coronel Boggino, nos hizo un interesante relato del General Ollantay y de los amores que tuvo con la hija del Inca.

Antes de llegar a Machu Picchu el tren se detiene en la parte baja. Desde allí, para alcanzar a la zona arqueológica, deben utilizarse pequeños buses que suben rápidamente la cuesta. Curiosamente, como los vehículos van en zigzag, hay muchachitos que suben en línea recta ofreciendo mercancías o pidiendo alguna ayuda.

Al llegar a la parte alta, y aún un tanto desorientados, nos ubicamos en el lugar de reunión turístico. Estábamos allí cuando se presentó a Boggino un señor que dijo ser el guía oficial del Ejército en esa zona y que había recibido la misión del Estado

Mayor de acompañarnos. Ello fue de gran utilidad, ya que sus explicaciones valían por varios textos y sus conocimientos permitían dar respuesta a cualquiera de nuestras inquietudes.

Lo primero que visitamos fueron algunos lugares "privados del Inca". Posteriormente volvimos al hotel para almorzar y en la tarde el mismo guía se encargó de mostrarnos otros sitios, en un recorrido muy completo. Como he dicho, esta persona era cultísima y contestaba todas nuestras inquietudes y sus descripciones de cada lugar dejaban la impresión de conocer profundamente la materia.

Al atardecer bajamos en los mismos buses a la estación del ferrocarril bastante cansados. El Teniente Coronel Boggino había mandado a reservar los asientos, lo que nos permitió regresar al Cusco sin problema, ya que los visitantes son numerosísimos. Cuando estábamos comiendo en el hotel, se presentó el Coronel Jefe de la Plaza del Cusco, que era, al mismo tiempo, algo así como el Presidente de Corfo del Cusco. A este oficial lo había conocido en Tacna años atrás. Fue un reencuentro y en nuestra conversación recordamos su estada en Tacna y la mía en Arica. Conoció a mi esposa e hijos y lamentó que su señora estuviera en Lima.

Después de comer, el Coronel nos invitó a visitar al día siguiente algunos sitios interesantes de los alrededores del Cusco y a almorzar en un lugar alejado de la ciudad. En esa oportunidad viajamos en helicóptero por un hermoso paraje y luego almorzamos en una hostería.

Esa misma tarde y el día siguiente los aprovechamos para conocer algunos lugares interesantes, como Coricancha o templo del sol, Acllahuasi o de las vírgenes del sol. La fortaleza de Sacsayhuaman ("Halcón Saciado") nos permitió formarnos una idea de la preparación militar que poseían estos guerreros. Posteriormente nos trasladamos al Cusco en automóvil.

En la tarde de ese día sobrevolamos la zona con el fin de conocer desde el aire otras partes interesantes y admirar así los hermosos parajes cusqueños.

El Teniente que se me asignó como ayudante en el Cusco nos invitó esa noche a presenciar un acto de ballet incásico. Este espectáculo, muy novedoso para nosotros, nos permitió conocer los bailes típicos de esa región del Perú.

Al día siguiente continuamos visitando lugares que constituyen verdaderos testimonios de la cultura de los incas. Así fue como en los alrededores de la ciudad del Cusco recorrimos el Palacio Inca Roca, donde se encuentra la extraordinaria Piedra de los Doce Angulos.

También visitamos el lugar donde se me indicó que había estado la fábrica de las moles de piedra. Hasta hoy es un secreto cómo se ajustaban esas moles para que encajaran unas con otras. Escuché muchas teorías, algunas muy interesantes pero ninguna probada.

El penúltimo día antes del regreso, en la mañana, fui al Banco del Perú a cambiar algunos dólares y observé en todo momento la presencia de un grupo de personas que me seguían. Después supe que era la seguridad militar que me cuidaba y, según me informó el Teniente Coronel Boggino, con ello se procuraba evitar cualquier problema que se me presentara.

El domingo visitamos un poblado cerca de la ciudad del Cusco. Allí se realizaba una feria, con la presencia del alcalde portando un majestuoso bastón de mando. En la plaza se vendían todas las especies imaginables. Me impresionaron la actividad que desarrollaban los alcaldes indígenas, cuyo signo de autoridad era un gran bastón. Caminábamos por una calle paralela a la plaza cuando observamos un indio pequeño, semejante al zapatero "Trazgo listo", personaje de un cuento infantil, que llamaba la atención por sus profundos ojos azules. Pregunté a Boggino este caso y, según me explicó, estos indios eran descendientes de un grupo de españoles que se internaron

en la selva y habían llegado a una tribu con la que se mezclaron y sus descendientes presentaban por eso características muy especiales. El que habíamos observado era uno de los descendientes.

El regreso se efectuó en vehículo y tuvimos la oportunidad de contemplar los hermosos paisajes de la región y recorrer un camino de montañas sumamente angosto y peligroso.

Después de ir al hotel a cambiar de ropa salimos con nuestros hijos a otro mercado. Con extrañeza escuché a mi hijo Marco Antonio dirigirse a una feriante en idioma quechua. Cuando le respondieron, quedó mudo y angustiado. Después le pregunté dónde había aprendido esas frases y me mostró un diccionario español-quechua que había comprado en un quiosco del hotel. Había aprendido las frases para recatear como había visto a los cusqueños y poder comprar, pero no comprendía lo que le contestaban. El Teniente Coronel Boggino celebró mucho la iniciativa de Marco Antonio, y como él conocía el idioma le estuvo enseñando algunas frases que mi hijo aprendió rápidamente, pero en igual forma las olvidó.

Al día siguiente viajamos por ferrocarril, ahora desde el Cusco a Puno. Casi todo el trayecto se hizo bajo una lluvia torrencial; en la tarde, cerca de las 18 horas, llegamos a Juliaca y luego a la ciudad de Puno. Allí estaba esperándonos nuevamente el General Luis La Vera, que en forma muy afectuosa nos invitó ese día a cenar a su casa.

Luego de instalarnos en el mismo Hotel de Puno, nos dirigimos a casa del General La Vera, que nos esperaba con otros oficiales de su división y sus esposas. La cena fue de una sana convivencia y en esa oportunidad nos obsequiaron hermosos regalos a mi esposa y a mí. Agradecí la hospitalidad del camarada peruano y las atenciones de su esposa para con la mía.

Al día siguiente muy temprano salimos con el Teniente Coronel Boggino en dirección al mercado, pues yo le había dicho que deseaba comprar un corte de tela de vicuña. Llegamos donde una señora que tenía un puesto. Boggino me advirtió que no hablara ninguna palabra, pues se darían cuenta de que yo era extranjero y el precio sería muy alto. Así lo hice, y después de escuchar una animada conversación, Boggino se dio vuelta y me entregó dos cortes en 150 soles, lo que era un regalo. Los compramos y regresamos al hotel para ir al aeropuerto a tomar el avión.

Treinta minutos más tarde nos habíamos despedido de todos y el avión tomaba altura para dirigirse a la ciudad de Arequipa, donde llegamos justo para cambiar al avión que iba a Tacna.

En Tacna nos esperaban los oficiales peruanos y el Comandante de la Guarnición, quien nos invitó a almorzar a su casa. Allí departimos largamente, comentando el interesante viaje realizado y las bellezas arquitectónicas que habíamos conocido.

En la tarde regresamos en vehículo a Arica y desde allí nos dirigimos por tierra a Iquique. Habíamos hecho un interesante viaje que había durado diecisiete días y que nos permitió admirar la cultura incaica y sus construcciones de contenido tan rico en elementos arquitectónicos e históricos que aún guardan muchos secretos.

EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1970

Al día siguiente estaba en mi oficina del Cuartel General, en reunión de Oficiales. El trabajo se inició como el año anterior y su desarrollo no tuvo observaciones. En mayo se celebró el día 21 con la presencia de algunas naves de guerra de la escuadra. En esa oportunidad se llevó a los oficiales de la Armada a almorzar a las diferentes unidades de la Guarnición de Iquique. Yo invité a los oficiales superiores a mi casa, pero como mi esposa se encontraba en Santiago, por razones de salud, se desempeñó

como reemplazante de su madre mi hija Jacqueline, que tenía nueve años, lo que fue celebrado por todos los comensales, dadas sus excelentes condiciones de anfitriona.

En el mes de julio el Estado Mayor del Ejército comunicó mi nombramiento como Jefe de Fuerza de la Provincia de Tarapacá (excepto el Departamento de Arica), con motivo de la elección presidencial del 4 de septiembre de 1970. Para tal acto, se tomaron todas las medidas del caso. Se distribuyeron las tropas y el 4 de septiembre de 1970 asumí el mando de la Jefatura de Plaza de Iquique. Desde el Cuartel General seguí el desarrollo del acto eleccionario, que, como siempre, se efectuó normalmente. En la noche recibimos el resultado del escrutinio. Amargamente escuchamos con los oficiales del Cuartel General la información en la cual se daba cuenta del triunfo del candidato marxista Salvador Allende, quien sólo obtenía un primera mayoría relativa, sobrepasando por 39.000 votos al candidato ubicado en el segundo puesto, don Jorge Alessandri Rodríguez.

Llamé al personal de oficiales y de planta del Cuartel General y me reuní con ellos en mi oficina. Allí les expresé más o menos lo siguiente: **"El pueblo de Chile no sabe el camino que ha tomado. Ha sido engañado, pues parece ignorar a dónde nos llevará el marxismo leninismo. Señores oficiales, creo que será el fin de la vida independiente de nuestro amado Chile, que a la larga pasará a ser un satélite de la Rusia Soviética. Existe una remota posibilidad de que el Congreso rechace al señor Allende o bien que éste cambie de rumbo, lo que me parece difícil, porque ahora va a ser controlado muy de cerca por los comunistas para evitar que vaya a modificar su política"**. Creo que ésa fue una de las noches más amargas de mi vida.

Más adelante dejé sólo a los oficiales, a quienes les señalé: **"Estoy al final de mi carrera. El problema de salvar a Chile quedará en vuestras manos. Que Dios ayude al destino de nuestra Patria"**. Hoy creo que mis oficiales recordarán esa noche del 4 al 5 de septiembre de 1970 en el Cuartel General de la VI División de Ejército.

El candidato de la Unidad Popular, Salvador Allende, obtenía la primera opción para ser Presidente de Chile después de tantos empeños y tantas tentativas fracasadas. Ahora su vieja ambición se cumplía y, como es lógico, recurriría a todos los medios para no dejar escapar por ningún motivo lo que ya casi era suyo. Desde ese momento se inició en el país una intensa campaña de falacias y engaños. El señor Allende, sin escrúpulos y sin remordimientos de conciencia, engañó desde el primer momento a la Democracia Cristiana, que se entregó en sus manos. Con un poder de convicción o de negociación que fue nefasto, obtuvo, de este partido mayoritario, su apoyo para que el Congreso, sesenta días después, ratificara su triunfo relativo, confirmándolo como Presidente de la República.

Para concederle el apoyo necesario en el Congreso, la Democracia Cristiana le exigió numerosos compromisos, los que Allende aceptó en su totalidad, aunque sin pensar en cumplirlos. Más tarde diría cínicamente que todo lo que aceptó "fueron medidas tácticas".

No obstante, y para darle carácter de seriedad, firmó con gran publicidad un "Estatuto de Garantías Constitucionales", documento elaborado por el Partido Demócrata Cristiano y que al poquísimo tiempo de firmado se transformó en letra muerta, sin aplicación ni vigencia. Este proceder constituye, sin lugar a dudas, uno más entre los incontables ejemplos de la ninguna seriedad que asignan los marxistas a los compromisos que las circunstancias los obligan a contraer.

Interesa reproducir aquí algunas de las preguntas que hace el comunista Régis Debray a Salvador Allende en una entrevista publicada en "Punto Final", el 16 de marzo de 1971.

"Debray: ¿Era absolutamente necesario, era imprescindible negociar este Estatuto de garantías democráticas?

Allende: Si, por eso lo hicimos. Sigo convencido de que fue correcto producir ese Estatuto de Garantías, pero es conveniente aclarar que no es justo usar la palabra negociación, por cuanto nosotros no cedimos una línea de nuestro gobierno. Ubícate en el período en que se produjo ese Estatuto y lo medirás como una necesidad táctica. Hemos hablado bastante del dramático período comprendido entre el 4 de septiembre y el 24 de octubre. Piensa en un Chile castigado por la llamada "Campaña del Terror", como se llamó el proceso de amedrentamiento psicológico del pueblo impuesto por sus enemigos. Esa campaña corría a parejas con el asombro del mundo que miraba este pequeño país para decir: "Por primera vez un marxista gana el Gobierno en una elección". Un sector del Partido Demócrata Cristiano, con uno de sus líderes a la cabeza, Radomiro Tomic, llegó a la conclusión de que si ese Partido no entregaba los votos de Senadores y Diputados para producir una mayoría que reconociera nuestro triunfo, Chile iría a la guerra civil. Ese sector propuso, entonces, que se reconociera la victoria de la Unidad Popular a cambio de un "Estatuto de Garantías". Por un lado dijeron que nosotros, teñidos por la ideología de la clase revolucionaria, provocamos terror, pero al mismo tiempo agregaron que ellos no podían ser responsables de (desatar) la guerra civil. Así salió el "Estatuto". Léelo y compáralo con nuestro programa de gobierno para llegar a la conclusión de que no cambiamos ni una coma del programa. En ese momento lo importante era tomar el gobierno".

Esa fue la declaración del señor Allende y con ello se comprueba la burla que él hizo al Partido Demócrata Cristiano.

ANTE LA ELECCION DE ALLENDE

Numerosos chilenos de todas las categorías y grupos sociales trataron de influir ante el Congreso para que no confirmara la elección del señor Salvador Allende, mientras éste efectuaba, a manera de sedante, una audaz campaña de atracción de todos aquellos grupos que lo rechazaban. Por ejemplo, procuró ganarse a los ex militares que tuvieran cierto prestigio dentro de las Fuerzas Armadas, citándolos a reuniones en su casa de la calle Guardia Vieja. Diariamente desfilaron por ella coroneles y generales en retiro, invitados con el pretexto de tratar algún tema de interés para los oficiales en retiro. En esas reuniones jamás se llegaba a alguna conclusión y las proposiciones de estos Altos Jefes eran muchas; pero las respuestas eran sólo palabras huecas. Sin embargo, en cada caso las fotografías eran innumerables, tanto durante la reunión como a la despedida, las que al día siguiente eran publicadas con gran despliegue en toda la prensa que apoyaba a Allende. Así se daba a entender a la ciudadanía que esos miembros de las Fuerzas Armadas en retiro habían ido a saludar al nuevo Presidente de Chile y a ofrecerle su adhesión.

El solo hecho de que estos antiguos soldados aparecieran actuando en esa forma producía serias incertidumbres entre los oficiales en servicio activo, que no estaban acostumbrados a la falsedad de esa propaganda. Los altos oficiales se sintieron afectados y reclamaron por la falsía de esas informaciones, pero ellas no fueron jamás desmentidas y, por el contrario, en las publicaciones que seguían se volvía a insistir en que le habían prestado gran apoyo al señor Allende.

Como siempre, realizaba mi trabajo visitando las guarniciones de Arica e Iquique. En los primeros días del mes de octubre me encontraba de regreso de un viaje de estudios militares por el interior de la provincia, cuando recibí en mi domicilio la

visita de un general que viajó especialmente a Iquique desde Santiago. Este oficial me dio la impresión, aunque no lo confirmé, de que era enviado por alguna persona interesada. En conversación privada me habló maravillas de los comunistas y me expuso que en una comida, en casa de un compañero de armas, había hecho amistad con Volodia Teitelboim. Me expresó las bondades y ventajas para Chile de la aplicación de un régimen como el que propiciaba el candidato de la primera mayoría, y cuán grande sería el desarrollo económico de nuestra Patria bajo su sistema.

Recuerdo haberle expresado claramente mis serias reservas, indicándole hacia dónde nos podía conducir un régimen marxista. Le señalé que el país, con una política de esta ideología, sería arrastrado a la ruina y no era necesario mirar mucho, pues, dondequiera que en el mundo se había implantado esa ideología, se había convertido en un régimen nefasto basado en el odio y en el totalitarismo. Le dije que además de mis experiencias de los años 1947 y 1948, había estudiado concienzudamente tal doctrina y que los militantes del Partido Comunista jamás cambiarían de proceder; y que estaba seguro de que no trepidarían en recurrir a toda clase de inmundicias, abusos y crímenes para lograr imponer su ideología a la totalidad del país, y finalmente, si la ciudadanía no se adaptaba a lo que ellos deseaban, toda la nación sufriría la tragedia de un baño de sangre.

Confieso que después de esta conversación y de observar las reacciones de mi compañero de armas, comprendí con profunda preocupación que las palabras estaban de más en esos momentos. Nada valían los argumentos al advertir que el general, por ambición, simpatía o credulidad, no quiso escuchar. Mi preocupación fue mayor todavía cuando, demostrando orgullo y hasta vanidad, volvió a exponerme su amistad personal con el Senador comunista Volodia Teitelboim, un extraño personaje que actuó con la típica hipocresía del comunismo durante el gobierno de don Gabriel González Videla.

Sí, él fue quien escribió las más fantásticas patrañas sobre el lugar de los relegados. Experto en lavar el cerebro a los ingenuos, exponía su ideología demagógica con apariencia de hombre bonachón y afable que más parecía cura de pueblo que comunista. Este agente soviético disfrazaba con enorme facilidad su traición a Chile, y en cada oportunidad encontraba circunstancias propicias para pregonar las dulzuras del "Paraíso Comunista".

El camino de la libertad se iba cerrando lentamente para el pueblo chileno, mientras se abría otra senda, para llevarlo a la más cruel de las dictaduras, la del proletariado. La opinión generalizada parecía indicar que nada se podía hacer en esos momentos para cerrar el paso al señor Allende antes de que alcanzara la Presidencia; el camino estaba completamente bloqueado por la complaciente actitud permisiva adoptada por la Democracia Cristiana.

En esos días todo chileno que llegara a exponer públicamente alguna opinión contra Allende, de inmediato era víctima de los ataques más venenosos de los medios de comunicación social de la Unidad Popular. El ridículo lo empleaban como arma principal; y el afectado era colocado en la picota de la burla y el sarcasmo, atemorizando de esta manera a todos los ciudadanos que se oponían a Allende.

Han pasado los años y al analizar hoy la elección del señor Allende con mente fría y tranquila, parece evidente, una vez más, la mano misteriosa y sabia de la Divina Providencia que guía los destinos de los Estados como invisible timonel. Este aserto lo baso en que si Allende no hubiera sido Presidente de la República el año 1970, es posible que el país no llegara a tener la experiencia de los sufrimientos que provoca el marxismo, dura prueba que lo hizo madurar y despertar en el curso de esos tres años; pero que lamentablemente se olvida. Un desenlace diferente habría permitido que los marxistas continuaran aprovechándose de los errores y la decadencia demo-

cráticos. Habría seguido acrecentándose la imagen de "panacea" del socialismo y aumentando sus adeptos, que, constituidos en poderosa fuerza, habrían apoyado un nuevo candidato de izquierda. Este seguramente habría presentado a la ciudadanía un programa con nuevos ardides marxistas, y a la postre habría resultado mucho más difícil para Chile salir de sus redes.

A fines de septiembre de ese año viajé a Santiago y conversé con el Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider. Ambos coincidimos en que la situación política era grave, y que el hecho de que el país entrara por la senda del marxismo era de proyecciones incalculables. Asimismo, recordamos que él había expresado claramente, poco tiempo atrás, que el Ejército respetaba la Constitución y, en consecuencia, acataría la resolución del Congreso.

Durante los primeros días de octubre conversé con algunos amigos pertenecientes a la tienda de la Democracia Cristiana, insistiéndoles en que la resolución dependía de ellos, ya que formaban mayoría en el Congreso. Todos coincidían en el peligro que amenazaba a Chile, todos estaban convencidos de ello, pero cuando se les decía que si el Congreso designaba Presidente de la República a otro candidato, recibiría éste, sin duda, el apoyo del Ejército, replicaban de inmediato que ellos estaban seguros de que el Congreso era capaz de impedir los desbordes que podría intentar Allende, y que para prevenirlos se iba a firmar un Estatuto entre Allende y la Democracia Cristiana sobre garantías constitucionales específicas. Todo me dejaba la clara impresión de que había gran ignorancia de esta ideología y que no existía conciencia de parte de los políticos de lo que significaba el marxismo leninismo, y hacia dónde seríamos conducidos por este nuevo gobierno.

En los primeros días de octubre viajé a la guarnición de Arica. Un amigo, agente de un banco local, me invitó a su oficina a conversar un momento. Al llegar allí me encontré con un senador demócrata cristiano con quien iniciamos una cordial conversación. Desde el primer momento comprendí que se interesaba en conocer si el Ejército reaccionaría en contra del Gobierno al ser elegido el candidato de la primera mayoría o permanecería en una situación de observante. Ante sus preguntas, recuerdo que le contesté: "Señor Senador, si ustedes rechazan al señor Allende y votan por la segunda mayoría relativa, tengan la absoluta seguridad de que el Ejército apoyará esa decisión de acuerdo con la posición cuyo enunciado fuera tan criticado a un Presidente marxista", pero sólo recibí respuestas ambiguas y poco francas.

El día de la sesión del Congreso se aproximaba y el acuerdo entre el Partido Comunista y el señor Allende nos hacía pensar que los chilenos no habían dimensionado bien qué significaría para la ciudadanía un gobierno marxista leninista. Por el momento parecía que todos querían experimentar esa combinación de izquierda, convencidos de que el país saldría adelante, que Rusia nos iba a dar un apoyo que nos transformaría casi en "potencia" y, en fin, las mil lucubraciones que se hacían y difundían por todas partes dejaban una falsa y trasnochada conformidad.

Cada día me convenía más del desconocimiento que se tenía del marxismo leninismo y de la ceguera con que nos extraviábamos tomando el camino que con toda seguridad nos llevaría al precipicio.

El día 22 de octubre nos sorprendió la triste noticia del atentado contra el General René Schneider. El hombre que siempre había defendido la posición del Ejército ante la situación política que se podía crear con la elección del nuevo Presidente de Chile, esa mañana había sido herido mortalmente por un grupo de personas que se decía que eran de la extrema derecha.

Tres días más tarde el general fallecía en el Hospital Militar. La muerte del Comandante en Jefe del Ejército conmovió profundamente a la Institución. El General Schneider era un jefe muy querido y respetado por sus compañeros de armas y

subalternos. Para mí fue un nuevo motivo de preocupación percibir que el camino que ahora se abría para Chile nos era desconocido hasta entonces. El crimen político no estaba en nuestras costumbres y ahora ya se producía un hecho de esa naturaleza justamente en el momento previo a que se iniciara el Gobierno del señor Allende.

Fui llamado a Santiago a participar en los funerales del General Schneider. En ese día del funeral se supo del nombramiento como Comandante en Jefe del General Carlos Prats González. Me alegré que fuera él quien sucediera al General Schneider en el mando del Ejército. Era un hombre muy capaz; lo conocía desde tiempos mozos de la Escuela Militar y siempre le había guardado bastante afecto y estaba convencido de que mantendría al Ejército como fuerza apolítica.

El día 3 de noviembre fue elegido en el Congreso Pleno el nuevo Presidente de Chile, quien prometía ante esa misma Corporación desempeñar fielmente el cargo y respetar la Constitución. Chile era el primer país que voluntariamente se ponía al cuello el dogal marxista, iniciándose así un calvario que duraría tres años.

De inmediato, en el mes de noviembre, se registraron en Iquique numerosos cambios de funcionarios. El nuevo Intendente era un antiguo iquiqueño a quien había conocido cuando yo era Capitán en esa ciudad. Socialista de fila, pero hombre aparentemente moderado.

En esos días de noviembre y diciembre el señor Intendente siempre mostró excelente predisposición. Al término del año se me avisó que debía viajar a Santiago. En ese momento creí que este llamado a la capital era para pedirme el retiro y con tal disposición inicié el año 1971. En enero de 1971 viajé a Santiago y visité al General Prats, quien me manifestó que yo iba a continuar en el Ejército, pero en esa ocasión no me habló ni a qué destino y cuándo entregaría el cargo.

A principios del mes de enero de 1971 llegó la comunicación con la información de que yo era ascendido a General de División. Este ascenso traía como fecha de promulgación el 16 de diciembre de 1970.

El Jefe del Estado Mayor del Cuartel General organizó con los jefes y oficiales de la división una agradable ceremonia acompañada de un programa de celebración por el ascenso a General de División, hoy denominado Mayor General, que era el tope en la carrera de los oficiales.

VACACIONES EN ARGENTINA

Con anterioridad a mi partida a Santiago solicité permiso para salir al exterior, llegándome el permiso autorizado de la Comandancia en Jefe para ausentarme del país y viajar a Salta, Tucumán, Córdoba y Mendoza en uso de mi feriado legal correspondiente a 1970.

Después de la entrega de la División al General Herman Brady y otras numerosas despedidas viajé con mi familia por vía terrestre a Antofagasta, para desde allí volar hasta la ciudad de Salta.

El vuelo fue tranquilo, y cuando arribamos a esa ciudad nos esperaban el Cónsul de Chile en Salta, señor Irrazabal, y el señor Roberto Issa, con quien seríamos más adelante excelentes amigos.

Roberto Issa nos invitó a pernoctar en el hotel "El Mendocino". Fueron extremadamente atentos él y su esposa Rita. Desde esa ciudad fuimos a Jujuy y llegamos cerca de la Quiaca. Pasamos días inolvidables. El Gobernador de Salta, al saber que me encontraba en la ciudad, nos ofreció un cóctel. Nos agasajaron con varios asados, lo que me permitió conocer a numerosos salteños. Entre ellos me encontré con Carlos

Durán, antiguo ganadero que tenía negocios con Chile y a quien había conocido en Antofagasta. Nos invitó a su casa y nos atendió gentilmente con sus familiares.

Carlos Durán, casado con chilena, había tenido la mitad de sus hijos en Chile y la otra mitad en Argentina, lo que provocaba entre ellos curiosas discusiones en un plano de fraterno convivencia.

Después de unos días en Salta nos dirigimos a Córdoba, permaneciendo seis días, y luego a Mendoza, donde estuvimos una semana, visitando diferentes lugares interesantes. El clima, tan húmedo, nos afectó bastante, pero el deseo de conocer y visitar superaba todo problema.

Cuando estábamos en Mendoza optamos por contratar un automóvil para nosotros y regresar en él a Chile, haciéndolo por el camino internacional. El viaje por vehículo fue tan peligroso como interesante. Como mi esposa observara que el auto corría a alta velocidad y que el tablero no tenía marcador de velocidad, le pregunté al conductor qué razón había para no tener ese instrumento tan necesario, a lo que me respondió: "Mire, señor, a todos los autos que hacen este recorrido les volamos el marcador de velocidad, pues de otra manera las viejas comienzan a chillar y no nos dejan tranquilos". Ante tan convincente argumento, sólo nos quedó encomendarnos a Dios.

Llegamos a Santiago e instalamos en nuestra casa ubicada en Laura de Noves.

Como fui nombrado Comandante General de la Guarnición Ejército de Santiago, iniciaba el 10 de marzo un período de mi vida profesional que lo he llamado "Político Militar".



Saluda al Coronel Director de Estudios de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica en el año 1968



Saluda a un Oficial de la Armada argentina, asesor del Colegio Interamericano de Defensa.



Saluda al General Brown junto al Coronel López del Ejército del Uruguay
en el año 1966



Visita la Escuela de Artillería del Ejército de los Estados Unidos de
Norteamérica en el año 1968.



Visita a las Naciones Unidas en el año 1968.



Visita a la Escuela de Artillería del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica en el año 1968.



Asiste el 21 de mayo con el Comandante en Jefe del Ejército a la apertura del Congreso.



Asistiendo a una actividad social con su madre Sra Avelina Ugarte.



Con el personal del Cuartel General de la VI División de Ejército
en el año 1969.



Con el personal del Cuartel General de la VI División de Ejército
en el año 1969.



Condecoración "Presidente de la República" en el año 1969



Condecoración "Presidente de la República" en el año 1969.

QUINTA PARTE

ACTIVIDADES MILITARES – CIVILES

CAPITULO I

EN LA COMANDANCIA GENERAL DE GUARNICION DE EJERCITO DE SANTIAGO

Los días que permanecí en la capital antes de asumir el mando de la Comandancia General de Guarnición de Santiago los dediqué a informarme sobre cuál era la situación que vivían mis amigos, camaradas y familiares en Santiago. Alejado de la capital por más de dos años, y habiéndose producido un inquietante cambio de gobierno, necesitaba saber cuáles eran sus inquietudes y las preocupaciones que se agitaban en el ambiente capitalino.

Fue así como de sus conversaciones deduje que una gran mayoría estaba muy conforme con el cambio de gobierno en Chile y veía con interés la experiencia marxista. Si alguien reflejó cierta preocupación fue en forma pasajera.

Por mi parte, yo les hablaba del peligro que significaba el marxismo leninismo y de la tragedia que les había acarreado a ciertos pueblos, pero sólo obtuve como respuesta palabras displicentes y, en más de alguna oportunidad, como contestación una sonrisa burlona con el comentario de que mis temores eran una exageración.

Durante ese año a cargo de la guarnición se sucedieron hechos importantes, algunos enojosos y otros muy penosos, tales como el mensaje presidencial de 1971, el asesinato del ex ministro Pérez Zujovic, el terremoto del 8 de julio, la visita de Fidel Castro, la presencia de numerosos grupos armados y los múltiples sucesos delictuosos, entre ellos las tomas de propiedades rurales, urbanas y de industrias.

Ahora, después de estos años, reviso mis notas que en esos años extraía de la prensa y las que resumen los primeros meses del Gobierno de la U.P. Anoté hechos que me llamaron la atención, y de lo cual dejé constancia en mis notas:

- La Corte Suprema de Justicia, reunida en pleno, rechazó el desafuero del Senador de la Democracia Radical Raúl Morales Adriasola, por once votos contra dos, al revocar el fallo de la Corte de Apelaciones de Santiago; al senador se le había querido vincular al asesinato del General René Schneider.
- Con fecha 5 de enero fueron indultados 43 jóvenes de extrema izquierda, mediante un nuevo Decreto de Insistencia del Gobierno, por cuanto el primer Decreto Supremo fue rechazado por la Contraloría. Estos individuos habían sido condenados por causales de diferentes delitos. Entre los indultados se encontraba el mirista Luciano Cruz Aguayo, de triste memoria.
- En esos mismos días también se podía anotar la seguidilla de tomas de fundos que se venían sucediendo entre Talca y Los Angeles. Con ello se creaba un ambiente de tensión en la región.

- Un hecho que provocó conmoción pública —y que alertó al Ejército— fue el enfrentamiento armado entre miembros del VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo) con la policía. Después de un intercambio de tiros en la población Santa Julia, cayeron detenidos cinco extremistas que pasaron a la justicia.
- El rechazo por varios senadores a la información entregada por el General Emilio Cheyre, como respuesta a la denuncia de la existencia de un campamento guerrillero en la localidad de Liquiñe (Provincia de Valdivia).
- Asimismo, el Ministro Tohá rechazó también la posibilidad de la existencia de focos guerrilleros en la frontera sur del país y por cadena nacional de radioemisoras y televisión señaló que los cambios se encauzarían por la vía democrática legal y no se permitiría la existencia de grupos armados, ya que las funciones relativas al orden les correspondía en forma exclusiva a las Fuerzas Armadas y a Carabineros.

El día 8 de marzo de 1971 me recibía del mando de la Guarnición de Santiago, que me entregaba el General de División Orlando Urbina.

La Cámara de Diputados aprobó, en general, el proyecto de las reformas constitucionales para permitir la nacionalización del cobre.

El 8 de marzo, ante las primeras dificultades con la locomoción colectiva, el gobierno declaró Estado de Emergencia y se me designó como Jefe Militar. La aplicación de esta medida prácticamente no encontró obstáculos y la población no creó ningún problema.

Con motivo de la elección ordinaria de Regidores que se efectuaría el 4 de abril de 1971, el día 14 de marzo el Gobierno me designó como Jefe de Fuerza para la Provincia de Santiago.

El día 3 de abril asumí mis funciones como tal, y ese mismo día declaré en conferencia de prensa que "el Ejército cumplirá con su deber aunque en ello deba enfrentar el máximo de riesgos; nuestro deber es mantener el orden y la seguridad de todos los chilenos".

Numerosos problemas que se crearon en los Ferrocarriles del Estado obligaron al Gobierno a nombrar al General de División Rolando González como su interventor, con el fin de que no volvieran a repetirse los hechos que obstaculizaban el libre acceso a sus funciones del personal de la maestranza de ferrocarriles.

Las elecciones de regidores, que se efectuaron el día cuatro se llevaron a efecto sin problemas, tal como se acostumbraba en Chile en los comicios electorales.

Posteriormente comencé a seleccionar el ganado con el que nos presentaríamos el día 21 de mayo, con motivo de la lectura del mensaje del Presidente de la República.

A partir de mediados de abril inicié las prácticas de equitación (algo abandonadas por mi permanencia en tropas motorizadas), diariamente, de siete a ocho y media, en el picadero que existía al costado sur de las tribunas del Parque Cousiño de esa época, posteriormente llamado Parque O'Higgins. Opté por el caballo llamado "Trapiche" y no dejé de practicar equitación hasta días antes del 21 de mayo.

Por primera vez en mi vida me imponía de una realidad que me hizo reflexionar seriamente: de que en Chile la Iglesia estaba también infiltrada por el marxismo. El día 14 de abril leí un análisis, realizado por sacerdotes, del proceso chileno. Ellos llevarían a efecto las jornadas sobre "la colaboración de los Cristianos en la

construcción del Socialismo", que se iniciaban en ese día en Santiago, con la participación de un grupo de religiosos que trabajaban en contacto con obreros de diversas ciudades del país. A dicho análisis habían sido invitados 80 sacerdotes de Santiago, Valparaíso, Antofagasta, Curicó, Talca y Concepción. El temario incluía un estudio sobre la evolución del Movimiento Popular en Chile, análisis del Programa de Gobierno de la UP, Iglesia, Sacerdotes y Política; Marxismo y Cristianismo en América Latina y otras materias por el estilo.

Otra novedad en ese período fue la explicación que dos juristas cubanos dieron sobre el origen de los Tribunales Populares en su país y cuyo resumen copio a continuación:

"Los tribunales populares fueron creados en Cuba inmediatamente después del triunfo de la revolución para reemplazar el sistema correccional que era resistido por el pueblo, según declararon ayer dos altos representantes de las actuales instituciones jurídicas de la isla del Caribe, Denio Camacho y Francisco Barona, vicedecano de la Facultad de Humanidades y director de la Escuela de Ciencias Jurídicas de La Habana".

También en esos días otras tres noticias me impactaron bastante.

Una se refería a "la Contraloría General de la República cuyo Contralor don Héctor Humeres, expresó que se abstendrá de dar curso a decretos o resoluciones emitidas por las autoridades del Gobierno interior que ya fueron objeto de observaciones de fondo, los cuales han sido enviados nuevamente a tramitar al Organismo Contralor".

Otra, a que "el gobierno impondrá la fijación de contingentes de producción para todos aquellos industriales que se nieguen a satisfacer la mayor demanda derivada del incremento del poder consumidor existente, teniendo capacidad instalada para hacerlo, fue anunciada ayer por el Ministro de Economía, Pedro Vuskovic".

Luego anoté en mi libreta de "memorias" la preocupación por el contacto que el Presidente Allende efectuó con la oficialidad del Ejército el último día de abril. Todo lo que él habló en la reunión era subliminal y sólo dejaba pensando "para dónde vamos". Sobre esta reunión el Presidente respondió en conferencia de prensa ofrecida a reporteros extranjeros:

"Lo que yo converso con los militares, marinos y aviadores chilenos lo hago en mi calidad de Generalísimo de las Fuerzas Armadas, y no sin respetar las prerrogativas que la Constitución me otorga". De este modo respondió también a un telegrama enviado por diputados de la Democracia Cristiana que le solicitaban conocer los temas tratados con efectivos militares. Olvidaba el Sr. Allende que para ser "Generalísimo" era necesario estar en Estado de Guerra, como dice la Constitución, y ese requisito no se cumplía.

Asimismo el General Prats comentó que, de acuerdo con el artículo 72 de la Constitución Política del Estado, el Presidente, como Supremo Administrador del Estado, está facultado para sostener reuniones con el personal.

Noticias alarmantes sobre individuos armados llegaron a la Jefatura de la Guarnición de Santiago, y el día 15 de mayo se rastreó la zona de Rapel, desde Melipilla hasta la Provincia de O'Higgins, buscando a un grupo de subversivos que el gobierno manifestó que eran de la ultraderecha, lo cual me dejó perplejo, pues no había tal.

Esta intensa búsqueda de personal subversivo era efectuada por personal de la Prefectura de Servicios Especiales de Carabineros con el objeto de ubicar a 10 sujetos que saquearon las casas patronales del fundo Los Quillayes.

Pronto llegó la información a la Guarnición de Santiago de que la policía tenía cercados a diez guerrilleros que podrían ser detenidos en las próximas 48 horas por Carabineros de la Prefectura de Servicios Especiales como sucedió. Ellos eran los nueve sujetos y una mujer que desde hacía 15 días se dedicaban a actividades subversivas en el interior del fundo Los Quillayes, ubicado a 65 kilómetros al sudoeste de Melipilla.

Sin embargo, pese a los antecedentes, el Ministro del Interior, José Tohá, señaló que, según las referencias recogidas, los guerrilleros serían elementos de ultraderecha, lo cual era una falacia.

Asimismo, en esos días ingresaron a la cárcel pública de Melipilla cinco obreros agrícolas pertenecientes al Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), que se habían apoderado en forma ilegal de un predio donde mantenían en su poder diversos tipos de armamentos. Estas personas quedaron en calidad de detenidos e incomunicados.

En este clima llegamos al 21 de mayo.

EL 21 DE MAYO DE 1971

Hacía varios años que no usaba cabalgadura, sino vehículo motorizado para desplazarme o presentar a la tropa en revista, razón por la cual, como lo he dicho anteriormente, desde mediados de abril me dediqué a preparar la presentación del personal de oficiales de la Comandancia de Guarnición, como también seleccionar el ganado que se emplearía para la formación del 21 de mayo.

Una vez que se dispusieron las tropas que rendirían los honores de reglamento al Presidente de la República entre la Moneda y el Congreso Nacional, se iniciaron recorridos con el ganado para acostumbrarlos al trayecto a realizar.

Oportunamente se enviaron las órdenes a las unidades que rendirían los honores de reglamento al Presidente de la República. Sin embargo, por primera vez apareció un serio obstáculo con respecto a la seguridad del Presidente, ya que según Investigaciones y el GAP (grupo de amigos personales de Allende), ellos debían quedar entre el Escuadrón Escolta y el auto presidencial. De inmediato rechacé tal proposición, pues el escuadrón escolta iba ubicado a la cabeza y a retaguardia del vehículo, y si había seguridad inmediata, debía quedar a los costados del vehículo. Hubo momentos muy desagradables por la prepotencia y la insolencia de los jefes de estos organismos, que en sus arrebatos tomaban actitudes beligerantes, pero que no pasaron a mayores. Se les dijo que esto "era de reglamento y que se haría como estaba señalado y punto".

Durante los días anteriores estos señores obedecieron de mala gana; pero el día 21 se comportaron como estaba previsto.

Ese mismo día escuché por la radio la repetición del "Discurso" del señor Allende y se me quedaron algunos conceptos en la memoria que al día siguiente leí en la prensa.

Como la exposición del Sr. Allende podía hacerme caer en un error de apreciación, analicé con otras personas el texto, y así concordamos en lo siguiente:

El discurso no informaba sobre la marcha del país, sino que contenía diferentes conceptos del marxismo leninismo que el Presidente presentaba como la política socialista que implantaría en Chile.

En sus palabras le recuerda al Congreso cuál ha sido su papel en el presente y en el pasado y cómo sería su papel en el futuro cuando dice: "Aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista, pero aquí

también fueron derogadas instituciones obsoletas para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa, ahora, para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece.

"El Congreso elabora la institucionalidad legal, y así regula el orden social dentro del cual se arraiga; por eso durante más de un siglo ha sido más sensible a los intereses de los poderosos que al sufrimiento del pueblo".

"En el comienzo de esta Legislatura debo plantear este problema: Chile tiene ahora en el Gobierno una nueva fuerza política cuya función social es dar respaldo no a la clase dominante tradicional, sino a las grandes mayorías. A este cambio en la estructura de poder debe corresponder, necesariamente, a una profunda transformación en el orden socioeconómico que el Parlamento está llamado a institucionalizar".

Luego da una voz de alerta al Parlamento al decir que se pondrá todo en tela de juicio y da a conocer el sistema "democrático totalitario" de la "soberanía popular", de la que bien conocemos su inconsciencia y de su gran poder guiado por audaces ideólogos.

En su discurso, "sin ser explícito", expresa que empleará un "socialismo" en "pluralismo" y "libertad", es decir, presenta el problema con otra cara que la empleada normalmente, pero agrega que "la tarea es muy compleja, pues no existe precedente alguno donde inspirarse", o sea Chile iba a ser un conejillo de Indias donde se experimentaría. Luego continúa diciendo que "no se puede pensar que el desafío histórico vaya a ser distinto entre Rusia 1917 y Chile"; en el primero, la lucha fue frontal para alcanzar el poder, mientras que en el segundo este poder se alcanzó gracias al mecanismo de las elecciones. Pero el proceder de ambos pueblos era el mismo, pues el problema era cómo se daba satisfacción al objetivo (Estado Socialista).

El señor Allende aclara aún más sus ideas cuando dice:

"Rusia aceptó el reto y edificó su Estado, con una de esas formas de construcción del socialismo como es la "dictadura del proletariado", por cuanto se considera que por esta vía (violenta) las naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo". Pero ¿a qué costo? Y agrega: "Hoy Chile se encuentra como estaba la Rusia de ayer, ante la necesidad de construir la sociedad socialista, pero, a diferencia de Rusia, la vía nuestra es la vía revolucionaria, sociedad pluralista ya anticipada por los clásicos del marxismo, pero que jamás antes fue concretada. Chile es hoy la primera nación de la tierra que está llamada a conformar esta sociedad socialista con el segundo modelo de transición" (vía pacífica). Y reafirma más adelante sus ideas al decir que "estaba seguro que tendría la energía y la capacidad necesaria para llevar el esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según modelo democrático, pluralista y libertario".

A las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros las apacigua al entregarles un lenitivo patriótico cuando expresa que ellas "materializarán sus inquietudes con conciencia patriótica, tradición profesional y sometimiento al poder civil; buscarán como parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado estar dentro de los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal". Con ello considera que estas fuerzas estarán apoyando sus medidas.

Más adelante se refiere nuevamente al Congreso Nacional, institución que le entregó el poder, y les dice a los señores miembros del Congreso Nacional que, fundándose ese organismo en el "voto popular", nada en su naturaleza misma le

impide renovarse para convertirse de "hecho" en el "Parlamento del Pueblo" y llevar adelante "nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista según un modelo democrático, pluralista y libertario". Y agrega: "Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo (legislativo); ellas residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan, como es institucionalizar la vía política hacia el socialismo y lograrlo a partir de nuestra realidad presente de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza".

"Para cumplir estas aspiraciones se supone un largo camino y enormes esfuerzos de todos los chilenos". "Supone, además, como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. En esta ruta será nuestra sola brújula la fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo siempre como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno".

"Para ello será nuestra tarea el definir y poner en práctica cómo la vía chilena al socialismo es un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, que está centrada en el hombre y como tal tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como en la creación socialista, y que en nombre de la reconstrucción socialista de la sociedad chilena ganamos las elecciones presidenciales; pero nuestro objetivo no es otro que la edificación 'progresiva' (siempre en aumento) de una nueva estructura de poder centrada en satisfacer, en el menor plazo posible, los apremios más urgentes de las generaciones actuales".

Al Congreso le lanza una amenaza velada y amplia, cuando expresa:

"El mandato que se nos ha confiado compromete todos los recursos materiales y espirituales del país. Hemos llegado a un punto en que el retroceso o el inmovilismo significarían una catástrofe nacional irreparable". Con lo cual manifiesta claramente cuál es el peligro y cuál la esperanza de avanzar sin fronteras del gobierno popular.

Cuando se refiere al principio de legalidad, expresa:

"El principio de legalidad que rige hoy en Chile ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la institucionalidad, por ello es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados. En el régimen de transición al socialismo, las normas jurídicas responderán a las necesidades de un pueblo esforzado en edificar una nueva sociedad". "Pero legalidad habrá a su manera".

Todos los conceptos que se iban desglosando en las palabras del señor Allende eran extremadamente inquietantes, pero como hábil político lo aminora cuando agrega más adelante:

"Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico. Del realismo del Congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socio-económicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar".

Ahora abre sus ideas a la lucha de clases y expresa: "El gobierno popular inspira su política en una premisa que niegan algunos: la existencia de clases y sectores sociales con intereses antagónicos y excluyentes".

Luego refuerza el concepto cuando dice: "La coalición multipartidista del gobierno popular responde a esta realidad, cuyo enfrentamiento es diario entre sus intereses con los de la clase dominante, y ésta se sirve de los mecanismos de confrontación apoyada en el poder que hoy detenta (la clase dominante).

"En consecuencia, en estos principios de acción se apoya nuestra teoría política revolucionaria".

"Nuestro proyecto popular pretende desarrollar al máximo las posibilidades políticas de nuestro país, en esta etapa de transición hacia el socialismo que debe ser de superación selectiva del sistema presente".

Sin lugar a dudas este párrafo encierra una severa amenaza; ante los obstáculos expresa: "El pueblo de Chile está conquistando el poder político sin verse en la necesidad obligada de utilizar las armas, pues nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno".

Pero no descarta el empleo de las armas para imponer lo que se desea: "Con todo es mi obligación advertir que un peligro puede amenazar la nítida trayectoria de nuestra emancipación y podría alterar radicalmente el camino que nos señalan nuestra realidad y nuestra conciencia colectiva: este peligro es la violencia contra la decisión del pueblo". "Si la violencia, interna o externa, la violencia en cualquiera de sus formas físicas, económicas, social o política llegara a amenazar nuestro normal desarrollo, y las conquistas de los trabajadores, se correría el más serio peligro a la continuidad institucional, el estado de derecho, las libertades políticas y el pluralismo. El combate por la emancipación social o por la libre determinación de nuestro pueblo adoptaría obligatoriamente manifestaciones distintas de lo que con legítimo orgullo y realismo histórico denominamos la vía chilena hacia el socialismo". Da término a tan amenazadores conceptos de su discurso al expresar que "la construcción del área de propiedad social es uno de nuestros grandes objetivos. La incorporación a ella de la mayor parte de nuestras riquezas básicas, del sistema bancario, del latifundio, de la mayor parte de nuestro comercio exterior, de los monopolios industriales y de distribución, es una tarea ya iniciada que debemos profundizar".

Se explaya luego sobre materias económicas: En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto la construcción de área de propiedad social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva se pone fin a la explotación del trabajador. En una palabra se llega al "Estado Empresario".

"En el campo político, la clase trabajadora sabe que su lucha es por socializar nuestros principales medios de producción. No hay socialismo sin área de propiedad social. Incorporarle día a día nuevas empresas exige la permanente alerta de la clase trabajadora.

"Por lo tanto, es preciso ampliar la propiedad social y construirla con una nueva mentalidad (una mentalidad social). Las expropiaciones de los medios de producción más importantes permitirán lograr el grado de cohesión del aparato público o estatal imprescindible para los grandes objetivos nacionales.

"Esto implica la urgencia de establecer un sistema de planificación. Así pondremos fin a la improvisación e iremos organizando la planificación socialista, en cumplimiento con el programa de la Unidad Popular. La existencia de la propiedad socializada requiere, por definición, de un método planificador capaz y efectivo dotado de la suficiente fuerza institucional".

En resumen, las palabras del señor Allende permitían advertir que, aunque a paso lento, se iba directamente a la "Dictadura del Proletariado".

UN FALSO BIENESTAR.

Después del 21 de mayo todo volvió a la normalidad y los trabajos en la Guarnición de Santiago continuaron desarrollándose en la forma acostumbrada. El día 22 se tuvo conocimiento por la prensa que el mayor de Ejército Arturo Aranda Salazar, junto a un grupo de escaladores de diferentes nacionalidades, habían llegado hasta el Polo Norte. Ese día almorcé en el Club Militar y junto a otros compañeros de armas brindamos por la hazaña de este esforzado jefe del Ejército que había llegado a uno de los lugares más apartados del mundo. Esto era un motivo de gran satisfacción y orgullo para la Institución.

El día 25 de mayo, en la mañana, nos conmovió la noticia de que se había efectuado un audaz asalto a la tienda de abarrotes "Montemar" ubicada en la calle Santa Rosa.

En el asalto los extremistas asesinaron al carabinero Gutiérrez, que cumplía servicios de vigilancia en una camioneta bancaria. Otras tres personas quedaron heridas. Los asaltantes eran cuatro sujetos que ocultaban sus rostros con medias.

En la misma noche de ese día Investigaciones detuvo a un joven de 18 años que sería el cómplice de los asaltantes, ya que cuando se allanó su residencia se encontraron numerosos tipos de boletas de depósitos bancarios, planos de centrales hidroeléctricas del país y una larga relación de importantes personalidades del país.

Los días siguientes transcurrieron para mí con actividades propias de la Guarnición de Santiago. Durante mis salidas a diferentes lugares de la ciudad pude constatar cómo la mayoría de la población de Santiago se sentía feliz con el auge que se tenía y la prosperidad que alcanzaba el país, ya que el dinero había aumentado (forzadamente) pues se habían subido los sueldos y se mantenían los precios fijados, claro que ningún comerciante renovaba la mercadería.

Muchas personas consideraban que por fin se había encontrado un magnífico sistema político, que permitía al pueblo salir de sus estrecheces; pero, extrañamente, como mariposas ante la luz, nadie reflexionaba que en poco tiempo más despertaríamos de tan iluso sueño para entrar a vivir la amarga realidad. Por cuanto con el aumento del circulante y del gasto fiscal y con la mantención de los precios controlados, los chilenos efectuaban mayores gastos, que obedecían a un poder de compra ficticio. Fue básicamente una maniobra política destinada a producir una sensación de holgura y bienestar para ganar las próximas elecciones municipales en abril de 1971 y tener así un nuevo título de respaldo popular que las urnas le habían negado en la elección presidencial. Sin embargo, el gobierno, esta vez, tampoco alcanzó la votación mayoritaria que tanto anhelaba.

COMIENZA LA INFLACION

Como el país no tenía respaldo para esa emisión descontrolada ni los comerciantes reponían los artículos, pronto sufrimos las consecuencias de este exceso de consumo de todo tipo, lo que dilapidó las reservas monetarias. Luego aparecieron

la escasez y las estrecheces. El grato sueño de los primeros meses llegó a su término y al despertar del agradable momento nos encontramos ante la auténtica y triste realidad de que todo cambiaba en ciento ochenta grados.

Con la monstruosa emisión de circulante y la mantención de precios fijos en los productos los empresarios perdían dinero. Por lo tanto, no tenían mayor interés en fabricar o distribuir, con lo que pronto todo el mundo dispuso de grandes sumas de dinero, pero cada día existían menos elementos ofrecidos en el comercio. Simultáneamente comenzó a crecer el más desmedido mercado negro. Allí se encontraban variadas especies que no estaban en el comercio establecido, pero ellas se vendían a precios hasta diez veces superiores a los oficiales. Vino a continuación un aumento creciente de una cadena interminable de robos, que en su mayoría quedaban sin sanción.

Junto al tráfico negro de víveres, telas, productos de tocador, ropa interior y toda clase de mercaderías, que sin ningún recato se exhibían y vendían a la salida de las tiendas instaladas, que carecían de stock, se creaba también una plena actividad en el mercado negro de monedas.

EL ASESINATO DE PEREZ ZUJOVIC.

El día 8 de junio me encontraba en la oficina de la Comandancia General de Guamición, con el Mayor General Orlando Urbina, tratando algunos problemas de servicio, cuando sonó el citófono. Era un llamado urgente del Ministro del Interior, que sin alteración y como algo natural me informó que un hecho muy lamentable y doloroso había ocurrido esa mañana. Se trataba del señor Edmundo Pérez Zujovic, quien a la salida de su domicilio, en automóvil, acompañado con su hija, había sido interceptado y asesinado. El ex Ministro del Interior, persona a quien yo había conocido muy de cerca cuando me desempeñaba en la Intendencia de Tarapacá, había visitado en varias oportunidades esa provincia. Le había tomado afecto, porque era uno de los pocos políticos que no toleraban la falta de autoridad en que casi siempre incurrió el Gobierno Demócrata Cristiano.

El asesinato del ex ministro planteaba numerosas dudas. No se sabía cuántos eran los comprometidos en este acto de barbarie. Por ello, y ante la posibilidad de que este asesinato fuera parte de un plan de subversión general en el país, y que el hecho fuera el punto de partida de una acción mayor, se dispuso Estado de Emergencia en la Provincia de Santiago, lo que significó a su vez que se decretara toque de queda entre la una y las seis de la mañana. El control quedó en manos del Gobierno, con excepción de algunos puntos que quedaron a cargo de las Fuerzas Armadas. Y se inició de inmediato la búsqueda de los asesinos.

Ese mismo día el Director de Investigaciones, el tristemente célebre "Coco" Paredes, se reunió en Investigaciones con la hija del señor Pérez Zujovic y le presentó numerosas fotografías, que al ser examinadas por la dama, permitieron en forma rápida identificar a los asesinos de su padre. Con este antecedente el Jefe del servicio tenía la información necesaria para iniciar la búsqueda de los asesinos, y se comenzó desde ese mismo instante y con todos los medios disponibles una furiosa cacería por toda la ciudad de Santiago que culminó, cinco días más tarde, con la muerte de los criminales como señalo más adelante.

La clave para la solución al hecho estuvo en el reconocimiento de los asesinos por parte de la hija del señor Pérez Zujovic. El atentado lo habían realizado tres individuos que, según se supo posteriormente, eran integrantes de la VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), grupo extremista marxista extremadamente peligroso, el que, una vez constituido el Gobierno de la Unidad Popular, se habían aproximado al señor Allende.

Era necesario recordar que al iniciarse el año 1971, el Presidente de la República indultó a numerosos jóvenes integrantes de diversos grupos antisociales, como el MAPU, IC, MIR, VOP y otros, que asaltaban bancos, industrias, etc., a los que se dejó en libertad gracias a la amnistía presidencial. El Primer Mandatario calificó a estos subversivos de "jóvenes idealistas", que tenían "una apreciación táctica distinta y diferente, y que si bien actuaban erradamente, estaban impulsados por un anhelo superior de transformación social del país. A estas personas se les condenaba porque habían asaltado algunos bancos". Presentados así eran mansas ovejas, pero fueron algunos de estos "jóvenes idealistas" los que asesinaron a ciudadanos honestos, entre los años 1971 al 73.

Cuando escuché al señor Allende por cadena nacional haciendo una comparación entre la muerte del General Schneider y la del señor Pérez Zujovic para sostener que "en ambos hechos se advierte la introducción en nuestro país de prácticas absolutamente ajenas a su tradición", consideré su actitud como el cinismo en su grado máximo.

El asesinato de Pérez Zujovic fue realizado en una acción de comando, en la cual los asesinos actuaron con fría crueldad y calculada premeditación y sin duda con un propósito de venganza, condiciones que no se dan en la muerte del General Schneider.

Posteriormente se comprobó que el arma usada era la misma que había sido robada al carabinero Gutiérrez el día 24 de mayo, cuando cumplía servicios de vigilancia en una camioneta bancaria.

Para evitar cualquier actividad subversiva que se pudiera producir en cadena, ordené primer grado de acuartelamiento a las Fuerzas Armadas, Carabineros y personal de Investigaciones. El resto del país quedó en Estado de Alerta. A las radios se les prohibió informar sobre la investigación del crimen, con el fin de impedir alertar a los asesinos sobre el avance de las investigaciones.

Pese a que todos investigaban el paradero, no fue muy fácil ubicar a los culpables. Se nos daban informes diferentes y encontrados, pero que no se despreciaban ante la posibilidad de que pudieran ser efectivos. Sólo el día 13 de junio, al amanecer, en un lugar próximo al Hipódromo Chile, logramos dar término a la "Operación Cerco" al ubicar a los culpables del asesinato de Pérez Zujovic en una casa del interior de un pasaje. Ordené de inmediato a las tropas del "Buin" bloquear la manzana, con lo que a los asesinos les quedaron muy pocas posibilidades de escapar. Poco antes de las tres de la mañana un oficial del "Buin" me informó detalladamente la situación: los hermanos Rivera Calderón, integrantes del grupo, habían sido localizados y bloqueados en otra salida de una casa interior; los intentos de la policía por penetrar en el pasaje habían sido rechazados mediante intenso fuego de metralletas y armas de puño. Fue necesario esperar las primeras luces del amanecer para iniciar la acción final que duró cerca de dos horas y terminó con la muerte de Ronald y Arturo Rivera Calderón. El primero fue muerto por una ráfaga de fusil ametralladora cuando huía por los tejados y el segundo se suicidó. Sólo uno de los del grupo violentista, Heriberto Salazar Bello, apodado "el viejo", logró escapar en una huida de actor de comedia policial, hacia el centro de la ciudad.

Por la celeridad de la acción, la ciudadanía consideró esta pesquisa como un gran éxito de Investigaciones, que había actuado en forma rápida, tanto para clarificar el crimen como para localizar a los autores. Pero este tan notorio éxito me dejó una profunda preocupación, y durante varios días estuve meditando sobre la posible existencia de un enlace entre los asesinos y el servicio que habría procurado liquidarlos rápidamente antes de que se hablara demasiado y se difundiera algo comprometedor. Además, parecía evidente que ahora toda la Dirección de Investigaciones estaba

politizada, lo que implicaba un verdadero peligro para el futuro, por la posibilidad de que fuese utilizada para fines diferentes a los del interés público. Todo ello era presumible por los contactos que al parecer tenía el señor Paredes con los movimientos extremistas.

El tercer hombre, "el viejo", se mantuvo oculto hasta el 16 de junio, día en que se presentó al cuartel de Investigaciones. Parecía llevar la intención de asesinar al Director, para vengarse de lo que sin duda consideraba una traición. Para ello se cargó con explosivos, y con un arma automática llegó hasta el despacho de Paredes, pero no lo encontró en su oficina y mantuvo en jaque a varios funcionarios y asesinó a otros. El Cuartel de Investigaciones fue rodeado por tropas de combate y carabineros. Poco más tarde salió a la puerta del cuartel, pero ante los disparos que se le hicieron, optó por activar y explotar las cargas que llevaba en su cuerpo. El saldo que dejó su acción fue lamentable: el suicida había asesinado a dos funcionarios y herido a un tercero que falleció pocas horas más tarde.

La actitud fría y siniestra que asumieron los funcionarios de la Dirección de Investigaciones durante las pesquisas que se efectuaron para clarificar el homicidio de Pérez Zujovic, y en especial la actitud del Director Eduardo Paredes y de quienes formaban la jefatura de Investigaciones, mostró procedimientos insólitos y desconocidos hasta entonces en ese servicio. Sus finalidades se dirigían más bien a hacer política que ayudar a cumplir con la justicia.

Una de las materias que me preocupaban del Servicio de Inteligencia del Ejército era que en su actividad estaba obligado a trabajar en íntimo contacto con Investigaciones, lo que significaba una posible filtración de las informaciones que se poseían.

Por esta razón, creí que el camino a seguir era observar atentamente los procedimientos que efectuaba Investigaciones en sus pesquisas.

Para desviar la atención de la ciudadanía, se difundió en Santiago en esos mismos días, con carácter de verdadera obra teatral, el caso del supuesto contrabando del buque "Puelche". El Intendente de Tarapacá, viejo socialista, ignorando lo que se quería crear artificialmente con este conflicto, defendió tenazmente al capitán del buque. La leal defensa efectuada por el señor Soria le atrajo el odio del Subsecretario del Interior, Daniel Vergara, quien lo trató duramente por no colaborar con el Gobierno. Además le significó caer en desgracia con los marxistas, que finalmente lo repudiaron y pusieron término a sus funciones en la provincia. De nada le sirvió a este ciudadano su vieja amistad con el señor Allende, ya que eran amigos desde los tiempos en que inició sus actividades el Partido Socialista. Durante semanas el Intendente hizo antesala en las oficinas de La Moneda esperando audiencia, pero no fue escuchado y sólo se le concedió una salida honorable de la Intendencia de Tarapacá.

El 8 de julio, poco después de las 23 horas, estaba aún leyendo, cuando sobrevino un fuerte temblor con todas las características de terremoto. Los teléfonos se cortaron y sólo se podía tomar contacto por radio. De inmediato me dirigí a la Comandancia General de Guarnición, donde me encontré con el Mayor General Orlando Urbina, Comandante en Jefe de la II División, que también acababa de llegar. En el acto procuramos informarnos sobre la intensidad del sismo y qué zonas había afectado.

En las primeras horas del amanecer teníamos más claros los antecedentes sobre el terremoto, que se había sentido muy fuerte entre Arica y Temuco, causando mayores daños con carácter de catástrofe en 4 provincias. Allí se sabía que había provocado la muerte, hasta esos momentos, a 32 personas; numerosos eran los heridos.

Las provincias de Valparaíso y Santiago eran las más afectadas. La situación más grave se presentaba en la primera, que había quedado sin agua.

El Ejército se abocó de inmediato a organizar y coordinar ayudas y a comprobar los perjuicios ocurridos. Asimismo se decretó "estado de Emergencia" en cuatro provincias. Se me designó Jefe de Zona para la provincia de Santiago.

Tres días más tarde, el día 11 de julio, teníamos en nuestro cuartel general los primeros datos concretos de las consecuencias del sismo: 82 muertos, 182 heridos graves y 5 leves.

La falta de recursos en las provincias de Valparaíso, Santiago, Aconcagua y Coquimbo era bastante grande.

La ruptura de cañerías y filtros en la provincia de Valparaíso produjo escasez de agua. Era necesario, pues, abastecer de este elemento. En la tarde de ese día 11 se presentó al Cuartel de la Zona de Emergencia el señor León Vilarín, a quien atendí personalmente. El señor Vilarín ofreció apoyar a la guarnición con numerosos camiones aljibes, lo que acepté gustoso. Luego agradecí tan noble gesto de esta persona que recién venía conociendo y con la que, con el correr del tiempo, tendríamos un mayor contacto amistoso. También se informó al país que los daños del sismo llegaban a 3.068 millones de escudos, unos 350 millones de dólares aproximadamente. En esos días de agitación causados por el sismo se enfrió el ambiente para aprobar por unanimidad del Congreso Pleno la Ley de la Nacionalización del Cobre, la que el 15 de julio fue promulgada como Ley de la República. Al día siguiente de tal suceso, Chile tomó posesión de los minerales de cobre hasta entonces en manos de compañías extranjeras.

A fines de julio se declaró en huelga con carácter de ilegal el personal de servicios de buses interurbanos. Pedí que se nombrara interventor militar al General de Brigada Alfredo Canales.

En la tarde del 31 de julio me reuní con los dirigentes de los buses interurbanos. Estábamos en esta reunión cuando apareció la senadora Laura Allende, que venía a conversar con los huelguistas. Yo había tratado en mi juventud a esta dama, pero no la conocía como senadora. Después de los saludos protocolares se inició una conversación con los huelguistas. Ella les encontraba toda la razón a los trabajadores; sostenía que había que satisfacer lo pedido por ellos antes de arreglar el problema.

En realidad, ella no venía a proponer soluciones, sino a echar bencina a la hoguera. Esto fue captado por los dirigentes, que vieron en la senadora una competidora a sus requerimientos y se lanzaron duramente contra ella expresándole que éste era un problema laboral y no político. Tan dura fue la reacción que la señora Allende se retiró indignada de la oficina de la Comandancia de Guarnición.

El 4 de agosto se solucionó la huelga del personal de buses interprovinciales, donde actuó en forma destacada el General de Brigada Alfredo Canales.

En esos primeros días de agosto la Dirinco requisó 1.200 animales en pie para ser sacrificados y asumió la venta directa de carne al público a precios oficiales. Con ello solucionaba momentáneamente el problema que se iba agudizando día a día, como era la falta de carne. Las requisiciones fueron aumentando, pero, a su vez, el producto por requisar iba disminuyendo.

El 15 de agosto una noticia que causó conmoción fue la muerte del líder del MIR Luciano Cruz. Este "joven idealista" falleció en extrañas circunstancias, pues el cuerpo sin vida, aparentemente intoxicado con gas, fue llevado a la posta central por el doctor Miguel Enríquez, Secretario General de ese movimiento de ultraizquierda. También Luciano Cruz había sido indultado por el Presidente Allende con otros 42 extremistas del MIR. La información de la autopsia indicaba muerte accidental.

El 26 de agosto se iniciaron en Santiago los preparativos para la Gran Parada Militar del 19 de septiembre. Esa mañana me correspondió en el Parque recibir la cuenta de algunas unidades que comenzaban a hacer prácticas de desfile en el lugar.

En esos días el Presidente Allende viajó a Ecuador, Colombia y Perú. Este viaje lo realizó con los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el Director de Carabineros. Durante su ausencia, lo reemplazó como Vicepresidente de la República el Ministro del Interior, José Tohá.

Durante los meses de agosto y septiembre en el país había angustia interna y el diario vivir era de continua tensión por los sucesos que se iban desarrollando, tales como tomas de industrias, problemas de la locomoción, la revolucionaria prédica del sacerdote Arroyo, de filiación marxista, cuyo nombre figuró en la nómina de candidatos del MAPU para Ministro de Agricultura, la visita del canciller Roa de Cuba, la distribución de alimentos por el Estado, tomas de fundos, noticias de asaltos en diferentes lugares del país, requisamiento de industrias y otras varias noticias. Todas ellas iban produciendo una reacción aguda que se notaba en el ambiente campesino y de la ciudad.

En septiembre el Presidente Allende ordenó dar por terminadas las operaciones en Chile de la empresa United Press, por las noticias alarmantes que dio a conocer en esos días: no se deseaba que se conociera fuera de nuestras fronteras la realidad que se vivía.

Como estaba previsto, recibí cuenta de las unidades en el Parque Cousiño (hoy Parque O'Higgins) y se llevó adelante la Revista Preparatoria el 16 de septiembre. Después de revistar las tropas me reuní con los mandos y efectué la crítica en el Regimiento Tacna, corrigiendo todo aquello que era posible antes de la Gran Parada Militar en el Aniversario del Ejército.

El día 18 de septiembre se efectuó el Te Deum en la Catedral y nuevamente tuve problemas con Investigaciones, que por poco deseaban reemplazar al Escuadrón Escolta. Pero ante la actitud decidida que me llevaron a adoptar contra ellos, aceptaron lo que imponía la Comandancia de Guarnición. Tanto el recorrido hacia la Catedral como el regreso se efectuó sin contratiempos.

En la mañana de ese día 18 acompañé al Presidente Allende en su recorrido desde la Moneda a la Catedral mientras las tropas le rendían honores. Esta vez no usé cabalgadura. Por primera vez se efectuaba el recorrido del Comandante de la Guarnición en vehículo.

En la tarde de ese día el Presidente Allende dirigió un saludo al Ejército con motivo de celebrarse sus glorias.

El 19 de septiembre se llevó a efecto la Gran Parada Militar, a cuyo término me acerqué en el jeep para pedir permiso para retirarme. El señor Allende me llamó y dándome la mano me dijo: **"La presentación de hace algunos instantes es la prueba más evidente de que el Ejército de Chile y las Fuerzas Armadas mantienen nuestra tradición; le ruego expresar a cada uno de los Jefes, Oficiales y Tropa que han participado, la satisfacción, como Generalísimo, de ver cómo las Fuerzas Armadas han demostrado su capacidad"**. A estas palabras me limité a responder: **"Lo daré a conocer por la Orden de la Guarnición, señor Presidente"**.

Después de la ceremonia en el parque se realizó un cóctel en el Club Militar, al cual asistió el Presidente Allende, quien me llamó, con mi esposa, para felicitarme nuevamente por la formación de las tropas. Fui muy lacónico en responder: **"Gracias, Presidente"**. Luego me retiré.

Después del 19 de septiembre tuvimos diez días de permiso. Permanecí en la casa de Bucalemu descansando y recibiendo noticias no muy positivas, por su contenido, como era el cierre definitivo de la UPI (luego la medida quedó sin efecto).

Asimismo, la intervención de la Compañía de Teléfonos, la falta de carne de vacuno en Santiago, el apedreamiento de la sede del Partido Demócrata Cristiano, la falta de alimentos para atender las fuentes de soda; pero lo que más sobresalió por lo insólito en esos días fue el paseo en traje de baño de una agricultora de 43 años a quien se le había expropiado su fundo y luego ocupado su reserva. Esta dama, doña Eliana Quezada Moreno, se desvistió frente a la puerta principal del palacio de Gobierno y quedó en traje de baño. Luego se paseó frente a la guardia portando un cartel que decía: "Así estamos los agricultores con los políticos: piluchos".

El 29 de septiembre fui designado Presidente del Comité Ejecutivo Central a cargo de la colecta nacional "Pro Monumento al General René Schneider", dándoseme como misión proponer la nómina de las personas que constituirían el mencionado comité y las disposiciones generales para la realización y promoción de la colecta. Esto lo tomé con mucho agrado, por el afecto que sentía por el General Schneider.

En los primeros días de octubre fue detenido el ex Director General de los Ferrocarriles, Nahum Castro, por aparecer implicado en el movimiento de extrema izquierda FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), un hecho bastante insólito tratándose de un funcionario de esa jerarquía.

El General Carlos Prats, antes de partir al norte acompañando al Presidente, me llamó a su oficina para hablar conmigo, y me expresó que, si el Brigadier General Mandujano aceptaba quedarse un año más en los Estados Unidos de Norteamérica, yo sería designado como Jefe del Estado Mayor General del Ejército. Se lo agradecí, pero le agregué que el Brigadier General Mandujano era mi amigo y que yo no quería perjudicarlo, expresándole que esta noticia la guardaría sólo para mí. También el General Prats me agregó que el nuevo Secretario General del Ejército sería el Teniente Coronel Rigoberto Rubio, que iría a reemplazar al Coronel Fernando González, que iba a España en calidad de Agregado Militar.

La situación en el país era cada vez peor. Ya eran permanentes los choques entre autoridad y personas armadas. Se detectaban nuevos grupos armados, nuevos asaltos, expropiaciones. La única buena noticia que se tuvo en esos días del mes de octubre fue el Premio Nobel adjudicado al poeta chileno Pablo Neruda en Estocolmo.

El día 22 de octubre se elaboró un programa para rendir un homenaje al Mayor General Schneider, y el día 25 de octubre, en el aniversario de su muerte, el Gobierno decretó duelo nacional. Estos honores, que bien los merecía el General Schneider, eran justos, pero también nos preocupaba el rendimiento político que se quería sacar de él.

Las expropiaciones, los enfrentamientos, los hallazgos de armas y las detenciones continuaban a lo largo de Chile. Eran sucesos que se registraban todos los días.

Otro de los asuntos de que se hablaba en esos días era la idea de "democratizar" el Congreso creando la "cámara única".

LA INTERMINABLE VISITA DE FIDEL

El 10 de noviembre llegó a Pudahuel el Primer Ministro de Cuba, Fidel Castro, siendo recibido bajo las más estrictas medidas de seguridad. Allí lo esperaba el Presidente Allende, quien le dio la bienvenida. Desde ese lugar fue trasladado a la casa del Embajador de su país, ubicada en el barrio alto, y en esa tarde se reunieron ambos mandatarios.

Al día siguiente el Presidente Allende recibió en la Moneda al gobernante cubano.

Se iniciaba con ello la larga visita de Fidel Castro, quien se paseó por el país como por su propia casa, criticó muchos aspectos internos de Chile, dictó cátedra revolucionaria y ofreció su apoyo para que la revolución se cumpliera.

El 11 de noviembre el gobernante cubano rindió un homenaje a O'Higgins en el monumento al Padre de la Patria. En esa oportunidad me correspondió disponer que se le rindieran los honores de reglamento, con motivo de una ofrenda floral que colocaría al pie del monumento al Libertador General Bernardo O'Higgins. Bien se comprenderá que rendirle honores a Fidel Castro no me hacía ninguna gracia. Yo me había hecho la promesa en conciencia de jamás rendir honores a los comunistas internacionales. Lo pude evitar en el mes de agosto, cuando nos visitó el Ministro de Pesquería de la Unión Soviética, Alexander Ishkov. A éste lo coloqué entre el Ministro de Defensa y yo, con lo cual se le rindieron honores al Ministro de Defensa y no al ruso. Ahora había que hacer lo mismo con Fidel Castro, corriendo el riesgo de que alguno de los marxistas advirtiera la maniobra y me crearan problemas. La suerte me acompañó: recibí a Fidel Castro, lo coloqué también al centro, entre el Ministro de Defensa y yo, y pasamos en esa forma frente a la unidad que rendía los honores. Falté al reglamento, pero quedé con mi conciencia de chileno y militar tranquila.

Viajó a Antofagasta, se dirigió a Chuquicamata y luego a Iquique. En este puerto visitó las industrias allí existentes y le ofreció numerosas festividades el alcalde socialista señor Jorge Soria, entre las cuales estaba el salir a pescar a alta mar en una embarcación que recién llegaba a pedido del alcalde y la que nunca pagó.

Los oficiales del Servicio de Inteligencia me informaron que cuando la guarnición de Iquique le ofreció una recepción estuvo toda la noche hablando, al extremo de que los oficiales optaron por hacer turnos de relevos para poder dormir un poco antes del servicio diario. Desde Iquique regresó a Santiago.

Desde Santiago se desplazó a Concepción, donde fue recibido por los estudiantes, universitarios en su mayoría, marxistas leninistas o simpatizantes a quienes les dijo: **"En Chile está en marcha un proceso revolucionario. Nuestra revolución cubana la hemos llamado también un "proceso" que todavía no es una "revolución". Es una fase que comienza. Chile se encuentra hoy en esa fase"**.

Posteriormente, el Presidente Allende y el mandatario cubano viajaron a Punta Arenas, visitando la zona de los canales.

En esta zona austral visitaron las instalaciones petroleras de Magallanes. Posteriormente ambos gobernantes regresaron a Santiago.

El 24 de noviembre Fidel Castro tuvo una entrevista con el cardenal Silva Henríquez. Este prelado, que al parecer admiraba a Castro, le obsequió una Biblia y mantuvo con él una entrevista de treinta minutos. La conversación debió ser muy cordial, ya que en un comunicado del Arzobispado se expresa: **"La conversación entre el señor Cardenal y Fidel Castro se ha referido al papel de la Iglesia como impulsora y animadora del proceso de liberación humana querida por el Evangelio y al resguardo de los derechos fundamentales de la conciencia religiosa"**.

Días más tarde el gobernante cubano se dirigió a Rancagua y allí visitó el Mineral El Teniente.

El 26 de noviembre recibí el anuncio de que Fidel Castro visitaría al día siguiente la Escuela de Alta Montaña, donde sería recibido por el Comandante en Jefe del Ejército subrogante y el Comandante del Comando de Institutos Militares, y se le mostrarían diferentes ejercicios de alta montaña.

El 29 de noviembre el señor Ministro de Defensa Nacional me comunicó que debía acompañar al Primer Ministro cubano a visitar el monumento al Che Guevara

que se había levantado en su recuerdo en la comuna de San Miguel. Ese día el señor Castro expresó que esta estatua era primera en su género que él conociera y se sentía orgulloso de ello.

Al día siguiente Fidel Castro viajó a Valparaíso, donde fue declarado Hijo Ilustre.

El 1° de diciembre se registró un serio incidente en Valparaíso contra los dos jefes de Estado, el Presidente Allende y el Primer Ministro de Cuba, pues en los momentos cuando se retiraban de la concentración en la Plaza Sotomayor y pasaban por frente a la Plaza Victoria, fueron recibidos allí por una lluvia de piedras que les fueron lanzadas sobre ellos. Sin embargo, pese a estos actos esporádicos de reacción popular, la pasividad de la ciudadanía era asombrosa.

EL MATONAJE MARXISTA

En ese ambiente estábamos el 1° de diciembre de 1971, cuando las mujeres de Chile, en un gesto de rebeldía muy propio de las hijas de esta tierra, y que las enaltece extraordinariamente, desfilaron por las calles céntricas de Santiago, enfren-tando la ira comunista provocada por su marcha "de las cacerolas vacías" como un reclamo por el desabastecimiento. La mujer chilena, siempre valiente y dispuesta al sacrificio, dio un nuevo ejemplo de su temple y su coraje al no trepidar en salir a las calles a defender su hogar, sus hijos y sus derechos, tan duramente expoliados por el régimen del señor Salvador Allende.

A este gesto de valor, a este notable ejemplo de valentía para la posteridad, se le opuso la "marcha negra", formada por una poblada de agresores que es necesario traer a la memoria aunque produzca repugnancia y amargura. Un grupo de hombres y muchachones de las Juventudes Comunistas, la Elmo Catalán, Izquierda Cristiana, MIR, FER y otras agrupaciones de choque marxista, armados de piedras, bolines de acero, cadenas, hondas, hojas de afeitar colocadas en tubérculos, etc., atacaron sin misericordia a esta manifestación de mujeres, arrojándoles canallescamente sus proyec-tiles. La pérdida de moral en "los hombres nuevos" había llegado hasta el punto de renegar del respeto a la mujer, sentimiento que había sido siempre motivo de orgullo para los hombres de Chile.

Recuerdo que en ese mismo día en la noche, se produjo una vil acción de la banda de desalmados que integraban los funcionarios de Investigaciones, mandados por su Director General. En la noche del 1° al 2 de diciembre trataron de asesinar cobardemente a un grupo de muchachos reunidos en la calle Luis Thayer Ojeda con Avenida Providencia. Las camionetas de Investigaciones, sin ningún distintivo que permitiera reconocerlas, se detuvieron delante de ellos y los funcionarios, desde dentro de los vehículos, comenzaron a insultarlos. Creyendo los muchachos que se trataba de un grupo antagónico de marxistas, respondieron a sus provocaciones iniciándose un duelo de palabras de grueso calibre, lo que no terminó allí.

La cobardía consistió en que dichos funcionarios, con gran prepotencia, bajaron de los vehículos y dispararon con sus metralletas contra estos jóvenes, hiriendo de gravedad a tres de ellos, hecho lo cual se retiraron, dejando a los heridos sometidos a su suerte.

A pocos minutos de producido ese incidente, fui informado en la Oficina de la Comandancia de Guarnición, por el propio señor Paredes, quien mencionó "una agresión al personal de Investigaciones". Me trasladé al lugar de los hechos y poste-riormente, al Hospital de la Asistencia Pública, donde encontré a los padres de los jóvenes heridos, entre ellos al diputado Pareto, a quien había tenido en la sección como cadete en la Escuela Militar. La indignación colmaba mi espíritu. Esta acción de matonaje venía a confirmar definitivamente mis temores sobre la escalada marxista,

que día a día aumentaba, tal cual estaba previsto, y si ahora ya no tenían reparos para tratar de asesinar muchachos indefensos, sin duda nadie podría detenerlos más adelante, cuando efectuaran destrucciones o actuaran criminalmente para crear temores que aplastaran la eventual oposición de todo aquel que fuera antimarxista.

En estado grave fue trasladado al Hospital Militar un estudiante de 22 años, el joven Enrique Loyer Arze, quien resultó herido a bala en la pierna derecha por funcionarios de Investigaciones durante los graves incidentes ocurridos en la noche del jueves y la madrugada del viernes en Providencia, entre las calles Tobalaba y Pedro de Valdivia. Según informaciones de testigos del hecho, el joven estudiante "fue baleado a boca de jarro y sin mediar provocación por su parte". Los detectives que estuvieron presentes presentaron una versión distinta y expresaron que Loyer "estaba detenido por intento de agresión a detectives y por intento de hurto de un arma fiscal".

El 7 de diciembre el diputado Luis Pareto me envió una carta sobre la detención arbitraria de su hijo Luis Jorge Pareto. Allí me indicaba que numerosas otras personas habían sido aprehendidas ilegalmente por Investigaciones en los últimos días. También me pedía que "se inicien las acciones que correspondan", aunque él sabía muy bien que no era posible.

Después de estos hechos todos estábamos convencidos de que la socorrida frase de Allende "la senda chilena para el socialismo" sólo era un slogan. Tampoco se podría aplicar ahora lo de las empanadas ni lo del vino tinto, sino sólo de sangre y despojo, una senda cada vez más dura y cuya amenazante realidad la sentían los chilenos como una dramática pesadilla.

Con preocupación comprobábamos que la "senda chilena para el socialismo" no contenía variación alguna de lo que siempre había sucedido en otros pueblos caídos bajo el yugo comunista. Como lo había dicho el señor Allende el 21 de mayo de 1971, se trataba ahora de organizar al proletariado como base de una nueva clase gobernante que paulatinamente debería arrebatar a la burguesía el capital y los instrumentos de producción. Su centralización en manos del Estado permitiría establecer la "Dictadura del Proletariado", cuya primera meta consiste en controlar férreamente a las masas obreras a través del control estatal de todas las fuentes de trabajo.

Siempre los marxistas tergiversan las situaciones. Así era el caso de la U.P., que en un documento culpaba a los "facistas" de haber desarrollado la violencia, mientras ellos aparecían como las pobres víctimas inocentes, blancas palomas afectadas por sus contrarios, los violentistas.

Nuevamente, y por cuarta vez en el año, fui designado como Jefe Militar para el "Estado de Emergencia" de la provincia de Santiago, debido a las situaciones de efervescencia que ya se estaban produciendo en algunos lugares del país.

Como he dicho, el día 2 de diciembre se declaraba nuevamente "Zona de Emergencia" en la provincia de Santiago. Ese mismo día tuve una reunión con la prensa, indicando que "desarrollaré todo mi esfuerzo en restablecer la calma y la normalidad en la ciudad". Anuncié que las fuerzas se encontraban acuarteladas en segundo grado y toda persona que anduviese armada sería detenida.

Dije que se habían registrado nuevos hechos de violencia y agresiones con armas de fuego. Expresé que fui testigo presencial de muchos de estos hechos durante la ronda de inspección que efectué por la zona. Anuncié, además, que para mejorar el control del sector se reforzaría la acción de Carabineros con patrullas de personal del Ejército. Hice una advertencia a la disciplina civil y dije: "Pido a la ciudadanía que cuando el personal militar dé la voz "alto" obedezcan de inmediato, pues de lo contrario se les disparará; pues el soldado está entrenado para actuar en esta forma". Esto regía especialmente para las horas de toque de queda.

Por fin, el día 4 de diciembre el señor Fidel Castro nos dejó y regresó a su país, después de una visita de 25 días a Chile que será histórica entre los anales de nuestras relaciones exteriores por lo intervencionista y dilatada.

Con el término del año, se produjo el abandono del Ejército de varios Generales que cumplían cuarenta años de servicios y que, conforme a la ley, debían acogerse a retiro del servicio activo. Estas vacantes en la cúpula del Alto Mando significaron mi designación de Jefe del Estado Mayor General del Ejército, cargo que asumí el 3 de enero de 1972 y que ya me había anticipado el General Prats en una conversación que habíamos tenido meses antes.

En el mes de diciembre se llevaron a efecto las maniobras del Ejército en la zona de Villamica y Pucón y en las cuales no participé por el cargo que ocupaba en Santiago.

Al término de estos ejercicios, se efectuó una reunión de crítica, y una demostración de tiro de combate, a la cual asistieron invitados por el Comandante en Jefe, el Presidente Salvador Allende, el Ministro de Defensa Nacional, Alejandro Ríos Valdívía, y parlamentarios de las comisiones de Defensa del Senado y Cámara de Diputados.

En esa oportunidad, en el transcurso de una entrevista de prensa que concedió el Comandante en Jefe y ante una pregunta que se le formuló sobre los grupos armados que existían en el país, expresó lo siguiente: **"Creo importante precisar el alcance del concepto de "grupos armados" porque es algo que todavía no existe en Chile, como para obligar la intervención del Ejército, porque grupos con palos, cascos y cadenas requieren una acción policial y judicial, ya que tales conjuntos se ubican en el campo delictual"**.

"Luego no se requiere un pronunciamiento del Ejército mientras no se llegue a los grupos como los surgidos en otros países, en que poseen una instrucción paramilitar, un armamento similar a las Fuerzas Armadas y que actúan en forma regular. En Chile se percibe como algo incipiente y debido a motivos político-partidistas".

Las declaraciones que posteriormente dio respuesta el jefe de Inteligencia, General Mario Sepúlveda, es semejante a la anterior.

Esta apreciación del General de Ejército Prats y del General de Brigada Sepúlveda acusan dos omisiones:

- O en realidad ignoraban lo que estaba pasando en el país con respecto a las personas instruidas como paramilitares que estaban ingresando a Chile y del armamento que entraba por numerosas vías del territorio nacional.
- O, siguiendo el juego del Gobierno marxista, trataba de apaciguar los ánimos y desviar la atención no dando la importancia que se merecían tales hechos.

No quiero creer que entre el señor Allende y el General Prats existiera un acuerdo, que involucraría una traición a la ciudadanía.

Ahora, desde las ventanas de la oficina del Estado Mayor, contemplaría cómo se debatía mi querido Chile en una creciente actividad subversiva. Por todas partes aparecían concentraciones de extremistas con lanzas, hondas, linchacos y cascos. Desfiles diarios de mujeres y niños gritando groserías y portando lienzos con frases insidiosas, gritos, amenazas y mil otras actitudes de agresividad y odio. Era un período en que reinaban la anarquía y el desorden, y cuyo resultado sería a corto plazo la miseria que sufrirían todos los chilenos, fruto de esa acción que sólo destruía sin construir absolutamente nada. El Gobierno continuaba su lucha para controlar los pocos grupos que aún se podían defender económicamente, pero que iban llegando en forma inexorable a la paralización de sus actividades. Ello acentuaba su tendencia a irse del país, aunque perdieran gran parte de sus patrimonios personales.

LAS MUJERES ENFRENTAN A LA U.P.

Como obedeciendo a un plan satánico, todo se encaminaba a la destrucción. El objetivo consistía en dejar inerte a la ciudadanía ante las fuerzas que organizaba el Gobierno. Para ello, paso tras paso, se producían la desmoralización de los espíritus, la desintegración de las costumbres y la descomposición social. Armaban a las pobladas con armamento clandestino, preparando células para la guerrilla urbana y rural; y en seguida encerraban las ciudades con los "cordones" proletarios de manera de impedir que escapara nadie. Simultáneamente se creaban fuerzas de choque, como el MIR, la VOP, MAPU, etc., y se desataba la inflación hasta un punto que hacía insostenible la actividad empresarial.

Al contemplar fríamente lo que en el fondo realizaba la Unidad Popular, se podía establecer que no sólo tenía el control del Gobierno, sino que sus proyecciones abarcaban las actividades económicas y la vida cultural y espiritual de los ciudadanos, creando así un dominio tiránico sobre todos los sectores. Y cuando no podían controlar alguno, buscaban la forma de infiltrarlo para socavarlo y destruirlo desde dentro hacia afuera.

Los chilenos iban despertando lentamente del "opio comunista", que tan sinies-tramente se había inoculado a Chile. Las primeras en reaccionar fueron las mujeres. Ellas, con su certero instinto, habían captado el peligro que amenazaba a sus hogares, a sus hijos, a sus esposos, y, como movidas por una alta inspiración, actuaron con coraje ejemplar y emocionante. No trepidaron en salir a las calles, gritar su angustia y golpear las ollas vacías. Ante los ataques cobardes que se les hicieron, lucharon contra sus agresores con valentía, arriesgando su propia vida. Muchas fueron maltratadas y heridas cuando enfrentaron las columnas extremistas. Pero el temple de la raza, el ancestro español y araucano, parece haberles dado la fuerza necesaria para encarar con valor a sus cobardes agresores.

Más adelante serán ellas las que arrastrarán a luchar al resto de la ciudadanía, hasta que finalmente se pidió en forma multitudinaria la renuncia de Allende y, al no producirse ésta, se solicitó, suplicó y exigió la intervención de las Fuerzas Armadas.

El 3 de enero de 1972, entregaba al General de Brigada Héctor Bravo Muñoz el cargo de Comandante General de la Guarnición de Ejército de Santiago y asumía la Jefatura del Estado Mayor General del Ejército, puesto que siempre ambicioné, por el profesionalismo que allí uno encuentra.

Iniciaba nuevamente un cambio en mis actividades, que significaron en ese año etapas muy interesantes para mi vida.

CAPITULO II

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

He señalado que en los primeros días de enero de 1972 me recibí como Jefe del Estado Mayor General del Ejército, lo cual me llenaba de satisfacción.

El General de Ejército Carlos Prats me había dado a conocer su intención meses antes, cuando se refirió a mi destino para el año 1972, y por ello, con tiempo, estuve adentrándome en la documentación y problemas existentes de ese alto Instituto, de manera que, al asumir el cargo, ya estaba casi totalmente orientado sobre la situación existente en él.

Durante el período que permanecí desempeñando las funciones de Jefe del Estado Mayor General del Ejército realicé diversas actividades fuera de mis obligaciones normales.

Viajé a la Ciudad de México entre el 8 y el 24 de septiembre de 1972 para asistir al CLXII Aniversario de la Independencia de ese país. Acepté una invitación del General Underwood, Jefe de las Fuerzas Norteamericanas del Canal de Panamá, y posteriormente, estuve tres días en Honduras y Nicaragua.

Reemplacé durante el mes de noviembre, en carácter de subrogante en el mando del Ejército, al General Carlos Prats, mientras él se desempeñaba en actividades ministeriales. Esta subrogancia la estuve desempeñando en forma esporádica en varias oportunidades, hasta ser nombrado definitivamente en propiedad el 23 de agosto de 1973.

Comencé a recibir informaciones alarmantes de lo que sucedía en el país a través del servicio de Inteligencia y a alistar los medios para enfrentar una insubordinación total de los marxistas en contra de la ciudadanía.

EL "PARAISO" MARXISTA EMPEORA

Cuántas veces desde las ventanas de la oficina del Jefe de Estado Mayor General, acompañado de algún alto oficial, contemplábamos impotentes cómo se mostraba en Chile una creciente actividad subversiva. Era un período de anarquía y de violencia, mientras el Gobierno se empeñaba en controlar toda la actividad nacional.

En esos días todo se encaminaba a la destrucción económica y social del país. La Unidad Popular no sólo pretendía el control del Gobierno, sino que sus proyecciones abarcaban las actividades económicas y la vida cultural y espiritual de los chilenos. Pretendía el poder total, y para ello estaba creando un dominio tiránico sobre todos los sectores. Se aprovechaba para esto de que un sector nada despreciable de la

ciudadanía aceptaba con gran conformidad todo lo que sucedía, para no verse envuelto en situaciones que lo podían afectar en alguna forma.

En los meses de marzo, abril y mayo de 1972 se produjeron numerosos hechos significativos que permitieron evaluar cómo el Gobierno de la Unidad Popular desarrollaba sus vigorosos tentáculos y tomaba posiciones claves en la Administración Pública. La virulencia de los marxistas se hacía cada día más agresiva y a medida que se sentían más fuertes, eran más insoportables. En las tierras agrícolas aumentaron las expropiaciones y las tomas ilegales de fundos y parcelas, anarquizando y paralizando el trabajo de los campos. Por otra parte, la ciudadanía perdió el respeto a la autoridad, entablándose permanentemente verdaderas batallas campales en las calles. Asimismo el respeto por la propiedad privada pasó a ser un concepto obsoleto, sobrepasado por el concepto "progresista" que desconocía lisa y llanamente ese derecho.

Además de las acciones que alteraban el diario vivir de la ciudadanía, el gobierno desarrollaba una intensa y activa propaganda internacional, para lo que preparó una amplia campaña publicitaria. Numerosos intelectuales, artistas y periodistas extranjeros, de tendencia marxista, llegaron a Santiago invitados a participar en la "Operación Verdad", esto es, para observar cómo se avanzaba hacia el "socialismo marxista" dentro de un sistema democrático. Sus deformadas informaciones y sus falsedades se diseminaron por el orbe. Para ellos, todo marchaba maravillosamente bien y Chile sería el nuevo paraíso del proletariado.

Momento a momento se confirmaba mi aprensión inicial de que, ineludiblemente, el Gobierno marxista llevaba a la Nación a su autodestrucción. La carrera por la implantación del socialismo en Chile no se iba a detener ante nada, hasta culminar tal vez en un enfrentamiento fratricida.

LA INQUIETUD DEL EJERCITO

El trabajo en el Estado Mayor General se desarrollaba normalmente con apreciaciones, planes, órdenes, adquisiciones, etc. Sus funciones, que constituyen el corazón y la mente de este cuerpo vital, dan acción y actividad al pensamiento y resoluciones del Comandante en Jefe del Ejército; es allí donde se aprecia y se propone, dentro de una mística de trabajo propia de los hombres de armas.

En la hora de almuerzo normalmente nos reuníamos un grupo de generales y, entre otras cosas, comentábamos cómo aumentaban diariamente el desabastecimiento y la desagradable acción permanente de una prensa sucia y venal, que no se detenía ante la calumnia, la infamia y el embuste. Con dolor solíamos decir que la historia nos juzgaría muy severamente y nos preguntábamos con qué palabras nos iría a condenar cuando se dijera que habíamos visto impasibles la destrucción de Chile.

Sin embargo, siempre les expresé que, para que actuara el Ejército, era necesario que sintiera la ciudadanía la absoluta necesidad de ello. Primero creímos que era posible que se produjera una reacción favorable en La Moneda. Con esta preocupación ordené al Director de Inteligencia que estudiara las "posibilidades de que el Gobierno cambiara de actitud", trabajo que sería elaborado con los antecedentes de que disponía el Ejército. El estudio de las posibilidades fue entregado por esa Dirección y despachado el día 12 de abril de 1972, en un oficio reservado, al Director de Operaciones del Ejército. Acompañaba al oficio un sobre separado con el documento con las conclusiones de los análisis que se han señalado. Era el primer paso que se tomaba para romper el "tabú" de hacer público un estudio de esta naturaleza. El antecedente llegaba a las siguientes conclusiones:

- Subversión y acciones armadas de consideración "en zonas o núcleos aislados del país".
- "Los grupos extremistas de izquierda, encabezados por el MIR (MCR. FTR) y otros grupos violentistas organizados adecuadamente, pueden desatar la subversión urbana y rural en diferentes zonas del país".
- "Es posible la polarización de algunos grupos laborales, estudiantiles, intelectuales, etc., que hagan causa común con las organizaciones extremistas".
- "Las agrupaciones subversivas de tendencias políticas extremas continuarán desarrollando actividades contrarias al orden público con repercusiones cada vez mayores y que en cualquier momento desborden la capacidad de control de las fuerzas policiales, desatando el caos y la subversión hasta llegar a paralizar las actividades del país, obligando a las FF.AA. a una intervención militar en apoyo al gobierno legalmente constituido y en procura del restablecimiento del orden institucional".
- "Lo anterior podría desarrollarse en gradación sucesiva o en forma simultánea de acuerdo a las circunstancias siguientes:
- "Mientras exista la falta de autoridad y los grupos cuenten con la benevolente tolerancia del Gobierno, las agrupaciones subversivas de tendencias políticas extremas continuarán incrementando su organización y su entrenamiento en el desarrollo de actos violentos aislados en diferentes puntos del país (sector urbano y rural)"; pero no dejaron pasar mucho tiempo entre un acto y otro para tener siempre preocupada a la autoridad.

Después de prolongadas conclusiones, el estudio que se indica terminaba con la siguiente variante:

"De irse conformando estos hechos que nos conducen a esta posibilidad o una vez materializada ella, es posible se transforme en lo que se indica como la posibilidad dos:

"Los poderes Ejecutivo y Legislativo, polarizando el descontento, los odios y las recíprocas recriminaciones, podrían producir en cualquier momento un quiebre del régimen constitucional, y provocar un conflicto de Poderes de carácter insuperable que degenera en acciones armadas violentas de los grupos afines a los Poderes en pugna, para luego desencadenar la guerra civil que obligara a la participación de las Fuerzas Armadas".

"Lo anterior se podría desarrollar con la gradación sucesiva o simultánea de los siguientes hechos:

"Continuar e incrementar el clima de agitación en las masas; con un afianzamiento de las organizaciones civiles armadas, junto con recrudecer las acciones ilegales en el campo y en la ciudad".

"Continuar la propaganda en ambos sectores tratando de influir en la opinión pública y canalizar a ésta hacia ambos bloques".

"Materializarse el conflicto insuperable entre los poderes Ejecutivo y Legislativo sin solución constitucional".

"Cerradas las vías constitucionales de solución al conflicto creado, se plantea una acción de facto para llevar al país a las metas del socialismo con la conquista del poder por la fuerza, por una parte, o la eliminación del gobierno marxista por el bloque opositor".

"Algún grado de desafección de las Fuerzas Armadas, o de sus instituciones integrantes, polarizando su participación hacia uno u otro de los bandos antagónicos, puede producir un desequilibrio de poder y provocar con ello un grave quiebre de cohesión y disciplina que los obligue a una definición por medios violentos".

Era tal el cúmulo de antecedentes entregados por la Dirección de Inteligencia que no dejaba otro camino razonable sino el de reactualizar, bajo la mayor discreción, la total Planificación de Seguridad del Ejército, con el fin de actuar como medio catalizador ante la posibilidad de una guerra civil.

El documento señalaba que en este avance progresivo de esta lucha entre el Poder Ejecutivo y Legislativo iba a llegar el momento en que no se encontrara ninguna otra salida constitucional si no era la lucha entre ambos. Pero lo que es más grave era que día a día la posibilidad se hacía más factible, pues la posición de los Poderes del Estado se iba endureciendo cada vez más. De esta manera iba a llegar el momento en que las Fuerzas Armadas no podrían mantenerse como espectadores, menos aún si uno de los poderes (el Ejecutivo) estaba creando una fuerza paramilitar, que se iba acrecentando, haciéndose más y más poderosa. Tampoco era posible pensar en el hecho de que los organismos castrenses se marginaran del escenario político, pues ello significaba el aniquilamiento de los Poderes Legislativos y Judicial, y luego, con el total de las fuerzas disponibles, el poder político triunfante, con sus manos libres, no tendría obstáculo que se opusiera para aniquilar el poder de las Fuerzas Armadas.

Algo más nos inquietaba a la mayoría en esos momentos: era el hecho de que los marxistas, según rumores, hubieran logrado infiltrar a las Fuerzas Armadas y Carabineros un número apreciable de simpatizantes. La acción de esa gente, de concretarse, habría significado el fin de Chile y de la Patria; sin embargo, este pensamiento tan negro y negativo era desechado por las informaciones optimistas que al respecto se recibían del servicio de Inteligencia Militar, que descartaba esta posibilidad. Sin embargo, podía haber infiltrados, pero pocos.

Una guerra civil naturalmente sería fatal para la Patria. Era necesario impedirla a cualquier precio. Todo indicaba que el Gobierno de Allende no cejaría en sus afanes totalitarios; no quedaba, por lo tanto, otro camino al Ejército sino el de actuar. Todo debía realizarse secretamente, para sustraerse a la delación y de la vigilancia que permanentemente se ejercía sobre los mandos; pero la acción había que realizarla, costara lo que costare.

EL EJERCITO DECIDE PASAR A LA OFENSIVA

Fue así como redacté de mi puño y letra, con mucha discreción y cuidado, el 23 de junio de 1972, una circular protocolizada con mi firma, destinada a ocho de los organismos del Estado Mayor General, que tendrían la misión de reactualizar algunos conceptos de la "Planificación de Seguridad Interior". Con ello se daba el primer paso para posteriormente seguir transformando la concepción defensiva del

"Plan de Seguridad Interior" en un instrumento de carácter ofensivo y más agresivo.

El Plan anterior de carácter estático se iría transformando en uno de gran movilidad.

En esos días observábamos cómo la actividad violentista continuaba desarrollándose cada día con mayor intensidad, y nos convencíamos de que Allende no cedería un paso. Por ello resolví, el día 9 de julio, apurar la planificación y, aun con riesgo de perder todo lo que se había adelantado, nuevamente elaboré otro documento que llamé "Memorándum", destinado a replantear las orientaciones básicas para encauzar más rápidamente la planificación en forma total, ahora con un absoluto carácter ofensivo que, desde ya, debía adoptar el Ejército. Por lo delicado de este documento denominado "Memorándum", y que contenía materias muy secretas, me limité a enviarlo sólo a los Directores de Operaciones e Inteligencia y dejé una sola copia en la Secretaría del Estado Mayor General del Ejército. Con este paso, prácticamente, se iniciaba una nueva concepción en los planes de seguridad.

Hasta el mes de agosto la vida cotidiana transcurrió en un ambiente de violencia y de tirantez que iba dividiendo más y más a la familia chilena. Esos días se produjo conmoción al tener el Gobierno que afrontar la situación de los guerrilleros argentinos que, evadiéndose de Rawson (Chubut), ingresaron a Chile por Puyehue. El señor Allende presentó primero la comedia del asilo, de la protección, de la devolución, etc., para terminar por último dejándolos salir libremente del país. Por otra parte, en Concepción fue asesinado desde la Sede del Partido Socialista el Cabo de Carabineros Exequiel Aroca. La vida nacional se hacía día a día más tensa y curiosamente ningún organismo internacional ni nacional habló de los "Derechos Humanos" ni atacó a Chile por ello. ¿Se habrían olvidado de ellos? ¿O cuando los hechores o transgresores son marxistas tales "Derechos Humanos" no tienen valor?

El 5 de julio vino a mi oficina el Director de la Academia de Guerra, el Brigadier General Herman Brady, con quien conversamos largamente. Lo invité a almorzar en mi oficina y llegamos a la conclusión de que la Academia estaba en condiciones de planificar la acción táctica de las unidades que actuarían en Santiago. Mi última recomendación fue que debía emplearse sólo (y ello se lo recalqué) personal altamente confiable. Nos dimos un abrazo y, cuando se iba retirando, le dije: "Debemos tener sumo cuidado ante la delación o indiscreción que se pueda producir. Ten la seguridad de que si los marxistas saben lo que sucede no sólo correría nuestra sangre, sino también la de nuestros familiares". La respuesta del General Brady fue lacónica: "Será de secreto absoluto".

Durante los meses de julio y agosto fui llamado por el Presidente Allende para preguntarme cuándo nos decidiríamos a comprar armas de Rusia. Mirándome a los ojos me dijo: "General, ésta es la oportunidad única, nuestros amigos nos ofrecen quinientos millones de dólares en armamento. Con un interés de sólo el 2% anual y quince años de gracia y si se cumple bien en el pago de intereses, la deuda a los cinco años baja a la mitad y posteriormente vuelve a suceder lo mismo con los otros cinco años, es decir, el país sólo paga la suma de 125 millones en lugar de 500 millones".

"Esta es la única oportunidad para que el Ejército quede bien equipado y armado". Le respondí: "Presidente, todo está en estudio y lo realizan los respectivos comités de armas. Ellos están haciendo las evaluaciones, porque usted debe considerar que también hay un "patrimonio de armas que vale muchos millones de dólares" y que debe ser considerado en el estudio". El Presidente no insistía en la compra; pero se ponía rojo de ira y sólo atinaba a decirme: "Está bien, General, pero ésta es una oportunidad única que se debe aprovechar".

La última vez que fui llamado, antes del mes de septiembre, estaba bastante

alterado o lo hacía para causar temor. No perdí la calma y me limité a mantener la consabida frase que lo irritaba en extremo.

EN CENTROAMERICA

El 31 de agosto, pocos días antes de mi viaje a México, caí con una fuerte bronquitis viral con alta temperatura, y como pasaban los días sin recuperarme, llamé a mi domicilio a mi ayudante el Mayor Claudio Lobos y le encargué la preparación del viaje.

Un día antes de la partida, el 8 de septiembre, aún estaba bastante a mal traer. Sin embargo, el médico me indicó que era posible viajar, pues me iba a recuperar durante el viaje con el cambio de clima.

Así fue. Salimos del aeropuerto Arturo Merino Benítez en un avión Braniff que hacía escala en Lima, donde fuimos atendidos cordialmente por el Jefe del Estado Mayor General del Ejército del Perú, y, después de una corta estada, seguimos viaje a Panamá, a donde llegamos pasada la medianoche.

En Panamá, en el aeropuerto Tucumén (hoy Omar Torrijos) nos esperaban el Teniente Coronel Orlando Jerez, el Coronel norteamericano Gerald Sills y otros oficiales norteamericanos, los que nos llevaron al lugar de alojamiento en la casa de huéspedes del Fuerte y además me entregaron un nutrido programa de visitas.

En cuanto a actividad social los días fueron muy intensos. Recibimos numerosas atenciones, tanto de los chilenos radicados en ese país como de los oficiales del Fuerte; muchos de ellos habían estado en Chile y tenían amigos chilenos.

En lo profesional, lo más interesante fueron mis conversaciones con el Comandante de la zona del Canal, General Underwood, de cuatro estrellas, que me recibió en su Cuartel General con honores de Jefe de Estado. En las conversaciones llegamos al material bélico chileno. Yo le expresé nuestra urgencia de que los Estados Unidos de Norteamérica nos vendieran tanques de cualquier tipo, pues, como lo había explicado, sufríamos una fuerte presión de los rusos y de nuestro propio gobierno. Debo expresar que este General buscó por todos los medios obtener que se hicieran algunas transacciones en favor de Chile, pero sólo obtuvo negativas del Departamento de Estado, ya que este organismo jamás dio una respuesta esperanzadora y menos cedió ante el pedido del General Underwood. Llegué a creer que los integrantes de ese departamento eran empleados rusos, no norteamericanos.

Hoy, meditando sobre esta situación y otras que se han presentado, he comprendido la poca claridad de lo que entiende ese país cuando expresa que son nuestros amigos y su manera de actuar con los latinoamericanos.

Durante esos cuatro días pasados en la Zona del Canal visitamos Portobelo, donde conocimos su rica historia de tesoros y ambiciones. Escuchamos con atención la narración de la historia del pirata Morgan, que con un puñado de piratas asaltó y saqueó la ciudad. Con esta visita a estas ruinas del Panamá viejo, uno retrocede a los tiempos de esa España conquistadora y opulenta.

Con mis hijos, mi esposa y el Coronel Sills, que nos acompañó, visitamos las instalaciones del Canal y admiramos esta maravillosa obra de ingeniería en pleno funcionamiento que son sus esclusas.

En la ciudad de Colón visitamos una tienda donde adquirí dos radios de bolsillo para mis hijos, que estaban dichosos. Tuvimos mucho cuidado, pues nos advirtieron que grupos de ladrones suelen arrebatarse los paquetes huyendo a gran velocidad. Por suerte nada tuvimos que lamentar.

Los oficiales norteamericanos y sus esposas del Comando nos ofrecieron una

comida de gala, que fue muy placentera para mi esposa y para mí y nos permitió estrechar mayores lazos con estos oficiales del Ejército norteamericano y sus esposas.

De Panamá viajamos a Honduras. Mientras esperábamos la salida del avión en el aeropuerto, para disfrutar los últimos momentos, me dediqué a tentar suerte en las tragamonedas, y cuando la hice funcionar se vació entregándome más de cien dólares en monedas de un dólar. Guardé los cien y con las monedas restantes nuevamente hice funcionar la máquina y obtuve una ganancia de otros cien dólares. En el momento que contaba el dinero, los altoparlantes llamaron a los pasajeros del avión que iba a México, lo que obedecemos después de despedirnos del Teniente Coronel Jerez y del Coronel Sills.

Sin embargo, cuando ya íbamos volando mi esposa se dio cuenta que había dejado sobre un mueble en el salón del aeropuerto su fino abrigo de piel. De inmediato llamamos por radio al Comandante Jerez, pero transcurrió el tiempo y sólo recibimos como respuesta que ya no estaba el abrigo. Lamentamos la pérdida, pero por otro lado habíamos ganado más de doscientos dólares, que compensaban en parte su pérdida.

Después de un tranquilo viaje, el avión aterrizó en Tegucigalpa, donde permanecemos tres días.

Como en Tegucigalpa teníamos reservado el alojamiento, nos fue posible instalarnos confortablemente. El Embajador de Chile, un antiguo amigo, nos atendió gentilmente y nos invitó a conocer la ciudad con sus nuevas construcciones, los parques y monumentos.

Del recorrido por la ciudad lo que más nos impactó fue el lujoso Hotel de Honduras Maya, donde ese día comimos. Este hotel queda en la Avenida República de Chile. Pregunté al Embajador por el General Osvaldo López para saludarlo, pero éste no se encontraba en Tegucigalpa. Sólo me fue posible conversar con el ayudante y dejarle mis saludos.

El hecho de conocer al General López nos sirvió para salir de un problema, que nos dejaba en una situación inconfortable con respecto a nuestro viaje a México. Ese mismo día la Compañía de Aviación que nos llevaría a Nicaragua nos avisó que nuestro viaje se cancelaba y que él se realizaría dos días más tarde, en circunstancia que yo debía encontrarme en Ciudad de México al día siguiente. Esa desagradable situación me llevó a ubicar nuevamente al Ayudante del General López, explicarle este difícil trance en que me encontraba y luego pedirle que me facilitara un avión de la Fuerza Aérea para trasladarme a Nicaragua y combinar para viajar a la capital mexicana.

Con muy buena voluntad este oficial le consultó telefónicamente a su jefe, quien de inmediato dio su autorización y además puso su avión a nuestra disposición. Por otra parte, el Presidente Somoza, informado por el Embajador de Chile de lo ocurrido y del apremio a que estábamos sometidos, nos solucionó el problema. Nuestro embajador en Managua asimismo nos avisó que los pasajes a México para mí con mi familia en uno de los aviones de la empresa "Nica", de propiedad de Somoza, estaban solucionados. Al día siguiente el avión del General López nos llevó a Managua y allí nos cambiamos a un avión Boeing de la Compañía "Nica", para dirigirnos a Ciudad de México.

PASE POR MEXICO UN DIA

A la llegada a Ciudad de México nos esperaban el agregado militar chileno, Coronel Agustín Toro, y señora, quienes nos brindaron las atenciones del caso y nos ofrecieron que alojáramos en su casa.

También a la llegada nos esperaban funcionarios del protocolo mexicano, el Embajador de Chile y varios oficiales del Ejército mexicano.

En la suite del VIP se presentó un señor Mayor del Ejército mexicano, quien manifestó que sería mi ayudante; de inmediato lo conecté con mi ayudante, Mayor Lobos, con el fin de coordinar las actividades que tuviera durante la estada.

Del aeropuerto fuimos trasladados al hotel y a nuestros hijos se los llevó el Coronel Toro a su domicilio, con lo cual ellos quedaban en una casa muy segura y nosotros podríamos desempeñar con mayor facilidad nuestras actividades sociales.

Ese mismo día asistimos a un almuerzo en un club, donde tuve oportunidad de saludar a alrededor de 300 generales de uniforme, algunos de bastante edad y que habían llegado a este grado por ser héroes de la revolución.

Allí el ayudante mexicano me informó que todos estos generales tienen un ayudante y sueldo como activos. Cuando inició mi presentación a estos generales, señalaba: "El General Augusto Pinochet, Jefe del Estado Mayor General del Ejército de Chile", pero al final, después de saludar a más de doscientos, sólo decía: "El General Pinochet".

El almuerzo fue presidido por el ministro de Defensa, General Hermenegildo Cuenca Díaz, a quien cada misión le entregó un presente. A su vez él nos hizo llegar un obsequio recordatorio de nuestra estada.

En la tarde tuvimos libre, aprovechando con mi esposa para salir a conocer la hermosa Ciudad de México. Pudimos observar una cantidad de indígenas que nos impactó mucho, pues en número crecido acusaban gran pobreza.

Al día siguiente, 14 de septiembre, salí con el Agregado Militar de México en Chile y recorrimos diferentes locales para comprar algunos "souvenirs" que llevaríamos a Chile. En la tarde fui invitado a la Escuela Militar y a la Escuela Superior de Guerra, donde tuve la oportunidad de compartir con la oficialidad mexicana, que posee un buen nivel profesional. Esta última invitación venía del General De la Fuente, Oficial a quien conocí en Chile, cuando él era Agregado Militar de su país.

Posteriormente, el General De la Fuente nos invitó a mi esposa y a mí a visitar una ciudad satélite cerca de la capital y, al regreso, nos llevó a su casa, donde vivía con gran sencillez y sobriedad.

Al día siguiente, en la mañana, se efectuó el desfile militar. Allí me tocó ver una división de jinetes mariachis montados y armados que pasaban al trote frente al Palacio de Gobierno. Algunos de los caballares llevaban como carga ametralladoras y armas pesadas. Llamaron la atención los tanques, que, a pesar de ser de la época de la Segunda Guerra Mundial, estaban en muy buenas condiciones de mantenimiento.

En la tarde y noche el Presidente Echeverría saludó a las delegaciones; cuando me correspondió a mí tuvo para con Chile expresiones muy halagadoras y deseos de felicidad para el señor Allende. Después del saludo pasamos al gran salón, que estaba bastante lleno. Desde los balcones se veía una muchedumbre que, entre fritangas cuyo olor ascendía hasta el Palacio y cantos al puro estilo mexicano, hacía aparecer que lo estaban pasando muy bien.

Cuando estábamos en los balcones se inició una lluvia de huevos llenos de harina que la poblada lanzaba como signo de alegría para saludar a su gobierno. Lamentablemente uno de ellos dio de pleno en el pecho de un almirante norteamericano, dejándolo como un merengue. En esa oportunidad conocí al General Westmoreland, pocos días después de que los políticos le habían hecho su acostumbrada jugada. Al término de la recepción en el gran salón del Palacio, bajamos a las mesas del cóctel, que en realidad era una comida fría. Según se me dijo, estaba calculada para 10.000 personas y había unas 6.000; esta abundante cena y la fastuosidad no correspondían a un pueblo que comía tamales con ají.

Cuando nos retirábamos del Palacio nos tocó ver a los indios yucatecos que tenían un conjunto que tocaban muy bien y cantaban hermosas canciones mexicanas.

El Agregado Militar de México en Chile, que nos acompañaba, le preguntó a mi esposa si quería escuchar "María Bonita", que fue interpretada con verdadero arte por el conjunto. La vocalista sobresalía por su hermosa voz. Posteriormente nos retiramos al hotel a descansar.

Al día siguiente el Agregado Militar, Coronel Toro, nos invitó a visitar la zona arqueológica de Teotihuacán, a 50 kilómetros de Ciudad de México. Estas pirámides son joyas arquitectónicas de 125 metros de altura. En la tarde visitamos al lago Xochimilco, que es un lugar fétido, desaseado y sucio, pero que posee un encanto especial y es atractivo. Está situado al sur de la ciudad y uno puede pasear en chalupas adornadas con motivos florales. Algunas llevan instalado un piano y los mariachis permanecen tocando, lo que da una sensación agradable a la vista y al oído, por la hermosura de la música que ejecutan.

A nuestro regreso al hotel tuvimos el resto de la tarde libre y aprovechamos con mi esposa para salir a recorrer la hermosa Ciudad de México.

En la noche el Agregado Militar de México en Chile nos invitó, después de comida, a escuchar música en un establecimiento cuya torre giraba, lo que para esa época era bastante novedoso.

El siguiente día se nos dejó libre para recorrer la Ciudad de México y visitar su esplendoroso comercio. En la tarde descansamos y visitamos el museo de Rufino Tamayo y el Museo Nacional de Antropología, construidos a gran costo.

Esa noche el Embajador de Chile nos invitó a su casa. Durante la reunión observé que todas sus preguntas estaban destinadas a conocer mis pensamientos y mis ideas, pero mantuve un discreto silencio al extremo que creo que pensó que yo era un "militar cuadrado" que sólo pensaba en la institución y en actividades bélicas.

En la tarde de ese día aprovechamos para adquirir algunos "souvenirs" y algunos regalos. El Ayudante mexicano me trajo una colección de revistas donde aparecían artículos suyos, que se habían publicado en ellas, y me las regaló. Le agradecí y a su vez le entregué un "souvenir" militar (un galvano como recuerdo de nuestra visita).

El día 18 de septiembre después de los saludos de despedida de las autoridades mexicanas y diplomáticas chilenas, nos embarcamos en un avión Braniff con destino a Estados Unidos.

Los cinco días de descanso que pasamos en Miami siempre los recordamos con cariño, pues fue muy grata la estada en esa ciudad. Instalados en un cómodo hotel visitamos las playas y, para tener mejor movilización, arrendamos un vehículo. En este medio viajamos a Orlando, a conocer el mundo de Disney. Han pasado los años y aún mis hijos Marco Antonio y Jacqueline recuerdan con cariño los momentos vividos allí.

El 23 de septiembre nos embarcamos rumbo a Chile. Cuando estábamos preparando el regreso, mi ayudante me informó que desde Chile se había recibido la noticia de que el General Canales había sido llamado a retiro por el Presidente de la República. Lo lamenté mucho, pues era un buen amigo y un excelente general. A mi llegada el General Prats me informó que el retiro de este alto oficial se debía a expresiones de insubordinación que había vertido ante un almirante, quien, a su vez, había dado cuenta de estas expresiones al Comandante en Jefe del Ejército, quien le cursó el retiro absoluto. Al General Canales siempre le he guardado un especial efecto, por sus condiciones de soldado y de hombre de bien, y por ello me afectó profundamente lo sucedido. Pero saqué como experiencia que la reacción militar debía ser preparada en un círculo muy cerrado.

HUELGAS

Los problemas en esos días continuaron agudizándose en todo el país. Había dinero, pero nada que adquirir. En octubre, la Confederación Nacional de Dueños de Camiones ordenó un paro nacional y luego adoptaron igual actitud el comercio y la pequeña industria. Para contrarrestar esta acción de gremialistas, sindicatos y comerciantes, el Gobierno adoptó las medidas más arbitrarias que es posible imaginar. Con órdenes carentes de respaldo o valor legal se atropelló el derecho de propiedad, se continuó ocupando más industrias y se detuvo en prisión a numerosas personas. Los funcionarios marxistas actuaban con la más odiosa prepotencia, tratando de imponer sus ideas por la fuerza sin respetar a nadie y sintiéndose amos del país. A los negocios que se encontraban cerrados se les destruían las puertas o se descerrajaban los candados, o se golpeaban a los ciudadanos que intentaban resistir y oponerse a las arbitrariedades del gobierno.

La incapacidad demostrada por la institucionalidad política para poner atajo a los desbordes ilegales e inconstitucionales del gobierno del señor Allende llevó a vastos sectores de la ciudadanía a iniciar acciones por cuenta propia.

Una de las reacciones fue la huelga de octubre. Fue la más importante de ellas por la intensa agitación que produjo en la vida nacional y que comprometió gravemente la estabilidad del Gobierno. Para enfrentar esta situación, que colocaba a la Unidad Popular en situación cada momento más angustiosa, el señor Allende designó Ministro del Interior al Comandante en Jefe del Ejército, designación que se materializó en los primeros días de noviembre. Dicho nombramiento se presentó ante el país como la mejor garantía que la UP podía ofrecer a los chilenos a fin de que se pusiera término a la huelga. Los huelguistas retornaron a sus labores habituales.

El 2 de ese mes, por ausencia del Comandante en Jefe titular, fui nombrado en su reemplazo como Comandante en Jefe Subrogante del Ejército.

En esos días se discutía en el Congreso Nacional la Ley de Control de Armas. A los marxistas, que insistían en sostener que no poseían armas y que se oponían a la guerra civil, les era muy difícil rechazar esta iniciativa. Previendo la posibilidad de su promulgación, dispuse medidas para allanar aquellos lugares en que, según nuestros servicios de informaciones, existían "barretines", "almacenes" o "arsenales" de los marxistas donde se almacenaban armas, munición y explosivos.

Recuerdo que uno de los parlamentarios que más se preocuparon porque esta ley no se detuviera en su trámite fue el senador don Juan de Dios Carmona, quien apuró las exigencias de tal manera que la Ley de Control de Armas fuera finalmente aprobada, publicada y puesta en ejecución de inmediato. Sin lugar a dudas, creo que fue la ley que más le dolió al Gobierno, pero también estoy convencido de que el señor Allende la promulgó como medida táctica para distraer la atención de la ciudadanía y ganar una mejor imagen, atendida la situación apremiante que vivía el país.

VISITANDO AL "HERMANO MAYOR"

En diciembre de 1972, el señor Allende viajó al exterior, y el Ministro del Interior, General Carlos Prats, quedó como Vicepresidente de la República. Creo que esta situación resultó decisiva para el General Prats, pues si antes era posible tratar con él algunos aspectos desfavorables al Gobierno, desde ese instante su reacción ante cualquier intento de crítica fue de rechazo total, llegando hasta el extremo de respaldar todas las acciones que la Unidad Popular intentaba realizar. Comprendí entonces que ya no se podía contar con él para ninguna solución que se pretendiera y que la acción que se preparaba debía llevarse forzosamente a cabo para salvar al país.

He anotado algunos hechos del viaje del señor Allende.

El viaje del señor Presidente tenía una duración de 14 días y abarcaría México, Estados Unidos (sede N.U.), Unión Soviética y Cuba.

Iniciado el viaje, el Presidente aprovechó una escala técnica y se entrevistó con el Presidente del Perú, General Juan Velasco Alvarado, con quien departió por espacio de una hora.

Al día siguiente la prensa daba cuenta de la entrevista de los mandatarios chileno y peruano, quienes reafirmaron su solidaridad "contra la agresión imperialista de cualquier tipo". Hablaron de las agresiones económicas de países poderosos en contra de aquellos que están en vía de desarrollo. Se trató el asunto del cobre, "que se abordó como un problema común", según palabras de Velasco Alvarado. Ante la pregunta sobre la devolución del "Huáscar", el señor Allende respondió: "Todo lo que implique solidaridad debe ser abordado", y luego dio algunas explicaciones que creo no entendió nadie, ni él mismo.

En México lo recibieron el Presidente Echeverría y su esposa. En esa oportunidad Echeverría al saludar al Presidente Allende expuso, entre otras cosas, que "México cree razonablemente en la batalla que está acelerando el Presidente Allende por la libertad y con indicios vigorosos de triunfo". Se hizo luego alusión a la unidad latinoamericana y la preservación de las libertades de los pueblos del área.

En su respuesta, el señor Allende expresó:

"No queremos vasallaje ni colonialismo, sino independencia. Queremos paz y no guerra".

Desde Guadalajara, antes de partir Allende a Nueva York, ambos mandatarios emitieron la siguiente declaración conjunta:

"Los Presidentes de México y Chile coincidieron en la necesidad y en la trascendencia de un diálogo franco y abierto, dentro del marco de solidaridad de todos los países latinoamericanos, independientemente de las diferencias que puedan existir en el plano ideológico o en las estructuras político-sociales de cada país, para lograr un acuerdo de integración económica. Asimismo, la utilidad de un diálogo de esa naturaleza para encontrar denominadores comunes que faciliten la presentación de todos los foros internacionales de tesis encaminadas a la mejor defensa de los legítimos intereses latinoamericanos".

Señalaba también la declaración que:

"Concluyeron satisfactoriamente las negociaciones por las cuales se establece líneas de crédito del Banco de México al Banco Central de Chile para la adquisición de artículos primarios y para la compra de bienes de capital, bajo condiciones mutuamente satisfactorias".

En la reunión también se expresó la satisfacción porque los Bancos privados mexicanos han abierto líneas de crédito a Chile.

Allende reiteró el respaldo de Chile a los esfuerzos de Echeverría para lograr que todas las naciones del continente ratifiquen el tratado de Tlatelolco sobre desnuclearización del continente.

Chile respaldó la propuesta mexicana para buscar una mayor representación de los países en desarrollo en las Naciones Unidas.

El Presidente Allende llegó a Nueva York para hablar a la mañana siguiente en las Naciones Unidas ante una Sesión Plenaria de la Asamblea General. Durante su discurso habló sobre el camino revolucionario que Chile está siguiendo, del bloqueo financiero, de la Nación chilena agredida por las compañías trasnacionales, el fenó-

meno de las corporaciones trasnacionales, los países del Tercer Mundo, América Latina y el subdesarrollo. Agregó además que Chile no estaba solo en el panorama de la política mundial y terminó refiriéndose a una nueva etapa en el orden internacional.

Después de efectuar numerosas actividades diplomáticas y protocolares en la ONU, se embarcó en un avión ruso y se dirigió a Moscú.

A su llegada a esta capital el Jefe de Estado chileno fue recibido por unos cien mil moscovitas en una "cálida" acogida.

El Presidente Nikolai V. Podgorny le dijo a Salvador Allende que su país y las demás naciones socialistas apoyaban la "renovación revolucionaria" que se había impuesto en Chile.

Podgorny hizo tal declaración en una comida en honor al Presidente Allende, expresando que "el pueblo y el Gobierno de Chile están resolviendo complicados problemas y sobreponiéndose a la resistencia de la reacción interna y externa, la que, recurriendo a todo medio posible de presión económica y política, tratan de empujar a Chile fuera de la senda que ha escogido, para frustrar el proceso de renovación revolucionaria y asestar un golpe rotundo a las fuerzas progresistas de la América Latina en general".

Pero agregó:

"Bien sabemos por experiencia propia que si un pueblo sabe cómo atraer a su lado y cómo unir a las fuerzas genuinamente patrióticas, las clases trabajadoras, el campesinado y la clase media, y si su acción es constante y se empeña en realizar el programa que ha proclamado, ninguna fuerza reaccionaria será capaz de desviar al pueblo de trabajadores del camino que ha escogido".

Y continuó Podgorny:

"No están ustedes solos en esa lucha. Al lado de ustedes está la simpatía y el apoyo de la Unión Soviética, de las naciones socialistas hermanas y la solidaridad de la totalidad de las fuerzas progresistas contemporáneas". Además expresó que veía con satisfacción la expansión de relaciones amistosas y de cooperación entre Chile y la Unión Soviética.

Finalizó sus palabras indicando:

"La vida está demostrando en forma convincente que el reforzamiento de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados latinoamericanos está aportando beneficios mutuos y está de acuerdo con el interés de los pueblos, creando condiciones y perspectivas más favorables para su progreso y desarrollo independiente".

Allende, en la cena en su honor en el Kremlin de Moscú, el 6 de diciembre de 1972, dijo:

"Los monopolios internacionales imperialistas han desencadenado la agresión económica contra mi patria", recalando al mismo tiempo que "no estamos solos y que contamos con la solidaridad de muchos gobiernos y pueblos y que logramos entendimiento con muchos países industrializados

de Europa y también de los países de la Comunidad Socialista, que muestran gran solidaridad fraternal con nosotros". "Esto se refiere principalmente a la URSS, a la que nosotros denominamos "NUESTRO HERMANO MAYOR".

Al terminar su visita a Moscú el Presidente Salvador Allende manifestó su confianza en que las conversaciones y acuerdos logrados fortalecerían en alto grado las "relaciones fraternales" entre la Unión Soviética y Chile.

El Presidente Allende regresó a Chile después de 14 días de gira por diferentes países.

TRAICIONES Y FRAUDES

Una de mis primeras medidas como Comandante en Jefe Subrogante del Ejército fue apreciar la moral de las unidades. Era imperiosa la necesidad de pulsar el ambiente y el estado de ánimo de las tropas, y comprobar cuál era la realidad que se vivía en relación con la campaña de penetración marxista en las filas de las Fuerzas Armadas y Carabineros. En los meses de enero, febrero y marzo visité todas las unidades del Ejército ubicadas desde Arica a Tierra del Fuego. En cada una de ellas me reuní y conversé con los oficiales y suboficiales y conocí sus angustias, inquietudes y preocupaciones por la situación que se vivía a nivel nacional. La inspección realizada resultó favorable, y sólo tuve preocupación por dos unidades, la de Calama y la de Talca, donde encontré a oficiales jefes que, si bien no demostraban profesar ideas marxistas, tenían por lo menos mentalidad muy "progresista". El resto, sin excepción, eran todos contrarios al rumbo que el Gobierno trataba de dar al país. Todos deseaban tranquilidad y seguridad para sus hijos, para su hogar, para su Institución y para la Patria.

Mientras estuvo el General Prats como Vicepresidente de la República, ningún acto de rapiña o de delincuencia se llevó a cabo, pero luego, al regreso del señor Allende, continuaron las expropiaciones y las "tomas" de tierras, industrias, etc.

Asimismo, los buques pesqueros rusos, arrendados a alto costo, crearon una situación de desleal competencia con los pescadores artesanales chilenos. Tal situación, sin embargo, en nada llamaba la atención; es curioso cómo el hombre va perdiendo la sensibilidad y se va habituando a los hechos más insólitos y en general la ciudadanía se acostumbra a estos procedimientos que se comienzan a considerar normales en la vida nacional.

En esos días llegó a nuestras manos un informe que nos causó gran impresión. Se establecía en él que el Gobierno de Chile estaba obsequiando sus riquezas a Rusia, al entregar "informes secretos" tanto sobre el cobre como sobre la posible existencia de minas de uranio en la zona norte. Era una clara traición a la Patria, e incurría en ella nada menos que el propio gobierno.

Sin embargo, dentro de este caos, que ahora incluía estos actos de traición y de bandolerismo desenfrenado, hasta esa fecha se había mantenido un relativo respeto por el Poder Judicial, y sus miembros que, por lo demás, bien lo merecían; pero en esos días del año 1973 se atacó con saña y maldad por la prensa roja a nuestra respetada Corte Suprema, cuyos procedimientos siempre han sido ejemplares.

En marzo de 1973 se realizaron elecciones parlamentarias, las que dieron un resultado inesperado: la Unidad Popular aparecía aumentando su votación. Hoy esta sorpresa se ha disipado, por cuanto técnicos de la Universidad Católica comprobaron, mediante un acucioso estudio, un fraude electoral realizado por los Partidos de Gobierno. Estos antecedentes incontrovertibles señalaron que esos resultados positivos para este aumento habían sido posible gracias a una cuantiosa falsificación electoral realizada por el gobierno del señor Allende.

Después de las elecciones ordené al Estado Mayor del Ejército que efectuara una nueva apreciación política. Las conclusiones a que llegó no ofrecían la menor posibilidad de que se detuviera la vorágine de desorden, violencia, destrucción de la institucionalidad, inmoralidad política y desastre económico a que nos conducía el totalitarismo marxista. Por consiguiente, a fines de marzo existía en el ánimo de los oficiales que preparaban el derrocamiento del Gobierno el más absoluto convencimiento de que para Chile no existía otro camino sino el de actuar por la fuerza de las armas. Para materializar este propósito se extremaron las medidas de seguridad en nuestra planificación.

Se podía observar cómo los marxistas mantenían un estrecho control sobre las actividades militares, en especial sobre los generales y comandantes de tropa. Se les llevaba una hoja de servicios (en octubre de 1973 el Servicio de Inteligencia me obsequió mi tarjeta, que los marxistas no alcanzaron a destruir). Esta circunstancia nos obligó a disponer medidas de seguridad para los mandos y sus familias, las que ante cualquier situación de emergencia se concentrarían en las unidades de tropas para su protección.

En abril arreció la batalla contra la iniciativa comunista destinada a establecer la Escuela Nacional Unificada (ENU). Para atraer la simpatía hacia ella, el Gobierno ordenó efectuar reuniones que abarcaran una amplia gama de la ciudadanía, buscando convencer a los padres, apoderados, profesores y alumnos de los beneficios del sistema. En la sala de reuniones del Estado Mayor General del Ejército se llevó a efecto una exposición sobre dicho sistema por parte del Ministerio de Educación. También fueron invitadas a participar las otras instituciones y estuvieron presentes los Comandantes en Jefe institucionales. Creo que jamás imaginaron el repudio que el Ministro de Educación recibió de parte de la oficialidad de las instituciones, que no aceptaban esta imposición del gobierno marxista.

Recuerdo el caso del Coronel Espinoza, que habló dura y airadamente del sistema que se quería imponer y que la mayoría de los padres no aceptaban. Ante este hecho hubo una reacción violenta por parte de nuestro Comandante en Jefe contra los Oficiales de su Institución que repudiaban el sistema y que con sus preguntas habían apabullado al señor Ministro.

En ese mismo período, el Servicio de Inteligencia del Ejército me entregó un ejemplar de un libro que se vendía profusamente en las poblaciones, cuyo título era "La Insurrección Armada". Su autor es un tal A. Neuberg. La obra constituía un verdadero "Manual del Crimen".

Una tarde me llamó el señor Allende para hablarme de todo, menos de mi actividad militar, y al término de la reunión le dije que en las poblaciones se estaba vendiendo el libro "La insurrección armada". La respuesta que dio fue: "Lo conozco". Yo repliqué: "Pero esto es muy grave". El insistió: "Sí, lo conozco". Opté por retirarme.

La situación se hacía cada vez más angustiosa, mientras se estrechaba el espacio para actuar. Ya no resultaba posible proceder por partes; el Ejército debía actuar como un todo. Pero ¿cómo evitar que este alistamiento no fuera captado por el gobierno? Como chileno repudiaba la guerra civil, no quería ver a mi Patria sumida en un baño de sangre, ni abrumada por una feroz lucha entre hermanos, cuyas consecuencias serían la destrucción y la muerte, y con un retroceso total en todas las actividades del país, cuya recuperación tardaría muchos años en efectuarse.

Los últimos meses del primer semestre de 1973 se caracterizaron por los padecimientos brutales que debió sufrir la ciudadanía. Al recordarlos, hoy, reviven en mí sentimientos de amargura y dolor. Para los marxistas era necesario destruir toda la institucionalidad chilena, y con tal fin arreciaron los ataques a la Contraloría General de la República, a la Corte Suprema de Justicia, al Congreso Nacional, y a otras

Instituciones y a personas. Estos ataques se realizaban de incontables maneras y bajo cualquier pretexto.

Por fin la Nación entera presenció la firme reacción de los padres y apoderados en contra de la porfiada y tenaz imposición que el Gobierno quería hacer en materia de educación para concientizar a todos los niños de Chile mediante la implantación de la ENU (Escuela Nacional Unificada).

Luego vino la huelga de los mineros del cobre, la que se produjo con su notable gama de hechos heroicos y reacciones varoniles. Fue notable el apoyo que estos trabajadores recibieron de la ciudadanía y de la juventud.

Durante diversas reuniones que mantuve con autoridades de gobierno, muchas veces escuché cómo éstos hablaban ya sin ningún tapujo de los "Comandantes" que con medios paramilitares dominaban en centros poblados; y cómo denigraban valiosas resistencias de obreros para impedir la caída de sus fuentes de trabajo, como fue el caso de la Papelera. Los integrantes de la Unidad Popular actuaban duramente contra quienes eran calificados de sumisos a la burguesía.

Agréguese a todo ello la campaña sobre la amenaza de guerra civil con permanentes desfiles de grupos de hombres, mujeres y niños lanzando slogans que iban en aumento. La frase: "¡No a la guerra civil!" era una majadería psicológica destinada a crear la imagen, por cierto falsa, de que ellos se oponían a ese sangriento extremo. A este caótico cuadro había que agregar la falta de recursos y de abastecimientos que padecía la ciudadanía, la obligación que se imponía a las dueñas de casas de ingresar a la organización comunista de la JAP, medio con el que, a través del control de los abastecimientos, se intentaba doblegar la voluntad de los chilenos por la amenaza del hambre.

A fines de abril de 1973, el Comandante en Jefe del Ejército me entregaba el mando de la Institución por segunda vez. Ahora, con motivo de su viaje a la Unión Soviética, visitando previamente otros países. Mientras estuvo ausente efectué algunas reuniones con los Directores de "Operaciones" y de "Inteligencia". Este último me recalcó la extrema gravedad de la situación que se vivía no sólo en Santiago, sino en casi la totalidad del país. El 28 de mayo, en una reunión con los Generales del Ejército, poco antes de que llegara de regreso el Comandante en Jefe titular, emití bajo mi firma una "Directiva de Seguridad Interior del Comandante en Jefe del Ejército", documento que contenía el Plan de Seguridad Interior actualizado, para salvar al país del caos a que nos arrastraba el Gobierno a través de la anarquía y subversión que él mismo estimulaba cada vez más.

Las medidas consultadas debían adoptarse sujetas a dos condiciones fundamentales. En primer lugar, el plan vigente no podía cambiar hasta que el nuevo documento estuviese completamente difundido en todos los escalones, y si era posible practicado en lo fundamental, única forma para no quedar vulnerables durante el período de ajuste. En segundo lugar, la acción indicaba en la nueva Directiva que no podía realizarse aisladamente o sin sincronización con el conjunto de las unidades, pues la falta de reacción o acción negativa de alguna unidad, en un área determinada, podría significar el comienzo de una guerra civil, razón por la cual si se diera alguna desafortunada coincidencia de que a esa misma zona llegaran refuerzos contrarios, las tropas más cercanas actuarían de inmediato lo más duramente posible, para evitar se iniciaran las operaciones adversarias que podrían afectar al conjunto. Por lo tanto, era requisito previo y necesario al comienzo de la acción el alertar a todas las Unidades del país, pero sin despertar la más leve sospecha, lo que representaba mantener un permanente grado de alerta, sin causar tampoco desconfianza. Era, pues, fundamental que todas las tropas del Ejército de Chile reaccionaran a una sola orden.

Los momentos que se vivían eran trascendentes para el futuro de Chile. Cualquier

error de nuestra parte en la preparación de la acción sería no sólo fatal para nosotros, sino para la Patria entera.

Las primeras medidas que se debían adoptar en los Cuarteles Generales, donde era posible que los marxistas tuvieran algún infiltrado que informara al Gobierno de lo que se haría, era que todos los trabajos preparatorios se realizaran con la máxima discreción, pues no podía filtrarse información alguna hacia afuera. Un error en el "Secreto" era fatal para la acción que se iba a desarrollar. En otras palabras, el fracaso de esta acción militar que ahora se iniciaba en su planificación significaría la condena a muerte de miles de personas, y sobre sus cadáveres el comunismo internacional asentaría definitivamente sus bases en tierra chilena.

Para evitar cualquier filtración, se continuó empleando el sistema de trabajar sectorialmente las materias que en apariencia no tenían relación entre sí, pero que, reunidas en el momento determinado, calzaban perfectamente en la acción total. De esta manera se crearon compartimentos, de tal forma que cada grupo conocía sólo su parte y nada más. Además, se tomó toda clase de precauciones con quienes tenían participación en estas actividades, y que en principio debían realizarse con un mínimo de personas y todas de absoluta confianza.

Debo señalar que, gracias a estas precauciones de "encubrimiento", los numerosos trabajos de planificación se mantuvieron hasta su término en el más absoluto secreto. Eran los primeros pasos de la liberación y en ellos la suerte de Chile estaba en juego. Un paso en falso significaba el fracaso y perder toda posibilidad de salvar a la Patria del comunismo.

CAPÍTULO III

COMANDANTE EN JEFE SUBROGANTE DEL EJERCITO

De enero a marzo continué desempeñando el puesto de Comandante en Jefe Subrogante del Ejército, mientras su titular permanecía en el cargo de Ministro del Interior. En esos meses, en las conversaciones que mantuve con diferentes oficiales y suboficiales del Ejército pude aquilatar el grado de adhesión que tendría la acción que se preparaba en contra del régimen.

Por esos días se tuvo conocimiento público de la catastrófica situación en que se encontraban las administraciones de Empresas que estaban bajo la responsabilidad del Estado. Soquimich arrojaba 42 millones de dólares de pérdida en el ejercicio del año 1972. Súmense a ellos los otros mil millones de escudos que arrojaron como pérdida las industrias textiles estatizadas. La Corporación del Cobre había tenido una pérdida de 500 millones de dólares en el ejercicio de los años 1971 y 1972. Luego apareció a la luz pública una serie de negociados donde se retrataba la inoperancia de los expertos de la Unidad Popular. Mientras tanto, el desabastecimiento de alimentos era cada día mayor, pues los establecimientos de abastos no tenían nada que expender.

La emisión de dinero sin respaldo aumentaba día a día (según el senador Baltra, ya llegaba a los 60 millones de escudos diarios) y en todas partes afloraba un vasto mercado negro. Las medidas que adoptaba el Ministro de Hacienda iban destinadas a ejercer un mayor control sobre la población chilena y para ello se administraba el estómago como un medio de presión para doblegar a cualquiera que se opusiera o mantuviera una actitud neutra.

A lo anterior se sumaban los proyectos de dividir y descabezar a las Fuerzas Armadas; la expropiación de empresas; el anuncio de la implantación de la Escuela Nacional Unificada (ENU), destinada a crear el "hombre nuevo"; el abuso de la ley cometido a través de los "resquicios legales", etc. Estas y tantas otras calamidades que hoy muchos ciudadanos parecieran haber olvidado constituían las noticias diarias en ese negro período de desgobierno de la Unidad Popular.

Sin embargo, a pesar de esos factores negativos abrumadores que se presentaban en los comienzos del año, pensábamos que aún el Gobierno podría rectificar su camino si le era desfavorable el resultado de las elecciones parlamentarias de marzo. Pero no fue así (a pesar de que esta vez el Gobierno tampoco alcanzó mayoría). Sin embargo, pese a todo obtuvo un aumento de sus votos, gracias al vergonzoso fraude electoral comprobado posteriormente y que sin duda lo fortaleció.

Después de las elecciones, el 27 de marzo, el Comandante en Jefe del Ejército regresó a sus funciones profesionales y dejó el cargo de Ministro del Interior y yo

volví a mi puesto de Jefe de Estado Mayor General del Ejército. Los sucesos que pude observar durante los meses que me desempeñé como Comandante en Jefe Subrogante del Ejército no me dejaban ninguna duda de que Chile se precipitaba hacia un abismo y que las fuerzas que apoyaban al Gobierno lo encaminaban a una guerra civil.

Tales momentos hacían necesario apurar los planes, que hasta ese instante se realizaban sin la premura que ahora urgía.

Uno de los más serios inconvenientes que se presentaban a los oficiales de planeamiento era cómo trasladar estos documentos directivos desde el Estado Mayor (Academia de Guerra) a los Cuarteles Generales de las unidades operativas para que ellas a la vez las transformaran en documentos ejecutivos y se procediera al alistamiento de las tropas sin despertar sospechas.

El procedimiento a seguir era casi abierto, ya que los trabajos elaborados como Directivas por la Academia de Guerra se comenzaron a redactar como documentos directivos del Estado Mayor en la preparación de un juego de guerra de "Seguridad Interior". Pero se consideró, además, que también los documentos ejecutivos (órdenes y disposiciones) los redactara este organismo, por lo cual debían enviarse listos para ponerse en ejecución por las unidades. En este trabajo participaron dos oficiales seleccionados por su indiscutible lealtad. A ellos se les entregaron los documentos académicos, como para su estudio y redacción en las materias especificadas. A uno de ellos se le asignó asuntos referidos a "Operaciones" y al otro trabajos referidos a "Telecomunicaciones". La firma de todo documento directivo sería la del "Comandante en Jefe Subrogante" y, posteriormente, como Jefe del Estado Mayor, se firmaría "por orden del Comandante en Jefe del Ejército".

A fines del mes de abril, el Comandante en Jefe del Ejército nuevamente me entregaba el mando de la Institución, ahora con motivo de su viaje a la Unión Soviética, acompañado de un grupo de Generales y Oficiales. El viaje se realizaría con la visita previa a otros países. Mientras el General Prats estuvo ausente efectué algunas reuniones con los directores de "Operaciones" y de "Inteligencia" para perfeccionar o comprobar lo que se estaba preparando.

El viaje del titular del Ejército a Rusia fue con el fin de acceder a una invitación del Gobierno de la Unión Soviética que deseaba materializar y examinar un plan de adquisiciones de material bélico. Para ello integraban la comitiva y actuarían como asesores en ese análisis de material bélico algunos Oficiales. Yo logré colocar a Oficiales contrarios al plan de adquisiciones, pese a las generosas facilidades económicas, como lo recalca el señor Allende, por cuanto en el contrato de compra se incluían cinco años de gracia, un interés de 2% anual y quince años para pagar. En realidad era una atrayente oferta; pero peligrosa proposición, pues nos dejaba atados a los soviéticos, a su personal de instructores (destinado a enseñar el manejo del nuevo material y enseñar, por cierto, de paso, la doctrina marxista-leninista), y, además, la cadena de repuestos era muy fácil de cortar ante cualquier reacción contraria por nuestra parte al sistema moscovita, situación que, como sabíamos, ya había ocurrido en otros países que habían quedado sólo con chatarra.

LOS SUCESOS DE RANCAGUA

Durante el breve período que estuve nuevamente al mando del Ejército acrecenté la planificación revolucionaria y apuré su ejecución de alistamiento.

Se realizó en esos días una acción extremista en Rancagua que hizo necesario reforzar la guarnición militar de esa ciudad con tropas del Regimiento "Colchagua", de San Fernando, y nombrar un superior que coordinara ambas unidades. Para ello,

se envió desde Santiago un Coronel con el objeto de proteger al Mando de la campaña despiadada que se había desatado contra él. Al mismo tiempo se produjo la toma de radio "Rancagua", efectuada por las esposas de los mineros de "El Teniente".

En la ciudad de Rancagua desde el 19 de abril tuvo lugar el paro de los mineros de "El Teniente". El 10 de mayo se declaró "Zona en Estado de Emergencia" a la provincia de O'Higgins y como jefe de ella se designó al Teniente Coronel Cristián Ackerknecht. Después de varios días de intensa agitación se produjo una balacera desde la sede del Partido Socialista, la que causó heridas a bala a seis personas (tres estudiantes y tres mineros). El Teniente Coronel Ackerknecht ordenó allanar la sede de este partido, encontrando numerosas armas y bombas Molotov.

La reacción del gobierno no se dejó esperar, pues de inmediato se falseó todo lo sucedido y se inició una intensa campaña contra el Jefe de la Plaza. Ante esta situación opté por aumentar las fuerzas de la guarnición de Rancagua y, como he dicho, coloqué al mando de ellas a un Coronel. Como preveía la reacción que tendría del sector militar, di en forma pública mi total respaldo al Teniente Coronel Ackerknecht. Creo que si en esos momentos no se entendió mi maniobra, hoy, con mejor perspectiva, se podrá apreciar que tuvo efectos favorables, ya que dejaba tranquilo al Teniente Coronel Ackerknecht por cuanto quedaba libre de los ataques de la prensa roja. El día 25 de mayo se produjo un duro enfrentamiento entre los gremios en huelga y Carabineros, que arrojó más de quince heridos. Sólo la aparición de fuerzas del Ejército calmó los ánimos y normalizó la situación.

La radio de Rancagua fue ocupada el 22 de mayo. Este hecho tenía sobre ascuas al Intendente de la provincia de O'Higgins y al señor Allende, quienes habían intentado por todos los medios obligar a estas damas a que abandonaran la estación emisora.

El domingo 27 de mayo desde temprano el señor Allende me estuvo llamando por el teléfono privado desde su residencia en Tomás Moro a mi domicilio. El Presidente deseaba comunicarse urgentemente conmigo, pero, como todos los días festivos, yo salía a trotar y caminar, y sólo pude tomar contacto a las once de la mañana con la casa del señor Allende y conversar con él.

La primera información que me dio el señor Allende fue que "había serios disturbios en Rancagua". Le respondí que el Comandante de la Guarnición nada había informado al respecto; pero que en breves momentos más estaría en condiciones de responderle sobre esta preocupación.

Al cortar su comunicación llamé a Rancagua, y me informé por el Jefe de Plaza que no había ningún incidente y menos desórdenes. Que si bien era cierto que la radio "Rancagua" seguía tomada por las esposas de los mineros, ello no significaba que hubiera desórdenes.

Recibida esta información, se la retransmití al Presidente Allende, quien me la agradeció; pero dos horas más tarde volvió a llamar para avisarme que había incidentes, asegurándome que el Intendente le había informado que "la situación era grave".

Procuré calmarlo. Me llamó otras cinco veces en la tarde. Me expresó que el Jefe de la Plaza hacía "vista gorda" ante los hechos, favoreciendo a los huelguistas. Por último me manifestó que era necesario desalojar a las mujeres de la radio, debido a que allí estaba el foco de agitación. Ante tan delicada orden, le expresé al señor Allende que el hecho de sacar a las damas de la radio era grave y que podía transformarse en una acción con derramamiento de sangre. Como me insistió, le repliqué que una orden de tal naturaleza de parte del Gobierno debía venir por escrito, a lo que nada respondió. Más tarde opté por visitar personalmente la ciudad de Rancagua y solo, sin conductor, me dirigí en el auto de la Comandancia en Jefe a la ciudad.

Al llegar al Regimiento encontré al Coronel a cargo de las tropas en cama, enfermo, afectado por una fuerte gripe. Le pedí entonces al Teniente Coronel Ackerknecht que me acompañara en una ronda por la ciudad. Nos dirigimos a visitar diferentes lugares de la ciudad y en todas partes constaté que reinaba la mayor tranquilidad. Cerca de las veintidós horas me hice presente en la radio "Rancagua", donde se encontraban las esposas de los mineros. Frente a la puerta de entrada conversé con algunas de ellas. Creo que mis expresiones les dieron confianza y fe. Al despedirme les expresé que nadie les haría daño y que podían estar seguras de que el Ejército no las molestaría.

Con cuántas ganas les habría dicho que me alegraba de su actitud, y que las felicitaba y además que les daba mi total respaldo, pues las consideraba mujeres notablemente valientes, como lo demostraba su actitud. Pero una frase indiscreta podía perjudicar todo lo que estaba en gestación. Sin embargo, algo se debió traslucir, pues al día siguiente un diario de la tarde publicaba en sus columnas, posiblemente sólo con el deseo de informar, y sin darse cuenta del daño que producía y el que pudo ser fatal, lo siguiente:

"GENERAL PINOCHET VISITO MUJERES EN HUELGA".

El solo titular del diario era para mí un problema. El texto decía:

"En Rancagua se mantiene inalterable la huelga en El Teniente hasta las 13 horas de hoy, y no existen motivaciones para que esta situación cambie. Los trabajadores han rechazado perentoriamente el decreto de reanudación de faenas y se aprestan a tomar serias medidas en caso de que, conforme a las atribuciones de los interventores, se proceda a cancelar el contrato a los mineros y reemplazarlos por gente inexperta".

"Mientras tanto y como una inyección de optimismo se comentó vivamente la actitud del Comandante en Jefe del Ejército, general Augusto Pinochet, quien hizo anoche a las 22 horas una sorpresiva visita a las mujeres que mantienen tomada la radio Rancagua. El distinguido oficial departió cordialmente con ellas comentando muy interesado su heroica situación. Ellas reiteraron al General Pinochet que "se mantendrían en la emisora cueste lo que cueste".

Todo esto era real; pero cómo se decía resultaba totalmente inconveniente y no sé por qué no trajo mayor reacción del Gobierno. Luego continuaba a la letra:

"Asimismo causó malestar entre los huelguistas el hecho de que los 33 detenidos socialistas, llevados presos a raíz del cobarde baleo a estudiantes frente a la sede de ese partido el día miércoles de la semana pasada, quedaron en libertad por falta de méritos luego de una resolución del presidente de la Corte de Apelaciones, Eduardo Araya".

"Los comentarios acerca de este hecho, que no encierra una crítica al Poder Judicial, conducen a pensar, conforme lo sostienen algunos sectores, que los socialistas no sólo obligaron a relevar al Jefe de la Plaza, sino que también tienen licencia para matar".

• "Como un detalle macabro, quedan en el juzgado respectivo todas las

armas halladas en su poder, no operando contra ellos ni siquiera la nueva Ley de Armas”.

Esa información tan inconveniente para mí podía destruir todo lo que se estaba preparando. Ello obligó, como medida de elemental prudencia, enviar un desmentido al Diario, firmado por Relaciones Públicas del Ejército.

Al día siguiente el diario publicó al respecto lo que sigue:

“Sobre la información publicada en primera página del día de ayer, noticiando acerca de la visita que el general Augusto Pinochet, Comandante en Jefe del Ejército, hiciera a las mujeres de los mineros huelguistas de El Teniente que mantienen tomada una radioemisora en esa ciudad, se habría formulado un desmentido.

Dicho desmentido ha sido ampliamente publicitado en medios de la Unidad Popular, con deleznable intención política. Pese a que esa aclaración no ha llegado curiosamente a nuestro poder, nos permitimos darla a conocer a nuestros lectores. Esta declaración dice así:

En relación al artículo publicado en la primera página del diario “La Segunda” de hoy 28 de mayo, el Departamento de Relaciones Públicas de la Comandancia en Jefe del Ejército informa lo siguiente:

“1. El viaje del señor Comandante en Jefe del Ejército, General de División don Augusto Pinochet Ugarte, a la ciudad de Rancagua el día 27 de mayo, se realizó con motivo de una inspección que él efectuó a las fuerzas militares destacadas en dicha zona, de acuerdo con las atribuciones que su alto cargo le confiere.

“2. Entre los sitios visitados se incluyó la radioemisora local, por constituir una de las áreas en conflicto; pero el Comandante en Jefe Subrogante del Ejército no puede aceptar que su presencia en ese lugar sea interpretada como un apoyo a la actitud de las personas que ocupan la radioemisora, ni que ello se utilice con fines políticos o de otra índole en algún órgano de prensa.

“3. El Comandante en Jefe Subrogante del Ejército resolvió esta inspección en uso de sus facultades privativas y las efectuará cada vez que lo estime conveniente, por estar empleadas fuerzas de la Institución bajo su mando, pero estas actividades no pueden ser consideradas como de apoyo o rechazo a determinada actitud gremial o de política contingente.

“Departamento de Relaciones Públicas Comandancia en Jefe del Ejército”.

“N. de la D”.

Como obviamente el desmentido tiene nombre y enfoca la publicación de este diario, especialmente en la extraña interpretación de su punto 2, nos permitimos reproducir el acápite que rozó la epidermis de la Comandancia en Jefe del Ejército”.

"Mientras tanto y como una inyección de optimismo se comentó vivamente la actitud del Comandante en Jefe del Ejército, General Augusto Pinochet, quien hizo anoche a las 22 horas una sorpresiva visita a las mujeres que mantienen tomada la radio Rancagua. El distinguido oficial departió cordialmente con ellas, comentando muy interesado su heroica situación. Ellas reiteraron al General Pinochet que se mantendrían en la emisora cueste lo que cueste".

"Como puede colegirse de la simple lectura del acápite, no existe el menor atisbo de falsa interpretación de la visita del General Pinochet a esas mujeres, ni menos "utilización con fines políticos". Todo lo que puede suponerse en otro sentido corre por cuenta de alguna susceptible imaginación, lo que ha sido aprovechado vilmente por cierta prensa gobiernista, la misma que agravió soezmente a las FF.AA. y que no mereció por parte de Relaciones Públicas de la Comandancia en Jefe del Ejército ningún desmentido directo. Quizás porque uno de esos diarios es propiedad del Ministro de Defensa".

El 28 de mayo, en una reunión con los generales del Ejército, poco antes de que llegara de regreso el Comandante en Jefe titular, se analizó nuevamente la "Directiva de Seguridad Interior del Comandante en Jefe del Ejército", y se efectuaron las críticas por el alto mando a la Directiva que se había entregado en su oportunidad.

El gobierno en forma encubierta continuaba fomentando la anarquía y la subversión y él mismo las estimulaba desde su guarida.

En esa reunión se insistió que ante cualquier emergencia era fundamental que el Ejército de Chile reaccionara como un todo ante una sola orden y a una hora determinada.

Todos esos momentos eran trascendentes para el futuro de Chile. No podíamos cometer ningún error, tanto en la preparación de las operaciones, como en su ejecución, pues cualquier equivocación sería no sólo fatal para nosotros, sino para la Patria entera.

Todos los trabajos preparatorios se realizarían en la máxima discreción.

Se continuó con el empleo del sistema de trabajar en compartimentos estancos, como lo he señalado.

EL EMBAJADOR SOVIETICO PIERDE LA PACIENCIA

A los pocos días de haber asumido el mando del Ejército, el Comandante en Jefe titular citó a una reunión de generales. En ella dio cuenta de su viaje al exterior y luego ofreció la palabra a los generales. Cuando se le preguntó si se había comprado material bélico soviético, sobre el que tanto interés tenía el señor Allende, respondió que sólo se habían adquirido elementos logísticos, pero no armas ofensivas ni defensivas, ya que eso era materia de mayores estudios por las consecuencias políticas que acarrearía.

Durante el mes de junio pude observar cómo el General Prats era asediado por el Presidente de la República, por el ministro Tohá y por el embajador de la Unión Soviética en Chile. Los tres querían concretar lo más rápidamente posible una gran compra de armas. Pero los análisis e informes de los organismos técnicos desechaban tal adquisición, por cuanto comprar significaba perder todo el patrimonio de material bélico que se poseía hasta ese momento en el país, debido a las muy diferentes características de los elementos soviéticos, lo que además creaba un serio problema logístico.

El 20 de junio, conversando con Prats, me expresó que el embajador soviético se había molestado hasta el extremo de llegar a comportarse groseramente, porque la relación de adquisiciones era casi exclusivamente de elementos logísticos y la compra de armas era mínima. El embajador soviético en su ira se había permitido levantarle la voz, lo que él no había aceptado. Cuando se supo de este exabrupto, nos produjo indignación y desde ese momento muchos oficiales dejaron de aceptar invitaciones de la embajada rusa.

DESCONTROL DEL GENERAL PRATS

En el mes de junio, en la primera quincena, se vivía un clima muy rígido que se notaba en el ambiente. Fue así como durante la segunda quincena de ese mes se pudo observar cómo el Comandante en Jefe del Ejército aumentaba notoriamente su tensión. Andaba nervioso, fumaba cigarrillo tras cigarrillo y se mostraba sumamente violento con los subalternos. Esta neurosis culminó el día 27 en la tarde, cuando regresaba por la avenida Costanera después de almuerzo, en dirección al Ministerio. Se dirigía hacia su trabajo en automóvil cuando su estado nervioso le jugó una mala pasada. Por ofuscación, ante un gesto un tanto grosero que le hiciera un individuo que viajaba en la misma dirección, en otro automóvil, sacó su arma y la disparó sobre el otro vehículo. Pero la víctima resultó ser una dama que, ante tan inesperada respuesta, sufrió un ataque de nervios. El General Prats detuvo a su vez el automóvil y descendió de él con la intención de dar una explicación, pero mientras el auto estaba detenido, un grupo de personas que vieron cómo había actuado el general, optaron por faltarle el respeto y no trepidaron en romperle los neumáticos del vehículo.

Después de este lamentable suceso, el General Prats se dirigió al Palacio de la Moneda y se presentó al señor Allende, dando cuenta de lo sucedido. Aunque parezca increíble, el hecho fue aprovechado por el gobierno para propagar toda suerte de embustes y posteriormente decretar "Estado de Emergencia" para la provincia de Santiago.

UN INESPERADO "ENSAYO"

Diariamente recibíamos la información de que nuestros cuarteles eran visitados por personas extrañas a las Fuerzas Armadas aprovechando la amistad con algún oficial. Entre estos antecedentes se detectó por el Servicio de Inteligencia del Ejército que un grupo de oficiales y civiles conspiraban contra el Gobierno y buscaban producir un golpe de Estado. Tal antecedente le fue comunicado de inmediato al Comandante en Jefe, General Carlos Prats, que reaccionó violentamente, amenazando con tomar una serie de medidas. La principal unidad que podía rebelarse era el Regimiento Blindado N° 2.

Era la primera chispa de rebeldía que se lograba detectar en las filas del Ejército, pero fue controlada desde su iniciación. Estos complotadores eran oficiales jóvenes de varias unidades de Santiago y de sus alrededores. Como primera medida se ordenó su arresto y el grupo fue detenido y todos pasaron a la Justicia Militar, iniciándose de inmediato un proceso por la Fiscalía de Santiago. A muchos no podía extrañarnos lo que sucedió a estos jóvenes, pues se vivía en el país un clima casi insostenible de incertidumbre y angustia, el que se agravaba momento a momento. El Comandante en Jefe del Ejército ordenó un brusco cambio en el mando de la unidad blindada, y dispuso que se efectuara el 29 de junio. Pero este relevo no llegó a materializarse por cuanto al presentarse el nuevo Comandante a asumir su cargo, se encontró que

el Jefe en propiedad, instado por sus oficiales, salía a la calle con la unidad blindada dispuesto a tomarse el Palacio de Gobierno. Fue así como en esa oportunidad el Regimiento Blindado N° 2 asumió una actitud de rebeldía ante una orden superior y sin esperar ningún apoyo en abastecimiento alcanzó la Avenida Bernardo O'Higgins.

Debo declarar que para mí este hecho fue una acción desconcertante, pues se produjo sin ninguna coordinación y cuando aún estábamos preparando nuestra planificación y no había ningún contacto con las unidades del país. Este acto aislado y pueril bien pudo echar por tierra todo lo que se preparaba. Sin embargo, muy pronto se apreció su significado positivo: fue el mejor servicio de exploración de que se pudo disponer en esos días para aclararnos, en primer lugar, cuál era el grado de disciplina y jerarquía que tenía la institución para actuar contra elementos subversivos; tener un cuadro general del dispositivo que tenían las fuerzas "paramilitares" de los marxistas para actuar contra las tropas, y por último, que la reacción y el respaldo del pueblo ante un llamado del señor Allende en contra de las Fuerzas Armadas y de Orden era un simple mito.

El viernes 29 de junio de 1973, cuando el vehículo en que me trasladaba al Ministerio de Defensa Nacional cruzaba la rotonda de Vitacura, por el teléfono del automóvil, el Secretario del Estado Mayor General del Ejército me informaba que un grupo del Regimiento Blindado N° 2 había alcanzado la plaza Bulnes y en esos momentos se producía un intercambio de fuego desde varias direcciones y, por lo tanto, me sugería que efectuara un rodeo para llegar al Ministerio.

Ante esa situación, opté por dirigirme al regimiento Buin. Llegué a esta unidad justamente a la hora en que las tropas se preparaban para dirigirse a la Moneda.

Sin saludar al personal, tomé el mando de la unidad, subí a un jeep y me coloqué a la cabeza de la columna que salía en esa dirección sin que nadie preguntara nada. En aquella oportunidad llevé en el vehículo al 2° Comandante de la Unidad y le expresé:

"Esta acción del Regimiento Blindado no está controlada ni es parte de ningún plan; además no cuenta con el apoyo de otras unidades de Santiago. Ello entraña un enorme peligro para las propias unidades del Ejército si se ven obligadas a reaccionar en contra del Blindado; por ello en esta acción descoordinada nosotros debemos ir al centro de la unidad para disuadir a nuestros camaradas de armas, y sólo nos emplearemos con la Unidad en caso de que algunas de las organizaciones paramilitares o las pobladas a que está llamando el señor Allende atacaran a nuestros compañeros de armas. De producirse esa situación reaccionaremos violentamente contra esa gente". Al exponerle la posible reacción que adoptaríamos ante esa eventualidad, este jefe me expresó: "Mi general, el Buin está listo para lo que usted ordene".

A las 11 horas, la unidad salió en dirección al centro de la ciudad, y se fijó como primer punto de reunión el costado norte de la Estación Mapocho. Cuando llegamos a ese lugar con la Unidad, después de bajar de los vehículos nos dirigimos al cruce de las calles Teatinos con General Mackenna, frente al edificio de la Dirección de Investigaciones. Allí observé cómo el personal de la Dirección de Investigaciones corría en todas direcciones dentro del Cuartel con armas y se parapetaba detrás de las ventanas.

La unidad formada a un costado de los camiones inició su progresión en dos filas por ambas aceras de la calle Teatinos en dirección a la plaza de la Constitución. En esa oportunidad opté por marchar a la cabeza, al lado de un cañón antitanque. Al llegar a la calle Compañía detuve la marcha y se dispuso el envío de patrullas de

exploración hacia la plaza de la Constitución. Luego continuamos nosotros nuestra marcha muy próximos a ellas.

Cuando se procedía a la detención de cuatro soldados conscriptos del Blindado, en la calle Huérfanos, llegó hasta nosotros un capitán de dotación del regimiento Buin, quien informó que había logrado conversar con el Comandante del Blindado, que le había expresado que, ante la falta de cooperación, la unidad regresaba con los tanques a su cuartel.

Tal cual se lo expresé al 2° Comandante del Buin, no había coordinación entre las unidades de la guarnición, y el Blindado actuó por cuenta propia, y no lo siguió ninguna otra unidad de Santiago.

Al atardecer de ese día, el Gobierno dispuso que se efectuara una gran concentración en la plaza de la Constitución. El señor Allende se dirigió a la ciudadanía. Al salir al balcón de la Moneda se presentó acompañado de los tres Comandantes en Jefe Institucionales, lo que causó pésima impresión en la mayoría de los miembros de las instituciones de las Fuerzas Armadas. Antes de que el General Prats se dirigiera a la Moneda, hubo una exhaustiva reunión de generales de Ejército, Marina y Aviación, a cargo de sus respectivos Comandantes en Jefe. En esa oportunidad, el Comandante en Jefe del Ejército, después de una breve exposición ante el Alto Mando de la Institución, en la cual lamentó profundamente los acontecimientos ocurridos en la mañana, terminó expresando que ya se había ordenado un proceso para establecer los responsables de los hechos. Posteriormente se retiró de la sala para concurrir a la Moneda dejándome que me desempeñara en su reemplazo.

Poco antes de levantarse la sesión, les expresé a mis camaradas oficiales generales de otras Instituciones lo siguiente:

"Dentro de todo lo negativo que se ha conversado en esta sala con respecto a lo sucedido en la mañana, es interesante señalar también los aspectos positivos que existen y que son ampliamente satisfactorios, ya que además de que los extremistas han mostrado los dispositivos que tienen tanto en el cordón central como en el exterior de la ciudad, y las armas que poseen han quedado registradas en nuestros servicios de inteligencia, también ha sido posible en esta oportunidad constatar lo más grande que debe poseer una fuerza armada: su disciplina, su instrucción y su valor, y esto es lo que se ha comprobado en la acción de hoy y lo que nos debe llenar de orgullo como soldados".

Consideré que no debía explayarme más, pues cualquier traspié podría acarrear males mayores a quienes teníamos la responsabilidad de la preparación de la caída del gobierno.

En efecto, la fracasada acción que hemos indicado fue para los Mandos de las tropas una excelente acción de exploración que nos ofrecía el destino, por los antecedentes que se dedujeron ya que los marxistas habían mostrado sus dispositivos, sus ubicaciones en los edificios, los cordones industriales que cerraban la ciudad. Así también se logró detectar la organización que estos grupos tenían y cuál sería la forma de actuar de los extremistas ante otro caso similar. Pero, sobre todo, lo que más se clarificó para nosotros fue que la agresividad del pueblo contra las Fuerzas Armadas, en la que tanto confiaban Allende y otros miembros de la Unidad Popular, no existía. Era sólo propaganda y acción psicológica.

La mayoría de los chilenos, formada por gente de paz y de trabajo, rechazaba lo que estaba sucediendo en el país. Por eso la defensa de la política marxista quedó en manos de una minoría de mercenarios y fanáticos. No escapaba esta situación al señor Allende. Por ello su llamada radial que había efectuado esa mañana del 29, decía:

"Llamo al pueblo a que tome todas las industrias, todas las empresas, que esté alerta, que se vuelque al centro, pero no para ser victimado; que el pueblo salga a las calles, pero no para ser ametrallado; que lo haga, que lo haga con prudencia, con cuanto "elemento" tenga en sus manos. Si llega la hora, armas tendrá el pueblo".

A raíz de los sucesos del 29 de junio, nuestro análisis nos señaló que ya no se podía contar con esa unidad blindada cuando llegara el verdadero momento de actuar, y se pidiera su intervención, pues la respuesta lógica de su personal tendría que ser la de no estar dispuestos a repetir una acción donde nuevamente se les iba a producir bajas y por la cual de nuevo serían procesados. Para superar esta delicada situación resolví, como Jefe del Estado Mayor General, ubicar en esa unidad a dos de mis capitanes ayudantes, de sobresalientes condiciones de mando y de mi absoluta confianza.

El "Tancazo" o "Tanquetazo", como se denominó el hecho del 29 de junio, atrasó la preparación de la acción militar contra el señor Allende, y que me iba a permitir operar a fines de julio. Para esa fecha tenía previsto que mi esposa y mi hija menor salieran fuera de Chile y así poder disponer de mayor libertad para actuar; pero ahora los acontecimientos atrasaban todos los preparativos. De todas maneras, mi esposa e hijos partieron a Panamá como si nada hubiera ocurrido.

Después de las experiencias del 29 de junio, la preparación de la revolución prácticamente se detuvo. Al disponer de nuevos antecedentes se hicieron necesarias ciertas variaciones en los planes y muchas materias debieron ser revisadas. Por tal razón sólo a principios de julio, y después de conversar con el Director de la Academia de Guerra, consideré que era preferible actuar en forma abierta en este Instituto para que un grupo de oficiales seleccionados y de total confianza realizaran una "Apreciación de Orden Interior". Además, para dar carácter oficial a la orden, envié un oficio el 16 de julio al Director de ese Instituto para que, con personal de esa Academia, se realizara tal "Apreciación" para prevenir, con las Fuerzas Armadas y de Orden, la acción de grupos extremistas que tendiesen a desarticular el orden público interior y las actividades vitales del país, ello básicamente en la zona de Santiago, y a realizarse en cualquier momento y hasta que se obtuviera la vuelta a la normalidad. Este estudio debía extenderse posteriormente a todo el país.

En el curso de ese mes estuve en la Academia en varias oportunidades. Me reuní con el grupo de trabajo y conversé con ellos sobre la difícil situación política en que se hallaba el país. Les hice ver que las actividades extremistas no eran ignoradas por el gobierno. Les hablé de la sospecha que se tenía de la gran cantidad de armas que habían entrado clandestinamente al país y la posibilidad de que la acción de los extremistas culminara con una masacre que ensangrentaría a todo Chile. Durante cada una de mis exposiciones, al iniciar la reunión podía comprobar que los oficiales alumnos deseaban que se tomara cuanto antes una decisión. Había que calmar los ánimos con la voz de la prudencia, manifestándoles que toda acción que se emprendiera no podía fracasar, por cuanto la operación que se estaba preparando en esos momentos era trascendental para la vida del país. Lo fundamental, antes de la acción final, era tener mucha fe y una total discreción, pues cualquier infidencia dada a conocer aun cuando se tratara del mejor amigo podría ser fatal, no sólo para el grupo, sino para el país.

Poco tiempo después del "Tancazo" se desató una intensa campaña por parte de los extremistas. Se ocuparon o intervinieron numerosas industrias; se incrementaron los cordones ubicados en la parte central y externa de Santiago y se acrecentó en las poblaciones militares un plan de guerra psicológica para producir terror entre los

familiares de los miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros. En esta forma se propagaron entre las familias las atrocidades que los extremistas afirmaban que realizarían contra los hijos, las esposas y los padres de estos servidores. Las amenazas siguieron y aumentaron a toda hora, mediante llamados telefónicos, panfletos, mensajes, cartas, anónimos, etc. Pero toda esta acción psicológica no logró conseguir amedrentar al personal, lo que sí llegó a tomar intensidad fueron las medidas de seguridad en las poblaciones militares.

Ante esta campaña dispuse el día 20 de julio, bajo mi responsabilidad, que el personal del Ejército mantuviera armas en sus domicilios. Por primera vez, desde hacía varios lustros, se daba esta total autorización al personal de planta del Ejército de mantener armamento en sus casas. Sin embargo, ante lo delicado de la medida se tomaron las máximas precauciones con las poblaciones.

Otra de las experiencias del día 29 de junio fue la presencia de los francotiradores parapetados en las terrazas y ventanas de los edificios situados frente al Ministerio de Defensa Nacional, o a la Moneda, desde donde disparaban contra las ventanas de nuestras oficinas y luego desaparecían, desplegándose a otros lugares del mismo edificio para continuar disparando. Con el fin de neutralizar esta amenaza, dispuse que, ante una eventualidad semejante, se contara a su vez con tiradores escogidos, que responderían el fuego. Con esta medida de acuerdo con las experiencias al 29 de junio corregí el "Plan de Defensa del Estado Mayor General del Ejército".

Las instrucciones correspondientes a la defensa del edificio decían que cada oficial, suboficial, clase o soldado era responsable de la defensa de la dependencia a su cargo y para ello debería tener un fusil SIG con mira telescópica, fusiles y munición sobre 300 cartuchos.

Como existía la posibilidad de que se ocuparan los ascensores, con lo cual se aislaría a todo el personal del Estado Mayor General, se dispuso ante una situación semejante que, en caso de una emergencia, los ascensores sólo serían accionados por el personal de la guardia y por orden expresa del oficial de turno, que estaba al mando de la guardia. Este personal estaría permanentemente armado.

El personal de empleados civiles y femenino que trabajaba en las dependencias del Estado Mayor General del Ejército se desplazaría para reunirse en el subterráneo del sector de la Compañía de Guardia del Ministerio de Defensa Nacional, lugar donde esperarían órdenes.

Otra materia muy importante la constituía el adiestramiento del personal para la eventualidad de tener que actuar por ataque de los extremistas. Para ello se estableció que el personal que componía los núcleos y agrupaciones defensivas debería efectuar ensayos en forma coordinada con acciones de combate, y además se debería realizar tiro al blanco una o dos veces en la semana y constantes ejercicios de ataques simulados.

EL ASESINATO DEL COMÁNDANTE ARAYA

En el mes de julio se produjeron numerosas denuncias sobre lugares donde existían armas y personas armadas de la Unidad Popular. Ante tales informaciones se llevaron a efecto operativos militares a diferentes lugares del país, los que dieron como resultado el hallazgo de armas y explosivos, los cuales habían sido transportados en muchas oportunidades en vehículos de organismos dependientes del Gobierno. Mientras tanto, en esos días continuaban las ocupaciones de industrias y empresas privadas y se aceptaba el diálogo propuesto al partido Demócrata Cristiano por el presidente Allende. Todos estos hechos caracterizan un período en el que, mientras Allende buscaba conversar con el partido Demócrata Cristiano, su gente por otra

parte gritaba proclamas contra la guerra civil y al mismo tiempo se armaban para estar en condiciones de afrontar un desenlace sangriento de la situación que se vivía.

El hecho que más nos impactó en esos días fue el asesinato del Edecán Naval del Presidente. Recuerdo que ese día nos encontrábamos en la embajada de Cuba, en un cóctel con motivo del "Movimiento del 26 de julio". El Comandante en Jefe del Ejército me había designado para que lo representara en este acto social.

Cuando me encontraba en la Embajada de Cuba llegó el señor Allende acompañado del Edecán Naval, Capitán de Navío Arturo Araya. Después de los saludos protocolares, estuve unos momentos más y me retiré tan pronto pude. Fue la última vez que vi con vida al Comandante Araya. Se me ha narrado posteriormente que entre el señor Allende y el Edecán, al parecer, se habría producido una situación muy tensa, durante una conversación entre ambos, por lo cual el Comandante Araya le pidió permiso para retirarse y había salido de la Embajada en dirección a su domicilio.

Cuando se encontraba en su residencia, el Comandante Araya sintió que en la calle se producía una fuerte explosión, lo cual lo llevó a abrir la puerta de un balcón que daba a la calle. En el momento que se asomaba a la calle desde el balcón fue alcanzado por una ráfaga de metralleta. Ya herido de muerte, fue conducido al hospital, donde falleció.

De inmediato la situación producida fue capitalizada a favor del gobierno, por sus servicios de prensa y por la Policía de Investigaciones, lo cual desató una ola de detenciones y propagó por todos los medios de comunicación social todo tipo de embustes y calumnias. El servicio de Inteligencia del Ejército me informó que había detectado una posible participación de tres cubanos en el asesinato del Comandante Araya. Sin embargo, pese a las teatrales declaraciones del gobierno de que se ubicaría al asesino para entregarlo a la justicia, el asunto pronto fue archivado. Este hecho, tan doloroso, pasó a ser un episodio más en los mil días del desgobierno del señor Allende.

LOS CAMIONEROS INMOVILIZAN EL PAIS

En esos mismos días los camioneros paralizaron nuevamente sus vehículos y el transporte privado se detuvo. Con ello el país quedó prácticamente inmovilizado. Con tales sucesos el gobierno consumía sus energías, lenta pero progresivamente, retrocediendo en todos los sectores. Por otra parte el diálogo anunciado entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana no llegaba a ningún acuerdo, y cuando conversaban era un diálogo entre sordos, ya que ambos se recriminaban por no ceder en sus posiciones. Por lo demás, se sabía muy bien que si cedía la Unidad Popular, era por una razón táctica, como decían los marxistas, y no para buscar una solución.

El desenlace de la situación era inminente y así pareció entenderlo el gobierno, por lo que, al parecer, estimó necesario apurar la situación, lo que a mi entender fue su mayor error, pues este país jamás ha sido un pueblo de esclavos, y tiene sus reacciones, que si bien es cierto son lentas, el estímulo del peligro las hace vigorosas y hasta violentas.

La huelga de los camioneros continuaba y el gobierno, en búsqueda de solución, no encontró nada más atinado que proceder a la requisición ilegal de los vehículos de transporte y de carga, lo que se realizó en numerosos lugares del país. En esta acción, contraria a la ley, se atentó incluso contra la vida de los camioneros, pero curiosamente nadie habló de "Derechos Humanos" ni de "solidaridad", ni hubo grupos ni organizaciones que llamaran la atención en el exterior sobre los abusos que se

cometían en Chile. Las víctimas de estas violencias, tal vez por no ser socialistas ni marxistas, no merecían el interés de ningún "inspector" foráneo.

LA "PRESENCIA" CUBANA

La tensión crecía día a día. La campaña psicológica desatada contra las Fuerzas Armadas por los extremistas presentaba dos aspectos contradictorios, pues a la vez que por un lado amenazaban, por otra parte buscaban atraer a su favor a los miembros de las instituciones armadas mediante el halago.

El país se había paralizado completamente. El conflicto político y social había tocado fondo. El país parecía encontrarse al borde de la guerra civil.

Por otra parte en la Armada Nacional se acababa de detectar un movimiento subversivo en dos unidades de la Escuadra, el "Almirante Latorre" y el "Blanco Encalada", actividad que era apoyada desde afuera. Con antecedentes concretos la justicia naval de la Institución inició un proceso. Mientras ello sucedía, la agitación nacional cundía. En las noches, grupos terroristas hacían explotar bombas en los barrios residenciales de Santiago y en diferentes ciudades del país.

La alternativa de Chile se resolvía entre la libertad que había gozado desde la Independencia como nación libre y soberana o su transformación en esclavos, al pasar a ser satélite de Rusia. A esta última situación nos conducía la egolatría de un hombre que aprovechó en su propio beneficio la ingenuidad de una parte considerable de los chilenos.

Al parecer sectores de la Unidad Popular confiaban en sus fuerzas paramilitares, en los arsenales distribuidos en la ciudad, en los grupos marginales y en la penetración de sus ideólogos practicada en los organismos armados y en otras organizaciones infiltradas. No eran capaces de captar el peligro que se cernía sobre ellos, pues el descontento y la agitación del país ya eran totales. Allende no dejaba pasar oportunidad para aparecer como el hombre preocupado por la concordia nacional, pero todo parecía señalar que, en el fondo, deseaba la guerra civil. En público hablaba de la paz, pero en privado se preparaba para la guerra ejercitándose personalmente en el uso de armas de fuego. Pareciera como si deseara pasar a la historia como otro Fidel Castro de Sudamérica y no consideró que Chile no era Cuba ni los chilenos éramos cubanos.

Allende formó un nuevo Gabinete que llamó "Gabinete de Salvación Nacional", nominando a los Comandantes en Jefe de las Instituciones de la Defensa y al General Director de Carabineros de Chile como Ministros. Con ello pretendió controlar y descabezar estas Instituciones.

En la tarde del 8 de agosto recibí la invitación de funcionarios de la presidencia a concurrir al juramento de los nuevos ministros, el que se debía realizar al día siguiente.

En esa oportunidad, el subsecretario Daniel Vergara, con aquella "simpatía desbordante" que lo caracterizaba, leyó en voz alta uno a uno los decretos de nombramiento de los nuevos ministros. Se designaba en el Ministerio de Tierras y Colonización al General Director de Carabineros, José María Sepúlveda Galindo; en el Ministerio de Obras Públicas, al General del Aire César Ruiz Danyau; en el Ministerio de Hacienda (próximo a la bancarrota total), al Almirante Raúl Montero Cornejo, y en el Ministerio de Defensa Nacional al General de Ejército Carlos Prats González.

Durante toda la ceremonia pensé cómo el destino nuevamente me colocaba en posición favorable para lograr salvar a mi Patria del marxismo, al quedar de nuevo al mando de la institución. El señor Allende pronunció un discurso lleno de advertencias sobre el peligro que se cernía sobre Chile ante la posibilidad de una guerra civil. Repitió una frase que al parecer le salía desde el subconsciente y que encerraba

todo un pensamiento obsesivo y siniestro: "Esta es la última oportunidad". Pero más que una última oportunidad, parecía ser un "pretexto" para ganar tiempo, mientras sus huestes civiles y las fuerzas paramilitares seguían preparándose. Bien sabíamos que ésa era la otra carta de la Unidad Popular para implantar el comunismo en Chile aunque fuera con un baño de sangre.

El país estaba inmovilizado con el paro nacional decretado por la CUT, "para demostrar la decisión de impedir cualquier intento golpista". Se hablaba ya sin tapujos de un "Ejército Popular", de "armar al pueblo", de un "Djakarta con fusilamientos en el barrio alto"; se pedía la salida de aquellos mandos en las Fuerzas Armadas que no aceptaban la intromisión de la Democracia Cristiana. La Escuela de Derecho de la Universidad de Chile estaba ocupada por extremistas de ultraizquierda y era un bastión armado y conectado con el cordón industrial "Mapocho -Cordillera". Así también las poblaciones marginales y los cordones que rodeaban a la ciudad, encerrándola, hacían pensar en el peligro de la masacre que esa gente podía iniciar en cualquier momento. Con preocupación veía cómo en los panfletos que se distribuían aparecían las más diversas consignas destinadas a ejercer acción psicológica sobre las tropas. Se comprobó que vehículos con patentes de organismos internacionales repartían estos volantes, y dentro y fuera de la ciudad aumentaron las tomas de tierras y de propiedades urbanas. En esos momentos se sumaban además a nuestras calamidades la sospechosa presencia en Chile de dos individuos de la Cuba castrista, el Viceprimer ministro, Carlos Rafael Rodríguez, y el tristemente célebre Jefe de la policía secreta cubana, el "Comandante Piñeiro". Todo lo que sucedía era extremadamente inquietante y obligaba a apurar la acción salvadora.

Afortunadamente yo llegaba a reemplazar al Comandante en Jefe titular y quedar como subrogante, con todas las atribuciones del mando del Ejército. Ello coincidió con el hecho que en esos días la planificación estaba ya muy avanzada. Si los extremistas creían que estaba llegando el momento de un enfrentamiento, yo también lo creía así. Ellos deseaban el triunfo para tomar el poder total y sepultar a los opositores de por vida en cárceles y campos de concentración mientras nosotros sólo deseábamos salvar a Chile del comunismo.

Pensé también que el aumento de la violencia marxista bien podría estar apuntando a crear una guerra psicológica previa, que inhibiera a quienes pudieran oponérseles. Los marxistas habían cambiado. Antes nos colmaban de halagos, los que nos habían prodigado por meses desde que asumieron el poder en 1970. Ahora esto había girado en 180 grados y las Fuerzas Armadas pasaban a ser blanco de calumnias y embustes del MIR, MAPU, Izquierda Cristiana y otros. En el Congreso, antiguos generales éramos el blanco de la grosería de algunos líderes de la Unidad Popular, que buscaban por todos los medios imaginables llegar a producir una separación entre los miembros de los institutos armados, haciendo resaltar diferencias, estas últimas en materias jerárquicas, para lograr quebrar la disciplina. Buscaban también que los institutos armados llegaran a confrontarse entre sí, al hacer creer que una Institución despreciaba a la otra.

En esos días de creciente angustia, aunque comprendía que había llegado la hora de la acción, un hecho me detenía. Si bien el Ejército estaba bajo mi mando, la orden de ejecución podía ser desobedecida, pues Allende había dejado al Comandante en Jefe como Ministro de Defensa y las dos unidades más fuertes de Santiago seguían en manos de jefes que él consideraba de su total confianza. Así, un acto de desobediencia podría llevarnos a una lucha fratricida y con ello hacer realidad el millón de muertos de que hablaban los comunistas. Mil pensamientos se cruzaban por mi mente en esas largas noches, buscando la manera de evitar la matanza inútil

de una guerra civil. Sin la presencia de esos tres generales todo se podía solucionar; luego no cabía otra cosa sino buscar la ausencia de ellos para poder actuar antes de que fuera demasiado tarde. El dilema era difícil, pero la necesidad de actuar con firmeza, sucediera lo que sucediese, para producir una definición era ineludible, no solo por la presión del clamor de la mayoría de la ciudadanía, que nos incitaba a intervenir, sino por los pasos que daban los marxistas, cada día más amenazantes.

El Comandante en Jefe del Ejército era el mayor obstáculo que se debía enfrentar, pues era totalmente adicto a Allende. Había que considerar que la estructura de mando que posee la Institución es de un respeto total a la jerarquía, lo cual hacía muy difícil desobedecer al Comandante en Jefe, por lo que se temía el hecho de que muchas de las unidades de Santiago y de provincias no cumplieran la orden de un escalón inferior. Si se llegaba a quebrar la disciplina de la Institución, se iba a producir, sin lugar a dudas, una lucha entre nosotros mismos. Por tal razón era imperativo solucionar a toda costa ese enorme escollo.

En esos días resolví apurar los últimos planes. Para ello estuve reunido en varias oportunidades con el grupo de oficiales de la Academia de Guerra que preparaba la acción militar. Durante esa semana regresó mi esposa con mi hija Jacqueline desde Panamá. El tiempo había pasado, y yo no había podido tomar la resolución de actuar debido a los escollos señalados.

UNA ESPECIE DE TRIBUNAL

Un hecho que se produjo una noche vino a imponerme más cautela aún. Era un miércoles y ese día había ido a la Academia de Guerra a conversar con el grupo de oficiales y solucionar algunos detalles de nuestra planificación para intervenir contra el Gobierno. En esa oportunidad almorcé allí y permanecí hasta las 15 horas, el resto del día lo pasé en el Ministerio de Defensa y me retiré a mi casa como de costumbre. Estaba durmiendo cuando, cerca de las tres y media de la mañana, fui llamado en forma urgente por el señor Allende, que me pedía que de inmediato fuera a hablar con él a Tomás Moro. Instantáneamente creí que alguien había traicionado al grupo de oficiales y que sin lugar a dudas ahora mi vida corría peligro. Era el destino que nos impulsaba y había que afrontarlo de la mejor manera. Me vestí rápidamente y mientras tanto pensaba que no ir era confirmar las sospechas y si iba me podía asesinar. Asimismo creía que no había razón alguna para suponer que alguien del grupo se pudiera salvar, pues mi arresto posiblemente significaba que la delación era completa y acarrearía el arresto de todos.

Pensé avisarles, pero recapacité al darme cuenta de que con ello los delataba yo, corriendo el riesgo de que se les capturara a todos. La situación era complicada y muy peligrosa; pero tal vez se conociera rápidamente, permitiéndole a alguno de los nuestros hacerse cargo de la situación y afrontarla.

Creí conveniente llevar a mi familia a la casa de mi hija Lucía. Desperté a mi esposa y a mis dos hijos menores, que en esos momentos dormían profundamente. Les dije que se vistieran, pues había recibido una orden de salir y ellos no podían continuar en la casa, ya que ésta iba a quedar sola y era mejor llevarlos al domicilio de su hermana, que estaba a tres cuadras de distancia. Cerca de las cuatro y media de la mañana trasladé a mi familia a casa de Lucía. Me despedí de ellos como si no los fuera a ver más; pero creo que mantuve la calma. Sin embargo, la hija menor al parecer presintió algo y rompió en sollozos, que en esos instantes me llenaron de angustia. Tuve el presentimiento de que había llegado mi fin. Apareció luego un auto de Investigaciones que venía a buscarme. Lo rechacé, diciéndoles que yo no iba con

ellos, sino en mi auto. Tomé el auto y lo conduje; en el trayecto, el escolta se mantuvo a mi lado. Coloqué una pequeña pistola en un bolsillo de mi pantalón.

El automóvil que yo mismo conducía lo ingresé hasta los jardines de la Casa Presidencial. Al bajarme del vehículo observé mucho movimiento de personas y me topé con el comunista Toro, subdirector de Investigaciones, y más adelante encontré cerca de la puerta principal a Corvalán, que estaba junto con Flores y Letelier, los que me hicieron pasar al hall y me observaron cuando con toda calma entregué la pistola de servicio. Debo aclarar que mi angustia se hizo más intensa al encontrar que la dependencia se había transformado en una verdadera Sala de Tribunal, como si fuera a iniciarse un juicio. Letelier me indicó que me sentara en un sofá que se ubicaba mirando hacia el público, donde ya se encontraban instalados los personajes U.P. en sillas y sillones, enfrentando al sofá donde yo me acomodé. Mantuve el mayor aplomo y en mi mente sólo atiné a pensar: "Es el fin". Pero me dije para mis adentros, muchas veces: "Ahora, Augusto, calma y tranquilidad".

Permanecía sentado en el sillón, que bien podía llamarse de los acusados, cuando un general entró a la sala. Era un compañero de armas en el que siempre tuve confianza, pese a que no faltaba quien lo señalara como amigo de Allende.

Allende aún no había llegado a la sala. Esta estaba llena y todos habían tomado asiento. Pocos minutos más tarde apareció Allende por una puerta lateral. Su aparición fue espectacular. Era Mefistófeles entrando al infierno. Se presentó de una manera que no olvidaría aunque viviera cien años. Vestía traje oscuro y llevaba en su cabeza un gorro de astracán. Envolvía su vestimenta una capa azul-negro con forro rojo sangre y un gran cuello de piel. Bien se diría que Satanás en persona había llegado a la reunión.

Todos los asistentes se pusieron de pie para saludarlo, lo que también yo hice. En ese instante alcancé a ver que detrás de él y de la puerta estaba el siniestro Director de Investigaciones "Coco" Paredes. La presencia del tenebroso Paredes ya no me dejó dudas de que había llegado a mi fin. Pero mi mente repetía sin cesar: "Sangre fría, Augusto, calma y más calma".

Después de saludar a todos en general, con una inclinación de cabeza, Allende se dirigió a mí en particular y con voz muy suave me hizo una serie de preguntas, todas de rigor, las que abarcaron varios asuntos. Desde hacía tiempo yo había estudiado las características personales de Allende, y había captado en mis conversaciones con él que Allende nunca hacía en forma directa aquella pregunta cuya respuesta le interesaba conocer, sino que la formulaba incidentalmente dentro de un grupo de materias. Esa noche pude comprobar mi aserto, pues me preguntó sobre varios temas generales y, entre ellos, sobre mi trabajo de esos días. En forma rápida le fui respondiendo cada una de sus preguntas; cuando se refirió a lo que había realizado en esos días, le manifesté que se estaban tomando muy pesados debido al exceso de trabajo. A continuación estimé que debía aclarar el fondo de la pregunta y agregué que ese día había asistido a la Academia de Guerra a conocer un "Juego de Guerra de Seguridad" que se estaba preparando, y al que él iba a ser especialmente invitado. Después de este interrogatorio, que duró alrededor de treinta minutos, se inició una conversación sobre la acción terrorista de derecha que llevaban a efecto los oligarcas enemigos del gobierno.

Luego me habló de la campaña burguesa emprendida en su contra para impedirle llevar adelante sus planes destinados a levantar el standard de vida del pueblo, y en seguida abordó otras materias, todo lo cual me limité a escuchar sin pronunciarme. Posteriormente dijo que "los adinerados quieren levantar al pueblo en contra del gobierno para destruir la acción que lo beneficia y que se está llevando adelante". Mientras hablaba daba la impresión de que se refería a otro país y no a Chile, pues

señalaba cómo hoy día el pueblo había alcanzado muchas de sus variadas aspiraciones. Sus palabras eran de una demagogia enfermiza y aberrante.

Después de oír sus quejas, expresé lo siguiente, delante de mi compañero de armas: "Presidente, yo quiero comprender sus problemas e inquietudes, pues yo también estoy por el orden, pero deseo que le quede muy en claro que yo no soy el General Rojo*; mi deber como soldado es tranquilizar al país e impedir cualquier desmán". La respuesta del señor Allende fue categórica: "Lógico, General, yo así lo creo también". El otro General se mantuvo en silencio.

Recordando hoy los sucesos de esa noche, creo que la pregunta clave que me surgió en el cúmulo de materias que abarcó fue sobre mi actividad de ese día, pues las otras nada significaban, era para ver si había algo de qué dudar. Estimo que si no me hubiese referido a mi permanencia en la Academia de Guerra, o si hubiera mentido, otra habría sido mi suerte.

Durante todo el interrogatorio los asistentes guardaron silencio, observando mis reacciones o al parecer esperando algún error mío. Después, bebieron una copa de whisky y volvieron a conversar entre ellos. Posteriormente me fue posible, cerca de las 5:30 horas, retirarme de Tomás Moro para ir a calmar a mi familia y consolar a mi hija, que lloraba hasta esa hora. Al salir invité al otro General para que me acompañara en mi auto, a lo que accedió. Nos dirigimos hacia la antigua iglesia San Luis Ferrer al final de Apoquindo. Allí, en lugar solitario, detuve el vehículo y en forma directa le dije: "Tú me escuchaste lo que le dije al señor Allende, ahora te pregunto yo a ti: ¿eres tú el General Rojo?" La respuesta fue categórica: "No, tú sabes que soy un soldado y bien me conoces". "Gracias", le dije: "me sacas un peso de encima". Siempre le creí a mi amigo General, y por ello aún hoy lamento, al igual que entonces, el haberle hecho tal pregunta que significaba un asomo de duda.

PRATS RENUNCIA

Meses después del 11 de septiembre de 1973, conversando un día con una persona que actuó en el Servicio de Inteligencia de la oposición a Allende, me narró, basado en sus informaciones, lo que acabo de contar, pero completó el cuadro con lo siguiente:

Esa noche se encontraba Allende comiendo con varios personeros de la Unidad Popular en Tomás Moro cuando lo llamó por teléfono el señor Altamirano y le dijo: "Pinochet está complotando; me lo acaban de informar. Hoy estuvo en la Academia de Guerra y efectuó reuniones con algunos oficiales". Allende le contestó: "Voy a investigar", y fue cuando de inmediato me llamó y luego les informó lo que sucedía con mi persona a los que estaban allí. El previó lo que podía pasar en su casa, si en realidad yo era sorprendido; por ello creo que citó al otro General para que, si se comprobaba la denuncia que pesaba sobre mí, éste asumiera el mando del Ejército en forma inmediata.

Después de haberme retirado a mi domicilio, Allende llamó al General Prats, que era el Ministro de Defensa, a quien le expresó que había sospechado que yo estaba complotando. Prats le respondió: "Es muy difícil, o mejor le diré, Presidente, imposible; pues si algo así se hiciera, se me informaría al momento. Yo tengo gente en el Comando en Jefe que es leal a mí y cualquier hecho de esa gravedad me lo informarían". Con lo que Allende se calmó y posteriormente telefoneó a Altamirano

* General español contrario a Franco.

y le expresó: "Estás equivocado; Pinochet es un viejo que sólo piensa en materias militares; ese hombre no es capaz de engañar ni a su mujer". Con ello se diluyó la sospecha.

Desde ese día, cuántas noches estuve meditando sobre cómo se podía realizar lo que se planeaba sin llegar a una guerra civil. En mis desvelos analizaba el momento que se vivía, y normalmente llegaba a reflexiones que me dejaban más optimista. Sin embargo, la situación militar día a día se hacía más difícil. Había un notorio repudio hacia el Comandante en Jefe del Ejército que, como Ministro de Defensa, era presionado por la ciudadanía para que presentara su renuncia. Las llamadas telefónicas a su domicilio o a su oficina y los anónimos eran diarios. Ese clima de rechazo llegó al colmo cuando las esposas de los oficiales del Ejército se presentaron en el domicilio del Comandante en Jefe para pedirle su renuncia al cargo. La reacción del General Prats fue pedir protección policial, lo cual fue un error, pues las fuerzas policiales se hicieron presentes de inmediato para despejar la calle, empleando para ello bombas lacrimógenas y carros lanzaagua. Tal acción fue la gota que rebasó el vaso y el General Prats fue víctima desde ese día de la mayor crisis nerviosa que le he conocido. El 23 de agosto presentó su renuncia al señor Allende.

CAPITULO IV

COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO

Ese mismo día 23 de agosto de 1973, a las 17 horas, fui llamado desde la Moneda. Me dirigí hacia allá y posteriormente nos reunimos en un gabinete pequeño denominado "Diego Portales", ubicado junto a la oficina del Presidente. Allí me esperaban el señor Allende y el General Prats, los que sostenían una animada conversación.

Después de los saludos correspondientes, habló el General Prats y dijo: "Presidente, el General Pinochet es el que me sigue en antigüedad y en estos años le ha correspondido desempeñarse como Comandante de la Guarnición de Santiago, Jefe del Estado Mayor General del Ejército y como Comandante en Jefe Subrogante del Ejército". El señor Allende respondió: "Sí, lo he visto", y acto seguido comentó, entre otras cosas, el quiebre que vivía su Gobierno a consecuencia de la incomprensión demostrada por la Democracia Cristiana, cuyo objetivo era entrar al gobierno para recuperar el poder, lo que él no podía aceptar. A continuación hizo un breve comentario sobre choques producidos entre civiles y militares en la ciudad de Concepción y la constante acción de la burguesía para impulsar al Ejército a un "cuartelazo", como lo calificó, y terminó diciéndome: "General, yo creo que usted es la persona que debe seguir en el puesto del General Prats". Ante tan imprevisto nombramiento, sentí internamente algo que me decía que no mostrara mayor interés, y por ello le contesté: "Presidente, mucho le agradezco, pero creo que el General Prats debe continuar", a lo que me contestó: "El General está muy cansado y debe recuperarse; después le daremos otro cargo". "Le agradezco, Presidente, pero en estos momentos es fundamental tener amplias atribuciones de mando en la Institución". La respuesta del señor Allende fue: "Lógico, General, usted las tiene".

El General Carlos Prats había permanecido en silencio durante toda la entrevista después de sus palabras iniciales. Luego que el señor Salvador Allende me designara como su reemplazante me indicó que el decreto sería cursado de inmediato.

Muchas veces he pensado por qué fui yo el designado por Allende como Comandante en Jefe, en circunstancias que él podía contar con otros, que eran sus amigos. El tiene que haber sabido que yo siempre me había mostrado contrario a los comunistas, y hasta a él mismo en una ocasión, en el norte, cuando me encontraba como Capitán Jefe de los relegados en el Puerto de Pisagua y no lo dejé pasar a verlos, el año 1947. Son cosas del destino. Sin duda Allende en esos momentos creyó que a él le iba ser fácil manejarme. De regreso en el Ministerio de Defensa anoté en mi libreta: "He sido nombrado Comandante en Jefe del Ejército. Creo que la Divina Providencia me ayudará en mis pasos".

El Decreto con el nombramiento del Comandante en Jefe tuvo una tramitación rapidísima y dentro de las veinticuatro horas siguientes se sucedieron hechos trascendentales para la acción que se desarrollaría en unos días más. Tales sucesos se produjeron en cadena, ya que junto con conocerse la renuncia del General Prats, efectué una reunión con los Generales del Ejército, en la cual les pedí cooperación y comprensión. Los altos Jefes del Ejército procedieron a entregarme la renuncia a sus cargos, lo que podían hacer por tener más de treinta años de servicio. Las retuve guardándolas en una caja de seguridad, pero pensé siempre que las rechazaría más adelante. Sin embargo, en esos momentos era un acuerdo que me iba a servir para defenderlos a ellos mismos de las intenciones del señor Allende. Sólo dos generales no concurrieron a la reunión, ni mandaron ninguna excusa. Por el contrario, se me informó que uno de ellos había entregado el cargo a su jefe de Estado Mayor del Comando de Institutos.

En la tarde, cuando me presenté al señor Allende le dije que los señores Comandantes de Tropas de Ejército de Santiago, sin pedir permiso al nuevo Comandante en Jefe del Ejército, ni esperar que se designara un reemplazante, habían entregado su puesto, se habían retirado a sus domicilios y más tarde habían enviado la solicitud de retiro voluntario de la Institución. Este hecho sin precedentes venía a aliviar mis preocupaciones de tantas noches.

Esta actitud insólita y reñida con los principios más elementales de la disciplina de estos dos altos jefes constituía una nueva ayuda del destino, pues ello me permitió más tarde que yo rechazara de plano la insistencia del señor Allende para que estos Generales volvieran a sus antiguos cargos como Comandantes de Unidades Operativas. Me encontraba reunido con algunos generales en la oficina del Comandante en Jefe, cuando sonó el teléfono. Era el señor Allende, quien me llamaba para señalarme que no era posible dejar irse a dos Jefes de tan alta calidad profesional, a lo que me limité a responder que lo hecho por ellos era un mal ejemplo y que aceptar tal posición era ir contra todos los principios disciplinarios, sobre todo en momentos tan difíciles como los que se vivían. El señor Allende continuó y me preguntó por los generales que irían a reemplazar en los cargos a los dos retirados. Le mencioné dos nombres que lo tranquilizaron, pues él los consideraba estrictamente militares y profesionales.

Con este golpe de suerte el destino me permitía ubicar a dos de mis mejores amigos en puestos de mi más absoluta confianza. Ese mismo día di la orden para que uno asumiera de inmediato la Comandancia de la Guarnición de Santiago, y la Segunda División, y al otro para que tomara el Mando del Comando de Institutos Militares. Con estas medidas el camino para adelante quedaba despejado para la acción.

Con el fin de dar mayor fuerza a mi negativa de reintegrar a los dos oficiales generales, hice publicar por la prensa de Santiago una breve aclaración sobre los retiros, que decía:

“Por Decreto número 263 de la Subsecretaría de Guerra de fecha 24 de agosto de 1973, se tramitaron los retiros absolutos de las filas del Ejército de los señores Generales de Brigada Mario Sepúlveda Squella y Guillermo Pickering Vásquez”.

“En virtud de la causal expresada por los afectados, no cabía reincorporación alguna, ya sea por resolución presidencial o del propio Comandante en Jefe del Ejército”.

Recuerdo que en esa ocasión Allende me habló de algunos políticos que estaban tomando contacto con altos oficiales de las Fuerzas Armadas. Entre éstos me nombró a varios Generales, destacando a cuatro. Yo guardé silencio, pues sabía que así era. Con ellos jamás quise tomar contacto antes, pues estaban perfectamente localizados y si me hubiera juntado con ellos también habría sido ubicado.

Entre el 24 de agosto y el 5 de septiembre, el señor Allende me estuvo llamando diariamente entre las 11:30 y las 12:30 horas de la noche. Me esperaba en el Gran Salón y allí pasábamos cerca de una hora, durante la cual me hablaba de la finalidad de su gobierno, de la incompreensión de la clase adinerada, de la angustia, de la pobreza y otras materias más. Yo escuchaba pacientemente y me retiraba. Cuando regresaba a casa, mi esposa me preguntaba si me habían dado a beber algo. Ante mi respuesta negativa, se tranquilizaba, pero agregaba con gran preocupación: "No bebas nada, que ese hombre te puede poner alguna droga, pues es capaz de todo".

Al segundo día de nuestros paseos sucedió un hecho que no agradó al señor Allende, y fue cuando me comenzó a hablar de actitudes negativas de conspiración contra el Gobierno y en la que participaban cuatro generales. Mi reacción inmediata fue que yo no podría cursar ningún retiro; ya antes me había indicado que tomaban contactos con políticos; ahora era conspiración. Este hecho sucedió así: el día 24 de agosto, que era viernes, me llamó a las once y media de la mañana y, después del habitual "lavado de cerebro", en forma sorpresiva me dijo: "General, es necesario llamar de inmediato a retiro a los Generales Torres, Bonilla, Carrasco y Arellano, pues estos oficiales han tenido actitudes poco humanas con los trabajadores" (se refería a Torres y Carrasco) "y también, como lo expresé el día de ayer, se han reunido a complotar con políticos de la Democracia Cristiana" (me aclaró que eran Bonilla y Arellano). Ambos habían sido edecanes del Presidente Frei. Recuerdo que esperé unos segundos y luego le contesté:

"Presidente, nada me costaría hacer lo que usted me está pidiendo, pues tengo todas las renuncias de los generales (me faltaban dos, pero no lo dije) en mi caja de seguridad, pero si eso hiciera, mi calidad de hombre de honor se rompería desde ese instante, pues tal medida significaría para toda la Institución que yo acepté de usted mi designación a este puesto para que a su vez en compensación a ello diera curso a las renuncias que me pide, y yo, señor Presidente, no me presto para ello por ningún motivo. Además, usted me expresó que en el mando del Ejército tenía amplias atribuciones, como lo he demostrado con la medida aplicada a los dos generales. Y usted así lo confirmó cuando me designó en el cargo".

Observé, como dije, que no le agradó mi respuesta, pero en ese momento sólo atinó a decirme: "Claro, General, usted tiene todas las atribuciones para ello", y no insistió más. Sin embargo, el Subsecretario del Ministerio del Interior, Daniel Vergara, diariamente llamaba telefónicamente al Subsecretario de Guerra, Coronel (R) Valenzuela, para que éste a su vez me convenciera de que cursara las renuncias de los cuatro generales. Esa autoridad de gobierno recibía invariablemente la negativa a la petición; pero después de dos o tres días, y ante una nueva insistencia, me vi obligado a darle una respuesta bastante dura y hasta diría descomedida, pero más vale una colorada que cien amarillas. Después de ello, no insistió más.

Había como una luz del cielo que nos iluminaba en esos días negros. Todos los problemas se aclaraban o se solucionaban en forma tan limpia y normal, que hasta los hechos que al principio parecían negativos tenían un final favorable. Hoy, cuando miro el camino recorrido, pienso cómo la Providencia, sin forzar los actos, iba limpiando

la senda de obstáculos, para facilitar con ello la acción final que debíamos realizar para terminar con el gobierno de la Unidad Popular.

También deseo dejar muy en claro que no es mi intención mancillar el nombre de los generales que se fueron el día 24 de agosto; su actitud obedecía a la ciega obediencia que creían deberle al gobierno. Hoy estimo, además, que con su actitud sólo estaban cumpliendo el mandato del destino, donde actúa la mano de la Providencia de las más inesperadas maneras. Sé que muchos no lo aceptan así y aún más se burlan de ello, pero las creencias dan fuerzas a los actos.

"...HASTA LA RECUPERACION INTEGRAL Y TOTAL DEL PAIS"

En los últimos días de agosto la situación ya era insostenible. Nuestros compatriotas habían llegado al límite de la tensión. El día 27 de agosto la Dirección de Operaciones me entregó un extenso "Memorándum" sobre la situación nacional e institucional. La materia presentada era alarmante:

"Los extremos políticos sostienen posiciones irreconciliables. Buscan polarizar en torno a ellos a la gran masa ciudadana de posición de centro, exigiendo una definición política a todos"

En otra parte de este documento se señalaba: "La solución propiciada por el actual gobierno no ha dado satisfacción a las aspiraciones de una mayoría apreciable de la población", y luego continuaba: "Se ha agredido económicamente a la clase media, por constituir ella el gran escollo que se interpone para alcanzar la dictadura del proletariado".

El estudio expresaba: "Tanto la clase obrera como la dirigente son indispensables e igualmente importantes en el proceso de la producción y que en el desarrollo del país se estima como un error fatal dar a una clase mayor importancia que a la otra; porque con ello, fuera de dividir a los chilenos, se fomenta la lucha armada entre estas clases sociales por el odio creado".

"Se ha perdido el respeto por la vida humana, se mata sin temor ni escrúpulo y la propiedad privada tampoco es respetada".

"La clase obrera ha sido organizada políticamente, se le ha entrenado en la lucha armada y ella ha tomado conciencia de ser fuerte, lo cual se ha estimulado por un grupo reducido de políticos teóricos y de ideologías totalitarias".

"Desde hace tiempo se ha desarrollado una ola de atentados contra personas y servicios de utilidad pública. El terrorismo aumenta rápidamente y su acción escapa al control de la autoridad. Se suma a todo ello lo más grave: como es que el gobierno no muestra síntomas de desear poner un fin al caos drástico ni al extremismo que se manifiesta en todas sus organizaciones. La ansiada y esperada paz no parte del gobierno y sus seguidores; por el contrario, se ha empleado la técnica internacional de fomentar el odio entre las personas y las clases sociales, similar a las empleadas en Alemania, Corea y Vietnam. Súmese a lo anterior el fuerte apoyo externo al extremismo, tanto en personal y material bélico, ingresando al país cuantiosas cantidades en armamento liviano y semi pesado, y con ello la llegada de los fondos necesarios para su actividad violentista. La cantidad de extremistas extranjeros que actúa en Chile ha llegado a límites incalculables, con grave amenaza para el país, a las personas y al orden constituido".

El mismo documento, en cuanto al estudiantado, se expresaba así: "Los jóvenes estudiantes están totalmente politizados y no trepidarán un instante en usarlos profusamente con fines políticos. Han hecho olvidar a estos jóvenes que su principal deber es el estudio".

Al término de este análisis se concluía con lo siguiente:

"a) La integridad y acción conjunta de las Fuerzas Armadas y Carabineros son determinantes para el futuro de la nación y es mayor aún en este momento de crisis económica, institucional y de cohesión interna del país. Sólo una acción firme, unitaria y coordinada de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y de Carabineros puede impedir un enfrentamiento".

"b) Ahora bien, el deterioro del país es evidente y el gobierno tiene graves dificultades para mantener el control de la nación. Como alternativa al momento que vive el país la oposición propicia el golpe de Estado, lo cual significaría sólo una pausa momentánea, ya que al poco tiempo se verían los mismos hechos que hoy nos afectan. Estimamos que la acción militar que se realizará deberá mantener el poder durante un periodo prolongado de años hasta la recuperación integral y total del país; de otra manera el hecho que se lleve a cabo sólo sería un paréntesis entre dos gobiernos negativos para la nación".

PREPARATIVOS

En los últimos días de agosto nuestra planificación entraba a la fase final.

Reunidas las personas que preparábamos la acción, calmos en uno de los puntos más discutidos: la batalla por Santiago. La ubicación de las poblaciones marginales y los cordones internos y externos conformaban un doble cerco, lo cual nos hacía calcular que la acción duraría por lo menos unos 10 días, lo que debía ser tenido muy en cuenta para los efectos de abastecimiento local, sanidad y personal a emplear.

Como lo he dicho, a partir de ese día jueves 23 de agosto inicié un amplio plan de visitas a todas las unidades de las guarniciones de Santiago, San Bernardo, San Felipe, Los Andes, Quillota y Valparaíso, que permitían a su vez conformar los dos cercos a la ciudad. El primero cerraba el cerco interior y el segundo abrazaba el segundo cerco de las poblaciones marginales.

En cada guarnición que visité me reunía con el personal de oficiales y el cuadro permanente para hablarles de la cohesión institucional, de la disciplina, de la jerarquía, del cumplimiento de las órdenes y del alistamiento que permanentemente debían tener las unidades para cualquier emergencia.

En más de una unidad le pregunté al Comandante o al Director si estaba dispuesto a cumplir cualquier orden que como Comandante en Jefe le mandara. Siempre recibí de todos la total adhesión. Observé que ya nadie dudaba; lo que todos esperaban era la orden para actuar.

Como tenía el problema de las llamadas diarias del señor Allende, tuve que coordinar mis visitas en las mañanas o en las tardes, después de la llamada del Presidente, para encontrarme presente siempre cuando él me citara.

Después de las reuniones con las tropas solía quedarme con el jefe de la Unidad, los oficiales y los suboficiales. De todos sin excepción recibí el más irrestricto apoyo. Ahora, con emoción, recuerdo a cada uno de ellos pensando cuánto les debe Chile.

Los hechos se sucedían en perfecto orden hasta que el 29 de agosto, fecha que recuerdo con amargura, tuvimos el antecedente que ese día un grupo de violentos, integrado entre otros por un extranjero, asesinó a sangre fría y sin motivo al Subteniente Héctor Lacrampette Calderón, que en los momentos que esperaba locomoción en un paradero de buses para trasladarse al cuartel donde alojaba, fue invitado a ser llevado en una camioneta que se detuvo donde él estaba. El aceptó la invitación de subir para ser llevado, pero a las pocas cuerdas del trayecto lo asesinaron, disparándole a boca de jarro. Después de desvestirlo lo pensaban lanzar al canal San

Carlos pero tocó que por casualidad y por error de Investigaciones (que de saberlo nada habría hecho), detuvieron a los hechores del crimen del oficial. Cuando di cuenta al señor Allende de este lamentable episodio, me dijo: "Me han informado ya, pero a este joven le encontraron cigarrillos con droga en sus bolsillos". Mi indignación estuvo por estallar y decirle que era un mentiroso, sin embargo, controlándome para que no se perdiera todo, me limité a expresarle: "Qué curioso, Presidente, se me ha dicho que ese joven no fumaba". Allende guardó silencio y yo me despedí.

Como ya lo he manifestado, en el análisis de la situación se estableció que la batalla por Santiago sería de doble cerco. Para afrontarla era necesario disponer desde luego de dos agrupaciones que actuaran coordinadas, pues una iniciaría el combate y formaría el primer cerco sobre el centro de la ciudad.

Cuando se iniciara el combate cabía la posibilidad que las pobladas de los cordones actuaran sobre estas tropas; éste era el momento de emplear la segunda agrupación, que daría el abrazo final, dejando dentro de ellos a los que nos estuvieran a su vez atacando en el primer cerco. Esto, tan fácil de decir, era complicado en su ejecución. Se necesitaba alistar a las dos agrupaciones y separarlas en el tiempo y espacio, pero también la fase de alistamiento previo debía hacerse totalmente en secreto. Se debía evitar cualquier filtración que pudiera alertar al gobierno, cuyo servicio de informaciones se sabía que estaba muy bien organizado, como yo mismo lo había comprobado una noche que comía con Prats en el comedor del Comandante en Jefe, y allí llegó el Ministro Tohá a decir que se sabía que existían movimientos de tropas en el sur. Yo le repliqué que se trataba de una unidad de caballería que había regresado a la guarnición de Valdivia después de unos días de trabajo fuera de la ciudad. Tohá tomó el fono, marcó un número y formuló la misma pregunta a la que yo ya había respondido anteriormente y dio el número de nuestro teléfono. Cinco minutos más tarde le confirmaban la respuesta que yo había dado. Lo que comprobaba sin lugar a dudas que ellos tenían un buen servicio de Inteligencia.

El día 5 de septiembre me dirigí al Gabinete del Ministro de Defensa Nacional y allí le expresé la imposibilidad de efectuar la Revista Preparatoria de la Gran Parada con el total de las tropas. Agregué que iban a participar en ella sólo las tropas de la guarnición de Santiago. Cuando el señor Letelier me pidió las razones que había para ello, le aduje falta de atención alimenticia en Santiago para las unidades que venían de afuera, y la necesidad de economizar combustible, que estaba faltando. El Ministro aceptó estas razones, pero me señaló que arbitrara las medidas para que vinieran tropas fuera de la guarnición. Así, pues, para esa oportunidad había que tomar las medidas para que de otras guarniciones de los alrededores de Santiago concurrieran algunos medios. El motivo de dejarlas fuera de Santiago era en realidad una medida para disponer posteriormente de estas fuerzas con el fin de materializar el doble cerco y encerrar la ciudad.

El total de estas tropas sólo vendría el 19, el día de la Gran Parada Militar, pero vendrían algunas de ellas a reforzar las de la guarnición. Ello me permitía fijar como día "D" de la acción el día 14 de septiembre. Era conveniente enmascarar la partida por el tiempo que demora el alistamiento con la entrega de municiones, que a veces se prolonga hasta 3 y 4 horas, lo que bien permitía dar la alarma por algún infiltrado; en cambio, con el encubrimiento de la Parada Preparatoria, bien podía pasar inadvertida.

Creo necesario también recordar que durante el mes de agosto los oficiales Generales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea se reunieron a tratar asuntos relacionados con el momento que vivía el país. Sus importantes conclusiones se elevaron a conocimiento de Allende, mediante un "Memorándum". Pero la primera autoridad de la nación al parecer no daba importancia a las sugerencias del Alto mando.

EL CUMPLEAÑOS DE MI HIJA

De aquellas reuniones todos salíamos pensativos y bastante pesimistas con respecto a nuestro futuro. Por mi parte en tales momentos no hablaba con nadie. La única persona con que yo solía conversar bajando la escala del ministerio era con el Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Vicealmirante Patricio Carvajal, a quien le expresaba privadamente: "Muy interesante la reunión del Alto Mando, Almirante, pero usted bien sabe que ésta no es la solución de la Escuela; la solución es una sola y es otra", frase que siempre se dice en las Academias cuando la respuesta que dan los alumnos a un tema no coincide con la que patrocina la Dirección del Instituto, y que, por lógica, se considera la mejor.

Los días 5 y 6 de septiembre llegó hasta mi oficina el Almirante Carvajal. Me planteaba cualquier tema profesional, insinuando algo para que le preguntara por la posición de la Armada frente al Gobierno. Por mi parte, yo no le podía exponer lo que iba a hacer el Ejército. Sin embargo, cuando vi que su inquietud aumentaba, le dije: "Almirante, por ahora hay que mantener el compás de espera". Creo que él me comprendió. Yo no le podía decir: "El 14 es el día "D", violando yo mismo el riguroso secreto de la planificación.

El viernes 7 de septiembre, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea concurrió a mi despacho, pero tampoco me tocó específicamente ningún tema conflictivo durante nuestra conversación. Creo que ello se debió a la presencia de otros generales. Sin embargo, advertí que algún mensaje quería transmitirme, pero no lo hizo y yo tampoco demostré interés en escucharlo.

También ese día recibí al Jefe de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército, que traía las últimas órdenes y planes que debían materializarse el día 14 de septiembre. Este distinguido Coronel me llevaba los documentos ejecutivos listos. Después de leerlos y firmarlos, le expresé que dichos documentos debían partir el martes 11 de septiembre en avión del Ejército a las guarniciones del norte y al sur del país. Me respondió "A su orden, mi General, serán despachadas todas las órdenes". No preguntó ni demostró preocupación sobre el motivo urgente del empleo de un avión para remitir los documentos, ni tampoco por qué debían salir ese día 11 y no antes.

El sábado en la mañana salimos con mi esposa al centro de la ciudad a comprar un regalo para mi hija menor, que estaba de cumpleaños al día siguiente, 9 de septiembre, y al regresar a casa pasamos a los Establecimientos Oriente a encargar dos tortas para un té que mi esposa daría a las señoras de los generales el día martes 11 de septiembre. Estimé que la vida diaria debía mantenerse lo más normal posible. Yo sabía que era vigilado permanentemente y cualquier traspié tendría consecuencias funestas.

Como he dicho, el domingo 9 fue un día muy especial. Era el cumpleaños de mi hija menor, y como siempre se reunía casi toda la familia. Se efectuaron todas las actividades de costumbre, cuando celebrábamos su cumpleaños. En la tarde a la hora del té, recibimos en nuestro hogar a varios amigos que venían con un motivo muy claro: el cumpleaños de mi hija Jacqueline.

A esa hora llegó también a la casa el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Gustavo Leigh, con quien pasé al escritorio so pretexto de mostrarle un mapa que recientemente había adquirido. Allí podía él exponerme lo que no había podido decirme días antes en la oficina de la Comandancia en Jefe.

Después de conversar algunos temas, entramos en esa ocasión al tema de su visita y me dijo que si las cuatro Instituciones actuaban unidas no habría resistencia para derrocar al gobierno marxista, que se nombraría una Junta de Gobierno, cuyo

Presidente sería yo, pese a que él era dos días más antiguo, a lo que repliqué que esta afirmación era un error de su parte, pues los Comandantes en Jefe representan a sus Instituciones en el orden Ejército, Armada y Fuerza Aérea. Aceptó lo que yo le exponía, ya que además no era momento de discusiones. Después de escuchar su exposición le respondí que el Ejército no tenía problemas para actuar, pues ya estaba listo. Nos encontrábamos en ese lugar conversando sobre nuestra resolución, cuando llegaron a la casa dos altos Jefes de la Armada, enviados por el Comandante en Jefe, a quienes mi esposa también los hizo pasar al escritorio, donde nos encontrábamos con el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea. Después de los saludos nos manifestaron que ellos eran portadores de un documento del Almirante Merino, Jefe de la I Zona Naval.

Las breves líneas que contenía la misiva enviada por el Jefe de la I Zona Naval eran trascendentales. De no haber tenido el Ejército el alistamiento que ya había alcanzado para la acción del 14, creo que la situación podía habernos llevado a un fracaso, con una división de las fuerzas que habrían terminado en lo que tanto se deseaba evitar: la guerra civil.

Aquel mensaje reflejaba los gravísimos momentos que se vivían, y en él se pedía que participara el Ejército en dos días más. Al parecer no se había recordado que esta Institución se extiende por todo el territorio nacional, y que su alistamiento es muy difícil mantenerlo en secreto. Ahora bien, hoy comprendo más, como lo entendí ese día, que en Valparaíso la Armada era apenas contenida y que, de no aceptarse lo que se solicitaba, ella podría actuar sola el 11 de septiembre, con todos los problemas que nos traería, por cuanto el hecho de anticiparse podía echar por tierra toda la planificación que tan cuidadosamente había elaborado el Ejército.

Llegamos a la conclusión que si la Armada se empeñaba sola en esta acción era peligrosísimo, aunque se le agregaran algunas unidades del Ejército, porque bastaba que una sola guarnición militar no obedeciera para que se corriera el riesgo de que las Fuerzas Armadas se dividieran produciéndose una guerra fratricida. Estimé para mi interior que no me quedaba más camino que aceptar la petición de la Armada y anticipar tres días la acción del 14 de septiembre para el 11.

Leída nuevamente la comunicación enviada por el Jefe de la I Zona Naval, uno de los jefes navales me pidió firmar y me pasó su pluma fuente, que rechacé expresándole que yo para este caso usaba lo propio, y procedí a firmarla junto con el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea y, al término de este compromiso, les señalé a los jefes de la Armada y la Fuerza Aérea que el Ejército estaba listo para la acción y que actuaría el 11 de septiembre. No quise participarles a estos Jefes cuánto me complicaba tener que apurar los acontecimientos en mi Institución. Ello me obligaba a apresurar las órdenes, y enviarlas el lunes 10 y no el martes 11, como tenía previsto. Para ello opté por tomar el asunto personalmente. Llamé al oficial de operaciones y le activé la remisión de las órdenes que se dieran; debía enviarlas por avión al Norte y Sur del país en la mañana del 10 de septiembre. Más adelante conversé con el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea sobre la participación de su institución en las acciones del 11 de septiembre. Prácticamente el problema de ese día era sobre todo del Ejército. Por ello le expresé al General Leigh que aceptaba lo que ofrecía, el bombardeo de La Moneda, en caso de haber mucha resistencia de parte de los marxistas, pues bien sabía que una acción, mientras más duramente se realiza, produce como resultado una decisión más rápida, y con ello se ahorrarían muchas vidas.

Hasta ese momento había silencio por parte de los oficiales de la Armada, hasta que uno de ellos me señaló que la Escuadra iba a zarpar el día 10 de septiembre

para participar en la Operación UNITAS, pero que regresaría a Valparaíso el martes 11, con lo que se haría público que la Escuadra se había sublevado.

Mi mayor satisfacción era la forma cómo habíamos mantenido el secreto de la operación, ya que nada se había filtrado, y cuando hubo sospechas, éstas habían sido disipadas por el propio Allende. Ahora cualquier indiscreción, al aumentar el número de los participantes, podía anular lo que con tanto cuidado se había planificado. Por tal razón me preocupé especialmente al término de la reunión de recalcar a los visitantes que todo debía desenvolverse en forma normal y en el mayor secreto, pues cualquiera indiscreción, filtración o infidencia no sólo nos costaría la vida, sino que haría fracasar la totalidad de la operación. Insistí que ante el menor antecedente que captaran los agentes del gobierno, ya que tenían una excelente red de espionaje, todo estaba perdido; luego la discreción del asunto era fundamental.

Invité a los oficiales a tomar el té, pero ellos se retiraron. Luego todo continuó bajo la apariencia de la más absoluta tranquilidad. El cumpleaños de mi hija Jacqueline se continuó celebrando en un ambiente familiar y de amistad, como siempre lo hemos hecho con nuestros hijos.

Cuando regresé al living, no faltó quien me preguntara por qué tanta visita. Respondí que mi hija estaba muy regalada ese día. Mi apariencia tranquila y la celebración de su cumpleaños en forma alegre alejaba toda sospecha. Creo que nadie se pudo imaginar que allí, en aquella casa, hacía pocos minutos, se había resuelto un hecho cuya honda trascendencia haría cambiar el destino de Chile. Dentro de unas horas más se jugaba el futuro de la Patria.

CAPITULO V

LA VISPERA

Después del retiro de los visitantes, me dirigí a la pieza escritorio y me senté a repasar los acontecimientos recién ocurridos, que me venían a complicar totalmente los planes trazados durante tanto tiempo.

El hecho de anticipar la acción para el 11 de septiembre cuando lo previsto estaba resuelto para el día 14, significaba un grave riesgo. Sin embargo, entre molesto y preocupado por lo que sucedía, me dije, aceptando el hecho, que no se debe "torcer la mano del destino" y que si en ese momento la Providencia me imponía un cambio adelantando la fecha, tendría que ser para mejor. Con esta conformidad me retiré a descansar.

Pese a que mis reflexiones en el escritorio me habían reconfortado, recuerdo que la noche del 9 al 10 de septiembre fue de insomnio. Me desvelé buscando soluciones al problema creado por el anticipo de la fecha. Si en la planificación se había escogido el día 14 de septiembre como plazo para la acción, era porque había encubrimiento, ya que correspondía la Revista Preparatoria y no llamaría la atención el hecho de efectuar un alistamiento mayor y repartir munición al personal que participaba en la presentación. En cambio, si se entregaban las municiones y se efectuaba el alistamiento del día 11 en la mañana, o el 10 en la noche, era muy posible que los marxistas, que con seguridad estaban infiltrados en nuestras filas, detectaran que algo anormal pasaba en las unidades y de inmediato los paramilitares tomaran medidas para impedir nuestra acción, lo que nos podía llevar a un choque muy sangriento.

Por lo tanto, había que buscar una solución al problema que se había creado, y que no alterara el esquema inicial de la acción militar. Además del cambio de fecha, las dudas que surgían en esas horas de la noche eran numerosas y necesitaba cuanto antes encontrarles solución.

La primera variedad en el esquema era ver cómo alcanzarían las tropas el alistamiento deseado sin despertar sospechas en el gobierno y en los partidos marxistas. Bien sabemos los mandos que la entrega de munición, la preparación de armas pesadas, el alistamiento de vehículos, etc., son siempre muy notorios y demandan bastante tiempo. Luego, era necesario encontrar un encubrimiento para que sirviera de pretexto en la preparación de las unidades, ya que la forma prevista no habría causado alarma en el gobierno, pero ahora ello no se podía realizar, y la anticipación convenida nos dejaría al descubierto pese a todas nuestras precauciones.

Asimismo pensé cómo se podía promover el alistamiento de las unidades ubicadas fuera de Santiago, las que debían estar prontas para concurrir al combate hacia la capital, para producir un doble cerco, pues era un hecho que los marxistas leninistas de los "cordones externos" harían un cerco sobre esas tropas. Para afrontar esta situación decidí avisar a esas unidades mediante una comunicación secreta, que indicaba el próximo paso de la preparación para el combate que se debía efectuar al amanecer del día 11 de septiembre, con la cual estas tropas quedaban listas para salir hacia el lugar de la lucha en cuanto se ordenara.

Cerca de las cuatro de la mañana pude conciliar el sueño, sin haber encontrado la justificación que no despertara sospechas en el gobierno con el alistamiento de la Guarnición de Santiago para la mañana del martes 11. A pesar de las numerosas veces que desperté y todo cuanto pensé sobre esta materia, no llegué a encontrar la solución de actuar sin producir sospechas. El día 10 de septiembre me vestí sintiendo toda la preocupación de un suceso tan importante sin resolver.

A pesar de aquella preocupación era preciso actuar con la mayor naturalidad, al igual que todos los días. Por tal razón el trabajo debía desenvolverse ese lunes con la más absoluta normalidad y las actividades diarias fijadas en el calendario de servicio del Comandante en Jefe debían desarrollarse como estaban previstas.

Y así se desarrollaron durante esa mañana memorable. Al partir desde mi domicilio para el ministerio, golpeaba mi mente mi secreta preocupación: cómo podía efectuar el alistamiento de las tropas sin causar alarmas entre los marxistas.

ALTAMIRANO DA UNA MANO

Al llegar a mi oficina, la angustia crecía, pero cuando miré los diarios que encontré sobre el escritorio, mi corazón se llenó de alegría al descubrir allí, leyendo los primeros titulares, la forma precisa de terminar mi angustiada incertidumbre. Ante mis ojos estaba la solución al problema que me atormentó toda la noche. Con grandes titulares decía la prensa que Carlos Altamirano, en una reunión en el puerto de Valparaíso, habló violentamente contra la Armada, según su costumbre y profirió amenazas y trató de producir un clima de agitación. Esta actitud suya coincidía con la grave circunstancia de que el martes los Tribunales de Justicia de Valparaíso debían pronunciarse sobre su desafuero, el cual, de ser acogido, iba a producir sin duda serios actos de violencia que comprometían la seguridad interior. Además, tales sucesos podían degenerar en una sangrienta acción que podría llegar a propagarse eventualmente al resto del país.

Luego de analizar todas esas posibilidades, había que preverlas cuidadosamente, y anticipar medidas paliativas que fueran a evitar los males consiguientes.

Allí estaba, por lo tanto, la solución a mi problema. Nuevamente la Proviencia nos proporcionaba su generosa ayuda. El encubrimiento resultaba perfecto, pues nadie podía oponerse a que tomáramos medidas para resguardar el orden. Ahora tales disposiciones nos permitían encubrir todo el alistamiento de las tropas de Santiago y alrededores. Cuando recuerdo ese momento, debo agradecer a este señor que con su violencia nos ayudó a cumplir nuestra misión. Doy gracias a Dios por haberlo cegado. El señor Altamirano, el enemigo más encarnizado de las Fuerzas Armadas, había proporcionado, mediante una jugada del destino, la solución más insospechable a las preocupaciones del

mando. El Ejército tiene que reconocerle tan valioso servicio, cuya oportunidad tanto nos sirvió.

Cuando terminé de leer la prensa, y luego de reflexionar brevemente, con gran alegría me dirigí al cuarto piso, donde estaban ubicadas las oficinas del Ministro de Defensa Nacional. De inmediato pasé al despacho del Ministro Orlando Letelier, a quien, después de darle a conocer la preocupación del Ejército y mostrarle la prensa con grandes titulares, le expuse lo siguiente:

—Este caballero, que en nada ayuda a solucionar la tirantez que domina a la ciudadanía, me obliga a disponer un acuartelamiento de las tropas para mañana por la mañana en previsión de posibles disturbios que se puedan producir, no sólo en Valparaíso, sino también en Santiago, a consecuencia del probable desafuero que se le hará como senador de la República.

El Ministro, después de un ácido comentario contra Altamirano, guardó un silencio que interpreté como que se daba por informado de la medida que había adoptado. Eran las 10.15 horas del día 10 de septiembre y me retiré de inmediato de la oficina del Ministro para regresar tranquilamente a mi despacho, con la sensación de haberme sacado un enorme peso de encima. Así era en efecto y debo reconocerlo; pero nada traducía mi intensa alegría interior.

Ahora tenía la solución al problema, y en esos momentos era necesario tomar todas las medidas para que el gobierno no fuera a dar un paso atrás. En consecuencia, todo debía seguir su curso normal. Así, las actividades de esa mañana fueron las acostumbradas y en ningún momento dejé de traslucir preocupación alguna. Ese día en la última audiencia debí atender a un grupo de Generales retirados, que traían algunas inquietudes. Las expusieron y después de escucharlos atentamente, les prometí solución. Hoy, cuando converso con algunos de ellos, dicen que nada sospecharon esa mañana. Como más de alguno pensaba que algo especial les pudiese transmitir quedaron por lo tanto decepcionados. A mediodía llamé al ayudante del Comandante en Jefe y le ordené que citara para las 12.30 horas, en mi oficina, a los Generales Bonilla, Brady, Benavides, Arellano y Palacios, es decir, a los que el día siguiente iban a mandar las diferentes columnas hacia La Moneda.

Mientras tanto llamé a mi esposa y le dije que aprovechara de ir a Portillo esa tarde y quedarse con los niños a pasar la noche en Río Blanco, ya que los niños estaban sin clases por huelga de profesorado o desórdenes que impedían realizarlas en forma normal. Mi esposa preparó todo y salió a Los Andes a las 15.00 horas. Con ello aliviaba mi preocupación de lo que podía sucederles a ellos si se descubría la acción del día siguiente. Hasta ese momento, persona alguna conocía mis propósitos para el día siguiente, con excepción de los otros Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas.

Ese día también fui informado de la decisión del Cuerpo de Carabineros de unirse a las Instituciones de las Fuerzas Armadas, dando además la seguridad de que inicialmente, cuando se efectuara el ataque a La Moneda, ellos no actuarían contra esas tropas.

A la hora fijada para la reunión se presentaron los cinco Generales en el despacho del Comandante en Jefe. Cerré la puerta con seguro y les ofrecí asiento. Me acerqué al mueble con la urna donde guardaba una réplica de la espada del General O'Higgins, la tomé y desenvainé la hoja, me aproximé a ellos y colocando la espada frente a cada uno, solemnemente les hice jurar, como soldados, que todo lo que se hablaría allí se mantendría en el más absoluto secreto, el que

debía ser guardado hasta el extremo de ni siquiera poder insinuar con alguna expresión algo de lo que allí se hablara.

Luego con la hoja de la espada desenvainada me coloqué frente a cada uno y los juramenté. De este modo los Generales fueron, uno a uno, prestando juramento. A continuación les dije formalmente:

"Señores Generales: la situación moral, política y económica del país ha llegado a su punto más bajo, haciéndose insostenible la seguridad de Chile. Mañana, 11 de septiembre, se juegan los destinos de la Patria. Para ello se ocupará La Moneda y expulsaremos del gobierno al señor Allende y a sus cómplices. Sin embargo, se les dará la oportunidad para que salgan del país, sin daño, para lo cual se les ofrecerá un avión. Si hay resistencia armada, como hemos apreciado, nos emplearemos duramente con todos nuestros medios. Creo, señores, que cuanto más drástica sea la acción, será más breve y contribuirá a una mayor economía de vidas". Uno de los Generales señaló que tenían tiempo muy escaso para preparar órdenes, a lo que le respondí: "Aquí se les entregan los documentos de las agrupaciones para que ustedes los adapten y los cumplan como buenos soldados".

"Las agrupaciones serán mandadas conforme al orden que se establece en estos documentos. Sin embargo, nadie debe moverse ni hacer nada hasta mañana a las 7.30 horas. Un movimiento en falso puede llevarnos al fracaso. Si la resistencia fuera creciendo en La Moneda, ella será bombardeada por la Fuerza Aérea, con el fin de evitar mayores pérdidas de vidas; en ese caso, las tropas se alejarán y marcarán su línea más adelantada colocando una prenda blanca sobre sus espaldas. Posteriormente, pasada la acción aérea, se reanudará el ataque con toda la potencia posible. Si esta noche, por delación o sospecha, yo fuere asesinado, seguirá en el mando de las tropas el General más antiguo (y mostré al General Bonilla): si éste cae, asumirá la conducción el General que sigue y así sucesivamente. Señores Generales, esta resolución no puede cambiar, detenerse, flaquear, ni menos fracasar, pues en ella está en juego el destino de Chile; y la Patria, señores, está por sobre nuestras vidas".

"El alistamiento se efectuará durante la noche, conforme a la situación propia del alistamiento de un acuartelamiento. Pero recalco que nadie está autorizado para mover un hombre de cualquier unidad. Se debe trabajar esta fase final bajo el mayor secreto y sólo deben conocerla ustedes".

El General Palacios, que mandaba la agrupación de tanques, expresó que su mayor preocupación era el estado deficiente de la artillería de esos blindados, que no se podía emplear por falta de líquido de freno en los cañones. Esa deficiencia, que creaba un serio problema al Batallón de Tanques, debía estar resuelta al amanecer, y para ello tuvimos que emplear uno de los más rústicos sistemas que usaron los alemanes en la II Guerra Mundial y que dio óptimos resultados: la utilización de un aceite similar al que se emplea en las máquinas de coser, que se ignoraba existiera en plaza, pero que, gracias a la diligencia de los integrantes de esa Unidad, fue ubicado en una compañía distribuidora de lubricantes; se adquirió la cantidad suficiente para dejar a la artillería de los tanques en óptimas condiciones.

Asimismo les insistí a los Generales que era fundamental evitar cualquier tipo de comunicaciones, ya fuera por radio o teléfono, de materias a que me había referido y en especial de lo ordenado para el alistamiento, por cuanto había una interceptación permanente por parte de los marxistas. También quedaba prohibi-

do el envío de mensajeros con documentos, pues podían ser descubiertos y los documentos caer en manos de esos señores. Les recordé que si se había mantenido el secreto por meses, una indiscreción podía hacer perder todo en sólo minutos. Con respecto a la preparación de las tropas, manifesté que se aprovecharía el acuartelamiento en primer grado que se iniciaba a las seis treinta horas del día 11; luego hasta esa hora debía dar la mayor apariencia de normalidad.

También durante esa reunión se mencionó que la escuadra zarparía esa tarde fuera de Valparaíso, creándose con ello un ambiente de tranquilidad, pero que ella regresaría al amanecer del martes once, al mismo puerto, con el fin de actuar en la operación en esa zona. Se consideró además que este hecho era una buena distracción táctica para los marxistas, pues su principal atención se iba a concentrar inicialmente en la escuadra, lo que nos permitiría completar nuestros preparativos finales en la capital. Se dio a conocer, además, que para el ataque sobre La Moneda, Carabineros retiraría sus efectivos apostados en ese lugar, lo que dejaba en libertad de acción al Ejército y para poder éste actuar contra los paramilitares que se encontraban allí.

Después de conocerse el "Plan de Operaciones", se formularon algunas dudas que fueron aclaradas. Al término de la reunión, nos despedimos con un fuerte abrazo, por si no nos fuéramos a ver más, y con la conciencia de la más profunda responsabilidad que se asumía ante la Patria, la ciudadanía y la historia de Chile. Después de esta despedida oficial invité a los Generales a almorzar en la Comandancia. Invité también al General Gustavo Leigh.

El almuerzo se desarrolló en un ambiente de gran camaradería. Al término de él me despedí de los Generales, y mandé luego a llamar al Secretario General del Ejército, un jefe de máxima confianza. El preparó las comunicaciones radiales a todas las Guarniciones de Chile. Estos radiogramas quedaron cifrados para su despacho y en su texto se ordenaba "ocupar de inmediato todas las intendencias y gobernaciones del país", y aplicar la planificación dispuesta. Dichos documentos saldrían en forma simultánea antes de las 6.00 horas del día once a todas las guarniciones del país. Se calculaba que su descifrado estaría claro antes de las 7.30 horas.

Era conveniente desempeñarse normalmente, y por tal razón el trabajo en la Comandancia en Jefe no tuvo ninguna variación hasta las 18.30 horas, y continué trabajando como de costumbre. A las 19 horas cité a otro grupo de Generales y después de juramentarlos sobre su discreción, como había hecho en la mañana, les expuse lo que se iba a realizar y les designé los puestos que desempeñarían en el Cuartel General del Comandante en Jefe del Ejército, para la acción del día siguiente. Prohibí nuevamente repetir cualquiera información de lo que se había hablado en esta oportunidad.

Tal cual había sucedido con los Generales llamados esa mañana, recibí de estos tres Generales el más amplio respaldo y un total apoyo a lo que se iba a realizar. De inmediato procedí a designar al General más antiguo como Jefe del Estado Mayor; el General que seguía, como Jefe del Servicio de Inteligencia, y el tercer General, como Jefe de Operaciones. Manifesté a estos Generales mis preocupaciones y la necesidad de actuar en la forma más dura posible.

Luego me reuní con el General Oscar Bonilla y estuvimos analizando las diferentes zonas de acción. Una de mis mayores inquietudes era la zona de Calama, por los antecedentes que teníamos de algunos grupos que trabajaban en Chuquicamata y que, según se informaba, estaban armados y con buena instrucción de combate. Esto nos hacía pensar en la posibilidad de que la unidad de esa ciudad quedara aislada, lo que podía dar tiempo a la llegada de refuerzos

desde el exterior, tal cual Fidel Castro se lo había prometido tantas veces a Allende durante su visita a Chile.

De suceder tal presunción el problema se agravaba, ya que en tal situación una agrupación de paramilitares podía formar una "cabeza de valle" entre Chuquicamata y Calama con el espacio suficiente para permitir que a continuación llegaran por vía aérea otros medios. Además con todos los marxistas que se trasladaran a ese lugar desde otros puntos del país podrían conformar una unidad que les sirviera de base para iniciar una resistencia de proyecciones incalculables. Para ello, alerté a las fuerzas de Antofagasta. También determiné otros lugares del país donde podría efectuarse algo semejante y alerté a las tropas más próximas.

Después de la orientación que se dio a los Generales con que me reuní, se indicó que a las 7.30 horas del día 11 de septiembre se constituiría el Puesto de Mando del Comandante en Jefe en las proximidades de la Central de Telecomunicaciones del Ejército, para disponer desde allí de todos los medios de enlaces con el conjunto de las Unidades y Guarniciones del país. Le recalqué al Jefe del Estado Mayor que si yo no llegaba a las 7.30 horas a ese lugar, él debería asumir el puesto para la conducción del pronunciamiento militar a lo largo de todo Chile.

Asimismo, volví a insistir sobre lo que les había dicho a los Generales en la mañana de ese día: "Todo debe mantenerse normal hasta mañana a las 7.30 horas, pues cualquier movimiento de tropas no previsto atraería la atención del gobierno, y si se llega a descubrir lo planeado, se corre el riesgo de fracasar y, con toda seguridad, se iniciará una guerra civil de proyecciones incalculables y sin cuartel".

Eran cerca de las 20 horas cuando nos despedimos con las mismas demostraciones con que lo hiciéramos en la mañana con el grupo de los Generales Comandantes. Antes de salir del Ministerio de Defensa Nacional me alcanzó un Coronel del Estado Mayor General, quien me entregó un informe con los puntos que contendría la proclama del día siguiente, los que aprobé.

Ante la necesidad de engañar al adversario, era preciso mantener todas las actitudes muy normales; todo debía ser muy natural. Por ello, cuando llegué a mi domicilio guardé el automóvil como siempre lo hacía y dispuse que mi escolta personal fuera a comer. Luego salí un rato al frente de mi casa y me entretuve jugando con el perro guardián que tenía en mi hogar, tal cual lo hacía todos los días. Luego caminé por la vereda a lo largo de la cuadra cerca de media hora. En esta caminata fui interrumpido por el mayordomo de la casa, que venía a avisarme una llamada urgente. Era el Oficial de Turno de la Guarnición, para decirme que se le había informado que una unidad motorizada venía saliendo desde el túnel de Chacabuco y se había detenido allí. Me indigné por la falta del cumplimiento de las órdenes. Me imaginé que algún señor Comandante se había puesto nervioso, y ese nerviosismo podía echar por tierra toda nuestra planificación, tan cuidadosamente elaborada y ya en ejecución. Decidí llamar directamente al Comandante de la columna a que pertenecía esa Unidad. Hacía tiempo que había comprobado que el teléfono estaba intervenido, y por ello consideré más apropiado usar el citófono del automóvil, que siendo tan riesgoso como el teléfono, tenía la ventaja de que podrían demorar un poco más en captar el significado de la comunicación. Así fue como llamé al General responsable de la Unidad, que me respondió que no conocía tal movimiento de tropas; pero me permitió con ello frenar otros desplazamientos al decirle: "Mire, General, entiéndame que la Revista Preparatoria es el día 14, luego no se pueden traer unidades para el desfile antes, pues no olvide el problema de subsistencia que hay en las unidades de

288

Santiago. Porque no tendría cómo alimentarlos. Fuera de eso, está el déficit de combustible líquido que usted bien conoce. Le repito: nadie que venga a la Revista Preparatoria puede desplazarse antes de la fecha señalada. ¿Me entiende?" Creo que entendió, pues no supe de otros movimientos de unidades el resto de la noche.

Cerca de las 23.30 horas apagué las luces y, como todos los días, permanecí en mi escritorio, que era siempre el último lugar iluminado de mi casa. Las costumbres no se modificaron y se mantuvieron todos los movimientos acostumbrados.

LA MAÑANA DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Debo confesar que esa noche fue la más larga de mi vida. No pude cerrar los ojos: la preocupación mayor que me embargaba era el temor a una posible delación de alguna persona infiltrada o que algún Comandante de Columna se anticipara en mover sus tropas y provocara la reacción de los paramilitares del gobierno, cuyas brigadas entrenadas actuarían de inmediato y podían llegar hasta paralizar la acción por medio de barricadas de vehículos pesados colocados en las carreteras de acceso a la ciudad. Contando los minutos y los segundos el reloj fue marcando hora tras hora durante toda la noche. A las 5.30 horas pasé a la ducha y comencé a vestirme. Más o menos a las 6.30 horas sonó la campanilla del teléfono. Era un llamado de la telefonista de la casa de Allende, en Tomás Moro. Respondí como si se tratara de una persona que recién despierta y debo haber estado convincente, porque sólo se me informó "que me iban a llamar más tarde". Me vestí rápidamente. A las 7.00 horas llegaron los vehículos citados para ir a pasar una revista a Peñalolén. Poco después, a las 7.10 horas, viajaba en el vehículo rumbo a la casa de uno de mis hijos. Allí permanecí algunos minutos contemplando a mis pequeños nietos que dormían sin saber lo que iba a ocurrir y pensé que la trascendental resolución adoptada era decisiva para su futuro, para su libertad, como me lo había dicho mi esposa tiempo atrás, cuando nada pude decirle de lo que iba a pasar.

Subí al vehículo y ordené al conductor dirigirse a la Central de Telecomunicaciones, lugar donde estaba el Puesto de Mando del Comandante en Jefe del Ejército, a donde llegué faltando veinte minutos para las ocho horas. Cuando ingresé al patio de los vehículos salió a mi encuentro el General Oscar Bonilla, que estaba muy preocupado por mi retraso. Le señalé la razón de ello y me reuní con el personal que había venido conmigo y con otros Oficiales del Comando en Jefe del Ejército y les expresé lo que sucedía. Con alegría pude comprobar que todos estaban felices por la decisión adoptada, con excepción de mi Ayudante, que me expresó "no estar de acuerdo con lo que se iba a realizar". Acepté su posición, lo saqué del vehículo y dispuse su arresto de inmediato en una sala del edificio de Telecomunicaciones del Ejército.

Después de una rápida revista y de algunos momentos de espera se sintió la Canción Nacional, que se transmitió por todas las radios revolucionarias de Santiago, y poco después de las ocho y media se escuchó la proclama de la Junta de Gobierno. Se fundamentó dicho documento en la gravísima crisis moral, social, política y económica en que, por incapacidad o por voluntad del Gobierno, se había sumido al país, se expuso además el desarrollo del terrorismo que llevaba a Chile directamente a una guerra civil y por último, se expresó que se resolvía que el Presidente debía entregar su cargo a la Junta.

Se decretaba además el Estado de Sitio, debiendo la población permanecer en sus casas, hasta que se levantara ese estado de excepción.

La proclama constituyó un tremendo golpe para Allende. Este habló telefónicamente con el Almirante Carvajal, quien le dijo que tenía orden de la Junta de Comandantes en Jefe de comunicarle que debía entregar el poder sin condiciones, y que lo esperaba un avión FACH para llevar a él y a su familia a cualquier país americano al sur de Panamá. El resto de los ocupantes de La Moneda debían rendirse de inmediato. Se cortó la comunicación.

He preguntado al Edecán Militar qué sucedió en La Moneda ese día 11 de septiembre. Este me expuso, en síntesis, el relato que sigue, y cuyos acontecimientos le tocó vivir.

"El día de los hechos correspondía presentarme en la residencia de Tomás Moro a las 8.30 horas, lugar donde tenía citado al conductor, Cabo Luis Quintanilla Márquez".

"A las 8.00 horas aproximadamente recibí un llamado telefónico del Cabo Quintanilla en que me comunicaba que estaba en La Moneda esperando movilización y me manifestó que el Presidente se encontraba en el Palacio. Este hecho no se lo había comunicado al infrascrito la Guardia de Palacio ni nadie relacionado con el Presidente, cosa anormal, pues siempre que tal cosa sucedía se comunicaba al Edecán de Servicio. Agregó el Cabo Quintanilla que algo anormal sucedía, pues el Palacio de La Moneda se encontraba rodeado de tanquetas de Carabineros y dentro del edificio había mucho movimiento".

"Ante esta información resolví dirigirme de inmediato a La Moneda, donde llegué a las 8.30 horas de la mañana, notando gran congestión del tránsito e imponiéndome por la radio de una alocución del Presidente en que se indicaba una situación anormal".

"Al llegar a La Moneda asumí de inmediato mis funciones junto al personal de servicio y comencé a inquirir detalles de lo que estaba sucediendo, ya que en el interior se veía gran nerviosismo entre funcionarios de gobierno, y el Presidente se encontraba nuevamente hablando por una emisora, que aún no había sido silenciada".

"En este mismo lapso se escuchó el Bando N° 1 de la Junta de Comandantes en Jefe y Director General de Carabineros y, verificada la autenticidad del comunicado, tuve completamente clara la situación que se vivía en ese momento, miré la hora y comprobé que eran en mi reloj las 9.15 horas de la mañana".

"Tomé de inmediato contacto con los Edecanes Aéreo y Naval, en forma telefónica en primera instancia (al primero lo llamé a Tomás Moro y al segundo lo llamé a su departamento en Bulnes 120). Alrededor de las 9.30 horas llegaron ambos Edecanes, a quienes les sugerí una entrevista con el Presidente para plantearle la realidad de lo que estaba sucediendo y conocer cuál sería la actitud que adoptaría".

"El Presidente concedió de inmediato la audiencia, la que se efectuó en el salón privado del despacho, produciéndose un pequeño incidente entre el Jefe del Estado y su Guardia Personal, ya que estos últimos indirectamente se mantenían vigilantes impidiendo la privacidad de la entrevista; el Presidente tuvo que intervenir violentamente en dos oportunidades, incluso debió cerrar la puerta para evitar la obligada vigilancia del personal de seguridad (GAP)".

"La conversación la inició el Edecán Aéreo, quien le manifestó al Presidente la inutilidad de cualquier tipo de resistencia, manifestándole incluso que la Fuerza Aérea tenía dispuesto un avión para su salida del país y él personalmente lo iría a

dejar de acuerdo a instrucciones del señor General Leigh. Luego hablé yo como Edecán Militar de La Moneda, y le manifesté la necesidad de evitar toda resistencia, ya que las tres Fuerzas Armadas y Carabineros actuarían coordinadamente si no deponía su actitud y todo sacrificio sería inútil, dada la gravísima situación que se vivía. También, posteriormente, el Edecán Naval le hizo ver al señor Allende la inutilidad de toda resistencia. Después de escucharnos, el señor Allende tomó la palabra y manifestó que él no se entregaría por ningún motivo, pero que bien podría conversar con los Comandantes en Jefe si se establecían condiciones propicias, mensaje que gustoso confiaba a sus Edecanes, pero que él ya había tomado una determinación y ella era que no se entregaría y, mostrando una metralleta de un modelo especial que tenía en su mano, dijo más o menos lo siguiente: "Con esta metralleta me defenderé hasta el final, reservando el último tiro para mí y me lo pegaré aquí" y simultáneamente mostró su paladar".

Luego dio una orden terminante a sus tres Edecanes en el sentido de que regresaran en forma inmediata a sus Instituciones, cosa que ratificó minutos después, al salir del privado, comunicándolo en voz alta a funcionarios de gobierno que se encontraban en la Sala del Edecán de Servicio, manifestando más o menos lo siguiente: "He ordenado en forma terminante a mis tres Edecanes que regresen a sus instituciones, cosa que harán de inmediato cumpliendo mi resolución".

"Cuando quedé en el pasillo a la salida del privado del señor Allende, me dirigí a mi escritorio y atendí un llamado telefónico desde mi casa, en que se ratificó que la acción terrestre venía de inmediato y el bombardeo aéreo comenzaba a las 11 horas. En ese momento eran aproximadamente las 10 horas de la mañana. Esta información me la proporcionó mi esposa; lógicamente tanto a ella como a la familia les había causado profunda impresión".

"A partir de ese momento y conforme a las instrucciones del Presidente, se levantó el servicio y el infrascrito se dirigió a la Casa Militar, donde se reunió con todo el personal, menos aquellos que estaban fuera de servicio (enfermos o libres). Les hizo ver la situación y les comunicó su resolución, incluso escuchó las dudas que tuvieran. Todos le manifestaron que lo seguirían donde les ordenare. En este momento eran las 10.15 horas".

"Luego me dirigí al Ministerio de Defensa y a continuación al Comando en Jefe del Ejército, tomando contacto inmediato con el delegado del Comandante en Jefe en ese lugar, que era el General don Ernesto Baeza, a quien orienté de la situación que se vivía en La Moneda y de lo allí obrado. Simultáneamente dirigí desde el Comando en Jefe la evacuación del personal, el que llegó sin novedad a esa Repartición aproximadamente a las 10.45 horas, procediendo a presentarlos a las autoridades de esa Alta Repartición. Luego los instaló en el Ministerio de Defensa, conforme se le indicara. Las novedades que tenía de personal por su ausencia fueron solucionadas, por cuanto los que faltaban se presentaron en su totalidad y también los que por motivos del servicio no concurrieron a la reunión que yo cité en esa oportunidad, ya que erróneamente se habían dirigido a su domicilio".

Estos fueron los sucesos que presentó el Edecán Militar. Mientras tanto, el combate arremetía en las calles de Santiago y el ruido de las armas livianas aumentaba en el centro. Pronto llegó la información de que las unidades acantonadas en el área externa de la ciudad avanzaban hacia el centro; pero los cordones industriales con que tanto se nos había amenazado no habían reaccionado y en aquellos lugares ubicados como bases de operación tampoco se encontró a

nadie. Los héroes de la guerrilla habían huido o se habían refugiado en sus casas o habían ingresado a algunas embajadas. Los que durante tres años sembraron y abonaron el odio, empujando al país a un enfrentamiento, cuando éste se produjo habían huido y seguirían huyendo como ratas.

CAPITULO VI

LA BATALLA DE SANTIAGO

Volvamos a la noche del 10 al 11 de septiembre de 1973, cuando al amanecer se iniciaba el alistamiento de las tropas bajo el pretexto del imprescindible acuartelamiento para evitar males mayores, y que fuera conocido por el propio Ministro de Defensa cuando en la mañana del día 10 le di cuenta de la situación de disturbios provocada por el señor Altamirano. Esa noche se alistaban las armas y se repartía la munición para el enfrentamiento que venía el día 11.

Todos los antecedentes reunidos por el Servicio de Inteligencia y los que habían sido captados por los mandos subalternos indicaban que la jornada iba a ser larga, sangrienta y muy dura, pues los elementos paramilitares ubicados en las industrias de alrededores y los cordones del centro de Santiago actuarían especialmente en las poblaciones y dentro de la ciudad, con la posibilidad de producir un gran número de bajas no sólo militares, sino también civiles.

En la tarde del día 10 de septiembre los Cuarteles Generales que se formaron en las agrupaciones trabajaron intensamente y en el más estricto secreto para llevar a cabo las órdenes a las respectivas unidades de combate que se integraban, quedando listas estas disposiciones para su distribución al anochecer de ese día.

El trabajo continuó hasta después de medianoche en las unidades tácticas y de combate. Sin restar méritos al intenso esfuerzo que se desarrolló en las Planas Mayores, creo conveniente referirme en especial al Regimiento Blindado, en el cual, debido a la lamentable experiencia del mes de junio, ninguno de sus integrantes oficiales y suboficiales quería revivir las desagradables horas pasadas en los días posteriores al "Tanquetazo" (el sumario aún permanecía en desarrollo y su ex Comandante se encontraba detenido en la Escuela de Infantería de San Bernardo y otros oficiales en diferentes lugares).

Cuando el General Palacios ingresó a esa unidad e indicó los motivos de su presencia, se produjo un gran desconcierto entre los oficiales y la tropa. Pero esta incertidumbre yo la había previsto en mi oficina del Estado Mayor, cuando me desprendí de mi Ayudante y mi Oficial de Ordenes, ambos del arma blindada y a quienes ahora les había llegado el momento de actuar. A estos dos oficiales los había enviado a ese regimiento con la encubierta misión de dominar la situación que se iba a vivir. Y precisamente el día de la acción fue la oportuna y decidida intervención de estos Capitanes ante los subordinados la que despejó las dudas, y la unidad, con gran decisión, se alistó íntegramente.

A las 6.30 horas, las unidades estaban listas para actuar. La comunicación que había preparado para enviar a todas las unidades de Chile ya se difundía en clave desde las 6.00 horas.

Antes de las 8.30 horas, el Cuartel General del Comandante en Jefe ya estaba instalado y funcionando. A esa hora se comenzaron a escuchar en todas las radios leales nuestra Canción Nacional, y se leía la proclama en la cual se comunicaba al país que se ponía fin al régimen marxista que por tres años había tratado de destruir a la República e implantar el comunismo. Junto con ello se daban las instrucciones para alertar a la ciudadanía.

Antes de la acción decisiva, desde las primeras horas hubo algunas acciones de combate aisladas que se iniciaron con allanamientos en virtud de la aplicación de la Ley de Control de Armas y según estaba previsto en los Planes de Combate. Estos combates fueron aumentando en número y creciendo en forma vertiginosa hacia el centro de la ciudad.

Desde un principio, Allende trató de ganar tiempo, convencido de que sus grupos paramilitares lo apoyarían con todas sus fuerzas. Pero ello no ocurrió, pues los líderes que habían soliviantado a los trabajadores en esos tres años fueron los primeros que se ocultaron, huyeron o se refugiaron en alguna embajada. Además, la traición a Chile, que este ególatra había cometido mientras encabezó el gobierno, ya había sido captada por la ciudadanía y ahora primaba más en ella el sentimiento de la Patria amenazada que los engaños y alucinaciones propios del marxismo. Por tales motivos, Allende fue perdiendo fuerzas con la sola excepción de un pequeño grupo de fanáticos que aceptó ciegamente una lucha para ellos sin destino.

La "Operación Silencio" de la Radiotelefonía se había cumplido rápidamente, conforme a las modificaciones que fueron introducidas el 4 de septiembre de 1973 en el Plan Ejecutivo de Seguridad Interior "Hércules". Sólo nos quedaba la radio Magallanes, que fue silenciada cerca de las 10.40 horas.

Después de mantener un enlace radiotelefónico permanente entre el Puesto de Mando del Almirante Carvajal y el Puesto de Mando del Comandante en Jefe del Ejército sobre el desplazamiento y la acción de las tropas, llegó por citófono la información de que Allende se había suicidado. Era poco más de las 10.30 horas. Al preguntarle a Carvajal por esta noticia, me respondió:

"Augusto, lo del suicidio era falso, ahora acabo de hablar con el Edecán Naval, Comandante Grez, y me dice que él y los otros dos Edecanes se van a retirar de la Moneda y se vienen hacia el Ministerio de Defensa".

Le encargué al Almirante Carvajal buscar al jefe de Carabineros, para decirle que retirara sus tropas de la Casa de Gobierno, porque la Moneda iba a ser bombardeada por la Fuerza Aérea. Me respondió que los Carabineros de la casa de Gobierno estaban retirándose en ese momento, y que el General Brady estaba informado para que no se les disparase cuando éstos evacuaran el Palacio.

De inmediato recibí un nuevo llamado de Carvajal para decirme que lo había llamado el Secretario de Marina, Domínguez, para transmitir la solicitud de Allende de que fueran los tres Comandantes en Jefe a pedir la rendición al Presidente a la Moneda. Le respondí: "Tú sabes que este señor es chueco; en consecuencia, si él quiere rendirse que venga al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres Comandantes en Jefe". La respuesta de Carvajal fue: "Hablé personalmente con él. Le intimé rendición en nombre de los Comandantes en Jefe y contestó con una serie de groserías". Antes de disponer el bombardeo a la Moneda, ordené evacuar al personal militar y de carabineros, para luego asaltarla y ocuparla. Pre-

vio a esta fase debía bombardearse desde el aire por la FACH. Con ello resultaría más fácil el asalto y con menos derramamiento de sangre.

A los pocos minutos fui informado de que el General de Carabineros César Mendoza ejercía el mando de su institución y que el General Yovane mandaba los Carabineros que rodeaban la Moneda. Asimismo, que ya no había Carabineros ni personal del Ejército dentro de la Moneda, lo cual nos dejaba en libertad para iniciar el combate si Allende y su GAP no se rendían.

Repentinamente se me ocurrió que Allende podía haber huido en alguna tanqueta de Carabineros. Pregunté si ello habría sido posible, a lo que Carvajal me respondió que no, por cuanto las tanquetas se habían retirado del lugar mucho antes que él hablara por teléfono con el señor Allende y más tarde había conversado con el Edecán Naval, quien le confirmó que Allende estaba en la Moneda.

Poco después el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea pedía allanar los estudios de la Radio Magallanes, que continuaba transmitiendo. Se me informó que el General Leigh quería tomar contacto radiotelefónico conmigo en mi puesto de mando, pero no me fue posible hablar con él, dada la estática, por lo cual recuperé el contacto que tenía con el Almirante Carvajal, quien me informó que el General Mendoza estaba en comunicación con él y con el General Brady, y que la acción de la tropa estaba bien coordinada.

Con estos antecedentes se comunicó al Almirante Carvajal que diez para las once transmitiera la orden de bombardear la Moneda. En consecuencia, a esa hora, las tropas debían estar replegadas a dos cuadras de ella. La orden era: "A las 11 horas en punto se iniciará el bombardeo, para lo cual las tropas se protegerán en los edificios con el fin de permitir la acción de la aviación sin riesgo de sufrir daños".

Para tal objeto se le comunicó al General Leigh que en ningún caso se iniciara el bombardeo sin conocer exactamente la situación terrestre. De todo esto se le informó también al General Brady.

Estábamos en estas actividades cuando nos llegó la información de que en esos momentos las brigadas socialistas se preparaban para atacar al Ministerio de Defensa Nacional. Además escuché disparos fuera del Puesto de Mando.

Antes de salir a ver qué sucedía, di la orden al Almirante Carvajal y al General Baeza que se diera el alerta a la gente del Ministerio, pues había un Plan para esa eventualidad: todos los funcionarios con las armas automáticas desde las ventanas y con tiradores escogidos en lugares apropiados debían batir a los francotiradores que disparasen desde el edificio del frente, a lo cual se me respondió que dicho plan ya estaba en ejecución y que se había intercambiado intenso fuego.

Salí del Puesto de Mando y me encontré con el Comandante de los Paracaidistas y Fuerzas Especiales que me indicó que al parecer un grupo de individuos había pretendido atacar el área donde se encontraba el Puesto de Mando. Ordené un rastreo inmediato con dicha unidad, mediante un rodeo amplio para que nadie escapara. Luego volví a la radio, donde se me informó que la Moneda era atacada por los tanques y por la Escuela de Infantería, la Escuela de Suboficiales y la artillería del Regimiento Tacna. En esos instantes el ataque alcanzó su mayor intensidad: el fuego de la artillería hizo grandes impactos en el viejo edificio.

Le indiqué al Almirante Carvajal que le ofreciera por última vez al señor Allende como plazo definitivo hasta las 10.30 horas para que se rindiera y entregase su renuncia: se le aseguraba su integridad física y que sería expatriado.

Recalqué que era por última vez. Esperaríamos hasta diez para las once para que entregara su renuncia. Si no lo hacía, atacaríamos, cualesquiera fueran las consecuencias.

En ese instante me acordé del señor Altamirano, del señor Vergara, del señor Suárez, del señor Corvalán y del señor Flores y otros. Pregunté si se había sabido algo de ellos, se me respondió que no había informaciones.

Le pedí entonces a Carvajal que los servicios de Inteligencia de las tres instituciones los ubicaran y los detuvieran, ya que estos señores eran parte del grupo de responsables principales de la destrucción del país. Carvajal me llamó para decirme que el Comandante Badiola estaba en contacto con la Moneda y que había informado que Allende tendría intenciones de parlamentar. Rechacé la idea, indignado: dialogar era ceder por ambos lados. Le repetí al Almirante: "La rendición es incondicional, nada de parlamentar. Rendición incondicional, y a él se le tomará detenido; sólo se le respetará la vida, su integridad física, y en seguida se va a otro país".

En el Cuartel General le dicté al Jefe de Operaciones lo siguiente: "A partir de este momento se decreta el Estado de Sitio con toque de queda; además se aplica la Ley Marcial a toda persona que se le sorprenda con armas o explosivos en su poder". Dicho mensaje se envió de inmediato al Almirante Carvajal para su difusión y su ejecución.

El Almirante Carvajal me informó que venía en camino un enviado especial para que se le recibiera, a lo cual le contesté: "Este caballero (Allende) sólo está ganando tiempo. Estamos demostrando ingenuidad, no le aceptes ningún parlamento, pues ello es diálogo y el diálogo es ganancia de tiempo para él. No, mil veces no; debe ser rendición incondicional. Ten bien en claro lo que digo. Rendición incondicional. Si quiere, que venga él acompañado al Ministerio de Defensa y se entregue junto con su renuncia. Si no, vamos a bombardear a las 11 horas".

Carvajal me respondió que estaba conforme y que se darían diez minutos de tiempo para que salieran de la Moneda, y que pasados esos diez minutos se iba a bombardear por aire. Tenían que rendirse incondicionalmente y si no sufrir las consecuencias del bombardeo.

"Todo ese montón de señores que hay ahí, el señor Tohá, el otro señor Almeyda y todos esos marxistas que han destruido al país, deben ser detenidos". Carvajal me señaló: "José Tohá dice que esperen un momento para convencer al Presidente de su rendición". A esto le dije tajante: "Negativo, señor Almirante, estamos luchando por los destinos de Chile. Si nosotros mostramos debilidad de carácter y entramos a dar plazos y aceptar parlamentos, sería lo más nefasto que podría ocurrir. Sólo lo que hemos ofrecido, el avión que está dispuesto y que se vaya a cualquier parte, menos Argentina".

Se le pidió a Carvajal un medio de transporte para evacuar a algunas damas que estaban en la Moneda, lo que acepté, ordenando que un jeep del Ministerio de Defensa fuese a la Moneda a retirar a seis mujeres, por lo cual detuvieron el ataque unos tres a cinco minutos.

Pocos instantes más tarde se me informó que las mujeres habían sido retiradas de la Moneda. En consecuencia, se podía iniciar el ataque. Era necesario terminar con esa agonía, ya que no había rendición de los ocupantes. Se dieron las órdenes de detener el ataque en espera del bombardeo de la aviación, pero se me informó que el ataque aéreo tendría otra demora de 15 minutos y sería efectuado simultáneamente sobre la Moneda y Tomás Moro. Se me aclaró que el retraso se debía a que los aviones venían de Concepción y existía un problema en el carguío de combustible. Ante este nuevo retraso, ordené a las tropas: "Si en

quince minutos más no hay ataque aéreo, vamos a actuar con toda la artillería, con los cañones sin retroceso, con los morteros, lanzacohetes, con la artillería y las ametralladoras punto 50 de los tanques”.

Se inició un violento fuego de artillería de los tanques. Las primeras granadas hicieron su efecto. La infantería se preparó para el asalto final. Pero era necesario ordenar una nueva detención y retroceso, pues se recibió la información de la Fuerza Aérea de que en siete minutos más los Hawker Hunter estarían bombardeando la Moneda. El ataque estaba detenido. Hubo fuego graneado desde los edificios de Obras Públicas y del Banco del Estado; era necesario despejarlos, y para ello ordené un operativo de paracaidistas y de fuerzas especiales.

Nuevamente el Almirante me informó que se encontraban el subsecretario Vergara y el subsecretario Puccio, y que eran portadores de una serie de condiciones de Allende, las que eran inaceptables. Los asesores advirtieron que no sería conveniente darle la oportunidad de que saliera del país, porque ese hombre se iba a pasear por todos los países del mundo, socialistas o no, desprestigiando al nuevo Gobierno. Se estimó que lo más conveniente era dejarlo en Chile.

Les respondí que lo ofrecido debía cumplirse pese a todo. Se me comunicó que al puesto de mando del Almirante Carvajal habían llegado numerosos funcionarios de la Unidad Popular. A medida que ingresaban se les detenían. Así cayeron Vergara, Flores y otros que iban quedando en calidad de detenidos. Al secretario Puccio se le autorizó salir del país en caso de que el señor Allende se fuera.

Con satisfacción escuché la noticia de que los helicópteros Puma, del Ejército, estaban abriendo fuego sobre los techos del Ministerio de Obras Públicas y el Banco del Estado. De inmediato los extremistas desaparecieron. Ordené que se difundiera la advertencia de que cualquier tirador que se ubicara en los techos de los edificios circundantes a la Moneda sería atacado con fuego efectuado desde los helicópteros.

Mi gran preocupación desde las primeras horas fue la reacción que pudiera producirse en el área de Calama y Antofagasta. A esta hora el General Bonilla, que se desempeñaba como Jefe de mi Estado Mayor, me informó que a lo largo del país se habían cumplido todas mis órdenes y que, si había reacciones locales, eran de grupos paramilitares y estaban casi en su totalidad sofocados.

Mis dudas se mantuvieron y no desdeñé la posibilidad de que sectores de trabajadores de Calama se organizaran como fuerzas paramilitares. En realidad se habían reorganizado en pequeños grupos para huir hacia el interior. Esto disminuía mi preocupación, quedando descartado el comienzo de una guerra civil desde esa zona. Ordené que se tratara de localizar y detener a las personas que huían.

Otros problemas, de menor escala, tenían lugar en Talca y Valdivia, pero en esos momentos no constituían un peligro serio. La posibilidad de una guerra civil, que me había preocupado enormemente, iba desapareciendo. Como he señalado, la razón de mi extrema preocupación era que si los marxistas se apoderaban de algún área del territorio, ella podía servir como punto de convergencia para sus compañeros desplazados desde otros lugares del país. Calama podía haber sido una zona adecuada, ya que dispone de una pista de aterrizaje donde era fácil recibir aviones que trajeran material bélico y de apoyo desde otros puntos y eso sí era muy grave para nosotros.

Minutos más tarde, un nuevo informe me comunicó que “los helicópteros están abriendo fuego sobre las terrazas del Ministerio de Obras Públicas, y que desde la Moneda, por Morandé 80, continúa saliendo gente con los brazos en

alto". Ordené, "controlar minuciosamente la salida de estas personas". Asimismo se me informó que el General Leigh comunicaba que la FACH pondría un helicóptero en el Estadio de la Escuela Militar para trasladar a la familia de Allende o a él solo desde ese lugar a un aeropuerto, siempre que previamente estuviera la renuncia firmada.

Existía el temor de que Allende esperara la oscuridad para efectuar alguna maniobra para escapar. Se propuso que el plazo máximo para esperar su decisión fuera hasta las dieciséis horas, a lo que di mi conformidad.

La resolución conjunta de los Comandantes en Jefe y el Director General de Carabineros era que después de las dieciocho horas nos reuniríamos todos. Se le avisó esto al Almirante José Toribio Merino, que se encontraba en Valparaíso.

Nuevamente, durante cortos minutos, el fuego se intensificó. Actuaban duramente las armas de los helicópteros y las de la infantería. Luego se produjo un alto el fuego en espera de la salida de Allende. El General Leigh avisó que ya había enviado un helicóptero a la Escuela Militar a esperar a Allende. El helicóptero aguardaría hasta las diecisiete horas y luego se retiraría a su base.

Se sintió el estridente y agudo sonido de las turbinas de los aviones Hawker Hunter y el chasquido y el humo de las explosiones. Se había producido el ataque y se había declarado un incendio en las dependencias del Palacio de la Moneda.

Llegó la comunicación de que los helicópteros de la Fuerza Aérea habían abierto sus fuegos sobre Tomás Moro y que la Moneda había sido impactada por los cohetes de los aviones, lo que sin duda apuraría el desenlace. Sin embargo, continuaba el fuego de armas menores y de las ametralladoras de los tanques.

Me informaron que una destacada personalidad política había estado llamando porque deseaba hablar conmigo en el Cuartel General de la II División de Ejército y al no encontrarme me había dejado el mensaje siguiente:

"Habla XX. Dígame al General Pinochet que si me necesitan estoy en el fono tal".

Una hora más tarde, se repitió la llamada de la misma persona:

"Habla XX. Mire avísele al General Pinochet que me voy a desplazar a otro lugar. Si me necesita me puede llamar al fono tal".

Cuando recibí esta información, sólo me limité a decirle al Comandante que le agradecía la llamada y le dijera que no siguiera ofreciendo sus servicios, pues no eran necesarios. Al parecer, este señor creía que el gobierno se lo íbamos a ofrecer a él, como comprobé más adelante por sus actitudes.

El tiempo transcurría rápidamente. La neblina de la mañana había comenzado a descender y a tomar un color gris oscuro. Se había mantenido el cese del fuego para dar la oportunidad a quienes resistían en la Moneda a que se rindieran. Llegó el señor Flores al puesto de mando en el Ministerio de Defensa, a pedir "condiciones decorosas para entregar a los miembros del Gobierno de la Unidad Popular". La respuesta fue tajante: "Sólo se les respetará la vida; todo lo demás es incondicional".

El Comandante en Jefe del Comando de Institutos Militares nos comunicó que desde la Embajada cubana se había disparado con ametralladoras a nuestras tropas. Ordené que se le avisara telefónicamente al Embajador que si se repetía este hecho, deberían afrontar consecuencias tales como el asalto de esa sede y su destrucción aunque después se produjeran problemas internacionales.

Y que, además, disponían de un avión para salir del país, pues con esa nación romperíamos relaciones de inmediato.

Hubo una comunicación urgente del General Palacios, quien estaba al mando de las fuerzas donde estaba la Escuela de Infantería, informando que ya se encontraban dentro de la Moneda. El Almirante Carvajal me comunicó que Allende se había suicidado. Ahora era urgentemente necesario preocuparnos qué se iba a hacer con los restos de Allende. Le indiqué al Almirante Carvajal que, a la brevedad posible, los médicos Jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea, y el Jefe del Servicio Médico de Carabineros más el médico legista de Santiago, examinaran el cadáver de Allende y certificarían la causa de su muerte, con el fin de evitar que más adelante se pudiera imputar a las Fuerzas Armadas que lo habían asesinado. Esto interesaba hacerlo cuanto antes. Le agregué al Almirante: "Usted comuníquelo a las respectivas instituciones. Además, debe levantarse un acta de tal cual ha sido encontrado".

Dispuse que la reunión de los Comandantes en Jefe y el Director General de Carabineros se realizara en la Escuela Militar a partir de las 18.30 horas.

La relación que hizo el General de Brigada Javier Palacios de su entrada a la Moneda, dice así:

"Después del bombardeo efectuado por la Fuerza Aérea con los Hawker Hunter, se ordenó romper el fuego con los tanques del lado sur de la unidad blindada que rodeaba la Moneda. Terminado el fuego de las armas pesadas, dispuse avanzar a las tropas de infantería y otras que estaban bajo mi mando en una operación tenaza para entrar y conquistar el Palacio. A la cabeza de parte de estas fuerzas, logré entrar en el Palacio alrededor de las dos de la tarde por la puerta de Morandé 80. En esta aproximación, que fue la parte más dura de la operación, recibimos fuego de armas automáticas de francotiradores que disparaban desde los edificios vecinos.

"En el momento de entrar por Morandé 80, se veía izada una bandera blanca en una pequeña asta, la que posteriormente resultó ser el delantal de un médico, puesto por la propia "Payita" por orden del señor Allende. En esos instantes salían del edificio un número aproximado de 30 civiles, todos ellos miembros de la guardia personal, y muchos médicos, los que se rindieron ante nuestras tropas. Al subir el 2° piso de la Moneda, ésta ya estaba transformada en un infierno por los efectos del incendio. Paralelamente a nuestra llegada, recibimos disparos sorpresivos de tiradores emboscados en alguna oficina".

"Mi impresión más profunda y fuerte fue ver incendiarse y destruirse el Salón Rojo y el gabinete presidencial, del cual solamente alcanzamos a salvar la réplica de la espada de O'Higgins. En uno de esos momentos fue cuando recibí un rebote de disparos hechos por estos tiradores emboscados de la guardia personal, interponiéndose entre el tirador y yo, salvándome milagrosamente un oficial del regimiento Tacna, quien, pese a quedar también herido, me salvó la vida".

"Al continuar nuestro avance en el interior de la Moneda y abrir la puerta que daban acceso al Salón "Independencia" (salón privado del presidente), nos encontramos con el espectáculo del señor Allende muerto, sentado en un sofá, por los efectos de dos tiros que él mismo se había disparado colocándose la metralleta —regalo de Fidel Castro— bajo la barbilla, lo que le produjo una muerte instantánea. Al entrar a dicha sala, encontramos un hombre joven, que al ser interrogado, dijo ser el doctor Guijón, que atendía los servicios médicos de la presidencia. Sintió los disparos hechos por el señor Allende en los momentos en que abandonaba la sala, y volvió, pudiendo comprobar que después de haberles

ordenado que se rindieran y abandonaran la Moneda, se quedó atrás para suicidarse en la forma ya descrita".

"Debo confesar que no conocí a Allende por la forma pobremente vestido en que se encontraba y por las características del suicidio, que prácticamente le partió la cabeza en dos. Tenía las manos llenas de pólvora, producto del uso de las armas que había disparado personalmente desde las ventanas de la Moneda en contra de la tropa que lo atacaba".

"A su lado había una máscara de gases y casco que, me informó el doctor Guijón, había utilizado durante todo el tiempo. De inmediato dispuse una guardia en dicho salón impidiendo la entrada a toda persona —militar o civil— hasta la llegada de los médicos ordenados por US., la policía técnica de Investigaciones y de los especialistas del servicio de Inteligencia Militar.

"Realizado esto, y habiendo pedido con urgencia la concurrencia del Cuerpo de Bomberos, dispuse la recolección de todo el armamento y elementos de combate que en enorme cantidad fuimos encontrando y que la ciudadanía pudo apreciar al haber sido fotografiado de inmediato por los diversos periodistas en el lugar mismo de los hechos. Pero no permití —por razones obvias— fotografiar el cadáver del señor Allende, excepto a los servicios de policía técnica ya indicados. Posteriormente, una vez efectuado el análisis correspondiente, se dispuso su envío en una ambulancia al Hospital Militar, en cuyo recinto le fue practicada una autopsia y un estudio detallado a cargo de los cuatro jefes de sanidad de los servicios de las Fuerzas Armadas y Carabineros. Mientras esperaba la llegada de los médicos se cubrió el cadáver —por no disponer de otros elementos— por un chamanto que se encontraba en el salón donde sucedieron los hechos, simultáneamente comuniqué por radio al Cuartel General de la Comandancia de Guarnición el siguiente mensaje: "MISION CUMPLIDA, MONEDA TOMADA, PRESIDENTE ENCONTRADO MUERTO".

Los restos de Allende fueron sacados del Palacio de la Moneda, que aún ardía, y llevados al Hospital Militar para su autopsia.

Mientras tanto la batalla de Santiago arreciaba y las tropas recibían intenso fuego de los edificios colindantes a la Moneda. Este hecho enardecía a las tropas, que respondían el fuego sin vacilar.

En diferentes lugares de la ciudad había choques con los paramilitares y los guerrilleros del MIR, a lo que nuestras tropas respondían eficazmente. Posteriormente se inició una dura labor de limpieza. Sin embargo, en esos momentos no recibimos de los cordones industriales ninguna de las reacciones con que tanto nos habían amenazado.

Mientras se desarrollaba la batalla de Santiago, en Valparaíso y Talcahuano la Armada, el Ejército, la Fuerza Aérea y Carabineros, procedían a ocupar las Intendencias y Gobernaciones y a detener a los grupos de extremistas que se presentaban a la lucha o se entregaban.

La actuación de las fuerzas en Valparaíso, bajo las órdenes del señor Vicealmirante don José Toribio Merino Castro, permitió una rápida ocupación de la ciudad y luego el control de los violentistas que presentaron alguna resistencia.

Recuerdo cómo sentí esos momentos cuando la liberación de Chile estaba cumplida, así como la liberación de nuestras conciencias de aquellos pensamientos que nos agobiaban. Todo estaba consumado. Un nudo en mi garganta se apretaba y sólo atiné a decir con la fuerza de mi corazón: "¡VIVA CHILE! la Patria se ha salvado".



Graduación de Enfermeras de Guerra
en el año 1970.



Con el Agregado Militar del Ecuador
en el año 1970.



Corno Comandante General de la Guar-
nición Ejército de Santiago en los honores
al Presidente Allende, el 21 de
mayo de 1971.



Comandante de la Guarnición de
Santiago.



En la Comandancia de Guarnición de Ejército de Santiago en el año 1971.



Asiste a una reunión anual en un Fuerte del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica en Panamá, en el año 1972.



Con Fidel Castro evita los honores de Reglamento.



Entrega la Comandancia de Guarnición de Ejército de Santiago en el año 1972.



Comandante en Jefe del Ejército.



Asume como Comandante en Jefe del Ejército.

